

Johann Valentin Andreae

CRISTIANÓPOLIS

Reipublicae Christianopolitanae Descriptio

(1619)



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección "Rosae Crucis" N° 23

Cristianópolis

Johann Valentin Andreae



BIBLIOTECA LITERARIA

Cristianópolis

Johann Valentin Andreae

Edición de
Emilio García Estébanez

Maqueta: RAG

Título original:

REIPUBLICAE CHRISTIANOPOLITANAE DESCRIPTIO

PSALM. LXXXIII.

Praestat dies unus in DEI atrijs quám alibi mil le: malim in DEI mei domo ad limen esse quam
in impiorum tabernaculis habitare. Nam
Sol & propugnaculum Jehova DEUS; Jehova
gratiam, gloriamque confert ijs, qui se gerunt
innocentes, eis bona non denegans.

ARGENTORATI
, Sumptibus haeredum LAZARI ZETZNERI,

Anno M. DC. XIX.



Retrato de Andreae hecho por Kilian en 1648. Arriba, a ambos lados, la cruz de San Andrés y las cuatro rosas, emblema del escudo familiar

EL AUTOR

PRIMEROS ESTUDIOS Y VIAJES (1586-1614): LOS MANIFIESTOS ROSACRUCES

Johann Valentin Andreae ¹ nació el 27 ² de agosto de 1586 en la ciudad suaba de Herrenberg, al suroeste de Stuttgart, ducado entonces de Württemberg, Alemania, en el seno de una piadosa familia luterana. Sus padres fueron Johannes Andreae (1554-1601), decano y superintendente ³ de Herrenberg, y Maria Moser (1550-1632), hija del preboste (Vogt) de esta población. El primero era un apasionado de la alquimia y gustaba de coleccionar objetos de arte y manuscritos, aficiones en las que gastó a lo largo de su vida más dineros de los que aconsejaban el bienestar y la seguridad de su familia. De carácter jovial y sociable, no destacó como clérigo, si bien consta que fue un hombre bondadoso y cumplidor.

A su padre lo presenta Johann Valentín como el hijo de Jakob el Teólogo ⁴, dando a entender que este personaje era bien conocido del lector. En efecto, Jakob Andreae (1528-1590) había jugado un papel protagonista e histórico en la redacción de la llamada Fórmula de la Concordia, un cuerpo de principios doctrinales que recogía las tesis básicas de la confesión luterana en torno a ciertos puntos concretos todavía controvertidos. Concluida en 1577 tras muchas reuniones y disputas, fue suscrita oficialmente por la mayoría de los grupos evangélicos en 1580, constituyéndose en el canon del luteranismo ortodoxo junto con la Confesión de Augsburgo, la Apología de Melanchthon y los Catecismos de Lutero. En los ambientes cultos se consideraba que el padre de esta fórmula había sido Jakob, pues había intervenido decisivamente tanto en su redacción como en los contactos y negociaciones diplomáticas -algunas a nivel internacional- que hicieron posible su aceptación. Johann Valentín invocará a menudo su condición de nieto de este acreditado «teólogo» para protestar de su ortodoxia luterana, puesta en duda una y otra vez por sus enemigos, sin otra motivación -dirá siempre como un estribillo- que la envidia y el odio a su persona ⁵.

¹ La transcripción alemana moderna de este apellido es también Andrea -en ambos casos pronunciado Andree- y ni una ni otra puede trasladarse al castellano por Andreas como se ha hecho frecuentemente.

² En su autobiografía da la fecha del 17 de agosto, que corresponde al cómputo anterior a la reforma del calendario introducida por Gregorio XIII en 1582. Los reformadores evangelistas convirtieron en una cuestión de principios el rechazo de esta enmienda que venía de la Iglesia romana.

³ En la jerarquía eclesiástica luterana los cargos de diácono, decano, superintendente y superintendente especial se correspondían aproximadamente con los de coadjutor, párroco, arcipreste y obispo de la jerarquía eclesiástica romana.

⁴ Vita, p. 36. Johann Valentín dejó escrita en latín una relación de su propia vida, Vita, ab ipso concripta, traducida al alemán y publicada por Seybold en 1799. Paul Antony ha preparado y editado un resumen de esta traducción en 1970. que es la que nosotros citamos con la simple referencia de Vita.

⁵ El motivo de esta autobiografía fue, según lo declara el propio autor, contrarrestar la envidia de sus enemigos y las calumnias que éstos esparcían de él ofreciendo al público una versión objetiva y veraz de las cosas. No obstante, Johann Valentín no escatima los elogios a su propia persona y procura omitir todo lo que podría deteriorar su imagen. Su excesiva vanidad ha disuadido a la Iglesia luterana de contarle entre sus santos. Empezó a escribirla hacia 1620 y trabajó regularmente en ella hasta pocos meses antes de morir.

Jakob Andreae, hijo de un herrero de Waiblingen, empezó su carrera eclesiástica como diácono en una parroquia de Stuttgart primero y de Tübingen después, pasando pronto a ser decano y superintendente de Góppingen. Hizo el doctorado en teología por deseo expreso de los duques de Württemberg, que le nombraron profesor de teología y canciller de la universidad de Tübingen en 1562 y le encomendaron la tarea de conseguir la unidad luterana. Cuatro de sus hijos abrazaron el estado eclesiástico y tuvo buen cuidado de casar ventajosamente a sus seis hijas. Cuando en 1630 Johann Valentin publica la biografía de su abuelo ⁶, le cuenta 80 nietos, 30 de ellos clérigos, y estima los biznietos en unos 200, de los que muchos eran ya clérigos o se preparaban para serlo. Es, pues, el patriarca y fundador de una ubérrima dinastía de prelados luteranos. En términos sociales significa esto que Johann Valentin pertenecía a una clase económicamente acomodada, la llamada «honorable», y que las quejas, por tanto, que profiere de continuo sobre sus estrecheces económicas hay que entenderlas por referencia al nivel de bienestar y hasta de fausto que se consideraba propio de esta clase o estamento, sin nada que ver, ni de lejos, con el nivel de subsistencia en que se debatía la mayoría de la población. Por los datos que él mismo nos suministra se comprueba que, aun en los momentos más aciagos de la Guerra de los Treinta Años, dispuso de cantidades muy notables de dinero y de recursos. Aunque se preocupó sincera y eficazmente de los pobres, lo hizo sin superar la conciencia de la época, que veía en las diferencias de clases un supuesto obvio y natural ⁷.

A la muerte de Johannes Andreae, ocurrida en Königs-bronn, de donde había sido nombrado abad por razones de salud, su viuda, Maria Moser, acosada por la necesidad, decidió trasladarse a Tübingen, donde esperaba poder sacar adelante a sus siete hijos con la ayuda de los amigos de la familia. Durante el viaje tuvo Johann Valentin un accidente grave: al querer subir al carro que transportaba los enseres, metió ambas piernas en medio de la rueda y se las hubiera partido si una piedra que había en el camino no hubiera detenido el carro justo en aquel momento. Las señales, sin embargo, de aquella retorcida vida la llevó toda su vida, como él mismo comenta ⁸. Para contrarrestarlas practicaba ejercicios físicos con regularidad, llegando incluso a sobresalir en algunas habilidades gimnásticas. En Tübingen funcionaron impecablemente las amistades de la familia. La viuda pudo instalarse con sus hijos en una casa propiedad de la universidad y se empeñó con tesonería en recabar medios y favores. Unos años más tarde se fue a Stuttgart para hacerse cargo de la farmacia de la corte que le había ofrecido la duquesa Sibila. Johann Valentin llama a su madre con admiración y respeto «virago», aludiendo a su personalidad resuelta y perseverante a la vez que profundamente piadosa.

En el año 1602, pocos meses después de su llegada a Tübingen, Johann Valentin se matricula como estudiante de filosofía y teología en la universidad de esta ciudad. Una prueba, sin duda, del celo de su madre y de la eficacia con que operaba la solidaridad entre las familias de un mismo estamento. Muchos de los profesores habían sido amigos de su abuelo o de su padre y no dudaron en prestar su apoyo a estos parientes necesitados.

⁶ Fama Andreama reforescens, donde presenta a su familia como a una de las mejores del país.

⁷ Helga SCHNABEL-SCHÜLE: «Johann Valentin Andrea und Herren-berg», en Johann Valentin Andrea 1586-1654... Vortrage, p. 94.

⁸ Cfr. Vita, p. 38. Poco antes (p. 37) viene de escribir que de niño poseía un cuerpo enclenque pero una cabeza inteligente y despierta. Para algunos esta merma física de Andreae explicaría su carácter enconoso y resentido así como su gran entrega al estudio, deseoso de compensar con su valía intelectual esta deficiencia corporal (cfr. Manfred SCHECK: «Johann Valentin Andrea und die Vaihinger», en Johann Valentin Andrea 1586-1654... Vorträge, pp. 122-140.

No debe olvidarse que Johann Valentin es uno de los grandes renovadores de la pedagogía, de quien el mismo Comenius se declarará discípulo y deudor. Acabados los cursos de filosofía y obtenido el título de Maestro en Artes (1605), prosiguió, como era normal, los de teología. Pero un escándalo en el que se vio envuelto le obligó a interrumpirlos bruscamente y a abandonar la universidad dos años después. En varias de sus obras se refiere a este suceso calificándolo de un «castigo» y una «vergüenza», pero nunca logra aclararnos en qué consistió. Parece que fue lo siguiente: algunos estudiantes solían organizar fiestas privadas a las que invitaban también a mujeres. Estas eran generalmente de baja extracción, pero de vez en cuando se sumaba alguna hija de buena familia. Una de éstas fue objeto de burlas en un escrito que circuló por la universidad cuando se anunció su próximo matrimonio. Hubo una investigación y los responsables fueron expulsados, entre ellos Johann Valentin, quien había tenido el escrito en sus manos, aunque no participaba de estas fiestas ni había tenido nada que ver con la redacción del libelo ⁹.

Nuestro joven, que aún no tenía decidido si emplearse en la administración civil o en la eclesiástica, se ofreció de momento como instructor particular de hijos de familias nobles o ricas a fin de poder subsistir. Con esta ocasión aprovechó para poner en práctica sus nuevas concepciones sobre los métodos de enseñanza. Dado que este trabajo no le sujetaba demasiado, se determinó a emprender algunos viajes por Europa y visitar sus principales ciudades, diligencia ésta que se miraba entonces como obligada en la formación de un estudiante, parecido a como lo eran las peregrinaciones en la Edad Media. Los más largos fueron los que hizo a París y a Roma, en otro tiempo capital del mundo y hoy capital del vicio ¹⁰, el primero rodeando por Suiza y el segundo por Austria.

La razón de los mismos, dirá con énfasis en su autobiografía, fue la de «aprender lenguas». Sus adversarios, en efecto, le reprocharon siempre el carácter mundanal y contaminante de tales correrías. En el transcurso de su viaje a París realizó una escala en Ginebra (1611), quedando gratisimamente impresionado por el ambiente austero y piadoso que reinaba en esta ciudad calvinista gracias a los tribunales de costumbres que todas las semanas inquirían el comportamiento de los ciudadanos y castigaban cualquier exceso, incluso el más pequeño. Formaban tales tribunales los vigilantes de los barrios, o los ancianos de la zona, o el senado mismo, según fuera la gravedad del asunto y la dureza de corazón y contumacia del delincuente. Si no fuera la diferencia de religión, escribe, se hubiera quedado para siempre en esta ciudad. ¹¹ El empeño de toda su vida fue introducir algo semejante en sus parroquias luteranas, los llamados Comités Eclesiásticos, o Kirchenkonvente, cosa que conseguiría finalmente. En Cristianópolis, su república utópica, la vigilancia mutua de los ciudadanos es una de las bases de su buen orden y de la vida virtuosa de sus habitantes.

Durante el viaje a Italia (1612) formuló el voto de abrazar la vida clerical. A su vuelta se presentó al examen de párroco, pero es suspendido por falta de la debida preparación, como se dice expresamente en un documento que se conserva, aunque nuestro hombre aduce otros pretextos en su autobiografía ¹².

⁹ Cfr. *ib.*, pp. 123-124.

¹⁰ *Vita*. p. 48.

¹¹ Cfr. *ib.*, p. 42.

¹² Las actas del consistorio dicen que no estaba bien formado en teología (*in lectione bíblica*) y que le vendría bien estudiar un poco más (cfr. Richard van DÜLMEN: *Die Utopie...*, p. 39). En su biografía escribe que los viajes le habían desconectado un tanto de la teología por lo que decidió refrescar y afianzar sus conocimientos antes de entregarse a las tareas de pastor (cfr. *Vita*, p. 49).

Reanuda sus estudios de teología en la universidad de Tübingen, que termina en 1614, y se presenta otra vez al examen, aprobándolo esta vez. En la primavera de este mismo año se instala en la ciudad de Vaihingen, junto al río Enz, al noroeste de Stuttgart, en calidad de diácono.

Sus enemigos, recelosos siempre de su ortodoxia, argüirán que entró en la vida eclesiástica demasiado repentinamente, sin haberse dado el tiempo necesario para disponer su espíritu y purificarlo.

Su vida universitaria está marcada por una insaciable pasión de saber. El día lo dedicaba al estudio de las ciencias, la noche a la lectura de autores. A causa de esta desmesura en el estudio mi vista se debilitó, contraí las molestias del insomnio y se debilitó la fidelidad de mi memoria. Pero a causa de ello también conseguí ponerme casi a la altura de mis compañeros en las ciencias, en experiencia, en cambio, superé a muchos, por lo que ya en mi temprana juventud se me confió la educación de la juventud ¹³. Probablemente uno de los efectos de esta industriosa nocturnidad fue alguna especie de atresia mental, pues de otra manera no se explica el rematado confusionismo y tortuosidad con que se expresa al escribir.

La feracidad literaria de Johann Valentín es superlativa, en cuanto a la cantidad por lo menos. En el catálogo de sus obras publicado en 1793 por Phillip Burk la lista de las editadas hasta entonces tanto en latín como en alemán es de cien, número que el bibliógrafo pone sucumbiendo más bien a la magia del guarismo que ateniéndose a la realidad, pues se sabe que rebasan esa cifra con mucho y que, por otra parte, las impresas eran y son algunas menos. El inventario de estas últimas confeccionado por Richard van Dülmen alcanza hasta 99, incluidas unas pocas de las que sólo es editor ¹⁴. A ello hay que añadir su correspondencia, más de 3.000 cartas, todavía sin clasificar ni publicar. Este oficio de escritor lo inaugura con su entrada en la universidad y lo ejercerá durante toda su vida. Él mismo nos refiere que todos los días escribía algo, en sus tiempos de estudiante para descargar el bastimento que iba recogiendo de sus lecturas y más tarde para combatir la forzosa ociosidad a que le tenía sujeto su cargo de pastor de almas. Pero la causa primera de esta fiebre de escribir fue sin duda su enorme inquietud intelectual y su profunda aspiración a reformar el mundo y la Iglesia evangélica

En estos primeros años compone algunas obras de teatro, imitando a los autores ingleses, unas de tema bíblico, como Esther, y otras de tema clásico, como Hyazinth, Die Verwünschung der Venus (La execración de Venus), Ein unglücklicher Zufall (Un caso desgraciado) y otras. Realiza, asimismo, algunas traducciones, entre ellas los libros sobre la historia romana de Justo Lipsio (1574-1606), autor del que aprendió mucho, nos dice, pero que dañó mucho su estilo y que, según los críticos actuales, influyó poderosamente en las concepciones políticas de Johann Valentín ¹⁵. Esta traducción, completada, la publicó en 1620 con el título de Admiranda oder Wundergeschichten... También tradujo libros espirituales, como los de Philipp Nicolai y otros pietistas tanto alemanes como extranjeros, buscando siempre en esta actividad como traductor el conocer y practicar las distintas lenguas. La obra más valiosa de esta época juvenil fue, de acuerdo con su propio parecer, Theodosius, dos volúmenes bastante extensos en que expone su idea sobre lo que debe ser un buen educador.

¹³ Vita, p. 39.

¹⁴ Cfr. Die Utopie..., p. 279 ss.

¹⁵ Cfr. Helga SCHNABEL-SCHÜLE, 1. c, p. 93.

Esta obra, como la mayoría de las que produjo por entonces, se perdió, cosa que desea hubiera pasado con todas para que ahora -escribe- no estuvieran tantas de ellas expuestas a la envidia ¹⁶. Alude sin duda a los llamados Manifiestos Rosacruces que, aunque vieron la luz algo más tarde, su redacción y circulación manuscrita hay que datarla por estas fechas. Dada la importancia que tuvieron en la vida de nuestro hombre, trataremos de ellos posteriormente con detalle en un apartado destinado a ese tema.

DIÁCONO EN VAIHINGEN (1614-1620): EL «LABORATORIO»

Cuando Johann Valentín toma posesión de su cargo de diácono (coadjutor o párroco segundo) en la ciudad de Vaihingen tenía veintiocho años. En su autobiografía hace un saldo de lo que había sido su vida hasta entonces: Debo a Dios las más grandes gracias, pues mediante los sufrimientos corporales me impuso moderación, mediante la dulzura de unos afectos puros guardó incólume mi castidad al mismo tiempo que me libró de las ataduras del matrimonio, que por cuatro veces me quisieron poner, mediante la escasez ahogó todo exceso, mezcló amargura a mi curiosidad y me salvó de los muchos peligros de la vida y de la fortuna ¹⁷. Agradece también estos buenos resultados a las piadosas y ardientes oraciones de su madre. Aunque había sabido mantenerse fiel a sus fervientes ideales, nuestro biografiado cree que esta fase de su vida había estado marcada por una búsqueda demasiado apasionada de la verdad, que le había llevado a invadir peligrosamente los campos de las ciencias humanas y a confiarse excesivamente en ellas. Equipara esta pasión suya a la demanda fáustica del saber y escribe sobre ella una sátira teatral, Turbo (Torbellino), en la que ilustra la inutilidad de los esfuerzos humanos por alcanzar la sabiduría a la vez que propugna, no obstante, la conveniencia de estudiar las ciencias humanas y cultivarlas con devoción. Los orígenes de esta obra están en las conversaciones habidas a la mesa durante su estancia (1611-12) en la casa de Hafenreffer ¹⁸, quien le animó a que les diera cuerpo y las pusiera por escrito.

Publicada en 1616, pertenece a la tradición literaria del «Fausto», tradición que tiene sus raíces precisamente en esta región wurttembergense ¹⁹ y que logra su desarrollo más brillante en las versiones teatrales de Christopher Marlowe en Inglaterra (1594) y en la de Góthe en Alemania (1808, primera parte).

¹⁶ Vita, p. 41

¹⁷ Ib., p. 50.

¹⁸ Matthias Hafenreffer (1561-1619) había bautizado a Andreae y tratado íntimamente al padre de éste. Él fue quien ayudó a la familia a colocarse en Tübingen y quien tomó bajo su protección y dirección al joven Johann Valentín cuando entró en la universidad. Hafenreffer fue nombrado profesor de teología de la universidad de Tübingen en 1592 y canciller de la misma en 1618. Tuvo a Kepler de alumno y cuando el célebre astrónomo publicó El secreto del universo, precisamente en Tübingen (1596), le escribió apresuradamente advirtiéndole de lo peligroso de sus posiciones de cara a la enseñanza de la Biblia. Es autor de la obra Templum Eze-chielis, que quiere ser una réplica a la Naometria (1604) de Simón Studion, y un manual de teología, Loci theologici, que hizo de texto oficial de la universidad durante todo el siglo XVII. Pertenecía a la ortodoxia moderada e influyó sobre Johann Valentín en esta dirección. Éste hizo un resumen de los Loci y lo publicó con un prefacio del autor en 1614 con el título Doctrinae christianae Summa.

¹⁹ La Historia von D. Johann Fausten, aparecida en Frankfurt am Main en 1587, defiende la libertad de conciencia paralelamente a la libertad de investigación o «curiositas» que había traído el Renacimiento. Su editor, Johann Spiess, añadió una introducción y una conclusión de índole moralizante que logró sustraerla a la censura. Alcanzó 22 ediciones y numerosas traducciones en sólo doce años. El dramaturgo jesuita Jakob Bidermann compuso una pieza teatral en latín, Cenodoxus (1602), en que se burla de la vanidad de esta independencia religiosa.

Cuatro meses después de su llegada a Vaihingen se casó con Agnes Elisabeth Grüninger, hermana de la esposa de Johannes Andreae, hermano menor de Johann Valentín que ejercía por entonces de decano en Waiblingen, e hija del párroco de la vecina Ludwigsburg, pequeña población al norte de Stuttgart. El matrimonio, que vivió siempre contento ²⁰, tuvo un total de nueve hijos, de los que sólo sobrevivieron tres. Durante el poco tiempo que residió en Vaihingen fueron muchas sus desgracias, de las que no deja de lamentarse larga y puntualmente: murieron dos de sus hijos, se sucedieron las noticias sobre la muerte de otros familiares y, para colmo, la ciudad fue presa del fuego por dos veces, la primera de ellas muy violenta, afectando a la iglesia y a la casa de Johann Valentín, que sufrió, según él dice, grandes pérdidas. Con esta ocasión escribió sendos informes en que fustiga las malas costumbres de sus feligreses, que se habían atraído la cólera de Dios, reprocha el comportamiento que habían mostrado durante el incendio, más propio de ladrones que de cristianos, y arremete contra las autoridades del lugar, culpables de desidia y violencia. El estilo de estas requisitorias y lamentaciones, muy próximo al de los escritores bíblicos, y el lenguaje en que están escritas, el latín, hacen pensar que lo que pretende es ante todo componer una pieza literaria para los humanistas de su tiempo, únicos que podían leerla, y no una crónica sobre las pérdidas y desgracias sufridas por la población ²¹. Su actitud recriminatoria le ganó la animosidad de muchos, de modo que nuestro pastor se dio trazas para conseguir cuanto antes su promoción al decanato y poder así abandonar una parroquia en la que no contaba como persona grata. Solicitó, pues, su traslado a Ensingen, donde se había producido una vacante, pero por segunda vez hubo de pasar por la amarga experiencia de ver cómo su valía y sus méritos eran ignorados a favor de otro pretendiente más cualificado, si bien nuestro clérigo comenta con acidez que el otro había logrado ese puesto gracias a las diligencias de su madre ²². En este mismo año de 1619, invitado por algunos barones, realiza un viaje a Austria para inspeccionar las comunidades luteranas de aquel país y ampararlas frente a la Iglesia reformada. En el transcurso de esta misión se da por seguro que visitó a Kepler. Después de una ausencia de seis semanas volvió el 12 de noviembre para contento de los míos y disgusto de los envidiosos ²³-

Muy poco más tarde queda disponible el puesto de decano en la parroquia de Calw y Johann Valentín, a quien, para consolarle de la humillación sufrida, se le había prometido el primero que hubiera libre, obtiene por fin el ansiado nombramiento y traslado. A principios del año 1620 la familia se instala en esta ciudad, situada al oeste de Stuttgart, a orillas del río Nagold.

A pesar de tantos quebrantos, su época de diácono en Vaihingen la define en su autobiografía como la primavera y verano de su vida, habida cuenta, dice, de que estaba en la flor de la edad y de que la región era de gran hermosura y fertilidad.

Lo único que le perturbó estos años fueron las discordias de los ciudadanos, la corrupción de sus costumbres, las injurias a su persona y, sobre todo, los incendios de la ciudad, que le causaron una vejez prematura y volvieron blancos sus cabellos antes de sazón ²⁴.

²⁰ Vita, p. 50.

²¹ El título de los relatos es: *Incendū Vaihingensis prioris... brevis et vera recitatio* (1617) e *Incendii Vaihingensis posterioris... brevis et ingenua recitatio* (1618). Manfred Scheck, en la ponencia antes citada (p. 131). acusa de parcialidad y malicia a estos informes de Andreae.

²² Cfr. Manfred SCHECK, 1. c, p. 133.

²³ Vita, p. 52.

²⁴ Cfr. Ib., p. 53.

Desde el punto de vista de sus trabajos literarios y pastorales llama a este tiempo pasado en Vaihingen «laboratorio» 25, aludiendo a la gran labor que desarrolló en ambos campos y al proceso de transmutación y maduración que experimentaron sus ideas y sus proyectos. Su actividad como escritor durante este período es, en efecto, extraordinaria. Produjo más de cien obras, las más relevantes de su abundantísimo repertorio, la mayoría de ellas motivadas por el incidente de la Fraternidad Rosa-Cruz. El sesgo torcido y delirante tomado por este movimiento le obligó a precisar una y otra vez cuál era el sentido de sus aspiraciones reformistas y cuál era su concepto de una hermandad cristiana. Asimismo, en este período inicia y multiplica sus oficios para fundar una asociación de cristianos, primero de ámbito internacional, luego, a la vista de las dificultades encontradas, de ámbito parroquial y diocesano, reduciendo los horizontes ecuménicos con que soñaba a unos más modestos y factibles. Los Manifiestos Rosa-cruces sellaron el destino de Johann Valentin Andreae, no sólo durante su vida, sino también después de su muerte. De todo ello nos ocuparemos con mayor detenimiento en otro lugar de esta introducción.

DECANO EN CALW (1620-1639): EL «DIRECTORIO»

Por las fechas en que Johann Valentin se traslada a ella con su familia, Calw era todavía una ciudad floreciente gracias a su industria textil y al comercio intenso que mantenía. Esta prosperidad, sin embargo, estaba ya decreciendo debido a los efectos de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y a la afluencia masiva de jornaleros, que crearon problemas de vivienda y bolsas de pobreza 26. La piedad y sentimientos humanitarios de nuestro fervoroso pastor se desplegarían con celo para hacer frente a esta situación y para ayudar a los necesitados, como luego diremos.

El matrimonio tuvo aquí seis hijos, pero sólo dos de ellos se lograron, una mujer, Agnes Elisabeth, y un varón, Got-tlieb. Este abrazó la carrera clerical siguiendo sin duda los deseos de su padre, el cual, en el testamento que redactó ya en 1634, propone esta opción como prioritaria para los varones de la familia y amonesta a las mujeres a que tomen por esposo a un clérigo preferentemente 27. Sus dos hijas, sin embargo, Maria y Agnes, se casaron con seglares pertenecientes a la clase acomodada. Gottlieb tuvo un único hijo varón, que murió antes que él sin dejar descendencia, de modo que los sucesores masculinos directos de Johann Valentin se extinguieron muy pronto.

A pesar de ello la estirpe andreana se propagó con éxito. El 13 por 100 de los ciudadanos de Calw caídos durante la Primera Guerra Mundial llevaba el apellido Andreae, y en 1936 lo llevaba el 10 por 100 de los estudiantes de bachillerato y muchos de los confirmandos 28. Como se ve, uno de sus sueños más queridos, la formación de una dinastía andreana, se convirtió en una floreciente realidad. Es notable, en efecto, el interés con que nuestro hombre se ocupó del tema de su familia. Escribió una biografía de su abuelo, Fama Andreae Reflorescens, en la que, aparte los datos concernientes a la vida de su ilustre antecesor, se entretiene en indagar cuántos y quiénes eran sus descendientes para aquellas fechas, las de 1630, resultando ser 80 nietos y en torno a los 200 biznietos. De los primeros, 30 ejercían de clérigos, 17 de médicos, 13 de juristas, 10 estaban al servicio del duque y otros 10 estudiaban aún en la universidad 29. Confeccionó, junto con su esposa, una genealogía detallada de los Andreae y de las ramas con ellos emparentadas, Geschlechtsregister, que ambos dedicaron a sus hijos. Nos dejó una amplia biografía de sí mismo, Vita abipso conscripta, en la que fue anotando y

glosando los acontecimientos más importantes que afectaban a su persona con el fin, nos dice, de arrojar luz sobre ellos, pues se temía que las continuas envidias y calumnias de que era víctima pudieran empañar su imagen y dañar el buen nombre de sus parientes y sucesores. Desde luego, si se cree lo que cuenta en ella, hay que decir que conjuró el peligro eficazmente, ya que se pone a una luz inmejorable sin excesivas concesiones a la verdad y casi ninguna a la modestia. A todo esto hay que añadir otros documentos menores, como oraciones fúnebres, memorias, acciones de gracias, etc., que no se privaba de mandar a los tórculos este hombre que sentía una fascinación irresistible por la letra impresa. Todavía su hijo Gottlieb pergeñó una breve biografía de él, que hizo imprimir junto con la oración fúnebre que pronunció en honor de su querido padre, cuya vida y obras compara con las del profeta Samuel, no menos de lo que hubiera hecho el propio Johann Valentin.

Durante esta etapa calwense tuvo lugar un acontecimiento sumamente dramático. En 1634 la Liga Católica infligió en Nordlingen una severa derrota a las tropas suecas y a las de sus aliados alemanes. Württemberg, que había querido permanecer neutral en el conflicto, se convirtió en botín de guerra. El 10 de septiembre de ese mismo año la ciudad de Calw fue asaltada, saqueada e incendiada por las tropas imperiales al mando de Johann Werth, comandante del ejército de Baviera. La población huyó primeramente a los bosques y montañas vecinas y luego buscó refugio en otras ciudades. Fueron muchos, no obstante, los que perecieron a manos de la soldadesca y en el incendio o como consecuencia del hambre y el frío. Nuestro pastor se lamenta amargamente de la muerte de su hijo Ehrenreich, de diez años, que había nacido con una deficiencia psíquica ³⁰. Pero da más cabida al tema de sus pérdidas materiales, de las que hace una relación completa y pormenorizada. Merece la pena detenerse un poco en ella para formarse una idea del alto nivel de vida que llevaba y que él consideraba connatural a su rango.

De los objetos da la siguiente lista: una colección de manuscritos que había recibido de su padre y de su abuelo y que él mismo había enriquecido con donaciones de sus amigos, una partida de piezas de arte, entre ellas cuadros de Durero, Cra-nach, Holbein, Bocksberg y otros pintores modernos, grabados, tallas de madera, retratos, un órgano casero y otros instrumentos musicales, relojes, recados de escribir y, naturalmente, la casa y los muebles, que fueron pasto de las llamas. Pudo salvar su biblioteca y el archivo, que escondió en la cripta de la iglesia ³¹. Del dinero hace cuentas aparte: en total perdió 10.160 florines, que es una cantidad enorme. A pesar de ello le quedaron reservas líquidas y propiedades inmobiliarias suficientes para construirse muy pronto una casita y rehacer su vida normal.

25 En una carta al duque August de Braunschweig-Lüneburg que recoge Montgomery en *Cross and Crucible...*, p. 52, Johann Valentin divide así las etapas de su vida:

«Anno 1614, conduxit ad Laboratorium Vaihingam. 1620, produxit ad Directorium Calvam. 1639, pellexit ad Oratorium Stutgardiam. 1650, depressit ad Purgatorium Bebenhusam. 1654, eduxit ad Refrigerium Adelbergam. Dominus porro providet».

(Cfr. Frank E. - Fritzie P. MANUEL: *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, II, p. 138, nota 17.)

26 Cfr. Karl-Heinz LEHMANN: «Ansprache in der Stadtkirche Calw», en Johann Valentin Andrea 1586-1654... Vortrage, p. 19.

27 Cfr. Richard van DÜLMEN: *Die Utopie...*, pp. 27-28.

28 Cfr. Johann Valentin Andrea 1586-1654... Katalog, p. 69.

29 Cfr. Richard van DÜLMEN, o. c., p. 26.

30 Cfr. *Vita*, p. 82.

31 Cfr. *ib.*, pp. 84-85.

Johann Valentín siguió de cerca los sucesos de la Guerra de los Treinta Años y opinó activamente sobre ellos. En 1633, un año antes del arrasamiento de Calw, había publicado un volumen en que reunía varios opúsculos suyos que tocaban temas relacionados con esta contienda: Gallicinium (Canto del gallo), en que expresa su júbilo y el de toda la Alemania protestante por la entrada del rey Gustav Adolf de Suecia en la guerra contra el imperio de los Habsburgo; Apap (Papa, sólo que en clave), un tratado contra la injerencia del Estado en los asuntos de la Iglesia y una diatriba al mismo tiempo contra el poder pontificio, del que los países evangélicos esperan ser liberados gracias al valor y a la piedad del rey sueco; otros dos escritos, Alloquium (Saludo) y Suprema Verba (Despedida), el primero una laudatoria que la Iglesia alemana dirige al rey y el segundo una supuesta carta que éste, caído en 1632 en la batalla de Lützen, dirige desde el cielo a la Iglesia alemana animándola a continuar su lucha por la libertad. Sobre las terribles jornadas vividas por él y sus conciudadanos tras el asalto de Calw escribió una crónica patética y realista, Threni Calvenses, una de sus obras más apreciadas en la actualidad por cuanto constituye un testimonio extraordinario sobre los desastres de aquella guerra.

La mayoría de sus publicaciones durante este período son obras didácticas de carácter práctico, destinadas a ilustrar y promover la piedad cristiana: catecismos para niños, para padres y para adultos, resúmenes de la historia sagrada, dos compendios de la doctrina de Johann Arndt, composiciones teatrales con argumentos bíblicos para ser representadas por los niños, poesías devotas, himnos litúrgicos -alguno se canta todavía hoy en las iglesias luteranas- y una selección de las leyes eclesiásticas del ducado, Cynosura oeconomiae ecclesiasticae Wirtembergicae, que fue objeto de sucesivas ediciones hasta muy entrado el sigloXIX.

Johann Valentín califica esta fase de su vida de «directorio», pues, por contraposición al tiempo pasado en Vaihingen, aquí ya tenía claros y definidos los fines concretos de la reforma luterana, de modo que su solicitud pastoral pudo centrarse exclusivamente en dirigir las almas de sus fieles hacia esos fines ³².

32 Cfr. Roland EDIGHOFFER: «Die Stadt Calw als "Christenburg" und "Civitas solis"», en Johann Valentín Andrea 1586-1654... Vorträge, p. 65 ss.; Martin BRECHT: «Die Fallige Generalreform der Welt», ib., p. 76 ss.

PREDICADOR EN LA CORTE. MUERTE (1639-1654)

En el otoño de 1638 recibe el nombramiento de predicador en la corte, después que una primera petición para este destino le había sido denegada en favor de otro candidato, lo que, como es de suponer, atiza su más querida lamentación de que es objeto de envidias y de persecuciones. A principios del año siguiente pone en orden sus asuntos en Calw, principalmente lo concerniente a la Sociedad Cristiana **33**, y el 14 (24 según el calendario gregoriano) de enero de 1639 se instala en Stuttgart, de donde siempre me había apartado con recelo y a donde ahora había sido llevado **34**. Su primera diligencia es redactar un juramento en que confiesa su fe luterana, abjura de la Iglesia católica y declara que siempre se había reído del cuento (Marlein) del rosacrucismo **35**.

Su nuevo campo de trabajo es la capital, la cancillería y la corte, a las que, como no podía ser de otro modo, encuentra relajadas y corrompidas, algo menos a la última a la que sólo reprocha su desmedida afición a la caza. Conseguir su mejoramiento es el desafío natural al que se enfrenta este devoto e infatigable reformador. Desde 1639 a 1646 Johann Valentín formó parte, por razón de su cargo, del Consistorio, órgano supremo de la política del ducado que estaba constituido por las primeras autoridades civiles y eclesiásticas. Desde el primer momento formula sonoras y repetidas acusaciones contra la total inoperancia de este organismo y le acusa incluso de connivencia con las malas costumbres. Se indigna, por ejemplo, de que algunos aprueben la celebración de fiestas y bailes pretextando que eran convenientes para distraer y aliviar a una población deprimida y atribulada por las privaciones y miserias de la guerra. Pero lo que más duro le resultaba era asistir con absoluta impotencia al sometimiento de la Iglesia a los intereses del Estado, el cesaropapismo que con tanto celo había combatido siempre o, como él gustaba de llamarlo en su particular clave esotérica, el Apap. Los duques, en efecto, habían sabido transformar el Consistorio en un mero y eficaz instrumento de sus intereses políticos. También formó parte del Sinodo, un consejo integrado exclusivamente por eclesiásticos al que competía el gobierno de la Iglesia en todo el territorio del ducado basándose sobre todo en los informes que presentaba cada uno de los prelados después de girar la visita anual a las parroquias de su respectiva jurisdicción. Aquí tuvo mejor suerte. Logró, en primer lugar, reanudar las sesiones del mismo, suspendidas desde hacía seis años a causa de la guerra, y pudo ver, en segundo lugar, cómo disponía en 1644 la implantación obligatoria de los Kirchenkonvente en todas las parroquias, esto es, de unos tribunales de costumbres al estilo de los creados por Calvino en Ginebra y que tan favorablemente le habían impresionado cuando visitó aquella ciudad. El objeto de estos tribunales consistía en velar por la buena conducta de los feligreses y en castigar sus desmanes. Los delitos más perseguidos, también los más frecuentes, eran la blasfemia, el adulterio, la borrachera y semejantes, pero no se pasaban por alto otras perversidades menos gruesas, como puede comprobarse en algunas actas que nos han llegado: a un joven se le amonesta por tocar la zampoña en domingo, a una muchacha se le reprende por moverse sin el debido recato, a un feligrés se le multa por faltar al servicio religioso...

33 Vita, p. 127.

34 Ib.

35 Cfr. ib.

Puede suponerse la clase de terrorismo espiritual que significaba la simple existencia de tales tribunales. Hay que añadir, sin embargo, que entre sus misiones figuraban algunas muy positivas, como la de reunir fondos para pagar la escolarización de los niños pobres y huérfanos, la de urgir a los padres la obligación de mandar los hijos a la escuela, la de socorrer a las viudas y necesitados, etc. Los Kirchenkonvente funcionaron en Wüttemberg hasta el año 1891 y, al decir de los historiadores, han determinado poderosamente el carácter de los suabos hasta nuestros días 36.

A pesar de ser miembro de los organismos más altos del Estado, el Consistorio y la Dieta, y de la Iglesia, el Sínodo, Johann Valentín no pudo introducir ninguno de los objetivos de su programa reformista. Así lo reconoce con amargura en su autobiografía, en la que, curiosamente, da como prueba de su impotencia el que ninguna de las personas que él ha propuesto haya sido promovida y ninguna de las que él ha denunciado haya sido depuesta. En Stuttgart, concluye escribiendo en 1647, he pasado nueve años de esclavitud 37.

Bajo el punto de vista personal este tramo de su vida está lleno de satisfacciones y reconocimientos. Gozó del aprecio y la confianza del duque August de Braunschweig-Lüne-burg, con el que mantuvo unas relaciones estrechas y cordiales, así como con sus tres hijos, de lo que da testimonio la abundante correspondencia que se cruzaron. La intercambiada entre 1643 y 1649 la publicó en un volumen al que puso el pomposo título de Seleniana Augustalia (1649). También cultivó una entrañable amistad con las tres hermanas del duque Eberhard III de Württemberg, que le llamaban cariñosamente «su padre» y él a ellas «sus tres Gracias». En 1641 la universidad de Tübingen le concede el título de doctor en teología para demostrar -escribe- mi inocencia y mi ortodoxia ante toda la cristiandad 38. Al año siguiente su hijo Gottlieb es nombrado diácono de Canns-tatt. En 1646, centenario de la muerte de Lutero, cumple sesenta años, cosa, dice, que para un hombre de su flaca constitución y precaria salud apenas si se podía esperar y hay que contarle entre las raras buenas acciones de Dios, aunque también, añade, a los baños que solía tomar en Bad-Teinach y Bad-Liebenzell. Su felicidad sería completa, si pudiera ver firmada la paz 39. En el mismo año de 1646, a propuesta del duque August, es recibido en la Fruchtbrin-gende Gesellschaft, una sociedad académica fundada para promover el uso de la lengua alemana y su calidad literaria y que sólo admitía como miembros a quienes hubiera sobresalido por ambos capítulos 40.

36 Cfr. Johann Valentín Andrea ¡586-1654... Katalog, p. 100; Helga SCHNABEL-SCHÜLE, 1. c. p. 92 ss.

37Vita. p. 139.

38 Ib.,p. 133

39 Cfr. Ib., p. 137.

40 La Fruchtbringende Gesellschaft (Sociedad Frugífera) fue fundada en Weimar en 1617 por el príncipe Ludwig von Anhalt-Kothen según el modelo de la «Accademia della Crusca» de Florencia. Era una sociedad de la lengua que, al revés de otras de este siglo, comprendía también a los nobles, excluyendo únicamente a los clérigos a fin de evitar toda connotación confesional. Con Andreae y Johann Rist hizo una excepción. Llegó a tener 890 miembros, entre ellos a Martin Opitz (1597-1639), defensor del uso de la lengua alemana en vez de la latina y autor de un tratado de poesía, Buch von der Deutschen Poeterey (1624), que ejerció un influjo decisivo entre los intelectuales alemanes. Otro libro suyo anterior en que defiende las ventajas del alemán sobre el latín (Aristarchus sive de contemptu linguete teutonicae, 1617) parece ser tenido en cuenta por Andreae en un capítulo (57) de su Cristianópolis. En la Sociedad, Opitz tomó el nombre de Gekronte (el Coronado). El objetivo de esta sociedad era la Pureza de la lengua y la pureza de costumbres.

Elige el nombre de «Mürbe» (el Mórvido), apropiado -explica- a mi edad y a mi jubilación 41, y como emblema un musgo adherido a un árbol con la leyenda «Noch grünts» (todavía verdeguea), cuyo tono jovial y determinado contrasta llamativamente con el cansancio y desilusión que refleja la otra leyenda que hizo poner en su escudo de armas, «Sufficit» (basta 42), que puede verse en un retrato que le hizo Kilian hacia 1648. En este año se firma la paz de Westfalia y nuestro hombre puede por fin retirarse de sus cargos, pues lo venía pidiendo desde hacía algún tiempo y se le rehusaba por causa precisamente de la guerra. Su último servicio en la corte fue la celebración o, mejor, preparación de las solemnes fiestas organizadas con motivo del fin de las hostilidades, ya que con las prisas, nos cuenta, se resbaló y cayó de tan mala manera que hubo de guardar cama durante dieciocho días con fuertes dolores de cadera 43. También tuvo la gran felicidad de poder publicar al fin su estudio más importante y sistemático sobre la educación, *Theophilus*, un diálogo que contiene las líneas fundamentales de su doctrina pedagógica. Lo había concluido en 1622 pero la censura prohibió que se imprimiera. Deseoso de darlo a conocer, envió algunas copias a sus amigos en el extranjero. Su propio original desapareció en el incendio de Calw. Cuando más adelante, muertas ya las personas que acusaban al libro de herético, pensó en que podría sacarlo al público, indagó entre sus amigos si aún conservaban la copia. Comenio, que se encontraba por aquellas fechas en Danzing-Elbing, se enteró de las gestiones de Andreae a través de Magnus Hesenthaler, correspondiente y amigo de ambos. Inmediatamente le escribió expresándole su alegría por saberle vivo, pues creía que había muerto en el asalto de Calw, y anunciándole que le remitía una copia del manuscrito porque el que había recibido de él lo tenía lleno de anotaciones. Gracias a esta obsequiosidad del gran pedagogo, Johann Valentín pudo publicar en 1649 esta obra que tanto estimaba, veintisiete años después de su composición. El episodio contribuyó además a restablecer las relaciones entre ambos, rotas unilateralmente por nuestro pastor, que en el prólogo al libro del duque August de Braunschweig-Lüneburg, *Evangelische Kirchen Harmonie* (1646), había calificado la doctrina pedagógica del autor checo como una superchería de la pansofía escolástica para escarnio de Lutero. Comenio se sintió profundamente dolido por esta inesperada y desabrida asomada del que consideraba su amigo y su maestro y le pidió en una carta que fuera más benevolente en sus juicios. En el prólogo al *Theophilus* Johann Valentín se deshace en salvas y agradecimientos a Hesenthaler y a Comenio 44.

En 1650 es nombrado abad de Bebenhausen, y en 1654 es promovido a abad de Adelberg. En los últimos párrafos de su autobiografía alude a los muchos sufrimientos, corporales y espirituales, por los que ha pasado en su cuarto año de cárcel 45 (escribe en 1653), que sólo un condenado a galeras, o a las minas, o a luchar contra las fieras, podría comprender. Ha soportado la insolencia de los arribistas, la venganza de sus rivales, el abandono de sus amigos, la deslealtad de sus colaboradores, el desagradecimiento de sus clientes, el engaño de sus servidores y, más que nada, la ambición desatada de un hombre despreciable... Todo ello lo referirá, Dios mediante, en el diario del próximo año.

41 Vito. p. 138.

42 Tomado de Me. 14, 41.

43 Cfr. Vita. p. 140.

44 Cfr. la Introducción de Van DULmen a la edición de esta obra, pp. 14-15

45 Vita, p. 143.

No tuvo ocasión de hacerlo, pues el 27 de junio (7 de juli(según el calendario gregoriano) de 1654 moría en Stuttgart y era enterrado en el cementerio de la iglesia-hospita (Hospitalkirche). Su hijo Gottlieb nos cuenta los último; momentos de la vida de su padre. Al sentir cercana la; muerte, Johann Valentin se revistió de sus ornamento sacerdotales y recibió la sagrada eucaristía en compañía de sus familiares y amigos. Asistido por las oraciones de lo siete clérigos que rodeaban su lecho, recitó con voz quebra da pero muy clara los doce artículos del credo que su mujer le iba leyendo por delante. «Me siento bien, indeciblementi bien», musitó poco antes de morir -o de dormirse, pues como él mismo había escrito en su utopía (cap. 99), lo cristianopolitanos llaman sueño a la muerte.

LA FAMA DE J. V. ANDREAE

La repercusión de la obra andreana en la historia de pensamiento europeo ha sido decididamente pobre. Parece que su memoria se libró de la «muerte súbita» gracias a do hechos circunstanciales que no tienen nada que ver con 1; valía de los escritos. El primero fue la suprema sencillez de Comenio, que en sus cartas y libros le cita honrándole con el título de maestro suyo y precursor de la reforma educati va. El prestigio alcanzado en toda Europa por este extraor dinario pedagogo mantuvo a flote el nombre, y poco más que el nombre de Andreae 46. El otro fue la extremada; adusta espiritualidad del pastor suabo, que le mereció un puesto en la tradición pietista. Hay que hacer caso aparte con los manifiestos rosacruces, pero éstos no se asociaron públicamente a su nombre, en un principio al menos, ni la exégesis que se hizo de ellos respondía en absoluto a sus ideas y proyectos.

Las muestras de interés por su legado intelectual son pocas y esporádicas. En 1738 un editor de Tübingen anuncia la publicación de las obras completas de Andreae en cuatro volúmenes, pero la empresa, promovida por teólogos del círculo pietista, no llegó ni a empezarse. También en esta ciudad y a finales del mismo siglo aparece el catálogo completo de sus libros impresos hecho por Phillip Burk, que ya hemos citado. Pocas de sus muchas publicaciones, escritas la mayoría en latín, merecieron el honor de una segunda edición o de ser traducidas al alemán. Civis Chris-tianus y Christiani Cosmoxeni Genitura Iudicium fueron editados en Amsterdam en 1660 y otra vez en Leipzig, junto con Theophilus, en 1706, y el primero solo, traducido al alemán, en 1775. J. G. Herder saca a la luz en 1786 una selección de sus poesías y expresa en el prólogo su entusiasmo por la calidad de las mismas, lamentándose de que los eruditos alemanes, fascinados, como siempre, por los nombres foráneos e insensibles para los propios, no hayan prestado la debida atención a un hombre de la talla y merecimientos de J. V. Andreae. Theophilus apareció malamente traducido al alemán en 1826 y en forma más rigurosa en 1878. Turbo lo fue en 1907 y los Threni Calvenses en 1922.

46 Sobre las relaciones entre J. V. Andreae y Jan Amos Komensk (Comenio) y el influjo de ambos en la cultura europea, cfr. Blanca JERA BEK; «Die Bedeutung von Andrea und Comenius für die europaisch Geistesgeschichte», en Joiuinn Valentin Andrea 1586-1654... Vortriige, pr 42-64.

Su autobiografía en 1799 y una edición crítica del original latino en 1849. Por lo que se refiere a Cristianópolis no fue vuelta a editar en latín hasta muy recientemente, y la primera traducción al alemán, que data de 1741, fue reimpresa otras dos veces en breve espacio de tiempo.

Parecida fortuna tuvieron sus tratados más estrictamente espirituales o eclesiásticos. Uno de ellos, *Vox Libera*, en que defiende la primacía y la independencia de la Iglesia frente al Estado, publicado en 1667, ya después de su muerte, fue traducido al alemán por un colaborador íntimo de Spener y vio la luz en 1678 con el título de *Freye Feder*.

También lo fueron sus dos resúmenes de la doctrina de Arndt, que salieron juntos con dos trataditos espirituales de este último en 1765, así como *Apap* y *Gallicinium*, e 1827, y, traducido por uno de sus parientes, *Herculi Christiani Luctae XXIV*, en 1845 ⁴⁷.

En la actualidad existe en Alemania un manifiesto interesante por recuperar la figura intelectual de Andreae, como lo delata la publicación de varias obras suyas en estos últimos años y el relieve dado al cuarto centenario de su nacimiento (1586-1986), celebrado con unas Semanas conmemorativas y una Exposición que han organizado las tres ciudades en que vivió, Herrenberg, Vaihingen y Calw. El interés por su producción literaria, que ha estado limitada a los manifiestos rosacruces, a la utopía y al *Theophilus*, se extiende ahora a todos sus escritos. La Editorial Frommann-Holzboog tiene programada la publicación de los mismos en unos 2 volúmenes ⁴⁸, de los cuales el 2 y el 7 ya han visto la luz en 1994. Ello revela sin duda las buenas expectativas que el mercado cultural ofrece a la obra de nuestro autor.

Donde nuestro personaje ha alcanzado una presencia ininterrumpida, aunque sin pasar nunca de lánguida, ha sido en el terreno de la literatura ocultista. Sus conexiones con la Fraternidad Rosa-Cruz han sido su destino, fatal por todos los conceptos, ya que esta faceta meramente anecdótica en el conjunto de su extensa y polimorfa actividad literaria ha dejado en la sombra a su verdadera personalidad intelectual y humana. A Johann Valentín se le hace Gran Maestro del Priorato de Sión -después de Robert Fludd antes de Robert Boyle-, Hermano Mayor de la Fraternidad Rosa-Cruz -puesto en el que sucedería a Francis Bacon sería seguido por Robert Boyle-, Maestro de los Templarios, miembro del Colegio Invisible... Esta dimensión esotérica es casi la única que se asocia con él cuando se le menciona. Así lo hace, por ejemplo, Jorge Luis Borges en su breve relato de ciencia ficción *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius* ⁴⁹ o Umberto Eco en su novela *El péndulo de Foucault*. La investigadora inglesa Francis A. Yates, que tiene varios estudios muy buenos sobre el ocultismo renacentista, uno de ellos expresamente sobre los rosacruces ⁵⁰, rodea la persona de Johann Valentín con un halo de misterio y suspense que acaba por hacerle aparecer como un interesante conspirador cósmico más que como el párroco diligente y picajoso que era. Toda la trama que urde la autora se ordena a establecer una conexión entre la Sociedad Rosa-Cruz y la Royal Society, la famosa sociedad científica inglesa fundada por Hartlieb y Boyle.

⁴⁷ Las historias eclesiásticas, sobre todo las locales, se hacen eco de manera permanente de la figura de este pastor humanista, polígrafo reformador, como es natural.

⁴⁸ Johann Valentín Andreae: *Gesammelte Schriften*. Las obras latinas; van acompañadas de la traducción alemana.

⁴⁹ Obras completas 1923-1972. Ultramar. Madrid. 1977. pp. 431-443. A Andreae le cita en las pp. 433 y 440.

⁵⁰ *El Iluminismo Rosacruz*. FCE, México, 1981. (Esta editorial transcribe el nombre de Andreae por Andreas.) Otros libros de esta autora que tratan del tema aludido son: *Giordano Bruno y la Tradición Hermética*. Ariel, Barcelona, 1983; *La Filosofía Oculta en la época isabelina*. FCE, México, 1982; *El arte de la memoria*. Taurus, Madrid, 1974. La autora también asocia a Copérnico con el hermetismo (cfr. Alberto ELENA: *Las quimeras de los cielos*. Siglo XXI, Madrid 1983, pp. 115-116.)

Resulta patético observar cómo Yates se ve obligada a concluir, cada vez que agota una línea de investigación sobre el supuesto ocultismo andreaño, que faltan estudios sobre la cuestión, o que Andreae no se expresa aquí o allí con la suficiente claridad. Esto último es la condición natural de nuestro hombre, que no tenía necesidad ninguna de hacerse ocultista para escribir incomprensiblemente.

En cuanto a sus maneras clandestinas es cosa que suena a guasa referida a Andreae, quien todo lo ponía por escrito, un hombre del que puede decirse como de ningún otro que no sabía lo que pensaba hasta que lo tenía puesto en libros. La creación de la Royal Society es posible que se deba a causas humanas. En toda Europa se estaban erigiendo sociedades de este tipo, como la famosa «Accademia dei Lincei» de Roma, en 1603, la «Accademia del Cimento» de Florencia, 1657, la «Accademia degli Investiganti» de Nápoles, en 1663, la «Académie des Sciences» de París, en 1666, etc. La Royal Society de Londres, constituida en 1662 a partir de otra ya existente, bien pudiera explicarse como un resultado normal de este movimiento europeo. Si los ingleses quieren buscarle unos orígenes míticos en vez de los naturales de las otras sociedades, eso es asunto distinto 51.

Este destino ha arrastrado también, como era de esperar, a Cristianópolis, una de sus obras mejor conseguidas, a quien un historiador de las utopías como Lewis Mumford se ha atrevido a conceptualizar como una de las mejores en su género, por delante de las de Campanella y Bacon 52. Ernst Bloch, por ejemplo, es un buen exponente de este reduccionismo inicuo. En su monumental estudio *El principio esperanza* se contenta con escribir, refiriéndose a Cristianópolis, que la obra no tiene mucha importancia y, desde luego no es original; por eso adquiere ahora importancia en conexión con la Rosa-Cruz 53. En esta misma sintonía se expresa Francis A. Yates, para quien la obra sobre una república ideal publicada por Andreae está fuertemente influenciada por la *Civitas Solis* de Campanella 54. Este último juicio lo profieren protocolariamente casi todos los autores que por una razón o por otra se manifiestan sobre estas dos utopías. Ello prueba lo poco conocido y lo nada leído que es nuestro autor. Cristianópolis es totalmente original con respecto a La ciudad del sol y no comparte con ésta otros rasgos que los que son comunes o al género utópico en general o al utopismo renacentista en particular. La sociedad ideal de Andreae, timorata y convencional, está a millas de distancia de la sociedad ideal de Campanella, truculenta y metafísica. Cristianópolis, además, es el desarrollo sobrio y detallado, sin alardes embolismáticos, del programa rosacruciano, del verdadero, el que estaba preludiado en la *Fama* y la *Confessio*. Dar importancia a estas dos últimas obras y no dársela a la anterior, como hace Bloch, es del todo incoherente y arbitrario.

En castellano no hay, que nosotros sepamos, ningún título de Johann Valentin Andreae a excepción, claro está, de los *Manifiestos Rosacruces*.

51 Además de esta variante ocultista existe otra de carácter místico y edificante que cultiva en la actualidad el *Lectorium Rosicrucianum*, con sede en Haarlem (Holanda) y en Madrid.

52 Cfr. *The Story of Utopias*. Peter Smith. Gloucester. Mass., 1959, p. 82.

53 Ed. Aguilar, Madrid. 1979. vol. 2, p. 209.

54 Giordano Bruno y la Tradición Hermética, ed. c. p. 469. Cfr. *El arte de la memoria*, ed. c. p. 438.

II

LA OBRA: CRISTIANÓPOLIS

En el primer capítulo de su utopía nos cuenta el autor que, cansado de errar por estas tierras como un extraño sin encontrar lo que buscaba ansiosamente, el hombre, se decidió a lanzarse de nuevo por el Mar Académico. Apenas adentrado en él, los torbellinos, es decir, las envidias y las calumnias, hicieron naufragar su nave y ya daba su vida por perdida cuando las olas le depositaron inesperadamente en las playas de Cafarsalama, una isla perdida en la inmensidad del Océano Etíope. En los capítulos siguientes nos cuenta cómo fue llevado a Cristianópolis, la capital y única ciudad de esta isla, donde encontró por fin tras lo que andaba: el hombre. Este hombre es el luterano, uno que ha aceptado la fe reformada y la ha hecho vida. Y la sociedad en que está es asimismo luterana, una que reconoce el nuevo cristianismo surgido de la Reforma y lo pone por obra.

El tema que tenía acaparado el interés de los herederos espirituales de Lutero era la discrepancia observada en las comunidades evangélicas entre los principios que profesaban y la conducta que seguían. Aunque el disgusto por esta situación y los requerimientos imperiosos de superarla eran unánimes, había una parte de la Iglesia luterana que postulaba de manera especialmente insistente una enmienda inmediata de las costumbres, cosa que la enfrentaba al ala más conservadora de la misma, que veía en este énfasis dado a la rectitud moral una desviación herética, ya que para la Reforma la rectitud de la doctrina gozaba de absoluta prioridad, de acuerdo con la enseñanza de Lutero de que es la fe la que salva y no las obras. Johann Valentín era de los que sostenían que la tarea más importante que incumbía al luteranismo en aquel momento no era otra que la de reformar la conducta de los cristianos, arguyendo que la reforma doctrinal ya estaba bien y definitivamente hecha. Esto le valió la ojeriza de los ultraortodoxos y hasta la acusación de herejía. ÉL sin embargo, proclamó sin cesar la ortodoxia de sus posiciones y atribuyó a la envidia y a las calumnias el acoso de que fue objeto. Uno de sus grandes miramientos, nos dice, había sido siempre el de acordar la «cosa» del cristianismo y la inocencia de costumbres con la pureza de la doctrina o, también, el de maridar la rectitud de la fe con la santidad de la vida ⁵⁵. Éste es el problema que aborda en Cristianópolis. Esta utopía, específicamente luterana y la primera que produce el protestantismo, nos describe una sociedad ideal, utópica, en la que la unidad de fe y de vida está lograda de forma modélica sin que una ni otra sufran quebranto alguno.

El deseo de acrecentar la piedad y el amor cristianos de los fieles no era exclusivo de Andreae. Lo compartía con otros muchos que, como él, consideraban la reforma de la praxis eclesiástica la asignatura pendiente del luteranismo. El ardor y la impaciencia con que se deseaba y esperaba esta renovación toma cuerpo en los Manifiestos Rosacruces, que anuncian una serie de misteriosos e inminentes sucesos que harán cambiar las conciencias, la filosofía y la sociedad y que lanzan un llamamiento a las clases rectoras e ilustradas de Europa para que se integren en una Fraternidad que tiene por objeto instaurar un nuevo orden en el mundo. Andreae estaba implicado en la redacción de estos Manifiestos o como autor directo o como colaborador.

51 Coniugium sanitan fidei cuín sanclitate vitae (De christiani Cosmo-xeni genitura. Judicium. Lipsiae, 1706. p. 175).

Su complicidad, real o atribuida, fue determinante en su carrera de humanista y de pastor, de suerte que todos sus escritos actividades están «tocados» por el episodio rosacruz. Cris tianópolis lo está decididamente y no se la puede entender calibrar como no sea en relación con esos Manifiestos.

1

LOS MANIFIESTOS ROSACRUCES

En la universidad luterana de Tübingen se había consti tuido discretamente un pequeño grupo de profesores alumnos a los que embargaba el anhelo común de ver cum plidos pronto y hasta el final los nuevos ideales cristianos surgidos de la Reforma. Además de Johann Valentin entonces estudiante, se sabe que eran miembros de esta asociación figuras destacadas de la teología y de otras cien cias, entre ellos Tobias Hess, utopista y milenarista, Chris toph Besold, canonista, místico y «pansofo», profesor d gran autoridad y prestigio que encabezaba junto con Hes la fervorosa capilla de amigos, Abraham Holzl, Thoma Lansius, Wilhelm Bidembach, Wilhelm Schickhardt, mate mático y astrónomo, inventor de la primera máquina calcu ladora o «reloj de contar» y sobrino del célebre arquitecto Heinrich Schickhardt, que había diseñado para el duque Johann Friedrich de Württemberg La Ciudad de la Alegría (Freudenstadt), un plano en que parece inspirarse la estructura arquitectónica de Cristianópolis y, finalmente, Johan Jakob Hainlin y alguno más 56. Para éstos la tarea d enmendar la doctrina teológica ya había sido llevada a tér mino por Lutero y sus discípulos inmediatos, pero aún faltaba traducir esa doctrina en fe vivida íntimamente, concertada cristianamente con los nuevos saberes científicos y profesada públicamente. Éstos son los tres objetivos reformistas que se anuncian con cierta prisa y vaguedad en los Manifiestos. Johann Valentin los repetirá, ya con más precisión, en casi todos sus escritos, especialmente en su utopía, donde el trío «piedad», «probidad» y «erudición» o sus sinónimos es un estribillo que aparece poco más o menos en todas las páginas.

En el año 1614 ve la luz en Kassel el escrito más característico del mito rosacruciano, a saber. Fama Fraternalitatis, sin nombre de autor. Va dirigido a los rectores, estamentos y letrados de Europa, relata la vida del hermano Christian Rosencreütz (al que sólo se designa con las iniciales C. R o C. R. C), fundador de la Fraternidad de la Rosa-Cruz, y promete, usando modales esotéricos y apocalípticos que se parecen a los usados por Gioacchino de Fiore 57, una filosofía nueva y la transformación del mundo. En esta primera edición la Fama va como un añadido al texto Reforma universal y general de todo el ancho mundo, que es un capítulo de la obra de Boccacini Raggua-gli di Parnaso (Noticias del Parnaso), lo que delata un cierto matiz irónico en el escrito, más para protegerlo de interpretaciones burlonas que para restarle seriedad. Al año siguiente salió una segunda edición de la Fama, esta vez junto con la anunciada Confessio Fraternalitatis, el otro manifiesto rosacruz. La redacción de los mismos, sin embargo, es bastante anterior según los críticos, los años 1609-11 para la Fama y 1611-13 para la Confessio.

56 Cfr. Richard van DÜLMEN: Die Utopie..., p. 46 ss. Parece ser que V. Andreae formó con algunos de éstos una confraternidad secreta muy estilo germánico, sobre todo con Tohias Hess.

57 Sobre el influjo del abad Joaquín y su milenarismo en las ideas rosa-cruces véase Henri de LUBAC: La postérité spiirituelle de Joachim de Flore. P. Lethielleux, París, T. 1. 1978, p. 234 ss.

Un año después, en 1616, aparece, también sin nombre de autor. Las bodas químicas de Christian Rosencreütz: Año 1459, que se atribuyó a Besold hasta mediados del siglo xviii, cuando, al editarse la traducción alemana de la autobiografía de Johann Valentin, pudo comprobarse que era de éste. De acuerdo con los datos que suministra, lo compuso entre los años 1605-6. Así, pues, aunque es el tercer manifiesto rosacruz en publicarse, es el primero en ser redactado. La presencia en los tres de un mismo protagonista, Christian Rosenkreuz, así como otros indicios que arroja la crítica interna y externa de los escritos, ha creado la convicción entre los investigadores alemanes de que el autor de la Fama es Johann Valentin Andreae 58. Respecto de la Confessio no abrigan esa seguridad pero lo vinculan, desde luego, al círculo de Tübingen. La investigadora inglesa Francés A. Yates cree encontrar para el movimiento rosacruz una conexión inglesa que partiría de John Rober Fludd, pasaría por Alemania y retornaría de nuevo a Inglaterra en las personas de Samuel Hartlieb y Robert Boyle, ambos implicados en la fundación de la Royal Society 59.

El impacto de la Fama fue enorme. Sólo entre 1614 y 1622 se produjeron más de 200 respuestas en forma de cartas, folletos y tratados en distintos lugares de Europa, y la ola se hubiera incrementado si el comienzo en 1618 de la Guerra de los Treinta Años no la hubiera parado y restado sentido 60. Los personajes más señeros de la época se vieron empujados por ella, unos pidiendo o proclamando su pertenencia a la Fraternidad, como Comenio y Fludd, otros negándola, como Descartes, otros burlándose de una asociación que pretendía renovar las ciencias nada menos que mediante la alquimia, la magia y la cabala, como Naudé, Mersenne y muchos más 61.

De hecho, el impulso rosacruz había tomado un sesgo fantasioso y romanesco que desnaturalizaba por completo los objetivos anunciados en la Fama. El cambio que aquí se propugnaba lo llevó a un terreno espiritualista e ilusorio absolutamente ajeno a la realidad, y la unión de todas las fuerzas ilustradas de Europa se concretó en una sociedad facciosa y esotérica nutrida en gran parte de petulantes, embaucadores y visionarios.

Por otro lado, el movimiento provocó la desconfianza de los gobiernos a causa del componente revolucionario que albergaba. El alma del círculo de Tübingen era Tobías Hess, al que las autoridades civiles y eclesiásticas de Alemania vigilaban con recelo, las primeras porque temían los efectos desestabilizadores de su milenarismo, que mostraba mucha afinidad con las doctrinas separatistas de algunos líderes religiosos todavía no olvidados, como Kaspar de Schwenckfeld, Valentín Weigel y Thomas Müntzer 62, las segundas porque

58 Dülmen recoge numerosos documentos de escritores de la época que atribuían a Andreae la autoría de la Fama, aunque no los considera del todo concluyentes (cfr. *Die Utopie....* p. 73 ss.).

59Cfr. *El Iluminismo Rosacruz*, p. 212 ss.

60 Yates habla muy certeramente del «frenesí rosacruz».

61 La historia de estas reacciones a favor y en contra, con nombres y títulos, puede seguirla el lector en la obra citada de Yates. Para Michael Maier (1568-1631) le remitimos a la publicación de Santiago SEBASTIAN: *Alquimia y emblemática. La fuga de Atalanta de Michael Maier*. Tuero. Madrid, 1989.

62 Kaspar Schwenckfeld (1489-1561), teólogo, abandonó el luteranismo por considerar que la iluminación interior era más importante que la revelación escrita. Apoyó a los anabaptistas y constituyó un grupo propio de adeptos, los Confesores de la gloria de Dios, que alcanzaron una cierta difusión en Estados Unidos y de los que todavía queda hoy un resto.

Valentín Weigel (1553-1588) fue un teólogo luterano dominado por un gran misticismo. Aunque juró la Fórmula de la Concordia, sus escritos, que se conocieron después de su muerte, le hacen claramente heterodoxo. La secta weigeliana fue duramente combatida por la Iglesia luterana oficial, especialmente por los teólogos de Tübingen Theodor Thumm y Lucas Osiander el Joven, ambos adversarios abiertos de las posiciones de Andreae.

Thomas Müntzer (1489-1525), monje agustino, conoció personalmente a Lutero, cuya doctrina rechazó más tarde. Fue uno de los fundadores del anabaptismo, tomó partido por los campesinos en la guerra de éstos contra la nobleza y trató de crear una especie de imperio teocrático comunista. Fue ejecutado tras la derrota que él y los suyos sufrieron en Frankenhausen.

desaprobaban cualquier tipo de iluminismo que restara importancia al creer en beneficio del hacer. Johann Valentín era un íntimo amigo y admirador de Hess, al que puso como modelo de púgil cristiano en una de sus obras, *Herculis christiani luctae* XXIV (1615), y del que publicó una colección de sentencias piadosas, *Theca gladii Spiritus* (1616) 63. Era, asimismo, amigo de Johann Arndt, autor de algunos tratados de piedad que habían provocado la reacción airada de la ultraortodoxia luterana 64. Desde sus tiempos de estudiante se había tratado familiarmente con Besold, quien unos años antes de su muerte (1638) se convirtió al catolicismo 65. Estas «malas compañías» y la falsa recepción de que fue objeto el programa anunciado en la Fama le colocaron en una posición incómoda y peligrosa que le obligó a ponerse a la defensiva 66. En cuanto tuvo noticia del revuelo provocado por la Fama y la *Confessio* y del sentido alienado dado a su llamamiento, niega repetidas veces y con énfasis tener algo que ver con ellos. Llega incluso a escribir un libro contra la Fraternidad de la Rosa-Cruz, *Turris Babel* (1619), acusándola de ser un caos y una comedia y, cuando en 1639 tomó posesión de su cargo de predicador en la corte, aún tiene cuidado de jurar, por propia iniciativa, que siempre se había reído del cuento (Márlein) del rosacrucismo. Estas protestas, sin embargo, nunca fueron tajantes e inequívocas, de manera que ni entonces calmaron a sus adversarios ni hoy convencen a los historiadores. No hay que excluir que la ambigüedad de tales protestas se deba a su incapacidad para decir algo con nitidez y exactitud o a que realmente no tuvo nada que ver con los dos documentos ni con los orígenes de la Fraternidad. No obstante, es más verosímil que se deba a que, estando en profundo y sincero desacuerdo con la interpretación espiritualista y aventurera dada al programa de Christian Rosenkreuz y negándose a admitir cualquier tipo de parentesco o connivencia con esa interpretación, temiera que al descalificarla se entendiera que estaba descalificando el programa mismo, con el cual, fuera o no fuera él el autor, estaba identificado por completo. Claramente lo dice en la obra citada *Turris Babel*: Digo adiós a la sociedad de la Hermandad Rosa-Cruz, pero nunca a la verdadera Hei mandad cristiana, la que huele a rosas bajo la cruz 67.

63 Tobías Hess (1568-1614) fue el amigo más entrañable de Andreae y el que más influyó en él. Jurista de profesión, estudió y practicó la medicina de Paracelso y Galeno. Andreae escribe que le debía la vida, pues le curó de unas fiebres muy graves. Esperaba la renovación de la sociedad al cumplirse el milenio y era un hombre de profunda y ferviente espiritualidad. Fue acusado de ser el «cabecilla de todos los utopistas». Johann Valentín escribió una Apología de él, que parece ser la misma que publicó en sus *Memorialia* (1619) con el título de *Tobiae Hessi, viri incomparabilis, Immortalitas*. En *Herculis christiani* relata en clave irónica que tras la muerte de Hess el famoso médico Vesalio hizo la autopsia de su cuerpo encontrándole enteramente sano y bueno, por lo que todos los temores sobre su presunta corrupción eran infundados. Eso sí, entre sus órganos pudo descubrir algunos pequeños restos del pecado original.

64 Johann Arndt (1555-1621), un devoto pastor de la parroquia de Celle, encarna la reacción más pura del protestantismo luterano contra las fatigosas e interminables disputas doctrinales que éste mantenía con el calvinismo, el catolicismo y los iluminados. Según él la esencia del cristianismo estriba en una vida santa antes que en una doctrina santa. Su espiritualidad se apoyaba en los escritos de los místicos católicos (cfr. BRAW, *Christian: Bücher im Staube. Die Theologie Johann Arndts in ihrem Verhältnis zur Mystik*, Brill, Leiden, 1986), cosa que indignó a los ultraortodoxos, quienes desencadenaron una polémica sobre el «verdadero cristianismo» que duró varias décadas. En Tübingen este enfrentamiento estaba encabezado por Theodor Thumm y Lucas Osiander.

65 Christoph Besold (1577-1638) es la figura más prestigiosa del círculo de amigos de Andreae, aunque dada su edad y su talante grave no participaba tan vivamente de su entusiasmo y afán de novedades. Le desagradaban las furiosas polémicas en que había caído la teología oficial protestante y era muy aficionado a los autores místicos, Johann Tauler, Heinrich Seuse y Thomas Kempes especialmente, todo lo cual le condujo de nuevo a su antigua fe romana. El papa Urbano VII le ofreció la cátedra de derecho de Bolonia. Tradujo al alemán (1617) la obra de Boccacini *Ragguagli di Parnaso* y (probablemente en 1623) *La monarquía de España de Campanella*.

66 Las agrias disputas entre ortodoxos y espirituales alcanzaron en Tübingen su momento más tenso en el proceso llamado de Wild de 1622. Eberhard Wild, impresor y librero de la universidad, fue acusado de publicar y vender las obras de los autores considerados herejes o sospechosos, como Schwenckfeld, Weigel, Tauler, Erasmo y otros. En el escrutinio que se efectuó en sus locales se encontraron algunos catecismos para niños hechos por Johann Valentín, así como ejemplares de sus obras *Christiani amoris dextera porrecta* y *Christinae Societatis Imago*, pero ello no dio motivo suficiente para implicarle en el proceso. Estas reyertas teológicas cedieron un poco con la muerte de Thum en 1630, pero no desaparecieron efectivamente

hasta 1638 con el fallecimiento de Osiander (cfr. DÜLMEN: Die Utopie..., pp. 124 ss. y 277).
67 Cfr. DÜLMEN: Die Utopie..., p. 95. El escudo de armas de la familia Andreae, confeccionado por Jakob «el teólogo», representa una cruz de San Andrés con cuatro rosas, una en cada uno de sus ángulos. Se inspira en el sello de Lutero, que figuraba una rosa conteniendo una cruz, y en coincidencia del apellido de la familia con el nombre del apóstol. La rosa y la cruz, que entran en la composición de la palabra Rosen-Kreuz, juega un gran papel en el simbolismo rosacruciano.

2

LOS MANIFIESTOS Y CRISTIANÓPOLIS

En la carta que dirige al lector para presentarle la utopía de Cristianópolis y explicarle su finalidad, define el mensaje anunciado en la Fama de enmendar el estado corrompido de cosas mediante la imitación de Cristo, como una luminosa esperanza. Añade que venía rodeado de algunos extremos insólitos y grandiosos conforme al gusto de los curiosos ⁶⁸ aludiendo sin duda a los ingredientes herméticos, alquímicos y cabalísticos que la adornaban y que no tenían otra finalidad nos explica, que la de atraer la atención de los lectores. A propósito de Las bodas químicas, en que tales ingredientes criptográficos constituyen el núcleo de la narración, comenta admirado la estima y las finas investigaciones de que fue objeto por parte de algunos, siendo como era una obrita insignificante que sólo pretendía exponer los vanos esfuerzos a los curiosos ⁶⁹. Se lamenta, pues, de que los lectores de esta obra se hayan dejado deslumbrar por los adornos y no haya reparado en la sustancia, es decir, que hayan confundido en medio con el mensaje. Desde este momento se marca la tarea de rescatar dicho mensaje de sus adherencias fraudulentas y de situarlo en su genuina perspectiva cristiana. Lo hace con calma y rigor, desentendiéndose del fragor de las disputas surgidas, como él mismo nos dice en la mencionada carta al lector que precede a Cristianópolis: Mientras discuten entre ellos y se agolpan en los salones, han concedido a muchos un respiro para analizar estas cuestiones y sopesarlas ⁷⁰. Y lo hace con un denuedo extraordinario, redactando en este período, que se corresponde con su estancia en Vaihingen (1614-1620) y al que más tarde llamaría «laboratorio», un número increíble de escritos, más de cien, los más importantes y distintivos, además, de su carrera literaria, en la mayoría de los cuales acomete la labor de transmutar, purificar y reducir a sus verdaderos términos el programa reformista contenido en los Manifiestos.

En 1617 publica *Invitatio Fraternitatis Christi*, completada con una segunda parte al año siguiente, obra en la que exhorta a abandonar la ilusoria fraternidad rosacruz y a alistarse en la verdadera fraternidad cristiana. La naturaleza de esta sociedad y el objetivo de la misma lo desarrolla en otros dos libros que escribe acto seguido, *Christianae Societatis imago* (1619) y *Christiani amoris dextera porrecta* (1620), que unidos al anterior constituyen una trilogía sobre el mismo tema. La descalificación de la Orden de la Rosa-Cruz y las puntualizaciones sobre lo que debe ser una comunidad de cristianos son constantes en las obras de estos años: *Menippus* (1617), *Peregrini in patria errores* (1618), *Mythologia christiana* (1619), *Civis christianus* (1619), y en algunas posteriores, como *Verae unionis in Christo Jesu specimen* (1628).

68 P. 107

69 Vita, p. 38.

70 P. 108

El modelo de fraternidad cristiana que propone no difiere en nada sustancial del formulado originalmente por C. R., pero tampoco se parece en nada a las ideas que de él se habían forjado los rosacruces exaltados. Para Andreae los buenos cristianos están esparcidos por el mundo, aunque distanciados de él, y todos ellos forman una iglesia pequeña e invisible (*Dei minuta et invisibilis ecclesia*). Se trata de un concepto común de la doctrina cristiana que encontramos sistemáticamente expuesto en *La ciudad de Dios*, de San Agustín, y que la teología luterana utiliza con frecuencia ⁷¹. Lo particular de Andreae es su intento de reproducir esa iglesia en concreto, a escala reducida, reuniendo un pequeño grupo de creyentes deseosos de vivir con un espíritu sincero y profundo los ideales cristianos de la piedad y del amor efectivo al prójimo. La pertenencia a la misma había de guardarse en secreto y lo mismo las obras de caridad cumplidas. Con ello sólo quería salvaguardar la sencillez que recomienda Jesús y su lema de que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, nos explica con insistencia. Ni la condición, pues, de reserva ni la de sigilo se pueden poner en relación con un colegio invisible o con una hermandad secreta, como muchos gustaron de entenderlo y llevarlo a efecto ⁷². Expresamente afirma que su Sociedad Cristiana no es ninguna variedad camuflada de la Fraternidad rosacruz, de la que se ha apartado radicalmente. Es una asociación religiosa, luterana y ortodoxa, cuyos miembros han de jurar la Confesión de Augsburgo y la Fórmula de la Concordia, y que, por tanto, no se asemeja para nada a cualquier tipo de cabildo pretencioso y secretista. El duque August de Braunschweig le confirma estas protestas en una carta que le dirige en 1642 dándole las gracias por haberle enviado sus dos obras, *Imago* y *Dextera porrecla*, a propósito de las cuales escribe: Sólo los ignorantes las pueden contar entre los escritos de los hermanos de la Rosa-Cruz, pues se oponen diametralmente a ellos ⁷³. Este testimonio positivo también nos revela las dificultades y sospechas a que tuvo que hacer frente Johann Valentín durante toda su vida por su conexión, efectiva o supuesta, con la Fraternidad rosacruz y su programa reformista.

Pero la obra en que desarrolla más extensamente el programa rosacruciano transmitido embrionariamente en la *Fama* y en la *Confessio* es *Cristianópolis*. Absuelve esta tarea de forma clara, sobria y sistemática, sin más paramentos criptográficos que los que derivan de su propia opacidad expresiva. La absuelve, además, con la libertad que le da el tratarse de una utopía, un juego ⁷⁴ o experimento pensado que le permite explayarse a satisfacción y le pone al abrigo de las suspicacias de sus adversarios. Él mismo nos dice que se ha inventado esta sociedad para poder ejercer en ella su dictadura ⁷⁵ esto es, para poder expresar a sus anchas qué es lo que él entiende por una fraternidad cristiana. Los cristianopolitanos son los verdaderos hermanos rosacruces, como dice aquí⁷⁶, los que han recogido el mensaje de C. R. y lo han puesto por obra.

71 Cfr. Roland EDIGHOFFER: «Die Stadt Calw als "Christenburg" und "Civitas solis"», en Johann Valentín Andrea 1586-1654 Vortraee p. 73.

72 Sobre el Colegio Invisible véase Francés A. YATES: *El Iluminismo Rosacruz*, p. 212 ss.

73 Cfr. EDIGHOFFER. 1. c, pp. 72-73.

74 P. . La palabra *ludibrium*, *ludicrum* y sinónimos o su equivalente alemán *Posse*, *Spiel*, etc., con que se refiere a sus obras *Chymische Hoch-zeit* (*ludibrium*), *Cristianópolis* (*ludicrum*) y *Fama Fratemitatis* (*Posse*), no significa en Andreae una pura farsa o ficción, sino un género literario que usa de imágenes y ensoñaciones para transmitir una doctrina o un mensaje pedagógico serio, al modo, por ejemplo, de las sátiras de Luciano y de Erasmo. Este estilo lúdico tiene una gran cabida en la obra andreaana (cfr. DÜLMEN: *Die Utopie....* p. 93 ss.: MÜLLER: *Gegenwelte*, p. 20 ss.).

75 P. 110.

76 Cfr. cap. 4.

EL MENSAJE ROSACRUZ Y CRISTIANÓPOLIS

El nuevo orden del mundo que pedía un sector de la inteligencia luterana y que en tono oracular se vaticina en los Manifiestos se desplegaba en tres niveles, el de la unción personal, el del estudio o ciencia y el de la sociedad, en correspondencia con los tres niveles que la antropología de la época distinguía en el hombre: alma, espíritu y cuerpo, recogidos y atendidos en otras tantas instituciones, a saber, la Iglesia, la Academia y el Estado ⁷⁷. Johann Valentin expone en muchas de sus obras el sentido y alcance de este cambio renovador en su triple vertiente, pero es quizá en Cristianópolis donde lo hace más explícita y sistemáticamente.

LA RENOVACIÓN INTERIOR: EL PIETISMO

La reforma espiritual ya la venían propugnando algunos autores luteranos a los que posteriormente se consideró como los precursores del pietismo. Philipp Nicolai (1556-1608) es uno de los primeros y más destacados. Su obra *Freudenspiegel* (Espejo de alegría), publicada en 1602, es un escrito edificante en que narra la felicidad del paraíso y propone una vida interior de adhesión a la fe, de contemplación mística, de negación de sí mismo, de desprecio del mundo, de seguimiento de Jesús en humildad, paciencia y alegría. Johann Valentin y sus hermanos la tradujeron al latín (*Speculum laetitiae*) al año siguiente e hicieron circular algunos manuscritos de la misma. El autor más importante e influyente fue Johann Arndt (1555-1621) con su libro *Vier Bücher vom wahren Christentum* (Cuatro libros sobre el verdadero cristianismo), en el que antepone de una manera sistemática la piedad personal a la pureza de doctrina. Dado a la luz entre 1606 y 1610, constituye un desafío al luteranismo ortodoxo por el protagonismo indiscutible que se concede a las obras. De hecho, Lucas Osiander el Joven (1571-1638), uno de los pilares de la tradición teológica luterana, profesor y canciller de la universidad de Tübingen a partir de 1619 y 1620, respectivamente, escribió un libro en que arremetía directamente contra las tesis de Arndt ⁷⁸. Johann Valentin toma una posición clara y abierta a favor de este piadoso pastor y su obra, de la que hace y publica un resumen (*Christianismus genuinus*, 1615) y una selección de los numerosos simbolismos naturales que aparecen en ella (*Similia ex Christianismo genuino*, 1621). A él está también dedicada la utopía Cristianópolis. De entre los miembros del círculo de Tübingen se señaló por sus tendencias pietistas el prestigioso profesor de derecho Christoph Besold (1577-1638) a las que da libre curso en su tratado de carácter teosófico *Axiomata philo-sophico-theologica* (1616), dedicado a Johann Valentin.

⁷⁷. Esta trilogía surge en la Edad Media y sustituye a la vieja dicotomía Iglesia-Estado acuñada por el papa Gelasio en el siglo v. Se encuentra por primera vez en Alejandro de Roes, que distingue tres principados: el sacerdocio, el reino y el estudio, que él localiza en Italia, en Teutonia y en Francia, respectivamente. Tolomeo de Luca, discípulo de Santo Tomás que completó el *De regimine principum* (1265-1266) de éste, escribe que toda monarquía ha de estar acompañada de tres asistentes: el culto divino, la sabiduría escolástica y el poder secular. Kant reconoce tres comunidades: la política (Estado), la ética (Iglesia) y la culta (Universidad). Sobre el tema véase el artículo de Reinhard BRANDT: «La institución política en Kant», en *Dianoia* 33 (1987), pp. 105-130.

⁷⁸ *Theologisches Bedenken* (Reflexión teológica), Tübingen 1623. El Consistorio le amonestó en 1625 para que cesara en su polémica contra Johann Arndt. También Theodor Thumm (1586-1630), profesor de teología en la universidad de Tübingen a partir de 1618 y autor de un escrito contra Weigel, *Impietas Weigeliana* (1622), combatió porfiadamente las posiciones de Arndt. Ambos teólogos mostraron una dura y persistente hostilidad hacia Johann Valentin.

Los críticos modernos creen ver en este personaje al auténtico cerebro y motor del grupo de amigos, y le atribuyen incluso una complicidad principal en los documentos rosa-cruces, pero su conversión de última hora al catolicismo habría irritado a los luteranos, que condenaron su nombre y sus escritos al olvido. Nuestro mismo biografiado es uno de los más preclaros exponentes del pietismo, tanto que hoy se vincula el origen de este movimiento espiritual a su persona y a la de Arndt. Toda su producción literaria está impregnada de un humor devoto y puritano exuberante, y lo mismo sus iniciativas pastorales. Phillip Jakob Spener (1635-1705), el padre oficial de la corriente pietista, le llama su precursor y asegura que, si le fuera dado resucitar a alguien para bien de la Iglesia, ése sería, lo más seguro, Johann Valentin Andreae 79.

Cristianópolis es un dechado de esta mentalidad recoleta. Las deducciones morales y devotas que se encuentran aquí a propósito de cualquier asunto son absolutamente famosas, constituyendo uno de los alicientes más vigorosos para leer los sucesivos capítulos -asaz plúmbeos- de esta utopía, pues, aunque se lo proponga por juego, el lector nunca adivinará la suerte de aplicaciones edificantes que es posible sacar de él, así son de inesperadas y fantásticas. La geometría, por ejemplo, nos invita a considerar las exiguas medidas de nuestro cuerpo, la estrechez del sepulcro, la despreciable mole de la tierra. El álgebra, con sus intrincadas operaciones, nos recuerda los enredos de Satanás y la sagacidad que se necesita para librarse de ellos. La música, cuán exactamente debemos atender al compás que Dios nos marca y sintonizar nuestros actos al tono de sus preceptos, etc. El lector puede hacer una prueba leyendo el capítulo 95 sobre el agua, o el 94 sobre los jardines.

79 Cfr. Johann Valentin Andreii 1586-1654... Katalog, p. 119

LA RENOVACIÓN DE LAS COSTUMBRES: LA EDUCACIÓN

La reforma social de acuerdo con la recta doctrina cristiana establecida por Lutero era otra de las grandes aspiraciones de este círculo de Tübingen, descontento y desencantado por los escasos progresos conseguidos en este terreno. El deseo de un cambio universal lo compartían entonces amplios sectores de la intelectualidad europea, pero fueron los autores de la Fama y la Confessio los que inopinadamente dieron con la fórmula de concentrarlo y vigorizarlo. Para Johann Valentin esta reforma postulaba una conformación total de la vida pública a los mandamientos y al espíritu del cristianismo, lo que entrañaba necesariamente una subordinación del Estado y de sus instituciones a la autoridad de la Iglesia. De esta segunda exigencia se ocupa en su libro Apap. De la primera, en casi todas sus obras pero principalmente en Cristianópolis y en el Theophilus, un diálogo compuesto poco después de su utopía en el que resuenan muchos de los temas abordados en ésta y a veces con las mismas palabras incluso.

En estos dos escritos abunda en lo que es su tema obsesivo. En los tiempos que corren ya no es tan importante afinar la doctrina teológica sino llevar una vida virtuosa. Por supuesto, si no se cree bien se vive mal, pero si no se vive bien es inútil creer rectamente 80. La reforma de la enseñanza revelada ya la hizo Lutero y la asentaron él mismo y otros teólogos prestigiosos como Melancthon, Johann Brenz, Jakob Andreae, su abuelo, Lucas Osiander el Viejo, Johann Gerhard, Matthias Hafenreffer y tantos más. La insistencia en este aspecto está llevando a la teología por el camino de las sutilezas y los bizantinismos y, lo que es peor, a la caza y denuncia de herejes. La reforma, en cambio, de las costumbres sigue sin lograrse. Johann Arndt la planteó

excelentemente en su obra Vier Bücher..., pero fue tachado de hereje por dar tanto relieve a las obras en menoscabo de los dogmas ⁸¹. El resultado es que los cristianos lo son únicamente de boca (Maulchris-ten), pero no con los hechos, y que la Iglesia luterana está expuesta a los ataques y burlas de los teólogos católicos a causa de la corrupción de costumbres que reina en ella. Este tema de la unidad de fe y vida acapara totalmente su actividad literaria y pastoral. El instrumento que él considera fundamental para alcanzar este objetivo es la educación, ejercida a través de la ley y a través de la enseñanza o pedagogía.

80 Cfr. Theophilus, p. 88.

81 Cfr. ib., pp. 32 y 124-126.

LA LEY

La medida educativa que tiene por más eficaz es una legislación pertinente ⁸². Por tal entiende la que se inspira en la ley de Dios y recoge todos sus mandamientos, como es el caso de la Constitución de Cristianópolis (cap. 29). De hecho, este tipo de legislación ya existe, pero no se aplica, y una ley que no se aplica es una farsa ⁸³. Se requiere vigilar su cumplimiento y castigar a los infractores. En cuanto a los castigos, no están en uso en una ciudad como Cristianópolis, que es el santuario de Dios y donde prima la libertad cristiana, que no soporta preceptos, mucho menos amenazas (cap. 19). El primero que introdujo en el mundo la violencia y el desprecio no tenía nada de divino (cap. 21). Aborrecen las cadenas, los cepos y las cárceles y, desde luego, la pena de muerte o cualquier otra que entrañe derramamiento de sangre. Lo humano y meritorio es corregir al delincuente, pues matarlo eso lo puede cualquiera (ib.). El arte de las artes consiste en precaver el pecado, emprenderla, en cambio, con los caídos arrojando aún más piedras a sus ruinas es la cosa más inicua (cap. 19). A los contumaces que no se dejan enderezar por las reprensiones los apartan de la vida civil y litúrgica, pena ésta que tienen por más amarga que la muerte, pues equivale a destituirles de todo contacto con la creación. Antes los compelen al arrepentimiento poniéndolos en trabajos duros y viles y hasta azotándolos, pero si nada de esto vale, entonces los destierran (cap. 87). Johann Valentín es un enemigo declarado de la violencia física en todas sus formas porque la considera inhumana y contraria al evangelio, que nos ordena vivir en fraterna comunión (cap. 21), y porque cree que no es necesaria si se presta la debida vigilancia. Sobre ésta es poco explícito en Cristianópolis, aunque abundan las alusiones que delatan su gusto por este tema y la importancia que le da ⁸⁴. La responsabilidad primera sobre el control de las costumbres incumbe al juez, uno de los triunviros que gobiernan la isla, asistido por su esposa, la verdad, con ojos casi de águila, a quien no se le

82 Cfr. ib., p. 34. El valor pedagógico de la ley es una doctrina habitual en nuestra cultura ya desde Platón y Aristóteles.

83 Cfr. ib., p. 106.

84 En el epílogo (p. 233) señala expresamente la vigilancia de la Administración como factor importante para evitar las conductas desviadas. Ha sido, sin embargo, una falsa traducción lo que le ha valido a Andreae una leyenda negra en nuestro siglo por lo que concierne a este tema. El escribe (cap. 53) que los padres pueden visitar a sus hijos en el internado o ser visitados por éstos siempre que estén libres de obligaciones. Held tradujo erróneamente este párrafo poniendo que los padres pueden visitar a sus hijos y observarles sin que ellos lo sepan. Biesterfeld se dejó arrastrar por esta traducción e interpretó el hecho de que Georgi omita el párrafo como un acto intencionado de éste para no empañar la imagen de la utopía andreae. Los autores anglosajones subrayan todos el estrecho control a que están sometidos los ciudadanos de Cristianópolis basándose especialmente en este pasaje (cfr., por ejemplo, Lewis MUMFORD: The Story of Utopias, p. 59). Scheck evoca incluso el «Gran Hermano», el lóbrego personaje de la novela de Orwell 1984 (cfr. 1. c, p. 130). Bien leído, sin embargo, el párrafo de marras arguye a favor de la libertad y profundo sentido de la familia que reina en Cristianópolis.

escapa nada de cuanto ocurre. En los barrios esta vigilancia la llevan los «octoviros», con otros ocho prefectos a sus órdenes, cuya arma principal, y casi la única, es el ejemplo, con el que mueven a todos al respeto y guarda de sus obligaciones. El alumbrado nocturno se ordena a este fin (cap. 25) y los padrinos tienen como obligación principal la de controlar a sus ahijados (cap. 86).

En el Theophilus desarrolla más en detalle sus ideas sobre este asunto tan decisivo para él. Propone que en cada barrio se elijan dos o tres varones que se encarguen de vigilar el comportamiento de sus vecinos, tanto el que llevan en casa como fuera de ella, y a los que se denuncie cualquier delito o falta que se sepa de alguno. Todas las semanas estos varones probados e íntegros amonestarán en público a los que ellos mismos hayan sorprendido en alguna prevaricación o hayan sido delatados, y elogiarán a los que han destacado por su conducta edificante. Para los casos más graves funcionará un consejo de diez ancianos presididos por un decurión, y, si esto no basta, se lleva la causa a un magistrado supremo. Sobre la eficacia de estos procedimientos no abriga duda alguna, pues el cónclave de los decuriones, constituido por varones ancianos, graves e incorruptos, ofrece un aspecto solemne y formidable, y realmente es una gran vergüenza ser reprendido por ellos. De otro lado, no hay miedo a que estos Catones pequen de desidia o de parcialidad, como es el caso de los magistrados civiles, ya que la dignidad de este cargo es transferible y pondrán buen cuidado en no perderla ⁸⁵. Para Andreae esta vigilancia, y la persecución y castigo de los pecadores, es un medio indispensable para conseguir la cristianización de la sociedad. Uno de sus empeños mayores fue, como hemos relatado, introducir en el ducado de Württemberg estos tribunales de costumbres, llamados Kirchenkonvente.

LA INSTRUCCIÓN

La segunda medida más importante para llevar a cabo la reforma de las costumbres es la instrucción. Extiende ésta a los adultos, para los que escribió algunos catecismos y para los que organizaba en su parroquia reuniones y conferencias, pero su interés se centra superlativamente en los niños y en los jóvenes. Éstos son, nos dice en Cristianópolis, el tesoro máspreciado de la república, su esperanza entrañable, la piedra angular de su existencia futura, de modo que ningún gasto y esfuerzo está mejor empleado que el que se emplea en ellos (cap. 51).

Uno de los impedimentos más graves para la formación adecuada de la juventud era la falta de escuelas y el mal estado de las existentes, la ausencia de una legislación apropiada y la pobreza, que obligaba a muchas familias a emplear a sus hijos pequeños en el trabajo apartándoles de ir a la escuela. Nuestro hombre trabajó incansablemente en remediar estas dificultades. Entre las actividades benéficas tanto de la Sociedad Cristiana como de la Fundación de los Tintoreros se nombra la ayuda a los niños pobres y a los huérfanos para que puedan asistir a los centros de enseñanza. Se conocen sus afanes y desvelos para sostener la Fundación de Tübingen, un seminario de teología para becarios, mendigando dinero entre sus ricas amistades y aportando en ocasiones el suyo propio. Siendo párroco de Calw se abrió una nueva escuela en la ciudad, cosa que, dado su cargo, no podía ser ajena a sus diligencias. Puso en orden el Pädagogium, una escuela superior de Stuttgart, y procuró una retribución decente para sus maestros. Cuando en 1648 el Sínodo ordenó

⁸⁵ Cfr. Theophilus, p. 104

la escolarización obligatoria en todo el ducado, Johann Valentín era miembro de aquél y podemos suponer que tuvo una parte activa en el establecimiento de esta medida, si bien no contamos con ninguna base documental para ello. El tema de la enseñanza generalizada tenía en Alemania una larga historia. Ya Lutero había exigido a los príncipes alemanes la erección y dotación de escuelas, demanda que desde entonces no había cesado de plantear la Iglesia luterana. El rescripto ducal de 1649 que manda dar cumplimiento a la orden del Sínodo es el resultado final y propio de este proceso reivindicativo del que Johann Valentín es un eslabón más.

En su utopía había avanzado las condiciones en que había de efectuarse esta escolarización. A todos los niños de ambos sexos se les lleva, al cumplir los seis años, a un internado, espacioso, iluminado, alegre, cómodo, en el que reciben una formación integral, esto es, religiosa, intelectual y física, se les alimenta con exquisitez, se les exige limpieza, se les atiende médicamente y se les trata con cariño. Siempre que están libres de obligaciones pueden salir a visitar a sus padres o ser visitados por ellos (caps. 51-54).

En cuanto a la instrucción en sí misma Johann Valentín la entiende exclusivamente como una instrucción religiosa y a ésta como una instrucción predominantemente para la piedad, pues en el orden doctrinal se han cumplido ya los objetivos. El fundamento de la instrucción perfecta, esto es, cristiana, es la piedad. Ella es el resumen y objetivo de todo el asunto, escribe en el Theophüus ⁸⁶, donde aborda con un cierto orden esta temática pedagógica, por lo que vamos a servirnos de este diálogo para hacer un resumen de la misma. La piedad a que él se refiere -escribe en esta obra- no es esa entrega ocasional y extraordinaria que algunos ponen en sus actividades, sino una profunda, solemne, perpetua, que se apodera de la vida del hombre y le acompañe siempre. Sólo así es posible una transformación estable de la sociedad. Para obtener una piedad de esta índole hay que sembrar sus gérmenes en los hombres cuando son niños, es decir, cuando tienen un alma todavía tierna y desembarazada en la que pueden prender y echar sólidas raíces. La palabra divina es la que contiene esos gérmenes. Por tanto, el objetivo único de la educación infantil es enseñarles esa palabra divina, pues ella nos informa de todo lo que nos interesa saber para andar el camino recto que nos lleva a Dios y para servirle, porque la existencia humana sobre la tierra no es otra cosa que un movimiento de retorno a Dios, del que hemos salido, y de esto poco o nada saben los filósofos y las ciencias ⁸⁷. En este marco estricto debemos situar el sentido de sus planes reformistas y el alcance de los mismos.

La materia natural para este aprendizaje la suministran los libros revelados y eclesiásticos, en modo alguno los profanos. Por consiguiente, los textos para estudiar han de ser las historias de Dios y las gestas de los santos, no las fábulas sobre Eneas o las metamorfosis de Ovidio, las sentencias divinas, no los versos de Virgilio, los himnos litúrgicos, no las obscenas canciones a Venus, la verdad cristiana, no el lenocinio de la vanidad pagana ⁸⁸. Para los que están destinados a Dios poco importan las leyes de Licurgo o de Dracón, la poética homérica o virgiliana, la elocuencia de Demóstenes o Cicerón, sino la ley de Cristo, la poesía davídica, la prosa de Isaías y Pablo y, desde luego, la sabiduría de Moisés, no la de Aristóteles.

⁸⁶ 130-132.

⁸⁷ Cfr. *ib.*, p. 132.

⁸⁸ Cfr. *ib.*, pp. 132-134.

Si se hubieran consagrado tantos esfuerzos a comprender a Cristo como los que se han consagrado a comprender al Estagirita, las cosas nos irían de otro modo 89. Con el estudio

de estas materias se despiertan y nutren en el alma de los creyentes la fe, la esperanza, la caridad, la paciencia, la humildad y todas las otras virtudes con las que se honra a Dios y se procura el cielo 90. Así, pues, se ha de imponer a los niños la lectura asidua y la meditación reposada de las Sagradas Escrituras a fin de que les resulten familiares, las aprendan de memoria y las entiendan con discernimiento 91.

Los preceptores han de ser también los adecuados. El lugar óptimo para formar el espíritu cristiano y piadoso de los pequeños es la familia, siempre que sus miembros, es decir, los criados, los hermanos, la madre y sobre todo el padre, que es el monarca y como el sol y el primer motor de todos ellos, cumplan las condiciones requeridas, pero, si no es así, debe encomendarse la formación de los hijos a una persona experta y virtuosa 92. Hace una crítica airada del maestro prototipo de entonces: su talante violento, su aspecto tétrico, sus lecciones aburridas y su servilismo al libro 93. Un buen educador ha de poseer y desplegar las cualidades contrarias. Y lo más definitivo: el antiguo pedagogo era un mero intérprete o explicador de una disciplina, el nuevo ha de ser un ejemplo de lo que enseña, una encarnación viviente de la doctrina que imparte. Si el preceptor mismo no es libro, biblioteca incluso y museo ambulante, si no obra como prontuario y manubrio del trabajo, como repertorio y norma de las lenguas y las artes, como honra, además, y ornamento de la patria y de la Iglesia, no responde a nuestros deseos 94. El trabajo y sudor de un pedagogo cristiano -continúa- estriba en saber resumir la esencia de una cuestión, explicarla con claridad, mostrar sus aplicaciones y usos, preceder con el ejemplo y, finalmente, referirlo todo a Cristo. Por supuesto que no todos pueden cumplir con estas cualidades, pero es necesario que las cumplan al menos los «pedagogarcas», los rectores y los «escolarcas», para que ellos dirijan y aconsejen al resto de los docentes de acuerdo con ellas 95. En un pequeño excursus sobre la enseñanza a nivel universitario se lamenta del escaso o nulo contacto existente entre los profesores y los estudiantes y postula un trato afable y regular entre ellos. Igual que el buen pastor conoce por su nombre a cada una de sus ovejas y las cuida, lo mismo ha de hacer el buen maestro con sus alumnos 96. Para los niños, desde luego, una relación familiar y afectuosa, lejos de toda adustez y rigorismo, es el medio más idóneo para estimular su inteligencia y desarrollarla, nos dice en Cristianópolis (cap. 47). Con respecto a los métodos de enseñanza Johann Valentín logra expresarse con cierta precisión esquemática, cosa en él desusada y famosa que revela su grande y largo interés por este problema. Compendia sus propuestas a este propósito en cuatro principios o normas que vienen a ser el núcleo de su programa, aunque no la totalidad del mismo, ya que observaciones importantes sobre esta temática se encuentran esparcidas por sus escritos más bien al tuntún. La primera es que se ha de enseñar a los niños en su lengua materna y no en latín, como se solía. La segunda, que se les enseñe únicamente lo que está al alcance de su inteligencia y que ellos mismos pueden explicar.

89 Cfr. ib., pp. 136-138.

90 Cfr. ib., pp. 134-136

91 Cfr. ib., p. 132.

92 Cfr. ib. pp. 172-174

93 Cfr. ib., p. 150.

94 Ib., pp. 150-152.

95 Cfr. ib., p. 152.

96 Cfr. ib., p. 166.

La tercera, que no se les explique nada que no sea proporcionado a su edad o que no sea de su interés. Estas tres normas las recapitula así: que la juventud no estudie sin un intérprete, sin un explicador ni sin un guía. La cuarta, que no se les enseñe a la vez cosas diversas, sino que se centren sus esfuerzos en un solo tema, sin cambios ni interrupciones, fuera de los que pide el descanso o relajación, las cuales no han de ser en ningún caso de horas o de días 97.

Una de las innovaciones más relevante, de la que se ocupa profusamente en Cristianópolis, es el uso de imágenes o reproducciones de las cosas que se explican e, incluso, de las cosas mismas, pues la doctrina entra más fácilmente por los ojos que por los oídos (cap. 47). Disponen para ello de parques zoológicos, jardines botánicos, laboratorios, museos, galerías de arte, etc., aparte de que las paredes de la ciudad están pintadas con motivos didácticos (cap. 48). Las prácticas y la manipulación de los materiales y de los instrumentos es también un elemento importante del nuevo proceso educativo. Asimismo, se procura favorecer la espontaneidad en el alumno haciendo del aprendizaje una especie de juego que le mantenga continuamente acaparado pero sin fatigarle ni hartarle. Entre los medios concretos que menciona a este particular están los certámenes (cap. 47) y la clasificación de los alumnos en grupos según su rendimiento intelectual (cap. 54). Hablando en el Theophilus de los preceptores incompetentes dice que es preferible que los muchachos mismos instruyan a otros muchachos siempre que guarden la debida disciplina. En este contexto advierte que Adán es también niño, y un niño pésimo, en el que anida la maldad tanto más profundamente cuanto que es menos conspicua y supuesta. Por eso no hay que dejar nunca a los niños solos, sino que se les debe vigilar y disciplinar 98. Este programa innovador de Johann Valentín no es original suyo. En cuanto a su diseño y postulación en abstracto andaba en los escritos de los humanistas desde que Juan Luis Vives (1492-1540) y Erasmo (1467-1536) lo habían propuesto, poco más o menos en los mismos términos, más de un siglo y medio antes. En lo que mira al uso de ilustraciones y de objetos la tradición es todavía anterior, pues se remonta a Raimond Llull (1253-1315) y comprende un gran número de autores como Giulio Camillo (1480-1544), Giordano Bruno (1548-1600), Robert Fludd (1574-1637), Campanella (1568-1639), etc., que desarrollaron lo que se conoce bajo la rúbrica del Arte o Teatro de la Memoria ". La culminación de esta corriente reformadora de los métodos de enseñanza se sitúa en la obra de Comenio *Orbis sensuallium pictus*, publicada en 1653, donde expone su doctrina del «estudio realístico», un modelo docente en que predomina lo intuitivo y espontáneo sobre lo formal y programado y en el que se da especial cabida a la experiencia del mismo alumno, lo que hoy se designa como realismo pedagógico. En cuanto a la implantación efectiva de sus proyectos educativos, los logros de Johann Valentín son modestos. La historia no le vincula a ninguna de las conquistas conseguidas en este terreno, ni teóricas ni prácticas. Él mismo nos lo delata cuando reconoce la ventaja que en lo concerniente a una educación moderna y acondicionada de la juventud llevan los jesuitas o, como gusta de llamarlos, los «loyolitas» Erigen palacios en menos tiempo del que empleamos nosotros en conservar nuestros establos 100.

97 Cfr. ib., pp. 14CV144. Lo mismo en Cristianópolis, cap. 55.

98 Cfr. p. 172.

99 Cfr. Francés A. YATES: *El arte de la memoria*. Taurus, Madrid 1974.

100 Theophilus, p. 182.

Aunque haya que restar algo a este desahogo de nuestro pastor luterano, lo cierto es que su contribución al progreso de las ideas pedagógicas y a su aplicación positiva, a pesar de sus muchos escritos y sus muchas fatigas, no ha sido de relieve o, si lo ha sido, está aún por averiguarse y reconocerse 101. En resumen, pues, Andreae concibe la educación como una rama de la teología práctica. La infancia, ese «pequeño jardín cristiano» (*hortulus christianus* 102), es el material más adecuado para sembrar las semillas de la virtud y conseguir hombres de una devoción perseverante que garantice una reforma duradera de la república según el curso señalado por el luteranismo pietista. Este curso es el de una república en que la fe está proyectada en las estructuras y normas sociales, de modo que la vida pública es la vida de los postulados prácticos de esa fe. A esta unidad dinámica del mundo de la conciencia y del mundo civil es a lo que llama Johann Valentin Andreae un cristianismo genuino 103.

LA RENOVACIÓN DEL SABER: LA CIENCIA SAGRADA

La reforma académica era la tercera gran aspiración de este círculo de Tübingen, compartida por amplios sectores del mundo europeo de las letras, como delata el eco alcanzado por la Fama. En ésta se narra el viaje de Christian Rosenkreuz por los países árabes y por España donde entra en contacto con los sabios de estas naciones y aprende los axiomas de todas las facultades, de todas las artes y de la naturaleza entera, a las que encuentra en armonía con su fe y compendiadas en el hombre, un microcosmos cuya religión, gobierno, salud, miembros, naturaleza, lenguaje, palabras y obras proceden en el mismo tono y melodía que Dios, que el cielo y que la tierra 104. Esta armoniosa unidad que forman todos los seres creados y Dios garantiza la armonía entre las diversas ciencias que los estudian, y el interés por conocerlos es tanto como el interés por conocer, admirar y reverenciar a Dios, único autor de esa sinfonía universal. Se trataba con esto de superar el antagonismo supuestamente irreconciliable entre fe y libre investigación, un viejo problema de la tradición cristiana que se remontaba a San Agustín, para quien la tarea exclusiva de la inteligencia estribaba en ahondar y esclarecer las verdades reveladas, definiendo la ciencia como un esfuerzo de la propia fe por entenderse mejor a sí misma (*fides quaerens intellectum*) y rotulando de curiosidad ociosa y malsana cualquier interés exploratorio que no tuviera a esa fe como motivo, medida y fin. El auge de las ciencias naturales en el Renacimiento, el de la astronomía principalmente, puso en entredicho la congruencia entre la comprensión de la naturaleza que tenía la teología y la que arrojaban los nuevos descubrimientos, cosa que ratificaba el acierto de la postura agustiniana. La Iglesia trató de cerrar el hiato que se operaba condenando las nacientes teorías y a sus autores, y advirtiendo contra la impía y diabólica curiosidad de las investigaciones profanas, pero sin éxito.

101 La institución del Colegio es el aporte más original de Andreae al mundo de las ciencias, según Held (cfr. *Cristianópolis*, Introducción, p. 66 ss.). En el mundo de las ideas pedagógicas su aportación más novedosa es la de que la enseñanza y su materia han de ser proporcionadas al desarrollo mental del niño según Van Dülmen (cfr. *Theophilus*, Introducción, p. 11). En lo primero se adelanta a Bacon, en lo segundo a Comenio.

102 *Theophilus*, p. 72.

103 Suele decirse que la doctrina de Lutero introduce una dualidad irreconciliable entre el ámbito de la conciencia y el de la vida civil. La postura de Andreae parece argüir que el luteranismo no asumió tan obviamente esa dualidad.

104 Cfr. *Fama Fraternitatis*, ed. Van Dülmen, p. 19.

Los avances científicos se sucedieron, la discrepancia aparente entre fe y razón se hizo mayor y la nueva ciencia se convirtió cada vez más en el monopolio de círculos humanistas distintos de la inteligencia clerical.

Algunos espíritus avisados y fervorosos, entre ellos nuestro pastor luterano, contemplaban con disgusto esta secularización de los saberes modernos y la pérdida de prestigio que entrañaba para el cristianismo. Para poner remedio a este declive no escatimaron ni esfuerzos ni ingenio. En la Fama, como hemos visto, se recurre a una supuesta armonía entre los seres de la creación. La naturaleza es un libro (líber mundi) escrito por Dios en el que no puede haber contradicciones y cuyo estudio, lejos de ser una vana curiosidad, hay que calificar como un acto de respeto hacia su Hacedor. La incompatibilidad entre curiositas y christianitas es, de acuerdo con este enfoque, enteramente gratuita 105.

En la utopía de Cristianópolis se ocupa con celo de este problema y de la forma de despejarlo. Insiste aquí en que la naturaleza es un libro escrito por Dios 106, una gran lección impartida por Él a los hombres. Hay que leerlo, por tanto, con cuidado, es decir, investigarlo, y hay que escuchar con reverencia cada una de sus palabras, esto es, cada una de las cosas creadas. Los misterios divinos están también impresos en la tierra (cap. 44), no sólo en la Biblia. La tierra, dice con audaz agudeza, está emparentada con la divinidad desde el momento en que Cristo, al encarnarse, tomó de ella su cuerpo 107 (cap. 67). En consecuencia, el estudio de la naturaleza es el estudio de Dios y no se le puede desacreditar como una curiosidad inútil y aventurada, sino que se le debe conceptuar como una obligación que nos impone la piedad, pues no hemos sido enviados a este mundo o teatro esplendidísimo de Dios únicamente para ingerir los productos de la tierra, como los brutos, sino para pasearnos como espectadores entre las maravillas de Dios, como dispensadores de sus tesoros y como admiradores de sus obras (cap. 70), escribe en una frase inspirada que es un adelanto de lo que hoy se llama «principio antrópico» 108.

El protestantismo, al igual que el catolicismo, se opuso frontalmente a las teorías copernicanas y su actitud general ante las ciencias era de recelo e incluso de completo rechazo 109.

105 Por curiosidad entiende Andreae la pretensión de encontrar en las ciencias humanas una respuesta satisfactoria a los problemas del hombre. Tal respuesta sólo se encuentra en Cristo. La oposición entre ambas formas de inquirir la verdad es uno de los argumentos más capitales de la doctrina andreaana. Götze Müller cobija bajo el título de «Curiositas y Christianitas» todo el análisis que hace de Cristianópolis (cfr. Gegenwel-len, p. 47 ss.) y van Dülmen consagra un amplio capítulo a esta cuestión (cfr. Die Utopie..., p. 177 ss y 105 ss.).

106 En la literatura renacentista se atribuye a Dios la redacción de dos libros: el de la Biblia y el de la naturaleza (líber mundi) o macrocosmos. El hombre es un compendio de este último, un microcosmos.

107 Andreae, como luego Bacon con mayor énfasis, insiste en que la naturaleza ha sido creada por Dios para servicio del hombre, principio éste que se considera hoy la causa de la explotación despiadada que la cultura occidental ha hecho, bajo el patrocinio del cristianismo, de la tierra y de los animales. No obstante, el pensamiento andreaano, aunque lejos de toda conciencia ecológica en el sentido actual, nos surte aquí de dos principios excelentes que recortan el mencionado antes: los misterios divinos están escritos en la creación, lo que significa que deteriorarla es tanto como emborronar esa escritura y privarnos para siempre de la posibilidad de descifrar los misterios que contiene. De otro lado, la tierra ha prestado a Cristo la materia para su cuerpo, por lo que merece tanto respeto como Cristo mismo.

108 Proclama este principio que la formación del mundo y su evolución han estado presididas y determinadas por la finalidad de producir al hombre, un ser inteligente capaz de comprender ese mundo y de admirarlo.

109 Lutero llamó loco a Copérnico y Melanchthon calificó la teoría copernicana de petulancia. Sin embargo, hoy se es muy cauto con el sentido de estas expresiones. La misma cautela se tiene con respecto a la postura de los teólogos protestantes (y católicos) de entonces ante la nueva astronomía. Kepler escribe en una carta que se adhirió a la explicación de Copérnico después de escuchar las lecciones de su maestro Mastlin. Éste era luterano y enseñaba en la universidad luterana de Tübingen (cfr. Alberto ELENA: Las quimeras de los cielos, ed. c, p. 156 ss.).

En los tiempos de Johann Valentin la seña más conspicua de una actitud abierta al nuevo espíritu científico era la acogida positiva de las tesis de Copérnico, cuyo representante más destacado en la época era Kepler. Cuando Johann Valentin ingresó como estudiante en la universidad de Tübingen ocupaba la cátedra de matemáticas el reputado profesor Michael Mástlin que, aunque en sus lecciones públicas enseñaba el sistema geocéntrico, en privado, a un corrillo más íntimo de discípulos entre los que se contaba nuestro joven, explicaba el sistema copernicano. Pocos años antes había escuchado estas lecciones privadas Johannes Kepler mientras hacía los estudios de teología en esta universidad. Por razones de conciencia se había negado a firmar la Fórmula de la Concordia, cosa que le impidió ejercer la enseñanza en el ducado de Württemberg. Johann Valentin visitó probablemente a Kepler en 1612, cuando en el transcurso de su viaje a Italia hizo una parada en Linz, donde residía el célebre astrónomo, y con toda seguridad en 1619 con motivo de una misión diplomática que hubo de desempeñar en Austria. Estas relaciones personales, así como las que ambos mantenían con amigos comunes señalados por su talante liberal y abierto, como es el mismo Mástlin y Wilhelm Schickhardt entre otros, revelan en nuestro hombre una posición decididamente progresista en este terreno. En todo caso su apuesta por las ciencias es inequívoca, como puede verse en Cristianópolis, donde se cultivan todos los saberes sin excepción -menos el militar-, incluso algunos tan poco aceptos a la ortodoxia luterana como la cabala, la alquimia, la astrología, el profetismo y la teosofía. Eso sí, una ciencia que debe ponerse al servicio de la fe y que debe nutrir la piedad del creyente. El compendio, en efecto, de toda sabiduría es Cristo, y Cristo crucificado, y el centro de todo interés en este mundo es únicamente la Iglesia, pues en torno de ella y de ella sola gira la historia del mundo y de la humanidad. La ciencia que merece ser aprobada es la que nos acerca a Cristo, la otra, la que nos aparta de El, hay que execrarla. Y remata: los únicos que saben son los cristianos, porque aprenden de Dios, los otros no saben más que bagatelas, porque aprenden de sí mismos (cap. 36). La ciencia que interesa y que lo es por antonomasia es la que nos acerca a Cristo, es decir, la ciencia sagrada 110.

¿Qué sitio queda entonces para las ciencias humanas?, le pregunta su interlocutor en el Theophilus, donde trata este mismo problema y lo resuelve en el mismo sentido, ¿Son peligrosas para un cristiano? En absoluto, contesta, si se las concilia con Cristo y se las armoniza con las leyes divinas usando de ellas para servir a Dios, ayudar al prójimo y proteger la vida, la fama y los bienes del hombre. En esta perspectiva, y evitando con sumo cuidado la vanidad propia que suscitan, los fieles han de entregarse con empeño al estudio de las artes y las ciencias a fin de sacar provecho de ellas para la práctica de la vida devota y para saber despreciarlas 111. En Cristianópolis este tipo de provechos espirituales son la porción más principal y sabrosa de la obra, como hemos dicho.

A la postre, como se ve, acaba por evocar todos los viejos demonios que prometía conjurar en el introito. La legitimidad de las ciencias naturales no la fundamenta en la razón pura, como si se fiara de ella, que es la impresión que transmitía al principio, sino en la razón teológica, la cual, al determinar qué cosa es congruente con la fe y edificante para la piedad, determina qué contribuciones científicas son aceptables o no. La censura, de la que es un resuelto partidario como lo demuestra en Cristianópolis (cap. 42), asegura esta posición privilegiada para la ciencia sagrada. Hay un irracionalismo en este

110 En el Theophilus dice que todo lo que no está al nivel de Cristo o de los cristianos está muerto (p. 138).

111 Cfr. Theophilus, p. 136.

planteamiento andreano, acentuado indirectamente por la hostilidad que sentía hacia Aristóteles, bajo cuyo patrocinio se hallaban entonces las ciencias naturales, pero nacido directamente del eterno narcisismo cristiano, que nunca supo soportar la idea de que en algún extremo se pusiera en duda su superior autoridad. La que parece una apuesta inequívoca de Andreae por las ciencias es del todo equívoca: se limita a aquellas aportaciones de las mismas que pudieran contribuir al lucimiento de la fe y a la gloria de la teología. Cuando pide que se abran las facultades eclesiásticas a los nuevos saberes lo hace pensando en incrementar el posible número de los armígeros y paniaguados de la religión y de la Iglesia. Cuando no lo sean o en la medida en que no lo sean, siempre habrá tiempo y ocasión de darles las dimisorias. Aunque quepa una interpretación más benévola de este discurso, lo cierto es que se encuentra a distancia infinita del sí categórico e inapelable que da a la libertad de investigación Campanella 112, a quien Johann Valentin conocía por sus escritos y a quien, durante un tiempo al menos, admiró profundamente 113.

Otro de los puntos que aborda nuestro autor en el contexto de la reforma académica es el de la dimensión práctica de las ciencias. En el *Menippus* (1617), una colección de sátiras cortas, producto de una lengua desenfadada pero inofensiva que fue recibida con suerte desigual, pues agradó a los discretos e irritó a los necios 114, hace una crítica a los rosacruces, que han seguido un camino curioso y desusado en lugar del verdadero y simple de Cristo. Confiesa que abrigó el deseo de entrar en la Fraternidad, pero que desistió de ello al advertir el poco interés que prestaban a las necesidades concretas e inmediatas de los hombres. También ridiculiza la enseñanza impartida en la universidad de Tübingen por su carácter abstracto y desentendido de la realidad. La medicina especialmente se limitaba a interpretar y glosar los textos antiguos, los de Galeno sobre todo, sin tener un pensamiento siquiera para sus posibles aplicaciones. Todo lo cual le valió una réplica pronta y agria de los aludidos 115. Ya en la *Confessio* se intenta dar relieve a esta finalidad en una serie de interrogantes con respuesta positiva: ¿no sería bueno sentirse despreocupados del hambre, de la pobreza, de la enfermedad, de la vejez...? 116. La primera capitulación que convienen los hermanos de la Rosa-Cruz, tal como se nos dice en la *Fama*, es la de asistir gratuitamente a los enfermos y, según se nos informa, ésta había sido la actividad principal de Christian Rosenkreuz. A este propósito se nombra a Teofrasto -Paracelso- que, si bien no pudo ser miembro de la Fraternidad, tuvo el mérito de convertir la medicina en una ciencia aplicada 117. En Cristianópolis Johann Valentin es muy claro a este particular. Los cristianopolitanos, al lado de la utilidad espiritual de las ciencias y después de ella, subrayan con vigor su utilidad material en orden a aliviar el trabajo, fomentar la salud, alegrar la vida, remediar la pobreza y estimular la creatividad. Bacon haría de esta finalidad utilitaria, entendida como caridad, el objetivo supremo de la investigación científica. La calificación del estudio de las ciencias como una virtud y como una devoción condujo al protestantismo a un desarrollo espectacular de las mismas, las especulativas tanto como las prácticas, en la forma que se sabe después de los análisis de Max Weber 118.

112 Véase nuestra Introducción a *La Ciudad del Sol* de Campanella (Mondadori, Madrid 1988), p. 55 ss.

113 Tobias Adami, un erudito alemán de confesión protestante, visitó a Campanella en 1613 cuando éste se hallaba en la cárcel y se trajo a Alemania algunos de los manuscritos del fraile dominico para publicarlos en su patria. Adami estaba relacionado con el círculo de Tübingen, cuyos miembros pudieron leer los manuscritos llegando incluso a traducir y publicar algunos.

114 Vita. p. 51.

115 Cfr. Martin BRECHT: «Die fällige Generalreform der Welt. Johann Valentin Andreas Programm», en Johan Valentin Andrea 1586-1654... Vortrage, p. 79.

116 Cfr. ed. Van Dülmen, p. 35.

117 Cfr. ed. Van Dülmen. pp. 22, 27 y 20.

118 Cfr. La ética protestante y el espíritu del capitalismo

CRISTIANOPOLIS

La estampa ideal de un cristiano genuino nos la traza en Cristianópolis, una ciudad utópica que ha sabido concertar el dogma y el «pragma» cristianos de una manera consumada. Pero nuestro autor también se esforzó por concretar en la realidad sus ideales luteranos formando pequeños grupos de creyentes sinceros y devotos con el compromiso de vivir y practicar las exigencias de su fe. Entre estos grupos destaca la Sociedad Cristiana, aunque no es el único. Su obra utópica, Cristianópolis, es la réplica literaria de estas otras obras cuyas operativas y reales.

LA SOCIEDAD CRISTIANA

Ya desde sus tiempos de Vaihingen trató de poner en marcha una asociación pía y humanitaria que sustituyera a la ficticia Fraternidad de la Rosa-Cruz. De una carta a Comenio se desprende que hacia 1618 estaba empleado en ganar adeptos para este proyecto, que contaba entonces con 24 miembros, algunos de ellos extranjeros. La idea partió, según él, de su amigo Wilhelm Wense, que fue también quien dio los primeros pasos para constituir esta sociedad, a la que llamó en un principio Civitas Solis (Ciudad del Sol), como la utopía de Campanella, a quien había visitado en la cárcel durante su viaje a Italia en los años 1614-16. Más tarde le pusieron el nombre de Sociedad Cristiana y, por fin, el de Unión Cristiana. Sus miembros debían entregarse con todas las veras a la práctica de la piedad, al mejoramiento de las costumbres y a la promoción de las letras, los tres objetivos, como vemos, que identifican la reforma general pedida en los Manifiestos y que son la columna vertebral de la utopía Cristianópolis 119. El estallido de la Guerra de los Treinta Años y, en la opinión de algunos historiadores, el carácter cespado y malsufrido del propio Andreae no dieron lugar a que se consolidara de momento pero sí más tarde y con menos pretensiones ecuménicas cuando nuestro hombre se encontraba en Calw 120. Es probable que la haya dotado de un reglamento, pues entre los papeles de Hartlieb se han descubierto unas cuartillas con las «Leyes de la Sociedad Cristiana», editadas en 1954 por Turnbull, quien opina que pueden ser originales de Andreae 121.

En esta misma línea de un cristianismo activo hay que colocar la Fundación de los Tintoreros, una corporación gremial que se distingue por sus fines altruistas. Nacida bajo su patrocinio en 1621, la bautizó con el nombre bastante enredoso de Sociedad de los Amantes Cristianos de Dios (Christlich gottliebende Gesellschaft) que traduce bien, no obstante, las intenciones piadosas y ministeriales de su fundador. Dado que la mayoría de sus miembros estaban relacionados con la industrial textil, tomó pronto la otra denominación. En los estatutos que redactó para ella, además de las condiciones consabidas referentes a la fe, establece una serie de finalidades asistenciales que recogen las tres facetas de su programa reformista, a saber, la religiosa, la moral y la educativa. únicamente de boca (Maulchristen). La Fundación de los Tintoreros tuvo una larga vida, más de trescientos cincuenta

119 John Warwick Montgomery ha publicado en su obra *Cross and Crucible* cartas y otros documentos de Andreae que documentan los orígenes de la Sociedad o Unión Cristiana. Los textos pueden verse en MANUEL: El pensamiento utópico en el mundo occidental, II, p. 137. La cana de Johann Valentin a Comenius está parcialmente reproducida en Blanka JERABEK, I. c, p. 50.

120: Cfr. Vita, p. 55.
121 Cfr. G. H. TURNBULL: «J. V. Andreae Societas Christiana». en *Zeitschrift für deutsche Philologie*, 73 (1954), pp. 407-432; 74 (1955) pp. 151-185.

La Fundación ha de ayudar económicamente a la Iglesia local, proveer al levantamiento y sostén de una biblioteca y reunir un fondo permanente con el que pagar la escuela, una carrera o un oficio a los niños pobres y a los huérfanos, así como dotar a los jóvenes carentes de recursos para que pudieran casarse. Esta proyección positiva de la fe la consideraba esencial y prioritaria en orden a conseguir unos cristianos verdaderos, vivos y practicantes, que no se limitaran a serlo años, pues no se disolvió de manera oficial hasta muy recientemente, el 3 de octubre de 1979.

Aparte de estas dos instituciones más permanentes, Johann Valentín intentó levantar otras varias, con escaso o ningún éxito, generalmente con el propósito de remediar necesidades repentinas y grandes como, por ejemplo, para socorrer a las masas de población que abandonaban sus hogares a causa de la guerra o a la multitud de niños huérfanos que quedaron en Calw después del asalto de la ciudad. También ayudó a sostener establecimientos ya existentes, como el seminario de Tübingen, escuelas parroquiales, etc. En ocasiones aportaba su propio dinero o ponía a disposición su casa, pero habitualmente urgía y presionaba a sus amistades ricas y a los nobles. Es ilustrativo a este particular lo que nos cuenta en su autobiografía: Cuando vino al mundo el príncipe Christian fui el primero en expresar mi alegría por ello y en desearle felicidades. A cambio me traje un botín de 60 florines para los estipendiarios de Tübingen 122. Estaba orgulloso de sus fundaciones y hablaba de sus logros como de un éxito personal suyo. Durante la hambruna que asoló la región entre los años 1626 a 1631 las ayudas que prestó la Fundación de los Tintoreros a familias enteras, a emigrantes, a parados, a pobres y a necesitados en general pasaron del millón, nos cuenta con ufanía 123. Aunque la cifra pueda ser exagerada, denota, sin embargo, la gran solicitud desplegada por nuestro pastor en este campo. No sólo protestaba y predicaba, sino que daba trigo.

CRISTIANÓPOLIS

La isla de Cafarsalama, situada en el Antártico, es el refugio de la religión expatriada (religio exul 124), es decir, el refugio de todos los buenos creyentes que el mundo ha perseguido y expulsado de sus confines. Reunidos aquí, construyeron la ciudad de Cristianópolis, hogar o, mejor, baluarte de la verdad y de la bondad. Nuestro autor, que gusta de definirse a sí mismo como un peregrino en su patria y un extranjero en este mundo, como un cosmoxeno 125, que es, por consiguiente, un miembro natural de esta religión expatriada, encuentra por fin lo que venía buscando hacía tiempo: una comunidad de fieles luteranos que creen bien, obran bien y estudian bien. Su confesión y su profesión, su credo y su vida, están de acuerdo. La piedad, la justicia y la erudición son aquí una realidad floreciente y armónica arrojando una imagen cabal del cristianismo genuino. Todo ello gracias a sus instituciones y leyes. De éstas vamos a presentar una exposición resumida y lo más orgánica posible, cosa nada fácil dada la incapacidad de Andreae para el pensamiento lógico y riguroso. Lo suyo, en esta obra desde luego, es un frufrú ininterrumpido de querellas contra el mundo y de recomendaciones devotas.

122 Vita. P. 129

123 Cfr. Ib., p. 58

124 Cap. 3

125 Cosmoxenus (extranjero en este mundo) es el que se guía por Cristo en esta vida. Se opone a cosniopoliucus, el que se guía por la razón. También habla de la aletheia exul (verdad expatriada) frente a la verdad que deriva de las ciencias (cfr. DÜLMEN: Die Utopie..., p. 135 ss.).

ORGANIZACIÓN RELIGIOSA

Las reglas por las que se rigen los cristianopolitanos están esculpidas en dos tablas en la primera de las cuales están los artículos de su fe **126**, que son un resumen de la Confesión de Augsburgo y de la Fórmula de la Concordia. sospecha de herejía.

Su credo, pues, es el luterano en toda su pureza, lo que les pone al abrigo de toda Pero el interés inmediato de Johann Valentín es señalar que aquí no se conforman con creer fríamente, por muy ortodoxo que ello sea, sino que viven su fe profundamente, incluso místicamente, y que la traducen en obras. En las clases de teología dogmática se instruye a los alumnos con todo rigor en la palabra revelada para que la entiendan y sepan defender, pero se les advierte que con eso no se ha concluido nada en la cuestión cristiana, sino que todos esos conocimientos son una preparación para la piedad. También se les pone en guardia contra quienes convierten el culto divino en una disputa y una pendencia, en cuyas manos la teología se transforma en espadas, alfanjes y arcos. Cristo prefiere los buenos a los doctos, los obedientes a los polemistas y a la hora de la muerte una conciencia limpia vale más que todas las artes y ciencias juntas. Lo que se reclama no es asentir a las verdades divinas, sino sentir con ellas y obrar conforme a ellas. No limitarse a creer en el Crucificado, sino querer ser crucificado. En Cristianópolis se da cabida a la teosofía, a la profecía, a los números místicos y a todo cuanto favorezca la experiencia extática o provenga de ella. Dios empieza, en efecto, cuando nosotros cesamos, habla cuando nosotros nos callamos. No obstante, se les previene contra los engaños del diablo y se les aconseja la mayor simplicidad. Para una teología sólida es suficiente obedecer al evangelio y a los apóstoles y, si no podemos ser arrebatados al tercer cielo con San Pablo, podemos con él conformarnos a Cristo **127**. Esta ventaja de lo afectivo sobre lo especulativo ya se pone de relieve en el examen que se hace a los solicitantes de la ciudadanía cristianopolitana a fin de establecer su nivel cultural, examen que es exclusivamente de teología. Para gran sorpresa del candidato, que para el caso es Johann Valentín, las preguntas no giran en torno a los contenidos formales de la fe, sino en torno a su vivencia y aplicación: control de sí mismo, lucha contra el mundo, servicio al prójimo, fraternidad cristiana, etc. **128**.

El presidente y guía de los asuntos religiosos es el teólogo, primero de los triunviros que gobiernan la ciudad. Profundo conocedor del dogma, es sobre todo un contemplativo. Se le ha visto con frecuencia poseído por el Espíritu y profetizando, aunque todo con gran compostura. Predica al pueblo una vez tan sólo a la semana transmitiéndole siempre un gran fervor y una profunda serenidad. Su mera presencia es ya elocuente aun cuando permanezca callado en medio de la asamblea. Tiene dos colaboradores, la «conciencia», su mujer, y el diácono. La primera, una cumplidora escrupulosa de los mandatos de la piedad y de la moderación, le recuerda puntualmente, sin falta ni error, cuáles son sus deberes. El segundo, cuya tarea es instruir a la juventud, administrar los sacramentos y consolar a los enfermos, ejecuta sus órdenes con entera fidelidad, sin cambiar nada por propia iniciativa y sin poner ningún reparo, pues tampoco ve en él a un superior desdeñoso y autoritario, sino a un padre afectuoso. Durante la estancia de Johann Valentín en Cristianópolis el teólogo era Abialdon, su mujer Senidis y el diácono Achban **129**.

126 Cfr. cap. 28

127 Cfr. caps. 76 y 77.

128 Cfr. cap. 6.

129 Cfr. caps. 30-32.

Su vida social está configurada de acuerdo con los mandamientos de su religión. Diariamente se reúnen tres veces, a la mañana, al mediodía y a la tarde, para la oración pública, acompañada de una lectura y de cánticos. Cada grupo lo hace en su propia sala y nadie puede faltar como no tenga una excusa muy grande. Cada reunión dura una media hora, que se prolonga algo más los días de fiesta 130. La comunidad entera se congrega en el templo para celebrar la eucaristía, rezar, cantar salmos e himnos y escuchar la palabra de Dios. Un presbítero expone las Sagradas Escrituras y un diácono los fundamentos del credo 131. Cada tres meses tienen en este sagrado recinto un auto sacramental.

Estando él allí pudo asistir a la representación del Jeremías de Tomás Naogeorgus, sencillamente maravilloso. Según ellos, si se pasaran la mitad de la vida en la iglesia les parecería poco o menos de lo debido, pues nada hay tan provechoso como ocuparse en la piedad 132. Para excitar la devoción pública sacan el coro a la calle todas las semanas, el cual recorre las principales avenidas de la ciudad entonando himnos y salmos. Están seguros de que los coros de los ángeles se unen a ellos en estas procesiones y les acompañan en el canto. Él tuvo la suerte de presenciar una de estas rondas en la que interpretaron el salmo 127 con gran solemnidad en medio de un silencio impresionante y la unción profunda de todos. Por nada del mundo quisiera perderse estos sublimes espectáculos 133.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

La segunda tabla del código cristianopolitano contiene los artículos de su Constitución, la norma de sus costumbres, que es el desarrollo legal de su credo religioso 134. Esta congruencia es el resultado natural de haber puesto el supremo bien en Cristo Jesús, cuyo amor les une en la perfecta amistad, les instruye en la perfecta verdad y les hace dueños de la perfecta política 135. El evangelio quiere un gobierno distinto del que quiere el mundo y, por consiguiente, los cristianos han de distinguirse de los demás no sólo por sus creencias, sino también por sus acciones. Es claro que la instancia apropiada para definir la naturaleza de ese gobierno es la religión cristiana.

El objetivo de las leyes es preservar la justicia, proteger la paz y persuadir el desprecio de las riquezas 136. Procuran ayudar a las víctimas de la injusticia de la naturaleza compensándoles con su cariño y su asistencia de las mermas que les inflige. Se mima y se respeta a los ancianos de ambos sexos, habida cuenta de sus méritos pasados y de su sabiduría y para contrarrestar la debilidad y mesticia que se apodera de su edad 137. Los enfermos reciben todas las atenciones requeridas, cada uno las apropiadas a su enfermedad peculiar, hay incluso hospitales para ellos y se encarga su cuidado a las mujeres y a las viudas por la mayor disposición y destreza que poseen 138. Se asiste a los moribundos en su lucha postrera, se hacen rogativas públicas por ellos y se acude en gran número a su lecho, esto último para presenciar el desenlace de la vida humana y cristiana y tomar ejemplo 139. La república es padre y madre para los huérfanos 140. 133 Cfr. cap. 66.

130 Cfr. cap. 14.

131 Cfr. cap. 84.

132 Cfr. cap. 82.

133 Cfr. cap. 66.

134 Cfr. cap. 29.

135 Cfr. cap. 73.

136 Cfr. cap. 74.

137 Cfr. cap. 96. 138 Cfr. cap. 98.

139 Cfr. cap. 99.

140 Cfr. cap. 91.

A los deficientes psíquicos se les deja convivir con los demás ciudadanos a no ser que la enfermedad sea muy severa, en cuyo caso se les recoge en un lugar aparte donde se les rodea de la mayor solicitud y afecto para compensarles de la iniquidad que la naturaleza cometió con ellos 141.

En Cristianópolis no hay víctimas de la injusticia social, es decir, pobres o explotados, pues no toleran semejante cosa. Pero con los extranjeros e indigentes que vienen se comportan con gran humanidad, acogiéndoles, curándoles si están enfermos, alimentándoles y proveyéndoles de un viático cuando se van 142. 132 Cfr. cap. 82.

Esta actitud filantrópica para con los extraños es uno de los primeros mensajes que nos transmite Johann Valentín al hablarnos de los cristianopolitanos 143 y hay que ver en ello sin duda un eco de su primitivo ideario rosacruz.

Al frente de la sección política está el justicia, segundo de los triunviros, un hombre con un sentido casi innato de la equidad, que no ha llegado a este puesto por la nobleza de su linaje o por sus riquezas, sino gracias a su espíritu ponderado y amante de la paz. A él le compete establecer los pesos, las medidas y los números, y su cometido estriba en domeñar a los ciudadanos y enderezarlos hacia Dios haciendo de esta vida en la tierra un preludio de la eterna, ya que en su opinión no hay mejor república que la que más se parece al cielo. Le asiste en esta tarea la «razón», su mujer, dotada de una vista casi de águila, que no consiente que el vicio prospere o que se ignore la virtud o que se murmure o que el pueblo se embrutezca o que se coarte la libertad o que se afloje la disciplina. El otro ayudante que tiene es el ecónomo, un gran experto en calcular la proporción entre los recursos de cada año y las necesidades de todos. Su primer cuidado es evitar que nadie reciba menos de lo que precisa, pero tampoco más, no sea que el espíritu se abotargue. No se enfrenta a ninguna dificultad en esto, pues nadie pretende más de lo que ha menester 144. Esta sobriedad y menosprecio del lujo se guarda también con respecto a la casa, los muebles, la vajilla, la ropa blanca y demás utensilios domésticos, así como con respecto al vestuario. Usan sólo dos vestidos, uno para el trabajo y otro para los días de fiesta, de color blanco o ceniciento, de forma diferente según la edad y el sexo, de lino en verano y de lana en invierno y sin ningún tipo de adorno. Su gran cuidado es que todo esté limpio. En el capítulo 84 habla de cuatro colores distintos de ropa, el blanco, el rojo, el azul y el verde como los propios y distintivos de la religión, de la política, de la enseñanza y de la alimentación, lo que no parece acordarse con lo que dice en este capítulo 24, como no se entienda de trajes ceremoniales específicamente o de otros paramentos característicos de cada una de estas profesiones.

Cuando Johann Valentín visitó la isla de Cafarsalama el juez era Abieser y el administrador Achitob. La «razón», esposa de Abieser, simboliza simplemente una función.

El régimen político que han elegido es el aristocrático porque, aunque la monarquía tiene ventajas evidentes, creen que sólo le corresponde a Cristo, quien no tolera que un legado o representante suyo posea un poder excesivo. Además, desconfían de la naturaleza humana, proclive a la tiranía y a la disolución cuando le cabe la autoridad absoluta, como lo estamos viendo actualmente 145.

142 Cfr. cap. 97.

141 Cfr. cap. 98.

143 Cfr. caps. 2 y 3

144 Cfr. caps. 33-35.

145 Cfr. Cap. 27.

La ley de Dios y el evangelio no elogian nunca el dominio de unos hombres sobre otros y lo que inculcan es una comunión fraterna ordenada. La autoridad óptima y la más eficaz es el ejemplo, repite incansablemente nuestro hombre. Nada más natural que la obediencia cuando el que reprocha es irreprochable, el que enseña está bien enseñado y el que manda es la norma misma 146. Recordemos cómo el buen pedagogo ha de ser él mismo libro, biblioteca y museo y cómo los sobrestantes cumplen su misión de vigilar a los obreros yendo delante en el trabajo y dándoles ejemplo. En el Theophilus remite la posibilidad de conseguir una república auténticamente cristiana a que el príncipe sea un ejemplo vivo de Cristo tanto en sus palabras como en sus actos 147.

La suprema autoridad en Cristianópolis descansa sobre un triunvirato formado por el teólogo, el juez y el erudito, cada uno de ellos presidiendo su respectivo departamento Pero en coordinación con los otros. Aparte sus asistentes inmediatos que, como se ha podido observar, son personajes medio reales medio simbólicos, cada triunviro tiene su Propio senado. El senado está constituido por 24 miembros elegidos de los tres estamentos en número igual. Son varones prudentes y de edad muy avanzada, por lo que tienen 12 «sustitutos extraordinarios», personas más jóvenes que ayudan a los más decrepitos o les suplen 148. Los triunviros se reúnen periódicamente para tomar decisiones de alcance general que atañen a la salvaguarda de la república. Deliberan sobre la verdad de la religión cristiana, sobre la observancia de las virtudes y sobre la mejora del nivel intelectual, pero también se ocupan de los pactos, de la guerra, del comercio, de las obras públicas y la alimentación. Sus decisiones las redacta y promulga su intérprete el canciller, al que también llama «elocuencia» o «lengua», un alto funcionario que hace gala de una gran sobriedad, precisión y capacidad persuasoria 149.

El régimen económico está basado en la propiedad común y en el trabajo de todos. Los productos alimenticios y los artesanales se depositan en unos almacenes a donde cada uno va a recoger lo que necesita 150. Entre ellos no usan moneda, aunque tienen mucha, que emplean para comerciar, pagar el tributo al César y para asoldar mercenarios 151. La isla que, aunque bastante autónoma a lo que parece, forma parte de una unidad política superior 152, mantiene un comercio intenso, si bien sólo unos pocos ciudadanos se ocupan de este menester. Con él no buscan el lucro, sino practicar la equidad. El intercambio de mercancías, en efecto, permite a cada particular disfrutar de los productos de otras regiones, admirar su variedad, hacer suyo realmente lo que es patrimonio de todos los hombres y conocer en sus verdaderos términos la largueza de la dispensación divina. Todo ello sin moverse de su pequeño terruño 153. El trabajo que se realiza en Cristianópolis, una ciudad de 400 habitantes 154, es mayormente artesanal. La ciudad entera es como un único taller, si bien de productos muy diferentes 155. Puesto que todos ejercen algún oficio o desempeñan alguna otra labor, es mucho el tiempo que les queda libre, el cual no lo pasan en la ociosidad, que les da vergüenza, sino que lo aprovechan para dar curso a la ingeniosidad y jugar a los inventos 156.

146 Cfr. Cap. 21.

147 Cfr. p. 96 y ss.

148 Cfr. cap. 93.

149 Cfr. cap. 27, cap. 26 y cap. 38.

150 Cfr. cap. 15.

151 Cfr. cap. 43.

152 Cfr. cap. 80.

153 Cfr. cap. 10.

154 Cfr. cap. 7.

155 Cfr. cap. 16.

156 Ib.

Nada extraño, por tanto, que lo consideren sano para el cuerpo y que no quieran siquiera llamarlo trabajo, sino ejercitación de las manos 157. Los artesanos son todos letrados, ya que, al revés que en el mundo, aquí opinan que cualquiera puede aprender un arte liberal y un oficio, siempre que se le dé tiempo y oportunidad 158.

El régimen jurídico no tiene suelo de qué nutrirse en esta comunidad profundamente cristiana. Los pequeños altercados que pueden surgir se solucionan llamando a la calma a los implicados o reprendiéndolos o llevando la causa a los tribunales, que la dirimen fácilmente.

Se rigen por sus propias leyes, muy claras, por lo que no necesitan ni tribunales ni procesos ni un código de derecho.

Eso sí, tienen un auditorio dedicado a la jurisprudencia pero está más bien de adorno y para redondear el repertorio de asignaturas. Sus peritos y empleados se limitan a asesorar al departamento de política y a practicar el noble arte de la caligrafía 159.

El matrimonio es una institución y un sacramento que goza de toda su estima, que contraen con devoción y que viven con exquisitez. La edad de casarse son los veinticuatro años para los jóvenes y los dieciocho para las muchachas, siempre con el permiso de los padres y los parientes, la aprobación de las leyes y la bendición de Dios.

No se unen motivados por la dote, que no la hay, sino por la afinidad de caracteres o por la calidad moral del otro o, incluso, por su piedad, cosa esta última muy rara en otras partes. La ciudad les provee de casa y de ajuar 160. Cuidan mucho la castidad conyugal, pues abrigan la idea de que también el matrimonio puede tener algo de prostitución y de inmundicia 161. Emplean por eso a las viudas en la educación de los jóvenes para que su caso y su ejemplo les adviertan de que no es irremediable ceder a la carne y que la castidad hasta tiene sus ventajas en el orden civil y religioso 162. Castigan duramente la impureza y la infidelidad matrimoniales, aunque a la verdad se han quitado las ocasiones para estos delitos. Las relaciones entre los cónyuges están llenas de mutuo respeto. Cada uno de ellos se entrega a cumplir puntualmente su cometido propio. Las mujeres no se hurtan a sus labores femeninas y no tienen a menos servir a sus mandos. Si alguno de éstos es dominado por su mujer, eso es culpa de él por ser un afeminado y por haberse casado con una marimacho. Pegar a su esposa no se tiene por ninguna hombrada ni la mujer vapuleada es admirada y bendecida por las otras. Aquí sólo se presume de llevarse bien en el matrimonio, ya que estar unidos por el cuerpo y separados por el espíritu es la mayor de las monstruosidades 163. La familia suele tener en casa dos o tres hijos, a lo máximo cuatro, pues, como ya dijimos, al cumplir los seis años se les envía a estudiar al internado 164.

El tema militar no entusiasma a Johann Valentín y tiene un papel exiguo en su utopía, al revés que en la de Moro y Campanella, e incluso que en la de Bacon.

156 Ib.

157 Ib.

158 Cfr. cap. 13.

159 Cfr. cap. 27 y 80

160 Cfr. cap. 88.

161 Cfr. cap. 90.

162 Cfr. cap. 91.

163 Cfr. cap. 89. Cristianópolis es una sociedad patriarcal y Johann Valentín participa de los prejuicios habituales contra las mujeres como puede comprobarse en los capítulos 31 y 34, pero su actitud es, en conjunto, menos despectiva propugnando incluso la incorporación de la mujer a las tareas educativas como institutriz (cap. 53) y como profesora (caps. 54 y 81). En todo caso no puede decirse, como hace Müller, que el destino de la mujer en Cristianópolis es «la rueca y la aguja» (cfr. *Gegenwelten*, p. 55).

164 Cfr. cap. 15.

Los cristiano-politanos tienen una oploteca o museo con todas las armas posibles inventadas por el hombre, pero sólo para mostrar el horror de la crueldad y de la insensatez humanas. ¡Tanta imaginación, tanta audacia, tantos peligros, tanta atrocidad y violencia para destruir a nuestro hermano o para conseguir unas magras ganancias, cuando sin buscarlo se ciernen sobre nosotros las terribles amenazas de Satanás, del mundo y de nosotros mismos! 158 Cfr. cap. 13. No obstante, por si se ven obligados a repeler violencias peores, reparten armas entre sus ciudadanos que, de muy mala gana, las guardan en sus casas 165. Entre los ejercicios que practican los jóvenes en su tiempo libre están la doma de caballos y la lucha cuerpo a cuerpo o también con armas 157 *ib.* 166. Cuando la necesidad lo exige, pagan tropas extranjeras, pues consideran barato todo lo que se puede adquirir con dinero, carísimo, en cambio, lo que se adquiere con sangre 167.

ORGANIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA

El apartado de la educación es el más extenso de esta utopía de Andreae, más de dos tercios, desde el capítulo 39 hasta el 81 inclusive. Comprende dos secciones más señaladas, una en que describe las salas, 12 en total, que son la biblioteca, el laboratorio, los museos, los «teatros», etc., es decir, los medios e instrumentos para el estudio realístico de la naturaleza, los que permiten un contacto directo con ella mediante los ojos y las manos. Ocupa desde el capítulo 39 al 50 inclusive. La otra sección empieza en el capítulo 51 y se alarga hasta el 81 incluido, describiendo en ellos la amplia escuela con sus 8 auditorios o aulas, en las que se imparten las asignaturas del ciclo escolar. En el capítulo 81 nos presenta lo que es quizá la aportación más original de Johann Valentín en el terreno educativo, a saber, el internado mixto, dirigido por un profesorado, asimismo, mixto. La vigilancia en él es extrema a fin de conjurar cualquier corrupción de los jóvenes. Al método de enseñanza empleado dedica un capítulo, el 54. Nos dice aquí que los objetivos perseguidos en la instrucción son tres y por este orden: servir a Dios con un corazón puro y devoto, prepararse para las virtudes más perfectas y acendradas y, por último, desarrollar la inteligencia, orden, comenta, inverso al que sigue el mundo, si es que el mundo hace alguna vez cuenta de Dios. A los alumnos se les clasifica, según su rendimiento, en principiantes, proficientes y perfectos y, por la edad, en impúberes, púberes y maduros 168, clasificación ésta de la que nuestro autor no se acuerda ya más en su obra ni en cuanto a los términos ni en cuanto a los conceptos.

El responsable de la gestión educativa es el erudito, tercero de los triunviros, ayudado por su esposa la «verdad». En las fechas en que Johann Valentín estuvo en la isla se llamaba Abida y la impresión que sacó al tratarle fue la de que no ignoraba nada, si bien el otro, en su modestia, aseguraba que lo ignoraba todo. Para este hombre el resumen de la ciencia es Cristo y Cristo crucificado 169. En la imprenta se edita la Biblia, devocionarios, cantorales y libros edificantes, muy raramente escritos de otra índole, pues no se permite publicar nada que ponga en duda a Dios o que atente contra las costumbres o que embauque al entendimiento. Además, se preocupan de que en la escuela haya manuales en abundancia para uso de los alumnos, así como toda suerte de material escolar 170.

165 Cfr. cap. 40.

166 Cfr. cap. 54.

167 Cfr. cap. 43.

168 Cfr. cap. 53.

169 Cfr. cap. 36.

170 Cfr. caps. 42 y 49.

Tienen una biblioteca completísima y ellos mismos escriben libros, no por afán de renombre, sino para extender el cristianismo, burlarse del mundo e increpar a Satanás. Muchos creen que tienen bastante con el libro de la naturaleza o con adentrarse en las profundidades de su alma o que hay muchas cosas en este mundo que conviene no saber. Para éstos su simplicidad es su biblioteca 171. La razón, en efecto, por la que los cristianopolitanos promovieron y popularizaron la cultura fue para que cada uno pudiera conocerse mejor a sí mismo 172 Las salas, la escuela y sus auditorios, el internado y la sede del gobierno están agrupados todos en un edificio de estructura cuadrangular situado en la zona más interna de la ciudad. Es el Colegio, auténtico corazón y primer motor de esta república. Johann Valentín se sirve de esta centralización local de todo lo concerniente a la piedad, a la política y a las letras para argüir la importancia de su coordinación funcional si un Estado desea asegurarse la perfección y el bienestar 173.

III

LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En un pasaje que parece arreglado para probar irrefutablemente lo que dice, Johann Valentín reconoce sus dificultades para expresarse en la lengua latina y no recusa para su persona el calificativo de «bárbaro» por lo mal que se entiende con ella y lo mal que la utiliza 174. Seguro que su oculto propósito es que se le lleve la contraria, pero no da el más ligero motivo para ello. Su latín es malo sin paliativos, y esto es lo más candoroso que se puede decir de él. Ya el vocabulario que emplea resulta inopinado y milagroso, pero es su modo de emplearlo en frases y periodos lo que se le antoja a uno del todo sobrenatural. El sentido de un texto suyo no es cosa que se pueda deducir así como así de la letra, sino que hay que proceder a un criptoanálisis concienzudo en que hay que adivinar de antemano lo que quiere decir para saber 'o que dice. Los humanistas, entre los cuales debemos contar a Andreae, siguiendo las consignas de Erasmo, se habían propuesto evitar la terminología y el estilo escolásticos y volver al de los clásicos. La empresa no era fácil cuando se trataba de temas para los que existía una nomenclatura consagrada, pero es que, además de esto, nuestro autor, como protestante piadoso y enemigo acérrimo del pontificado, pone un santo empeño en sortear el lenguaje de la Iglesia y de los teólogos romanos, creándose así embarazos suplementarios.

La jerga embolismática de Andreae no es un asunto marginal, sino muy decisivo para explicarse el destino de su obra. Las palabras y frases que estila son tan excéntricas y el sentido que pueden tener tan abstruso e impenetrable que se prestan a interpretarse como un idioma misterioso, esotérico, portador de un mensaje excitante y trascendental a nada que el lector contribuya un poco con su fantasía. Es lo que ha pasado muy probablemente con los Manifiestos Rosacruces. Alfons Rosenberg, en la nota introductoria a la edición de Las bodas químicas (1957), señala que en esta obra las imágenes y las palabras se agolpan, las frases se solapan unas veces, otras faltan, la construcción gramatical es defectuosa, a cada paso se encuentra uno con contradicciones lógicas, el sentido de los párrafos hay que buscarlo fatigosamente o averiguarlo tras una meditación honda y prolongada, y en todo momento hay que abordar su contenido por la vía intuitiva, pues resulta inaccesible por la vía lógica.

171 Cfr. cap. 39.

172 Cfr. cap. 74.

173 Cfr. cap. 26.

De todo esto concluye Rosenberg que el escrito tiene una enorme carga interna, llena de sugerencias y de ideas poderosas que no van dirigidas a la razón, sino al «nous» y que sólo se pueden desentrañar y entender aplicando la energía interior propia de un iluminado 175. Esto nos parece a nosotros un buen ejemplo de ese proceso alquímico por el que una obra ininteligible por su mala redacción y la turbiedad de sus ideas se transforma en las manos de un fervoroso entusiasta en un producto hermético preñado de mensajes capitales y luminosos.

Esta guisa atravesada y tortuosa de expresarse ha sido también la causa de que sus libros no tuvieran la difusión que indudablemente se merecen, al menos algunos de ellos. Los editores, no digamos los traductores -la obra andreaana está casi toda en latín-, perdían pronto la compostura y hasta los ánimos ante el enredo gramatical y conceptual con que se topaban. Paul Antony trae unos pocos testimonios a este respecto en las páginas introductorias a la edición (1970) de la autobiografía de Andreae traducida por Seybold.

Uno de ellos es el de Herder, quien advierte que traducir a Johann Valentin no es ninguna pequeñez y que pocos autores antiguos deparan tanto trabajo al traductor, aquí y allí, como él. Seybold mismo declara inocentemente que el estilo verdaderamente retorcido en ocasiones de Andreae, sus antítesis, su peculiar modo de discurrir, etc., le habían hecho la traducción tan difícil como la de un pergamino griego escrito a mano y sin corregir, de esos que los reformadores tuvieron el mérito de descifrar y de trasponer de nuevo. No obstante, añade, la hizo con amor 176. Este antiguo parecer lo convalidan los estudiosos modernos. Richard van Dülmen, uno de los que mejor conocen y más estiman la obra andreaana, atribuye su escaso influjo a la dificultad para leerla en latín 177. En la misma línea se manifiesta más recientemente otro autor también alemán, quien hace notar que cualquiera que haya leído un original de Andreae comprenderá en seguida por qué sus libros no han sido vertidos a la lengua alemana: su latín sólo es comprensible tras fatigosos esfuerzos y a duras penas se le puede traspasar a un lenguaje perspicuo y legible. Las traducciones ya existentes presentan el sentido de los originales, el que han podido columbrar, envuelto en una nube tan espesa que resulta absolutamente impenetrable 178. Nuestra opinión personal es que Johann Valentin padecía algún tipo de «disnosia» o quebranto mental que no le dejaba articular lógicamente el discurso. Su modo de expresarse, tortuoso y magullado, responde a su modo de entender. Él mismo afirma que la palabra es la impronta del entendimiento 179, es decir, que así como se habla o se escribe así se piensa. Con esto no queremos decir de ningún modo que no pensara pensamientos brillantes y poderosos, sino, simplemente, que los pensaba de forma abstrusa y revuelta y que es una obra de romanos abrirse paso hasta ellos a través del lenguaje en que los formula.

La «peculiar» manera de discurrir de Andreae, como la designa bondadosamente Seybold, ha afectado asimismo a la fortuna de Cristianópolis. Aunque fue la primera utopía propiamente tal producida por el protestantismo y aunque ha podido ser calificada como una de las mejores en su género, no fue vuelta a imprimir, y la primera traducción alemana, la de Georgi, no aparece hasta más de un siglo después, en 1741.

174 cap. 57.

175 Cfr. cap. 44.

176 Cfr. cap. 21.

177 Cfr. Die Utopie..., p. 12.

178 Cfr. Helga SCHNABEL-SCHÜLE, 1. c, p. 90.

179 Cap. 56.

Desde entonces hay que esperar al año 1916 para ver la traducción inglesa de Held, y al de 1975 para ver una traducción alemana moderna y correcta, la de Biesterfeld, en una edición por cierto meñique y pobretona de la editorial Reclam.

Biesterfeld se refiere a las traducciones de Georgi y Held como deficientes. La del primero está llena de pasajes mal traducidos, le faltan algunos, justamente los que ofrecen una especial dificultad y, por lo común, explica más que traduce el original. La del segundo es muy superior y completa, pero su deseo de conseguir una lectura fluida e inteligible le obliga a sacrificar el sentido genuino de los textos y la estructura de la redacción andreana. El mismo Biesterfeld, que realiza una labor excelente como traductor, observa que el original latino de Cristianópolis adolece de muchos errores de imprenta, aparte los que se recogen en la fe de erratas, una página entera de ellos. Como prueba señala uno concreto, bastante arduo de desenmascarar ¹⁸⁰. Atentos a este aviso, nosotros hemos seguido el escrito con toda cautela sin que hayamos podido descubrir ninguna falta que no fuera obvia y fácil de Enmendar sobre la marcha, muy pocas por otra parte, ni siquiera la que señala el traductor alemán, que no nos lo parece en absoluto. Aunque la frase de marras es un gatuperio de cuidado, salva, no obstante, la legalidad sintáctica. Según ese criterio habría que calificar de errata de imprenta al libro entero, o casi. De todos modos, esta advertencia de un erudito alemán, más cercano a las estructuras noéticas y lingüísticas de su compatriota, pone de manifiesto lo difícil y complicado que resulta entender el estilo «peculiar» de Andreae.

El criterio que hemos seguido en la presente versión, la primera que se hace al castellano de esta utopía, es la de traducir lo que dice y no lo que quiere decir, y tan mal como lo dice, no mejor, cosa que nos ha exigido una enorme entereza. Nuestro esfuerzo se ha centrado en conseguir una lección inteligible y humana, lo más emparentada posible tanto con la letra como con el sentido del original latino. Así lo pide, creemos, el oficio de traductor y así conviene para penetrar en la mente del autor y comprenderle correctamente.

Nuestra traducción está hecha sobre el texto latino de la edición de Cristianópolis de 1619. Nos hemos servido de un ejemplar que se conserva en la biblioteca diocesana de Colonia (Alemania), al que hemos tenido acceso gracias a los buenos oficios de su administradora, la señora Kate Pulm, y a las gestiones previas de la señora Therese Beer-mann, bibliotecaria, a las que expresamos desde aquí nuestro más sincero agradecimiento.

IV NOTA BIBLIOGRÁFICA

La lista completa de las obras de J. V. Andreae y sus distintas ediciones y traducciones la da Richard van Dül-men en su estudio sobre la utopía andreana *Die Utopie...*, pp. 279-294, donde también cita otros repertorios bibliográficos anteriores. Aquí no vamos a ofrecerla, pues no nos parece muy útil para el lector de lengua castellana, aparte de que las más importantes las hemos ido nombrando a lo largo de la Introducción. Nos limitaremos a Cristianópolis y a los Manifiestos Rosacruces, así como a trabajos centrados en la persona y escritos de nuestro autor.

La editorial alemana Frommann-Holzboog ha comenzado la edición de las obras completas (*Gesammelte Werke*) de Andreae bajo la dirección de Wilhelm Schmidt-Bigge-mann y otros especialistas.

¹⁸⁰ Cfr. pp. 150-151. Se trata de la frase «post illa theologorum seria» que se encuentra en la Carta al lector (p. 107) y que según el traductor alemán debería ser «postilla», etc.

Programada en 20 volúmenes, han salido ya el 7 (1994) y el 2 (1995). Es una edición bilingüe, en latín y alemán, con estudios introductorios a cada uno de los escritos de Andreae.

I. CRISTIANÓPOLIS

Reipublicae Christianopolitanae Descriptio. Argentorati, Sumptibus haeredum Lazari Zetzneri, Anno M. DC. XIX.

Esta edición de Estrasburgo del año 1619 es la primera y la única en latín hasta la de Van Dülmen en 1972. El título completo comprende también unos versículos del salmo 83. Tiene 220 páginas más una de fe de erratas. El formato es pequeño.

D(octoris) V(alentini) A(ndreae) Reise nach der Insul Caphar Salama, Und Beschreibung der darauf gelegenen Republic Christiansburg, Nebst einer Zugabe von Mora-lischen Gedancken, in gebundener und ungebundener Rede, Heraus gegeben von D(avid) S(amuel) G(eorgi). Esslingen, Schall, 1741.

Esta traducción al alemán de Georgi es muy deficiente y omite algunos pasajes. Tiene 365 páginas y, como se dice en el ampuloso título, va acompañada de un apéndice con reflexiones morales.

D. Val. Andreae, Prof. Theol. Tubing. Sonderbare Reise nach dem Land der Ruhe; und vortrefflichen Insul Caphar Salama, Wie auch Beschreibung der darauf befindlichen Republic Christiansburg, Nach alien ihren Sitien, Gebrauchen, Ordnungen, Gottes-Dienst, Wissenschaften, Künsten, Vorthailen und Einrichtung, Samt Nutzlichen Lebens-Regeln, Wie der Mensch zu alien Zeiten und Begebenheiten in der vollkommensten Glickseeligkeit leben kó'nne. Stuttgart, Dierlam, 1754.

Es una reimpresión de la anterior hecha por un anónimo.

Christianopolis. An ideal state of the seventeenth century. Translated from the latin of Johann Valentin Andreae with an historical introduction by Félix Emil Held. New York, Oxford University Press, 1916.

Esta traducción al inglés, la única que se ha hecho a esta lengua, es poco respetuosa con el original. Emil Held se preocupa sobre todo de ofrecer una lectura fluida y comprensible, para lo cual tiene que romper constantemente con la letra del texto latino. El estudio preliminar es muy extenso, interesante y documentado. El trabajo de Held sirvió para atraer la atención sobre la olvidada figura de J. V. Andreae principalmente entre los investigadores alemanes.

Joh. Valentin Andreae. Christianopolis. Deutsch und latei-nisch. Eingeleitet und herausgegeben von Richard van Dül-men. Stuttgart, Calwer Verlarg, 1972.

Esta edición bilingüe en latín y en alemán reproduce la mala versión alemana de Georgi.

J. V. Andreae. Christianopolis. Aus dem Lateinischen übersetzt, kommentiert und mit einem Nachwort herausgegeben von Wolfgang Biesterfeld. Stuttgart,

Reclam, 1975.

Es una traducción elegante y fiel, calificada de excelente por los mismos autores alemanes, quienes la han tomado como la única autorizada en lengua alemana.

II. LOS MANIFIESTOS ROSACRUCES

Fama Fraternitatis

Allgemeine und General Reformation der gantzen weiten Welt. Beneben der Fama Fraternitatis, Dess Loblichen Ordens des Rosenkreutzes, an alie Gelehrte und Hüupter Europae geschrieben: Auch einer kurtzen Responsio, von dem Herrn Haselmeyer gestellet, welcher desswegen von den Jesuitem ist gefänglich eingezogen, und aufj eine Galleren geschmiedet: Itzo öffentlich in Druck verfertigt und alien trewen Herten communiciret worden. Cassel, Wessel, 1614.

En esta primera edición la Fama aparece como un anexo a la Reforma general de Boccalini. Su éxito fue enorme y se volvió a editar varias veces en el mismo año, también por el impresor Wessel y en la ciudad de Kassel, con pequeñas variaciones en el título. En la Confessio (ed. de Van Dülmen, p. 36) se dice que fue publicada en cinco lenguas, pero no hay constancia de ello.

Confessio Fraternitatis

Fama Fraternitatis R. C. Das ist Gerücht der Brüders-chafft des hochloblichen Ordens R. C. An alie Gelehrte und Heupter Europae. Beneben deroselben lat. Confession... zusampt deren beygefügten teutschen Versión... von ainem des Liechts, Warheit und Friedens Liebhabenden und begierigen Philomago. Cassel, Wessel, 1615.

Esta edición conjunta de la Fama y la Confessio fue publicada este mismo año de 1615 en Danzing y en Frankfurt acompañada de las Respuestas de Adam Haselmeyer y de otros prelados.

Las bodas químicas

Chymische Hochzeit: Christiani Rosencreutz. Anno 1459. Arcana publicata vilescunt; et gratiam prophanata amit-tunt. Ergo: ne Margaritas objice porcis, seu Asino subster-ne rosas. Strassburg, /In Verlägung/ Lazari Zetzners, Anno M. DC. XVI.

Publicada sin nombre de autor. Aunque la fecha es de 1616, Rudolf Steiner, un estudioso de esta obra, llega a sugerir una fecha tan temprana para la redacción de la misma como la de 1603.

Johann Valentin Andrea: Die chymische Hochzeit Christiani Rosenkreutz Anno 1459. Herausgegeben und Einfüh-rung von Alfons Rosenberg. Otto Wilhelm Barth-Verlag, München-Planegg, 1957.

Die chymische Hochzeit des Christian Rosenkreutz Anno 1459, aufgezeichnet durch Johann Valentin Andrea, ins Neudeustsche übertragen von Dr. Walter Weber. Zbinden Verlag, Basel, 1978.

Va acompañada de un estudio de Rudolf Steiner: «Die chymische Hochzeit des

Christian Rosenkreuz», que ha adquirido gran renombre. El texto de Andreae, en alemán antiguo, está traducido a un alemán moderno, lo mismo que en la edición antes citada de Rosenberg.

Joh. Valentin Andreae: Fama Fraternitatis. Confessio Fraternitatis. Chymische Hochzeit: Christiani Rosencreutz. Anno 1459. Eingeleitet und herausgegeben von Richard van Dülmen. Calwer Verlag, Stuttgart, 1973.

Ediciones en castellano de los Manifiestos Rosacruces.

Fama Fraternitatis o el Descubrimiento de la fraternidad de la muy noble orden de la Rosa Cruz, en YATES, Francés A.: El Iluminismo Rosacruz, pp. 289-302.

Fama Fraternitatis, Sevilla, 1988.

Confessio Fraternitatis o La confesión de la loable fraternidad de la honorabilísima orden de La Rósea Cruz, dirigida a todos los doctos de Europa, en YATES, Francés A.: El Iluminismo Rosacruz, pp. 302-311.

Confessio Fraternitatis, Sevilla, 1988.

Las bodas químicas de Christian Rosenkreutz. Ed. por J. Peradejordi. Ikonos, Barcelona, 1980.

Juan Valentín Andreae: Las bodas químicas de Cristian Rosacruz.

Ed. por Miguel Muñoz Moya. Muñoz Moya y Montraveta Editores, Brenes, 1988.

III. ESTUDIOS SOBRE CRISTIANOPOLIS

Berner, María Luisa: *A través de las utopías*. Proyección, Buenos Aires, 1975, pp. 126-149.

Brecht Martin: «Johann Valentin Andreae. Weg und Programm eines Reformers zwischen Reformation und Moderne», M. Brecht (ed.): *Theologen und Theologie an der Universität Tübingen*. Tübingen, 1977, pp. 270-343.

Dirx, Ruth: *Sie dachten Utopia*. Burckhardthaus-Laetare Verlag, Gelnhausen-Berlin, 1982.

Dülmen, Richard van: *Die Utopie einer christlichen Gesellschaft. Johann Valentin Andreae (1586-1654)*, Teil 1. Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1978.

Eliav-Feldon, Miriam: *Realistic Utopias. The Ideal Imaginary Societies of the Renaissance, 1516-1630*. Clarendon Press, Oxford, 1982.

Firpo, Luigi: *Il pensiero politico del Rinascimento e della Controriforma*. Milán, 1966.

Hosbach, Wilhelm: *Johann Valentin Andreae und sein Zeitalter*. Reimer, Berlin, 1819. Reimpresión, Leipzig» 1978.

Joachimsen, Paul: «Johann Valentin Andreae und die evangelische Utopie», en *Gesammelte Aufsätze*, Aalen 1970 (2.a ed.), pp. 443-479.

Lubac, Henri de: *La postérité spirituelle de Joachim de Flore*. T. I. Lethielleux, Paris, 1978, pp. 234-253.

Manuel, Frank E.-Fritzie P.: *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. II. Taurus, Madrid, 1984, pp. 123-150.

Mattei, Rodolfo de: «*La repubblica di "Cristianopoli" en Miscellanea di studi in onore di Bonaventura Tecchi*. I. Roma, 1969, pp. 99-115.

Montgomery, John Warwick: *Cross and Crucible Johann Valentin Andreae*

(1586-1654). *Phoenix of The Theologians*. Nijhoff, La Haya, 1973. Son dos volúmenes, el primero de los cuales relata la vida de Andreae.

Müller, Gótz: *Gegenwelten*. Die Utopie in der deutschen Literatur. Metzler, Stuttgart, 1989.

Mumford, Lewis: *The Story of Utopias*. Peter Smith, Gloucester, Mass., 1959, pp. 81-99.

Orozco Pardo, J. L.: *Christianopolis. Urbanismo y Contrarreforma en la Granada del Seiscientos*. Diputación Provincial de Granada, Granada, 1985.

Scholtz, Harald: *Evangelischer Utopismus bei Johann Valentin Andreae*. Ein geistiges Vorspiel zum Pietismus. Kohlhammer, Stuttgart, 1957.

Steinbrink, Bern: «Die Hochzeit von Himmel und Erde. Die Rosenkreuzer-Schriften und die Sozialutopie Johann Valentin Andreaes», en Gert Üding (ed.): *Literatur ist Utopie*. Frankfurt, 1978, pp. 131-157.

Turbull, G. H.: «Johann Valentin Andreaes Societas Christiana», en *Zeitschrift für deutsche Philologie*, 73 (1954) pp. 407-432; 74 (1955), pp. 151-185.

Varios: *Johann Valentin Andreae (1586-1654). Ein universal-er Geist des 17. Jahrhunderts in internationaler Sicht*. Vorträge bei den Gedenkwochen aus Anlass seines 400. Geburtstages in Calw, Herrenberg und Vaihingen an der Enz. Verlag Bernhard Gengenbach, Bad Liebenzell, 1987. (Citado Vorträge.)

-*Johann Valentin Andreae (1586-1654). Leben, Werk und Wirkung eines universalen Geistes*. Ausstellung zum 400. Geburtstag. Katalog. Verlag Bernhard Gengenbach, Bad Liebenzell 1986. (Citado Katalog.)

Wehr, Gerhard: *Esoterisches Christentum (eine historische Darstellung)*. E. Klett Verlag, Stuttgart, 1975.

Wollgast, Siegfried: *Vergessene und Verkannte*. Zur Philosophie und Geistesentwicklung in Deutschland zwischen Reformation und Frühaufklärung, Akademie Verlag, Berlin, 1993.

Yates, Francis A.: *El Iluminismo Rosacruz*. FCE, México, 1981.

IV. BIOGRAFÍAS

Selbstbiographie Joh. Valentin Andreae's (Selbstbiographien berühmter Männer, Band 2), aus dem Manuscripte übersezt und mit Anmerkungen und Beilagen begleitet von Prof. (David Christoph) Seybold. Winterthur, in der Steinerischen Buchhandlung, 1799.

Ioannis Valentini Andreae theologi q(uondam) Württembergensis Vita, ab ipso conscripta... nunc primum edidit F. H. Rheinwald, Dr. Cum icone et chirographo Andreano. Berolini. Apud Herm. Schultzius, 1849.

Esta edición latina de la autobiografía de Andreae salió sin aparato crítico, pues Rheinwald murió antes de tenerlo completado. Johann Valentin comenzó esta obra hacia 1620 dándole el carácter de una apología. Al revisarla en 1642 cambió esa orientación, aunque no tanto como él dice. Aparte de esta Vita escribió un Diario, *Breviarium vitae Andreae potiora carptim libans*, del que hay publicados algunos fragmentos.

Johann Valentin Andreae —ein schwäbischer Pfarrer im Dreissigjährigen Krieg. Ioannis Valentini Andreae theologi q. Württembergensis Vita, ab ipso conscripta. Ioannis Valentini Threni Calvenses, quibus urbis Calvae Wirtembergicae bustum, sors praesens lamentabais et innocentia expressa.

Bearbeitet von Paul Antony. Heidenheimer Ver-lagsanstalt, Heidenheim an der Brenz, 1970. Citado Vita.)

Esta edición sólo recoge algunos tramos de la autobiografía y da los otros resumidos. Contiene el relato de Andreae sobre el asalto e incendio de Calw, muy apreciado por los historiadores.

MONTGOMERY, John Warwick: *Cross and Crucible...* Vol. I: *Andrea's Life, World-View and Relations with Rosi-crucianism and Alchemy*, e. c.

DESCRIPCIÓN DE LA REPUBLICA CRISTIANOPOLITANA

SALMO 83

Porque un día en sus atrios vale más que mil fuera:
Prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios
a morar en las tiendas de la iniquidad.
Porque sol y escudo es Jehová, Dios;
da Jehová la gracia y la gloria
y no niega sus bienes a los que caminan en la inocencia.

S. I. C. 1

Reverendo y dignísimo Señor Johannes Arndt, etc. Venerable Padre en Cristo:
Esta nueva Ciudad nuestra te está reconocida y te venera, porque siendo una
pequeña colonia salida de esa gran Jerusalén que tú has edificado con
incomparable valor frente a la oposición de los sofistas, no puede menos que
referirlo todo a ti y darte las gracias por tus directrices y leyes, pidiéndote al
mismo tiempo que, si aún hay algo que añadir o que enmendar, tengas a bien
participárnoslo. Que Dios conceda a tu muy venerable ancianidad ver el mayor
número de seguidores de la piedad, de la probidad y de la erudición merced a
tu magisterio. Salud en Cristo, reverendo Padre, y sigue encomendando a Dios
a tu seguidor.

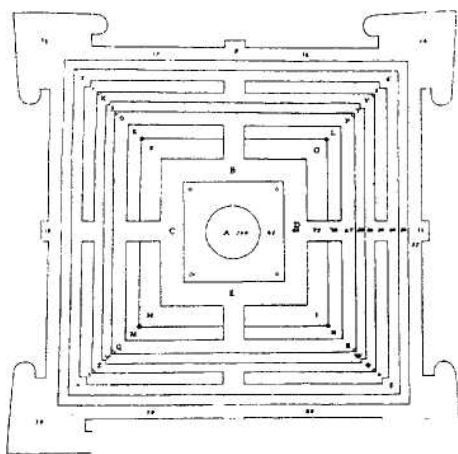
1 de enero de 1619.

R. D. T. 2

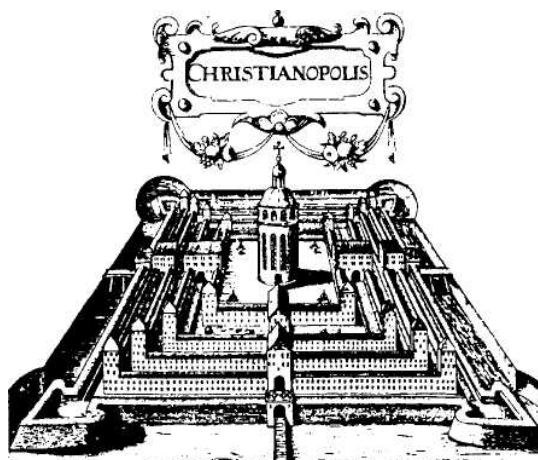
Tu muy fiel seguidor
Joh. Valentín Andreae

1-Estas siglas se suelen interpretar como Semper Iesus Christus (Siem-Pre Cristo Jesús).

2-Pudiera ser Rex Dominus Tecum (El Rey Señor Contigo).



Plano de Cristianópolis



Escenografía de Cristianópolis

LECTOR CRISTIANO, SALUD

Dos clases de hombres veo yo en una república: unos que no se contentan con aprobar todo lo que ordenan o todo lo que acatan, sino que lo admiran y defienden con tenacidad; otros que son tolerantes con las cosas humanas, pero que al mismo tiempo desean mejorarlas y no dudan en dar su aprobación a pequeñas reformas. Ahora bien, mientras éstos, con su moderación y buen sentido, no suelen ocasionar disturbio alguno, antes ceden, callan y sufren hasta donde les es posible, aquéllos, con su insolencia y su ciega cólera, agreden y acosan a todos los demás, sólo incluso porque les ven callados, y no es raro que les arrastren a un conflicto que éstos no quieren de ninguna manera. Un ejemplo clarísimo de esto es el del Anticristo ³: después que abrumó a la Iglesia de Cristo con el peso de crímenes nefandos, uno queda sorprendido de que hubiera gentes que permitieran semejante vergüenza y hasta la aprobaran. Y, sin embargo, ambas cosas se consintieron e hicieron con tanta vileza que, cuando algunos intentaron con la mayor moderación simplemente corregir calamidades tan enormes, fueron sometidos a duros castigos, proscritos, desgarrados por toda suerte de maldiciones, hasta que, sublevados los hombres por tamaña indignidad, se procedió con arrojo a traer la luz y repeler las tinieblas. No está clara la causa de una cosa tan repugnante a la razón: la ambición, que no soporta reproche ninguno; la avaricia, que devenga intereses de los errores humanos; el estupor, que no sabe optar por el bien o por el mal ni los distingue; el hábito de hacer las cosas más absurdas, que resta relieve a lo disforme, todo esto no es suficiente para explicar el grave despropósito de que nosotros mismos nos opongamos a la verdad más evidente y al bien más deseado. Por eso piensan muchos, no sin razón, que Dios anega el espíritu de los malos con esta calígne para que no secunden la modestia de los buenos -que se daría por satisfecha con algo moderado y tolerable-, al objeto de que, convictos de su impudentísima iniquidad y hallados indignos de que se les siga escuchando, se vean empujados a hacer cosas mayores y, caída la máscara, pierdan su autoridad ante el pueblo.

³ Se refiere a la Iglesia romana.

Fue así como surgió ese héroe invicto, el Dr. Lutero; no quisieron escuchar sus plegarias y sus lágrimas, por eso comenzó a respirar amenazas en el nombre de Dios; no sirvió de nada su sumisión, por eso comenzó a erguirse; soportó el asedio por mucho tiempo, por eso comenzó a expugnar la fortaleza de Adriano 4, todo ello con tal éxito que nosotros Cantamos de júbilo, ellos rechinan los dientes. No sé si ese mismo suceso no se repetirá en nuestros días. Ha brillado para nosotros una religión más pura, que ha configurado la administración política y devuelto su esplendor a las letras. Derrotados tantos enemigos -la superstición, la disolución y la barbarie-, podríamos celebrar un triunfo definitivo, pero las insidias clandestinas del diablo nos acosan de tal modo que nuestro gozo resulta menos completo y frecuentemente lo que nos queda es un nombre sin contenido. Debiendo conformarnos en todo a nuestro Cristo, cuyo nombre llevamos y confesamos, ocurre que, por nuestra pésima transigencia, los cristianos no se diferencian en nada de los mundanos. Si nos fijamos, en efecto, en las iglesias, en las cortes o en las academias, jamás faltan en ellas la ambición, la avaricia, la gula, la lujuria, la envidia, la pereza y los demás vicios imperantes, fuertemente aborrecidos por Cristo pero en los que nosotros más nos gozamos. Es muy fácil colegir de ahí el regocijo de Satanás, que, después de arrebatar nos nuestros bienes el muy astuto, consiente gustoso que nos gloriemos en los despojos y en las cascaras. También nuestra simpleza, pues teniéndonos por religiosos, corteses y eruditos, nos contentamos con cualquier sombra de la realidad.

El impostor, sin embargo, no logra engañar a todos, a aquellos en los que habita la luz de lo alto, a los que menos. Gran número de varones fervorosísimos han clamado antes de nosotros y lo seguirán haciendo instantísimamente. Entre otros muchos, me complazco en citar al D. Jo. Gerhard 5, al D. Jo. Arndt y al D. Mart. Moller 6, a los que estoy muy reconocido, varones integérrimos ellos, si bien este último se muestra vacilante acerca del misterio de la eucaristía. Viendo éstos que el fragor de las disputas lo llenaba todo hasta el punto de que apenas se podía oír al Espíritu de Cristo, se atrevieron a sugerir unos intervalos de silencio que se dedicaran a la piedad y dieran un respiro al agobio de las disputas para combinar así la integridad con la erudición, de modo que cada una de ellas arrojara su luz sobre la otra. Un ruego tan discretísimo fue recibido con irritación, pues los jefes de las iglesias no quisieron reconocer ninguna simonía, los de la república ninguna improbidad, los de la academia ninguna incompetencia, y acusaron de sediciosas las amonestaciones a la devoción, a la probidad y a las letras. Si damos crédito a las réplicas, la Iglesia está toda llena de ventanales por los que se puede entrar cuando se quiera y zumbar en sus alvéolos; la república es una plaza en que está permitido comprar y vender vicios; la academia, un laberinto en que el vagar es un juego y un arte: todo lo que se derrocha en esto es una ganancia. Se presentaron defensores que quisieron ser traicionados. Los buenos hubieran jurado que eran buenos, sólo que los malos aborrecen dar testimonio público de su malicia, pues, cuando peca, el mundo prefiere pasar desapercibido a recibir alabanzas.

4 El castillo de Sant'Angelo, símbolo del poder pontificio. Comenzado a construir por el emperador Adriano en el año 135 a orillas del Tiber para mausoleo de la familia imperial, fue utilizado más tarde por los papas como fortaleza.

5 Johann Gerhard (1582-1637), profesor de teología en la universidad de Jena a partir de 1615, es considerado el teólogo luterano más relevante de su tiempo. Escribió, entre otras obras, *Loa theologici* (Lugares Teológicos), cuyos nueve volúmenes fueron apareciendo desde 1610 a 1621. Fue discípulo de Arndt, del que se distanció por prudencia cuando arreció la polémica contra éste. En la lista de los miembros de la Sociedad Cristiana Johann Valentín le nombra a él y a Arndt entre los primeros.

6 Martin Moller (1547-1606) fue un predicador protestante y autor de libros espirituales como *Meditationes sacrorum patrum* (Meditaciones de los santos padres), que publicó a partir de 1584.

Los curillas se soliviantaron porque no se aprobaba su incuria e incluso su abandono del ministerio, su negligencia en los sermones, su excesiva preocupación por lo terrenal, cosas éstas que condenan los teólogos.

Los hartos de este mundo se enfurecieron porque no se alababa la inclemencia del derecho, la licencia de costumbres, la acumulación de riquezas, el desprecio de la eternidad, cosas éstas que prohíbe la Constitución misma. Los prohombres de las letras peroraron en pro de la ignorancia de las artes, el desconocimiento de las lenguas, el descrédito de los grados, el aluvión de gastos, a todo lo cual es absolutamente contraria la erudición.

De esta manera, por voluntad y decreto de la ignorancia, la hipocresía tomó y usurpó violentamente el patrocinio de la religión, la tiranía el de la Constitución, la sofística el de las letras, alegando numerosas y variadas razones ⁷.

Pero los atletas de Dios o servidores de la buena causa siguieron impertérritos. Esperaban y aguardaban, es cierto" resultados más equitativos e inteligentes, sobre todo más moderados, especialmente de algunos a los que tenían por excelentes conocedores de la república y por hombres de grandes méritos, pero quien ha visto el mundo un poco por dentro, ése sabe bien que nada es tan insufrible para los impostores como la verdad y la integridad, a las que odian tanto que, exasperados hasta el punto de perder el control de sí mismos, caídas las máscaras, las encostra-duras y los envoltorios, saltan desnudos hacia adelante exhibiendo todo el misterio de su iniquidad. Los circunspectos observan, no sin horror, con qué torpeza se excusan, más aún, se elogian y se exponen la satisfacción del vientre en medio de la Iglesia, la disolución de las costumbres en medio de la plaza, la corruptela de la mente en medio de la palestra de las letras, los títulos sin contenido y una prodigalidad sin fin por todas partes. Esta es la razón también de que aquellos de quienes menos se esperaba se rindan primero a la verdad y la obedezcan, pues, una vez que se convencen de sus errores, no encuentran en el recinto de su intimidad otra cosa que una impudencia infame y una sórdida garrulería con la que en vano intentan exculparse. Por eso escuchan de buena fe las reprensiones, las soportan y admiten y desean enmendar sus faltas, las ofuscaciones de su espíritu, los engaños de Satanás, la fuerza de las costumbres, su credulidad y otras trabas semejantes.

Un testimonio conspicuo de esto lo dio, tras esas pro-Puestas serias de los teólogos, el escrito -un juego en mi opinión- de una cierta Fraternidad, el cual, luego de anunciar algunos extremos insólitos y grandiosos conforme al gusto de los curiosos, justo los que suelen esperar los hombres, añadió la luminosa esperanza de enmendar el estado corrompido de cosas y sumó a todo ello la imitación de Cristo. Huelga referir la conmoción que se siguió a la Fama de esto, el enfrentamiento de pareceres, la inquietud y la agitación de los impostores y los bribones.

⁷ Hipocresía, tiranía y sofística son los tres males que Campanella ha venido a combatir en este mundo según él mismo dice en una de sus poesías. Con otras denominaciones, J. V. Andreae usa constantemente esta tríada y sus contrarios, piedad, probidad y erudición. Los miembros del círculo de Tübingen estaban familiarizados con el pensamiento de Campanella gracias a Tobias Adami, quien había visitado al fraile calabrés en su prisión de Ñapóles y traído algunos de sus manuscritos para publicarlos en Alemania. Andreae tradujo seis de sus sonetos y los incluyó en la colección de poesías propias que sacó a la luz con el título de Geistliche Kurtz-weil (Entretenimiento espiritual) en 1619.

Sólo diremos esto: en su terror pánico, hubo quienes pidieron alborotadamente que se preservaran y defendieran sus antiguallas a toda costa, incluso las obsoletas y viciadas; hubo quienes abandonaron las opiniones en que estaban encastillados y, sacudiendo el yugo de la esclavitud, se pusieron a luchar por la libertad; y, para acercarnos más a lo que nos concierne, hubo quienes lo acusaron de herejía y de fanatismo sectario porque inculcaba la vida cristiana; hubo también quienes lo abrazaron estrechamente y de todo corazón.

Mientras discuten entre ellos y se agolpan en los salones, han concedido a muchos un respiro para analizar estas cuestiones y sopesarlas. Nosotros hemos sacado este fruto: nos parece haber observado que el mundo no está tan seguro de lo suyo como quiere aparentar, ni es tan obstinado en sus opiniones que no se le pueda apartar de ellas, ni están todos tan alienados de Cristo -lo que es el punto decisivo de la cuestión- que no haya ninguno dispuesto a seguir sus normas, si alguien se las propone, y a conformar a ellas toda su vida.

Suelo yo alabar el juicio de un varón nobilísimo por su piedad, costumbres y talento ⁸, que, al ver la perplejidad y gran desilusión provocadas por aquella Fama, respondió: Si esto nos parece bien, ¿por qué no lo intentamos nosotros en lugar de esperarles a ellos?, pensando que si quieramos imitar a Cristo y enmendar nuestras costumbres, nada impide que aprendamos esto del evangelio y lo intentemos con el loable ejemplo de los devotos. Porque no haremos a Cristo y a su Palabra la injuria de ir a demandar y a imitar el camino de la Vida a una sociedad (si es que existe alguna) que, además de tenebrosa y sólo omniscia en virtud de su propia jactancia, está desfigurada por un escudo cosido y otras muchas necedades, y no al camino mismo, a la verdad y a la Vida, cuyos preceptos son tan transparentes y fáciles que, si queremos hurtarnos a ellos, necesitamos de las mayores excusas y rodeos. Si la conciencia nos arguye de que hay motivo para lamentar la indolencia de la religión, la impureza de la vida y las frivolidades de las letras, ¿qué obsta para que nosotros mismos, si los demás no quieren, arranquemos de nosotros los vicios, plantemos las virtudes y nos unamos más estrechamente a nuestro Cristo al que temíamos enteramente ajeno a nuestras preocupaciones? Nada, en verdad, como no sea el temor de los juicios humanos que, al querer reservarnos para los nuestros y para nuestro habitual modo de vivir y mantenernos acordes con el beneplácito de los hombres, no nos permite ser nuestros ni de Cristo, lo que no quita para que, poco después, nos arroje por los precipicios de este siglo, de modo que, cuando ya sea demasiado tarde, gimamos y nos lamentemos de haber dado nuestra confianza al mundo y habérsela retirado a Cristo.

Por tanto, la mejor resolución y la más fuerte es la que, después de oír e interiorizar la palabra de Dios, no presta la menor atención a ningún hombre, sociedad o acuerdo, sino que, bajo la dirección del Espíritu Santo, acomete con ánimo valeroso lo que ya está bien acreditado por la voluntad de Dios y la conciencia humana, no aguantando más a disgusto los juicios desaprensivos que el croar de las ranas. Pues consta de sobra que muy pocos se atreven a manifestarse públicamente contra la piedad, la probidad y el talento, sino que, dando rodeos, inventan, forjan y falsifican antes algo a lo que luego puedan ladrar. Así, oirás primero que te llaman fanático, sedicioso e injuria para las letras, después te culparán y verás los golpes de la Quimera o los combates de los andábatas y, si te quedas tranquilo con la conciencia imperturbable, sacarás gran placer de todo ello.

⁸ Wilhelm von der Wense. El pasaje se encuentra en una de las cartas de Andreae, editadas por Montgomery, y lo reproduce Frank E. Manuel en *El pensamiento utópico en el mundo occidental*, II, p. 139.

Un ejemplo de esta solidez cristiana lo tendrás a la vista, mi buen lector, en esta nueva República que plugo llamar Cristianopolitana. Dado que nadie quiere que se le reprenda y yo tampoco lo quiero hacer, me construí yo mismo una ciudad -a la que si tienes por mi personilla no has adivinado mal- en la que poder ejercer mi dictadura. Mas, igual que a menudo las leyes son buenas, las costumbres, en cambio, licenciosas, lo mismo me temo que sospeches de mis ciudadanos. Sea lo que sea, no me he propuesto alabar a los míos, sino describirlos, revelar y comunicar bajo qué estatutos estamos obligados a vivir. No pude platicar contigo de diversas cosas de manera más franca, más libre, no pude exponerme más desnudo ante ti, no pude provocarte más audazmente a la reflexión. Lo apruebes o lo desapruebes, si respondes con la misma sinceridad, te alabaré, si con ánimo morbosos, nada más fácil para mí que sufrirte e ignorarte. Si deseas nuestra ciudad, no se te negará; si la rechazas, no se impondrá. Mis ciudadanos ni prodigan lo suyo ni ambicionan lo tuyo; sin embargo, aceptarán lo que les dieres, te darán lo que pidieres. Nuestras leyes no violentan ni suplican; pero persuaden y están fumes gracias a la palabra de Dios y no sucumben a Satanás. Sin éste admiten a cualquier buen consejero.

La obra no tiene nada de artificiosa, de sencilla bastante. No hemos dicho todo pero más, quizá, de lo que pueden soportar los malos, menos de lo que prometemos a los buenos siempre que lo quieran compartir. Se trata, en definitiva, de un juego, que en Thomas More, varón ilustre, no fue desaprobado ⁹ en mí se le perdonará más fácilmente, pues es menos formal, menos ingenioso. Lo he escrito para mis amigos, con los que es legítimo jugar; para los encopetados esos no me atrevería a escribir aunque quisiera, ni podría aunque me atreviera, ni querría aunque me lo permitieran. ¡Tanto es mi respeto, tanta la conciencia de mi impericia, la confesión de esta conciencia! No obstante, los que lo deseen, que lo lean, y recuerden que entre amigos y hombres benévolos se toleran muchas cosas que no resisten el examen de los malévolos.

Si alguien abriga dudas sobre la verdad de esta narración, que difiera su juicio hasta que se comprueben todos los relatos de las navegaciones y viajes. Sin embargo, lo más seguro de todo es que, si lo permite el cielo y no lo impide la tierra y el mar está tranquilo, si es Crito el mentor de la expedición y los compañeros están ávidos de una vida mejor, te subas a la nave cuya enseña es cáncer ¹⁰ y tras una feliz travesía arribes a la misma Cristianópolis y, con temor de Dios, lo inspecciones allí todo con el mayor detenimiento.

Adiós, lector cristiano, y cíñete para el camino del cielo.

⁹ Se refiere a la Utopía (1616). Sobre el sentido que tiene la palabra «juego» en Andreae hemos hablado en la Introducción.

¹⁰ Signo del zodiaco que simboliza el abandono de la tierra y el retorno al cielo.

LA REPÚBLICA CRISTIANOPOLITANA

1. OCASIÓN DEL VIAJE Y NAUFRAGIO

Mientras ando errante por estas tierras como un extranjero, habiendo padecido mucho por los reinos de la tiranía, de la sofística y de la hipocresía, no habiendo encontrado lo que buscaba ansiosamente: el hombre 11, decidí adentrarme de nuevo por el Mar Académico, a pesar de las muchas veces que me había resultado nefasto. Subiendo, pues, a la nave de la fantasía 12, abandono en compañía de otros muchos los puertos conocidos y expongo mi vida y mi persona a los mil peligros de la curiosidad. Llevábamos un corto tiempo de bonanza, cuando ya los hostiles torbellinos de la envidia y de las calumnias agitaban el Mar Etíope contra nosotros y nos hacían perder toda esperanza de recobrar la calma. El piloto y los remeros se empeñaban con destreza, nuestra voluntad de vivir luchaba con tesón, la nave misma aguantaba los golpes contra los escollos, pero la sevicia del mar prevalecía siempre. Al fin, visto que íbamos a sucumbir sin remedio, dispuestos a morir más por necesidad que por entereza de ánimo, aceptamos el desenlace fatal y, deshecha la nave, nos hundimos en las aguas, siendo unos tragados por las olas, otros arrastrados a inmensas distancias, otros, que sabían nadar un poco o que contaban con la ayuda de tablas, llevados a diversas islas desperdigadas por el mar. Muy pocos pudimos aplazar nuestra muerte. Yo, sin ningún compañero en absoluto, vine a parar a una especie de tapín muy diminuto.

2. ARRIBADA A LA ISLA DE CAFARSALAMA 13

Todo me gustaba aquí menos yo. La isla, aunque parecía pequeña, abundaba en todo y no se veía ni un palmo de tierra que no estuviera cultivado y explotado por el hombre. No ocultaré su emplazamiento, que pude averiguar poco después. Está situada en el Antártico, a 10 grados del polo hundido 14, a 20 del Equinoccio, bajo el punto 12 de Tauro aproximadamente, pues de los escrúpulos nunca daré cuenta. Es de forma triangular, con un ámbito de unos 30.000 pasos. Rica en campos de cereales y pastos, regada por ríos y fuentes, adornada de bosques y viñedos, llena de animales, es como un epitome de toda la tierra. Creerías que el cielo ha desposado a la tierra y que cohabitan aquí en paz perpetua.

Mientras seco al sol -que parecía renacido- la camisa, la única prenda que me quedaba, se presentó un isleño, un alguacil de campo, quien, preguntándome con suma amabilidad sobre mi suerte, compadecido de mi infortunio, me dijo que confiara y que él me acompañaría a la ciudad donde me asistiría con la acostumbrada solicitud para con los extranjeros y desterrados, y, animándome, dijo:

—¡Dichoso de ti, que has tenido la fortuna de dar con este lugar, aunque haya sido tras un naufragio tan truculento!

11 Cfr. FEDRO: Fábulas, 3, 19, 9.

12: Ni la redacción de este pasaje ni su tipografía dan pie para interpretar «fantasía» como el nombre de una nave.

13 Nombre tomado de la Biblia (1 Mac. 7, 31), que significa «Aldea (caplmr) de la paz» (shaloma). El término shalom (paz, salvación) goza de cierto favor en la literatura utópica. Bacon llama a la isla de Nueva Atlántida Besalem (hijo de la paz), y Manuel Gott escribió una utopía con el título de Nueva Solyma (1648). Jerusalén (Yerusalaim, en hebreo) quiere decir «ciudad de la paz», y en el Apocalipsis se habla de una «nueva Jerusalén» (3, 12).

14 El polo sur. Se le llamaba «hundido» o «caído» (praecipitis poli, escribe Séneca en Oed. 249) porque por comparación a la estrella polar, alta y a la vista, el polo opuesto a ella según una línea ideal que atraviesa el centro de la tierra se encuentra «deprimido», bajo, e invisible desde nuestro hemisferio.

A lo que respondí solamente:
—¡Gracias a Dios!, ¡gloria a Dios!

3. ORIGEN DE CRISTIANÓPOLIS ¹⁵

A medida que me acercaba a la ciudad, llamaba poderosamente mi atención su maravilloso aspecto y esplendor. En toda la tierra no hay nada que se le parezca o que se le pueda comparar. Volviéndome, pues, hacia mi guía, le pregunté:

—¿Qué dicha ha puesto aquí su morada?

—La que en el mundo suele ser desdichada -me dijo-. Al arreciar la crueldad del mundo contra los buenos y arrojarlos fuera de sus fronteras, la Religión expatriada, tras reunir a todos sus fidelísimos adeptos, atravesar el mar y hacer algunas indagaciones, eligió esta tierra a fin de acomodar en ella a los suyos. Después construyó la ciudad que llamamos Cristianópolis y quiso que fuera la casa o, si prefieres, el baluarte de la verdad y de la bondad. Podrás comprobar la generosidad de nuestra república para con todos los necesitados. Si quieres recorrer la ciudad, no se te prohibirá, sino que tendrás abiertas todas las puertas, con tal que sepas hacerlo con ojos modestos, lengua circuncisa y modales castos.

—¡Bendita la hora -le respondí- en que podré contemplar algo realmente noble y hermoso, después que he asistido con angustia y dolor a tantos espectáculos grotescos! No rehuiré ningún baño, ninguna navaja, ningún cepillo, a fin de que, lavado, afeitado y cepillado, sea admitido a las límpidas moradas de la verdad y de la bondad. Muchos saben desde hace tiempo qué desafortunadas han sido mis andanzas y desvarios. Pero, al fin, veré, ¡sí, lo veré!, algo más verdadero, más bueno, más cierto, más firme, exactamente lo que promete el mundo y nunca ni en ninguna parte lo da.

4. PRIMER EXAMEN DEL EXTRANJERO: PROFESIÓN EXTERNA Y COSTUMBRES

Al llegar a la puerta oriental, mi compañero me presentó al prefecto de las guardias aquel día, el cual, saludándome cortésmente, me preguntó qué deseaba.

—Un montón de cosas -le dije-, pues, como sabes, he sido arrojado de la tierra y del mar y, porque al dar aquí parece que he dado con el mismo Dios, ¿por qué no he de pedir que se me dé a manos llenas lo que me ha faltado toda la vida?

Se sonrió el prefecto y me advirtió amablemente que en aquella isla no había nada desconveniente, que no sería yo de los que una comunidad no puede acoger sino mandar de vuelta a su casa: pedigüeños, charlatanes de feria o cómicos, que gustan de la ociosidad; curiosos, que investigan prolijamente las cosas más raras; fanáticos, sin ninguna piedad firme; sopladores, que deshonoran la alquimia; impostores, que simulan ser hermanos de la Rosacruz, u otros parecidos, verrugas de las letras y de la humanidad, a los que nunca sentaría bien visitar esta ciudad.

Yo me defendí alegando el testimonio íntimo de mi conciencia y aseguré con muchas palabras mi adhesión a la verdad y mi entrega al bien.

15 Palabra formada por Chrislian- y polis (ciudad, en griego): «Ciudad de los cristianos» o «Ciudad de Cristian» (Rosenkreuz).

Entonces él repuso:

—Nada impide, pues, que dispongas de lo nuestro, que es lo mínimo, sino también de nosotros-. Y, diciendo esto, me tomó de la mano y llevándome a la cercana casa de los guardias o centinelas me regaló con comida y bebida muy sabrosas.

5. SEGUNDO EXAMEN: COMPLEXIÓN CORPORAL

Vestido con ropas nuevas, nada suntuosas pero cómodas y muy aptas para el manejo del cuerpo, me puso en manos de unos ayudantes para que me llevaran al segundo examinador. Este parecía nacido para escrutar los secretos más íntimos del alma humana. Respondió a mi saludo con suma dulzura y me entretuvo con varias preguntas amistosas, observando entre tanto con gran atención los rasgos de todo mi cuerpo y de mi rostro ¹⁶. Con cara más bien risueña que ceñuda procuró informarse sobre mi patria, mi edad y mi género de vida, aparentando estar interesado en otra cosa. Cambiadas algunas palabras de cortesía, me dijo:

—Querido huésped, has llegado guiado sin duda por Dios para comprobar si es un destino ineluctable obrar siempre mal y vivir como los bárbaros. Hoy te daremos una respuesta segura, la que debemos a todos los hombres sinceros, tanto más gustosamente cuanto no tienes en contra tuya ni a la naturaleza ni al cielo, sino que gracias a los dos estás en posesión de una noble casa ¹⁷. Si, además, es Dios quien te gobierna, hasta el punto de que estés como exento de las leyes humanas, no dudamos en absoluto de que ya eres de los nuestros y lo serás eternamente.

Mientras hablábamos me pareció advertir que tomaba nota de la placidez de mi espíritu, del recato de mi rostro, de la discreción de mi lengua, de la serenidad de mis ojos, de la compostura de mi cuerpo ¹⁸, con tanta pericia que le creí capaz de leer los pensamientos, con tanta afabilidad que no le pude ocultar nada, con tanta deferencia que comprendí que debía confiarme a él por completo. Una vez vaciada del todo mi alma, tocó, por fin, el tema de las letras.

—Me perdonarás, amigo mío, que haya hablado contigo iletradamente -me dijo-. Pero no te preocupes, porque aquí no te faltarán quienes rezumen letras. Al tiempo que decía esto, encarga a un ayudante que me acompañe hasta el tercer examinador. Me saluda con la derecha ¹⁹ y me dice que confíe. Yo pienso para mis adentros: «Hum, si esto ha sido iletrado, ¿qué va a venir ahora?».

6. TERCER EXAMEN: FORMACIÓN INTELECTUAL

Llegado a éste, la dulzura no fue menor que antes. Quiero decirlo de una vez: todo fausto y arrogancia están desterrados aquí. Nunca me he avergonzado tanto en mi vida como cuando oí a éste. Me hubiera venido bien no saber nada, al igual que Sócrates, pero en un sentido muy distinto. ¡Cuánto me arrepentí de haber dicho que era letrado!

¹⁶ Practica, pues, un reconocimiento fisiognómico.

¹⁷ «Noble casa» (domicilian! libérale) designa la isla, no la alcurnia de Andreae.

¹⁸ Recordemos que Johann Valentín era cojo.

¹⁹ La mano derecha extendida, expresión de la caridad cristiana, es probable que se haya convertido en un símbolo de la Sociedad o Unión Cristiana fundada por J. V. Andreae, como sugiere Yates (cfr. El IluminismoRosauz, p. 193). Una de sus obras lleva el título de Amoris christiani dextera porrecta (La mano derecha extendida del amor cristiano).

Quería saber de mí, si bien con palabras muy afectuosas, qué había aprendido sobre el control de mí mismo, sobre el servicio a los hermanos, la lucha contra el mundo, la aceptación de la muerte, la obediencia al Espíritu; qué sentía en la contemplación del cielo y de la tierra, en el escrutinio de la naturaleza, en los instrumentos de las artes, en el nomenclátor de las lenguas, en la armonía de todas las cosas; qué relación guardaba con la sociedad de la Iglesia, con la esencia de la Escritura, con la patria del cielo, con la escuela del Espíritu, con la fraternidad de Cristo, con la familia de Dios.

Quedé estupefacto al darme cuenta de los muchos dones que habían sido generosamente concedidos al hombre y de los que yo no me había aprovechado nada en absoluto. Hice, pues, lo único que podía hacer: una confesión sincera.

—Lo desconozco todo, eminentísimo varón -le dije-, y nunca he tenido quien me lo enseñara, pero te aseguro solemnemente que lo he meditado muy a menudo y lo he deseado y lo he intentado poner por obra.

Entonces él exclamó como transportado de júbilo:

—¡Eres uno de los nuestros, pues tienes una hoja limpísima, lavada incluso por el mismo mar! Sólo falta que roguemos a Dios para que Él imprima en ti con su sagrado y santo cálamo todo lo que te pareciere saludable para su sabiduría y para su bondad, y con eso podrás ya recorrer nuestra ciudad por todas partes. Cuando vuelvas, escucharemos con ánimo bien dispuesto y complaciente qué más quieres aún de nosotros 20.

Con esto, me asignó tres acompañantes, Beeram, Eran y Neariam 21, hombres buenos a simple vista, para que me llevaran a todas partes.

7. DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD

No haría mal en describiros antes de todo la estampa de la ciudad. Es cuadrada, de 700 pies por cada lado, bien defendida por cuatro baluartes y un muro. Se orienta exactamente a los puntos cardinales. Está reforzada por ocho torres poderosísimas, repartidas por la ciudad, además de otras dieciséis menores, no desdeñables, y una ciudadela en el medio prácticamente inexpugnable. Las casas están dispuestas en dos filas o, si añades la sede del gobierno y los almacenes de la ciudad, en cuatro, con una sola calle pública y una sola plaza, muy majestuosa. Si mides las construcciones, verás que desde la calle interior, cuya anchura es de 20 pies, hasta el centro, donde está el templo, redondo, de 100 pies de diámetro, las medidas van subiendo de cinco en cinco. Si partes de las viviendas, entonces el espacio intermedio, los almacenes y el barrio tienen 20 pies cada uno, el muro 25. Las viviendas alcanzan todas tres pisos, a los que se sube por unos podios públicos. Todo esto se podrá ver mejor en el diseño 22. Están hechas de ladrillo cocido, separadas por unas paredes de modo que el fuego no las pueda dañar gravemente.

20 Véase p. 233. El parecer sobre lo que ha visto en la ciudad no lo da él, sino el canciller, es decir, el portavoz del gobierno.

21 Estos nombres y otros que saldrán más adelante están tomados de la Biblia. Nos limitamos a dar las referencias probables. Beeram: 1 Par 5, 6. Eran: Núm. 26, 36. Neariam: 1 Par. 3. 22.

22 La edición original incorpora un plano de Cristianópolis y una escenografía de la misma. La descripción que hace de la ciudad no se corresponde con los datos de estos dibujos. En varias ocasiones se remite a otros diseños que por alguna razón no fueron incluidos por el editor.

El agua es muy abundante, tanto la manantial como la corriente, suministrada por la naturaleza y por medios artificiales. Su estampa es igual por todas partes, ni lujosa ni sórdida y apropiada para respirar y transpirar. Viven aquí unos 400 ciudadanos, con suma religiosidad, en suma paz, de los que diremos algo casi de cada uno. Por fuera de los muros hay un foso, de 50 pies de ancho, lleno de peces, para que no esté de más en tiempo de paz. En el pomerio **23** hay animales, no para diversión, sino para su aprovechamiento. Toda la ciudad está dividida en tres partes: alimentación, trabajo, ejercicio y contemplación. El resto está destinado a la agricultura y a los diversos obradores. Todo esto lo señalo en la lámina. Ahora es tiempo ya de recorrer la ciudad.

8. LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA

En el extremo de la ciudad que mira a Oriente está la sede de la agricultura, con dos alas, la de acá para alojar los bienes rústicos, la de allá los pecuarios. Todo el grano, legumbres y verduras que la república recoge de la isla y el ganado caballar, bovino y ovino que necesita, se guarda en catorce construcciones, hechas de manera que dan cobijo a las cosas y a las personas, pues, al tener las viviendas tres pisos, como antes dije, tienen más capacidad de lo que aparentan. Las inmundicias que haya se llevan a la base del muro por unas pequeñas puertas practicadas en las torres angulares hasta que venga el tiempo de echarlas en las tierras y en los campos. Perpendicularmente a estas viviendas está una torre mayor, de 30 pies de ancha y 45 de larga, que une estas viviendas rústicas con las civiles que están enfrente y que a la vez comprende en medio un espacio de terreno bajo el cual se abre una entrada abovedada y bastante amplia a la ciudad, así como las puertas, más estrechas, que dan a las viviendas. Esta torre se puede asegurar a un lado y a otro con puertas, cerrando la fortaleza doblemente, pues a lo largo de las paredes de las viviendas no hay ninguna salida. En la parte superior tiene un aula tan amplia como la misma torre, con ventanas a todos lados, donde puedan reunirse los ciudadanos de aquel ala siempre que lo requieran las leyes y celebrar sesiones religiosas o civiles. Encima de ella reside Uriel **24**, expertísimo en agricultura, en el cultivo de la tierra y en la cría de ganado, al que acatan y ayudan cuando les es posible los dos prefectos de las torres, Kapzeel **25** y Simea **26**. Aquí está ausente toda rusticidad y se ha restaurado la agricultura de los patriarcas, con mucho acierto, pues está más próxima a Dios y es más sencilla.

9. LOS MOLINOS Y LAS TAHONAS

Unidos a estos dos almacenes de la república hay, en los otros puntos cardinales, siete molinos y otras tantas tahonas al mediodía y cuatro mataderos y otras tantas despensas al norte. Igual que en el caso anterior, las torres mayores separan ambas alas y unas torres semejantes por completo a las menores que hemos dicho las rematan.

23 El término no existe en castellano. Los romanos llamaban pomae-num al espacio inmediato a los muros, tanto por dentro como por fuera, en el cual no estaba permitido ni edificar ni cultivar.

24 Cfr. 1 Par. 15, 11.

25 Cfr. Jos. 15,21.

26 Cfr. 2Sam. 13. 3.

En los molinos no sólo se muele el grano -que guardan en el piso superior-, sino que en ellos se hace todo lo que puede conseguirse con la ayuda de la rotación, sin fuego, lo cual, al prestarse a la ingeniosidad, es variado y concebido para deleitar y admirar al espectador. También se elabora papel y se cortan los árboles en troncos y se pulen las armas. En las tahonas se cuece todo el pan para alimentar a la isla y se guarda toda la harina. Intercalados están los lagares y debajo están cavadas las bodegas para guardar el vino. Aquí están los despenseros y almaceneros del sabor y del gusto, a las órdenes de Neria 27, que reside en la torre del medio, ayudado por dos prefectos de las torrecillas de los extremos, Simea y Gadiel 28, combinándolo de modo que un prefecto está subordinado a dos cuatorviro. Nunca podrás admirar lo bastante cómo para la templanza hay siempre lo suficiente aun de lo que no abunda demasiado. Y es que, a pesar de que en toda la isla no hay nadie que no esté saciado, no obstante, al estar ausentes la ebriedad y la crápula, hay de todo en abundancia gracias a la bendición de Dios o a la generosidad de la naturaleza.

De la distribución del alimento hablaré luego, ahora he de añadir esto: todo se hace con limpieza y con respeto a los dones de Dios. Los trabajadores no son brutos, sino extremadamente dulces; los guardianes no son glotones, sino muy sobrios, ni malolientes, sino limpios. Lo que está para servicio de todos se administra de manera que el pueblo lo disfrute colectivamente, aunque con decencia.

10. LOS MATADEROS Y LAS DESPENSAS

La zona norte, que con otros catorce edificios está destinada a la matanza y a los menesteres pecuarios, no tiene, sin embargo, nada de bestial. He observado, en efecto, que los hombres que se manchan de sangre y manipulan carnes, grasas, pieles y cosas así, se embrutecen bastante 29. Se ven aquí también las cocinas, que sirven para asar, cocer y limpiar los animales, pero que no conocen ninguna delicadeza ni plato apiciano 30. Están también los talleres para lavar la ropa y la lencería, porque lo que más se estima aquí es la blancura. La despensa, con varias cámaras, tiene manteca, sebo, lardo, unto, cera y demás cosas de este género, así como pescado seco y fresco y volatería variada, no sólo para los residentes, sino también para los comerciantes extranjeros, pues la isla ofrece una oportunidad muy buena para el comercio, si bien los ciudadanos no toman parte en él, ya que ese cuidado se lo encargan a unos pocos. Aquí es donde se ve la verdadera equidad en el intercambio, la que no mira al lucro, sino a la variedad, de modo que podamos contemplar los productos peculiares de cada tierra y los compartamos entre nosotros y estando en un mismo lugar parezca que disfrutamos del mundo entero terrenal. Al mismo tiempo se pone de manifiesto lo exiguo de nuestro terruño y la generosidad de la dispensación divina, y se convierte por fin en particular de cada uno el patrimonio de todos los hombres. No quiero extenderme más en esto porque sería muy extenso y porque saldrá a menudo al exponer los otros temas.

Al frente de esta sección están Thirhena 31 y dos socios, Kapzeel y Zarphat 32, que supervisan el comportamiento y trabajo de los ayudantes.

27 Cfr. Jer. 32, 12.

28 Cfr. Núm. 13, 11.

29 Moro hace esta misma observación en Utopía (cfr. nuestra edición en Zero-Zyx, Madrid, 1984, p. 122).

30 Apicio fue un famoso glotón romano, autor de un libro (De re culinaria) con recetas de cocina.

31 Cfr. 1 Par. 2, 48.

32 Cfr. 1 Re. 17,9.

11. LOS METALES Y LOS MINERALES

Queda la zona occidental, la destinada al fuego. Aquí, en efecto, se ven, a una parte, siete talleres dedicados a caldear los metales, batirlos, fundirlos y forjarlos, con las casas de los operarios; a la otra hay otros siete talleres ordenados a la producción de sal, vidrio, ladrillos, vasijas de barro y todo lo que requiere un calor intenso. Aquí sí que se ve una inspección de la naturaleza, pues todo lo que la tierra encierra en su seno se pliega a las leyes e instrumentos del arte, no estando los hombres plegados a unas tareas desconocidas, como les pasa a los jumentos, sino que, provistos antes de un conocimiento minucioso de los fenómenos físicos, se regodean después en medio de las entrañas de la naturaleza. En su opinión, no te han dicho nada ni mostrado nada, a no ser que escuches sus explicaciones y contemples la anatomía del macrocosmos. Como tú no arguyas con experimentos y no enmiendes las herramientas deficientes de las artes por otras mejores, te desacreditas. Créemelo, si la sofística viniera aquí con sutilezas, sería el hazmerreír de todos, hasta tal punto prefieren las cosas a las palabras. Aquí se puede saludar y oír a la química verdadera y genuina, la noble e industrial, pues la espuria anda oculta en otra parte y practica sus embustes en medio de las tinieblas. Aquélla procede inspeccionando las operaciones, apoyándose en múltiples investigaciones y haciendo ensayos. Aquí, por decirlo en una palabra, la física es práctica. Al frente está Sesbazar ³³ con sus adjuntos Zarphat y Gadiel, que más que trabajo lo que parecen exigir es una ejercitación del cuerpo humano. Pues, mientras nosotros nos consumimos en una fatiga continua, allí se fortalecen equilibrando el trabajo con el descanso, de suerte que siempre se reincorporan con ganas a la tarea.

Mientras veía esto no dejaba de dirigirme reproches, pues, habiendo dispuesto de tiempo, gozado de rentas y contado con la ayuda de libros, no había aprendido lo que es absolutamente preciso saber y había preterido, con desidia inexcusable, el rostro de la naturaleza, la cosa que más me fascinaba.

12. LAS VIVIENDAS

Una vez recorrido el primero de los cercos, el de los talleres y almacenes -con ojos solamente humanos, por supuesto-, entro por la torre de oriente y contemplo la propia ciudad, cuadrada, con una doble fila de viviendas, una frente a la otra. La calle de en medio tiene 20 pies de ancha, suficientemente holgada si se tiene en cuenta que no utilizan carros ni caballos para nada. Las viviendas de la fila exterior tienen 15 pies de ancho, las del interior 25, con una altura de 33 y una longitud de 40 por lo común. Por la parte que dan a la calle tienen unos soportales abovedados, apoyados en unas columnas de 5 pies de ancho y 12 de alto, para protegerse de la lluvia. Por las fachadas contrarias, en los pisos segundos y terceros, hay unos podios por los que se puede pasear, todo lo cual me he permitido ilustrarlo en los dibujos. Incluidas las torres, el lado mayor de la ciudad tiene 13 edificios, el menor 11, en total, pues, ³⁴ 88, que si se multiplica por tres arroja la cifra de 264 casas. En el plano se ve a simple vista cómo está la distribución de las viviendas.

Nadie ha de sorprenderse de que sea algo reducida, pues aloja a muy pocas personas y casi ningún ajuar. Los otros, que dan albergue a la vanidad, al lujo y a parientes semejantes y que amontonan ganancias inicuas, nunca habitan lo bastante holgadamente. Son una carga para los demás y Para sí, y no miden su necesidad o tan siquiera su bienestar

³³ Cfr.Esd. 1, 8.

³⁴ Un error tipográfico, probablemente.

por otro criterio que el de la cantidad, un fardo que no pueden ni aguantar ni quitarse de encima. ¡Qué ricos son, en definitiva, los que tienen todo lo que necesitan de verdad sin acaparar nada superfluo! Siempre que he visto las riquezas de este mundo, he visto de pie, a su lado, al hambre. Sólo allí donde nosotros diríamos que está vacío ha hecho su aparición la saciedad.

13. LOS OBREROS

Mientras recorro la ciudad quedó claro en seguida cuál era la distribución de los artesanos. Como es cuadrada, trataba asimismo cuatro materiales: metales, piedras, maderas y lo concerniente a la tejeduría. Con esta diferencia, que los que exigen más arte e ingenio estaban en el cuadrado interior, los más fáciles en el exterior o más grande, pues distinguen entre el relojero y el cerrajero, así como entre el organero y el carpintero, o el estatuario y el cantero. Lo que es absolutamente nuevo es que estos artesanos son casi todos letrados. Pues lo que los otros consideran exclusivo de unos pocos hombres - que si miras su abultada incompetencia resultan ser una caterva- los cristianopolitanos lo tienen por prerrogativa de todos, ya que ni las letras son tan sutiles ni los oficios tan difíciles que un hombre no pueda aprender ambos si se le da tiempo. Los hay, sin embargo, que sienten más inclinación por una u otra faceta y, si destacan más en la artesanal, se les nombra maestros para que instruyan a otros muchos. Vi los que me parecieron oficiales bronceístas, estañeros, herreros, cuchilleros, torneros, cofreros, estatuarios, yeseros, bataneros, tejedores, peleteros, zapateros y, entre los escultores de categoría superior, relojeros, orífices, organeros, grabadores, batihojas, joyeros y otros como éstos en número considerable. También hay aquí curtidores, silleros, menestrales, cerrajeros, carpinteros, toneleros, albañiles y vidrieros. Con esto hemos nombrado los obradores fundamentales; la sastrería y el bordado lo llevan las mujeres.

Por lo demás, no siempre se hace todo esto porque lo exija la necesidad, sino por emulación entre los artesanos, para dar ocasión a que el ingenio humano se despliegue en la variedad de los artefactos y a que esa prerrogativa de la razón o, más exactamente, ese destello de la divinidad que está vivo en nosotros brille en todos los objetos materiales.

De la supervisión y de los incentivos, de las horas de descanso y de trabajo, hablaremos dentro de un poco.

14. LA ORACIÓN PÚBLICA

Antes de proseguir, vamos a decir algo sobre la piedad pública. Todos los días hacen tres veces oración, la matutina, la meridiana y la vespertina, en que dan gracias a Dios por sus beneficios y le piden con una fórmula solemne, de rodillas y con las manos entrelazadas, que continúe prestándoles su ayuda y que les conceda una buena muerte. Nadie puede faltar, a no ser que tenga una excusa muy grande. Los padres llevan a todos sus hijos para que alaben a Dios, aunque sólo sea balbuciendo. Después oyen la lectura de la palabra divina y terminan la reunión, que ha durado media hora aproximadamente, con un cántico. Si es un día de fiesta, en el que se recuerda alguna acción señalada de Dios, el acto devoto se prolonga un poco más. El lugar son las aulas mayores de las torres, cada quien en la suya. Nada más propio de los cristianos que esta medida, pues, aunque debemos rezar en privado con la mayor intensidad y frecuencia, no obstante, esta consonancia de los espíritus y de los corazones tiene una resonancia en los oídos de Dios y una eficacia que no sabría decir. Quienes la descuidan se confían, quizá, demasiado. En

cambio, los que esperan contemplar algún día los coros celestiales, igual que en esta posada terrenal lo disponen todo en orden a la patria celeste, así también se entregan con solicitud y presteza a las alabanzas divinas más que a ninguna otra cosa. Dichosos, pues, y prudentísimos los que se procuran aquí un anticipo de la vida que luego vivirán eternamente. Desdichados por demás y tontísimos los que dan por terminada toda su vida en un percance tan sumamente enojoso como la muerte.

15. LA COMIDA

La comida la hacen todos en privado pero la toman del bien público. Viendo, en efecto, que es casi imposible evitar la suciedad y el ruido cuando se juntan muchos comensales, optaron por comer cada uno en su casa. Los alimentos, que han sido distribuidos teniendo en cuenta el año, se distribuyen semanalmente teniendo en cuenta el número de familiares. La provisión de vino, en cambio, se hace para el semestre o, si es posible, para más tiempo. La carne la traen fresca del matadero, tomando la cantidad que les está asignada. El pescado, la carne de venado y toda suerte de volatería se raciona equitativamente según la época y la edad. Lo ordinario son cuatro platos que las mujeres se encargan de preparar exquisitamente y que se aderezan con charlas piadosas y discretas. Quien lo desee puede convidar a otros y entonces o bien juntan la comida o, si se trata de un forastero, recaban del bien público lo que sea necesario, pues la cocina que antes mencioné tiene por objeto proporcionar lo que se solicita honradamente por encima de la ración establecida. Los hijos más crecidos comen fuera de casa, por lo que la familia suele constar de cuatro o cinco miembros, más raramente de seis, a saber, el padre, la madre y dos hijos. Los criados y las criadas, en efecto, son muy raros y sólo se les ve cuidando a los enfermos, a las parturientas y a los niños. El varón y la mujer realizan trabajos complementarios; todo lo demás se lleva a cabo en los talleres públicos.

Más adelante hablaremos de lo que se hace con los púberes. De momento haremos sólo esta consideración: qué grandísimo sería el peso de que podríamos librarnos si se nos descargara de los muchos inconvenientes que trae consigo el comer y el beber y de la incertidumbre o preocupación cotidiana de saciar nuestro estómago.

16. LOS TRABAJOS

Los trabajos o, como ellos prefieren decir, la ejercitación de las manos, se hace siguiendo lo prescrito y todo lo producido se deposita en las tiendas públicas. Cada maestro artesano toma del almacén el material necesario para las tareas de una semana. La ciudad entera es como un único taller, si bien de productos muy diferentes. Los prefectos de estos asuntos, situados en las torres menores de los ángulos, ya saben qué es lo que conviene hacer, cuánto y cómo, y se lo advierten a sus obreros respectivos. Cuando se ha cubierto el suministro para una tienda, se puede dar curso a la ingeniosidad y jugar a los inventos.

Nadie tiene dinero ni hay ningún uso privado del mismo. La república, sin embargo, tiene su erario. Los ciudadanos son felices debido principalmente a que nadie puede prevalecer por sus riquezas, pues lo que se privilegia preferentemente es la laboriosidad y el ingenio y lo que más se estima son las buenas costumbres y la piedad. Las horas de trabajo son muy pocas, sin que por eso se trabaje menos, ya que a todos les parece vergonzoso estar ociosos

más tiempo del permitido. Si en otros sitios diez trabajadores apenas si alimentan a un ocioso, no resultará extraño que, si aquí trabajan todos, le toque a cada uno un poco de descanso ³⁵. Aunque también se entregan tan completamente al trabajo para dejar claro que es cosa buena para el cuerpo, en absoluto mala. Pues, cuando no hay servidumbre, no se apodera del cuerpo ninguna desgana que lo abruma o enerve. Y, ¿quién pondrá en duda que, cuando Dios lo inspira, todo resulta más fácil y acertado, pues se multiplican las fuerzas y los logros, mientras que, cuando Dios no lo quiere e inspira lo contrario, se acumulan las obras perniciosas?

17. EL DESCANSO

No es impropio que demos una explicación del ocio o, por mejor llamarlo, respiro de los cristianopolitanos. Después que cumplieron gozosamente con los requisitos de la piedad, de la república y de las letras, y que manejaron los cuerpos mecánicos de las artes, tienen unos períodos de reposo, mayores o menores según la época del año. Se le debe dar, dicen ellos, no tanto a la carne como al espíritu y no menos al alma que al cuerpo. Es sumamente necesario para volver sobre nosotros mismos lo más a menudo posible y para sacudir el polvo de esta tierra; es necesario volver atrás para tomar resoluciones generosas y para combatir los vicios; si queremos restaurar las fatigadas facultades de nuestra alma y aguzar nuestro espíritu, hay que estar a menudo de pie o sentados junto a la afiladera. Así, pues, no te esperes de este ocio filosófico ni diversiones necias ni divagaciones ruidosas, sino un relajamiento de la tensión del espíritu y, sobre todo, el recuerdo de cuanto atañe al problema de la eternidad para que nada, que no sea Dios, se convierta en lo más querido y estimado por nosotros. Por eso, durante esas horas guardan los ciudadanos el mayor sosiego, entregándose la mayoría o a la santa meditación o a consolar al prójimo que sufre bajo el peso de su cruz o, en todo caso, a instruirse mutuamente con pláticas cristianas.

¡Qué diferente los hombres terrenales, que trabajan para el mundo y festejan a Satanás, que fatigan el espíritu y relajan la carne, que trajinan en la inmundicia y descansan en el hedor y que nunca están más alejados de sí que cuando están consigo mismos! ¿Cómo podrían oír a Dios hablando en nuestro interior?, ¿cómo podrían acometer las hazañas varoniles de la virtud?, ¿cómo podrían alumbrar creaturas nuevas del genio e inventos más singulares, si se quedan sordos y entumecidos en medio del griterío ajeno y nuestro?

18. LAS RECOMPENSAS

Os estaréis preguntando, supongo, qué interés tiene en esta ciudad ser un hombre de costumbres ordenadas e ingenio sobresaliente, pues no oís nada sobre recompensas. La objeción la despeja fácilmente el cristianopolitano, para quien complacer a Dios es gloria y ganancia suficientes. No faltan, sin embargo, los estímulos del Espíritu Santo. En efecto, los ejemplos de los amigos de Dios se estiman tanto entre estos ciudadanos, se les ensalza tan a menudo y se inculcan de tantas maneras en el ánimo de los jóvenes que los espíritus más generosos arden en deseos de imitarlos. Además, el gozo de una conciencia recta, la vastedad de una inteligencia que ha disipado las tinieblas, la majestad del dominio sobre las pasiones y, por encima de todo esto, el inefable consorcio con los seres celestiales embargan tan profundamente al

³⁵ La misma consideración hace Moro en Utopía (cfr. nuestra edición en Zero-Zyx, Madrid, 1984, p. 117) y Campanella en La Ciudad del Sol (cfr. nuestra edición en Mondadori, Madrid, p. 132).

alma purificada que no dejan lugar para temer la renuncia a la felicidad terrena.

Pero si presidir a los demás tiene alguna importancia para los cristianos, aquí eso es la prerrogativa de la virtud, y según esta escala: lo que más se estima es la devoción a Dios, luego las costumbres moderadas, después la disciplina del entendimiento y, finalmente, la constancia, de suerte que, cuanto más cerca está uno de la voluntad de Dios, más idóneo se le juzga para dirigir a los demás. El mundo procede al revés y desoye la voz de la buena conciencia aplicando el oído a las flautas de la vanidad, por eso el más indecente de todos puede mandar sobre el alma y el cuerpo, no siendo de extrañar que no sepa ni lo que quiere ni lo que no quiere y que unos guías ciegos que, sin embargo, prometen la luz, sigan a otro mucho más ciego hasta las tinieblas del batarro.

19. LAS PENAS

Otro tanto podríamos decir de las penas: no hay ningún lugar para ellas en el santuario de Dios y en la ciudad elegida, porque la libertad cristiana no tolera preceptos, menos aún amenazas, sino que se la conduce libremente hacia su Cristo. Pero hay que admitir llanamente que en ningún sitio se puede desalojar por completo a la carne. De ahí que, si alguno desoye los avisos repetidos o las represiones más severas, si han sido necesarias, se le ha de disuadir con castigos más duros, a cuyo efecto se dispone de remedios idóneos, que no son los mismos siempre, sino que se acomodan a los diversos caracteres. Pues es bien sabido que si a la carne le quitas la ceja, si cuando rebulle le enseñas el palo, la cosa cambia mucho. El arte de las artes es precaver la caída en el pecado, mientras lo más inicuo sería ensañarse con los que se han desmoronado arrojando todavía más piedras a sus ruinas. Lo que procuran ante todo los jueces de la Ciudad Cristiana es castigar gravemente lo que lesiona a Dios directamente, levemente lo que lesiona al hombre, levisísimamente lo que lesiona la propiedad. Todo lo contrario de lo que hace el mundo, que castiga mucho más cruelmente, sin comparación ninguna, al ladrón de tres óbolos que al blasfemo o al adúltero. Ellos, que son parcios en derramar la sangre, son también poco partidarios de los castigos sangrientos. El mundo es pródigo con la sangre fraterna e incluso con la inocente, y pronuncia entre chanzas la clase de muerte que primero le viene a la boca, sintiéndose a cubierto bajo el solo pretexto de que no es él sino su ayudante el que hace uso de la espada, de la soga, de la rueda o del fuego. ¡Hermoso principio, Cristo me valga, para una república: hacer ladrones de los libertinos, adúlteros de los incontinentes, homicidas de los vagabundos, brujas de las prostitutas, para de esta manera tener sangre que ofrendar al Dios de las venganzas, cuando es mucho más humano arrancar los primeros rudimentos y raíces de los vicios que cortar los tallos ya formados ³⁶! Destruir a un hombre lo puede cualquiera, corregirle, sólo los mejores.

20. LA NOBLEZA

En esta república no se hereda ninguna dignidad y no se aprecia la sangre sin virtud. Aunque se valora por encima de todo a los hombres beneméritos y se les erigen monumentos, esto se hace por razón de los hijos más que nada, a fin de que el ejemplo de su propia casa les sirva de constante amonestación y se afiance la herencia de sus virtudes. Si se apropian de ésta, fácilmente se inclinan por la misma vida que hizo gloriosa la memoria de sus padres, pero se

36 Este discurso se encuentra en la Utopía de Moro (cfr. nuestra edición en Zero-Zyx, Madrid, 1984, p. 87).

tiene cuidado de que esta elección espontánea no impida el desarrollo de alguna otra virtud. Porque los que sobresalen gracias a la ayuda de Dios, primer motor de todas las virtudes, han de ser honrados precisamente por reverencia a Dios y se les ha de encomendar el gobierno de las cosas. Pero también es claro que los dones de Dios fructifican en un sitio, en otro se marchitan, siendo evidente que el sobresalir no es una obra humana, ni siquiera de unos pocos hombres, sino la obra de la dispensación divina.

No es necesario referir aquí hasta qué punto los otros prevarican en esto, pues valiéndose del privilegio de su alcurnia se entregan tan a menudo al pecado y a la corrupción que la prole de estos héroes que no está degenerada es un prodigio. Porque, así como los padres escalaron el sublime castillo de la virtud a través de las arduas colinas del trabajo, así los hijos se deslizan a los profundos torbellinos de los vicios a través de los laberintos de los placeres. Si tan sólo hubieran mirado atrás o al estado de cosas en torno suyo, de seguro que no hubieran permitido que lo que podía recomendarles ante Dios y ante los hombres se convirtiera en el más peligroso de los precipicios por culpa del señuelo de los placeres y la perfidia de los aduladores.

21. LOS PREFECTOS

Esta mitad de la ciudad la rigen los octoviros **37** que residen cada uno en cada una de las torres mayores. Tienen a sus órdenes otros ocho prefectos repartidos por las torrecillas menores. Ninguno abriga pretensiones señoriales, sino paternas, y los subordinados sienten por ellos más respeto que temor, pues todo lo que ordenan lo hacen también ellos y guían más con el ejemplo que con la palabra. Nada más fácil que la imitación ni más natural que la obediencia cuando el que reprocha es irreprochable, el que enseña está bien enseñado y el que manda es la norma misma. El primero que introdujo en el mundo la violencia y el desprecio no tenía nada de divino. Dios está cerca de los suyos y los suyos cerca de Él. Dios es escuchado y Él escucha. ¡Tan lejos está que el vasallaje o el dominio pueda ser lícito o, siquiera, decoroso entre nosotros, que somos vasos del mismo barro! En la república cristiana todo se remite a Dios y no se necesita para nada de arcanos o de razones de estado, esas cosas de que tanto disfruta Satán en su reino.

Todo está a la vista, a saber, temer a Dios y amar al prójimo, que son el resumen de la ley divina y de la convivencia humana. ¿Qué pueden decir los que convierten la religión, la justicia y todo trato humano en ataduras, cepos y cárceles, y con ceño fruncido, modales venenosos, lengua mordaz, corazón insensible y las manos garrudas no quieren gobernar hombres, sino sojuzgar bestias y llenan volúmenes enteros con estas maquinaciones? **38**. Es claro que ni la ley de Dios ni el evangelio de Cristo dan lugar a confusiones: ahora bien, nunca elogian el dominio humano entre los suyos y lo que inculcan es una ordenada comunión fraterna **39**. A ésta ha renunciado la Iglesia, que se ha hecho, sí, más rica y más temible, pero no más santa, pues ni siquiera con la última expurgación se la pudo inducir a que renunciara al fausto y a la crueldad y a que recabara de sus dirigentes un gobierno razonable. De ahí que se esté luchando y que en medio del cristianismo no pueda ser buen cristiano ni el que manda ni el que obedece.

37 Conservamos esta palabra, aunque no existe en castellano. En el capítulo 9 menciona a los cuatorviros, y en el 27 ss. a los triunviros.

38 Alude, sin duda, a la doctrina del maquiavelismo.

39 Este es el axioma que resume la filosofía toda y las actividades de Andreae. Su concepto de «ordenada» incluye el grado de control y rigorismo de que ya hemos tratado en la Introducción. Pero su rechazo de las sanciones sociales duras, de la pena de muerte y de la guerra le ponen a mucha distancia de las utopías de Moro y Campanella, que aceptan la esclavitud, la ejecución de ciertos delincuentes y la represión militar, tema este último en el que ambos utopistas se detienen morosamente. La sociedad cristiana de Johann Valentin es bastante más cristiana que la de los otros dos

22. LAS OBRAS PÚBLICAS

Hay también tareas públicas, que obligan a todos los ciudadanos, como las guardias, las rondas, la cosecha, la vendimia, la pavimentación de caminos, la construcción de edificios, la traída del agua, así como ciertos servicios en los obradores, que prestan todos por turno de acuerdo con su edad y sexo y que no son muchos ni prolongados. Aunque tienen gente fija y especializada para cada oficio, cuando la república necesita hombres, nadie rehúsa su colaboración y trabajo, pues lo que nosotros somos en nuestras viviendas lo son ellos en su ciudad, a la que, no sin motivo, tienen por un único hogar. De ahí que no sea ninguna vergüenza participar en cualquier tarea pública que no sea indecente. Eso hace que todos los trabajos, incluso los especialmente penosos, se concluyan a tiempo y sin fatiga, pues la diligencia de una muchedumbre hace o deshace fácilmente un montón por muy grande que sea. Puesto que todos queremos disfrutar y beneficiarnos de los privilegios y ventajas comunes, ¿quién dejará de admitir que la preocupación y los trabajos se cargan de una manera injustísima sobre unos pocos y que se permite a la mayor parte vivir en el sopor y en la glotonería? Por el contrario, ¿quién pondrá en duda que todo ciudadano debe ayudar a la república desde su posición y su rango no sólo de palabra, sino echando una mano y arrimando el hombro? Pero los hombres carnales, invirtiendo el orden, se asquean de manejar la tierra, el agua, las piedras, la madera y cosas así y les parece, en cambio, grandioso divertirse con los caballos, los perros, las prostitutas y cosas parecidas. Ellos se burlan de esto con cierta sorna, ya que en sus enseñanzas no llevan representados los distintos instrumentos de la ferocidad y de la pompa, sino los de la clemencia y el trabajo, y les reprochan la confesión de su vanidad y brutalidad.

23. LAS CASAS

Nadie tiene la vivienda en propiedad, sino que todas están concedidas y asignadas para su uso. Cuando la república lo quiere, se mudan con facilidad. Casi todas están construidas según el mismo modelo, limpias y defendidas de toda suciedad, cosa que cuidan mucho. Las más corrientes tienen tres salas, el hipocausto, el dormitorio y la cocina, estas dos últimas separadas generalmente por un tabique de madera. En mitad de la torre, por dentro, hay una pequeña rotonda con una ventana abierta a la que se sube con unos artefactos la leña y otras cargas pesadas. La casa tiene una sola puerta, de la que se cuida el padre, y se sale por ella al podio, al que se sube bien por las torres bien por una escalera de caracol que hay en el centro. A este particular véase el esquema, pues no hay tiempo de descender a otros detalles. Detrás de cada vivienda hay unos pequeños huertos muy bien cuidados y muy bonitos, que contribuyen a la salubridad y fragancia del ambiente. El tejado está hecho pensando en la seguridad pública, interrumpido cada poco por unos muros escalonados para detener el fuego y terminado a todos lados con unos canalones. Las ventanas son dobles, de vidrio y de madera, encajadas en el muro de manera que se puede abrir cualquiera de ellas y también cerrar las dos. Las despensas particulares son pequeñas, pues es poco lo que guardan en ellas. Así, lo que en el mundo es causa del mayor gasto y las mayores molestias, éstos lo han reducido a una especie como de concha en la que no falta nada de lo que puede abrigar al hombre y en la que cogen todas sus cosillas. La conservación se hace a expensas públicas, pero hay unos inspectores al cuidado a fin de que nada se pierda o se estropee por inadvertencia. El fuego apenas si puede causar daño o extenderse. Combaten

el frío con estufas, el calor con sombrillas.

¡Qué desdichados los que creen haberse construido una morada eterna aquí abajo y averiguan más tarde que han hecho el trabajo para otros y que nunca han estado en su hogar, ni siquiera en su propio cuerpo! ¡Pero más desdichados aún si, cuando Cristo visita las chozas de los pobres, pasa de largo ante sus siniestros palacios!

24. EL AJUAR

Puede conjeturarse fácilmente cuál es su ajuar, que sólo consiste en lo necesario y es, por tanto, muy exiguo. Las camas para la familia y el huésped son buenas, limpias y bien equipadas. Los manteles, las servilletas, las camisas y los petos están lavados como corresponde a una mujer limpia. La mesa tiene el servicio debido, la cocina la vajilla necesaria. ¿A qué fin tenerlos en cantidad si nunca te va a faltar lo que pidas del bien público razonablemente? No hay más que dos vestidos, uno para el trabajo, el otro para las fiestas, exactamente igual para todos, con una hechura diferente de acuerdo con el sexo y la edad ⁴⁰. El material es el lino y la lana, para el verano y el invierno, respectivamente, y el color es blanco o ceniciento para todos, sin lujo alguno en el vestir para nadie. Los vasos son de vidrio en su mayoría, el resto de la vajilla de estaño y de bronce. De las armas y las letras hablaremos luego.

Es evidente que todo este ajuar sólo procura el trabajo de limpiarlo, una atención muy sencilla, un gasto mínimo, y que, sin embargo, no presta menos servicio que los depósitos, antros, arcas y demás cárceles que poseen los ricos de este mundo.

Si necesitas alguna herramienta aparte la ordinaria, el taller te la proporciona. Existe una gran abundancia de herramientas, tanto públicas como privadas, pues es una ciudad toda de artesanos. Que se avergüence esa enorme turba de inútiles que presume de su variada vajilla y de sus herramientas y que sólo tocan las cosas con las manos, los ojos y los oídos de los demás y las acumulan con vana solicitud. Desdichados ellos con ese cúmulo costoso y profuso de pertrechos con el que esperan elevarse del suelo, como con unos zancos, y dar la impresión de sublimes, cuando en realidad resultan absolutamente ineptos tanto para caminar por la tierra como para remontarse al cielo.

25. EL ALUMBRADO NOCTURNO

No soportan la noche totalmente oscura, sino que la iluminan con linternas encendidas en diversos puntos. Su objeto es dar seguridad a la ciudad e impedir los cotorreos inútiles, pero también hacer las guardias menos horribles, e incluso combaten de este modo el oscuro reino de Satanás y los engaños de las tinieblas, y quieren mantener presente en ellos la memoria de la luz eterna. El Anticristo sabrá qué es lo que quiere con el uso de tantas velas, pero nosotros, ¿iremos a repudiar una práctica que alivia el miedo del que anda en las tinieblas y hace más transparente el velo con que nuestra carne gusta encubrir su licencia y disolución? Y no hay motivo para aludir al gasto, pues aquí su sobriedad es máxima en lo demás y fuera de aquí es máximo el lujo en casi todas las cosas.

40 En el cap. 84 habla de cuatro colores distintos para las ropas según las profesiones

¡Oh, si se gastase más en luz, la noche no sería entonces tan propicia para todo género de maldad ni habría tantos bribones! ¡Oh, si se encendiera más a menudo la lámpara de nuestro corazón, no intentaríamos tantas veces eludir la mirada perspicacísima de Dios! Ahora las tinieblas excusan al mundo y amparan su torpísima conducta al ocultar éste en las sombras todo lo que le avergüenza, pero, ¿qué será cuando vuelva Cristo, el Sol y, disipando las tinieblas, aparezca la fealdad que tenía cubierta con tantas envolturas, cuando el corazón libidinoso, la boca mentirosa, las manos ladronas y tantísimas otras prevaricaciones que las sombras de la noche disimulaban, se conviertan en vergüenza para ellos y en irrisión para los santos?

26. EL COLEGIO

Ya es tiempo de que nos dirijamos al mismo penetral de la ciudad, a lo que bien podrías llamar su primer motor. Es cuadrado, mide por fuera 270 pies, por dentro 190, está terminado por cuatro torres angulares, cortado por otras tantas medianeras y rodeado por una doble hilera de huertos. La construcción tiene cuatro pisos, que se elevan 12, 11, 10 y 9 pies, a los que las torres superan todavía en ocho pies. La plaza interior tiene un vistoso peristilo de 72 columnas.

Aquí tienen su sede la religión, la justicia y la erudición, que llevan el gobierno de la ciudad y tienen como adjunto a la elocuencia, su intérprete **41**. No creo haber visto nunca tanta perfección humana concentrada en un solo lugar, lo que también vosotros reconoceréis cuando oigáis los detalles. Hay que preguntarse con asombro qué es lo que pretenden quienes separan y dispersan las cosas más perfectas que, si estuvieran reunidas podrían hacernos felices hasta donde lo permite esta tierra. Hay quienes quieren ser religiosos y rechazar todo lo humano. Hay quienes gustan de mandar, incluso irreligiosamente. Las letras retruenan por el medio respaldando unas veces lo uno, otras lo otro, pero aplaudiéndose sobre todo a sí mismas. ¿Qué hará al cabo la lengua sino ofender a Dios, inquietar a los hombres y destruirse a sí misma? Sería, pues, necesaria la concordia, la cual sólo puede darla el cristianismo, que concilia a Dios con los hombres y une a los hombres entre sí, para que crean piadosamente, obren con rectitud, sean sabios de verdad y mueran, al fin, felizmente y vivan por toda la eternidad. ¡Ah, unámonos algún día para no estar desunidos para siempre!

27. EL TRIUNVIRATO

Vamos a ver por qué han preferido la aristocracia a la monarquía. Y es que, aunque la monarquía tiene muchas ventajas, prefieren reservar esta dignidad sólo para Cristo y, por otra parte, desconfían, no sin razón, de la modestia humana. Cristo no tolera un representante excesivamente absoluto, ni un hombre excesivamente encumbrado mira gustoso al cielo, sino que mira sus tierras. La experiencia la tenemos cerca, tanto más triste cuanto más proclive es el hombre a la tiranía y a la disolución. El triunvirato de aquí es lo más sólido que hay, pues sólo acoge a los mejores y más experimentados de la república, ya que, para llegar a él, hay que subir por los peldaños de todas las virtudes. Cada uno de los príncipes realiza un cometido particular, pero no sin que lo sepan los otros. Sobre el bienestar de la república deliberan todos. Cada uno de ellos tiene su propio senado, pero tienen reuniones conjuntas para acordar decisiones de alcance general. Por supuesto que todos han de ser

41 Es el Canciller (cfr. cap. 27), al que también llama el o la Lengua, de cuyo cometido habla en el cap. 38.

devotos, todos prudentes, todos instruidos, pero hay algunos en particular a los que se llama a estos cargos por ser especialmente competentes. El canciller anuncia las decisiones de los padres, las legisla y las divulga, por lo que su destreza y fidelidad han de ser máximas. No se ocupan de dirimir pleitos, pues ningún contencioso es tan grave que no se pueda resolver mediante el arbitraje de los tribunales. Deliberan más bien sobre la verdad de la religión cristiana, sobre el cultivo de las virtudes, sobre la mejora del nivel intelectual, así como sobre las condiciones de los pactos, de la guerra, del comercio, de las construcciones y de la alimentación, todo ello con una libertad de espíritu grande, aunque comedida, y teniendo muy presente las mercedes divinas. Tratan, pues, de asuntos serios con serenidad, mientras los otros tratan bagatelas con aturdimiento e impaciencia, prueba clarísima de su vanidad, porque lo que hacen es buscar dificultades, ponerlas o inventarlas si no las hay, a fin de atormentarse a sí mismos dándoles infinitas vueltas.

28. LA RELIGIÓN

Mientras veo esto, hubiera podido sospechar que se trataba de una ciudad fanática, pues a los ojos del mundo todo lo que busca el cielo es herético. Pero pronto me sacó de mi error una doble tabla en la que estaba escrito con letras de oro el resumen de su credo y de su vida ⁴². He aquí sus palabras tal como las copié:

I. Creemos de todo corazón en Dios, uno y trino, óptimo, sapientísimo, máximo, eterno; Padre, que creó el mundo de la nada, lo conserva, mueve y gobierna; cuyos servidores son los ángeles buenos; contra el que se rebeló Satán, que fue condenado; cuya delicia es el hombre, una vez imagen de la divinidad y señor del mundo; que odia el pecado; cuyo intérprete es la Escritura, breviario de toda sabiduría y bondad; cuyo afecto resplandeció clarísimo y clementísimo en la entrega de su Hijo,

II. Creemos de todo corazón en Jesucristo, hijo de Dios y de María, coigual al Padre, cosemejante a nosotros, Redentor, unido personalmente a las dos naturalezas y partícipe de ambas, profeta, rey y sacerdote nuestro, cuya ley es la gracia, cuyo cetro es la paz, cuyo sacrificio es la cruz.

III. Creemos en la renovación del espíritu por él, en la remisión del pecado, en la fraternidad de nuestra carne con él y en él, en la restitución de la dignidad perdida por la caída de Adán.

IV. Creemos que con su vida, pasión y muerte satisfizo la justicia de Dios y nos mereció su misericordia y que ésta se nos brinda en el evangelio y se la obsequia a nuestra fe y se la confía a nuestra pureza de vida y que por esto el poder del pecado fue crucificado, muerto y sepultado.

V. Creemos que el reino del infierno y el veneno de la muerte han sido destruidos y que con la victoria de la resurrección nos ha sido devuelta la confianza bajo el amparo de Dios.

VI. Creemos en el reino infinito y eterno de Cristo, pues estando a la derecha del Padre asiste a la Iglesia con su omnipotencia y omnipresencia y la alimenta, abriga y fortalece no sólo espiritualmente con su palabra, sino realmente con su carne y con su sangre.

VII. Creemos en el juicio final, cuando sentenciará a los buenos y a los malos con suprema majestad y distinguirá lo justo de lo injusto con el máximo rigor.

VIII. Creemos de todo corazón en el Espíritu Santo, nuestro consolador y doctor, por el cual somos santificados, vivificados y acrecentados después que perdimos la libertad de hacer el bien; por el cual somos instruidos por encima;

⁴² Traducimos por «credo» y «vida» los términos *confessio* y *professio*.

por el cual nos inflamamos, nos unimos y nos dividimos en lenguas; por el de la naturaleza, armados contra la naturaleza, conciliados con la naturaleza cual vemos y oímos las Cosas pasadas, presentes y futuras en su significación verdadera; por el cual penetramos en la palabra de Dios.

IX. Creemos en la Iglesia santa y universal, purificada desde su infancia por el agua del bautismo y alimentada por la comunión de la Eucaristía y consolidada así por los sellos de la nueva alianza, ilustrada entre tanto por el ministerio de la palabra, ejercida en la cruz, asidua en la oración, esforzada en la caridad, generosa en la comunión, terrible en la excomunión; extendida por el orbe entero, la congrega la unidad de fe, la enriquece la diversidad de dones, la hace invicta Cristo, su esposo y cabeza, la decoran el orden sacerdotal y la castidad del matrimonio.

X. Creemos en la remisión gratuita de todos los pecados por el ministerio de la palabra y en nuestra consiguiente obligación de gratitud y de obediencia.

XI. Creemos en la resurrección universal de la carne, tan ansiada por los creyentes que la muerte natural les resulta lo más deseable, tan terrible para los impíos que la vida natural les resulta lo más aborrecible.

XII. Creemos en la vida eterna, por la que entraremos en posesión de la luz, de la acción, de la quietud, de la ciencia, de la saciedad y de la alegría perfectas; por la que se reprimirá la maldad de Satanás, la impureza del mundo y la corrupción de los hombres; por la que irá bien a los buenos, mal a los malos y la gloria de la Santísima Trinidad será nuestra para siempre y visible.

29. LA CONSTITUCIÓN

Hasta aquí hemos podido escuchar a la religión, mas la norma de las costumbres la tenían en otra tabla, cuyas palabras son éstas:

I. Nosotros procuramos con todas nuestras fuerzas servir a Dios, creador del género humano y su único rector, con toda suerte de culto y adoración y no anteponer a El nada celeste ni terrenal y ordenar nuestra vida y todas nuestras acciones a su gloria y ponerlo por obra con la ayuda de su gracia.

II. Procuramos no ofender el santo nombre de Dios con ninguna blasfemia, no empañarlo con ninguna murmuración, no deshonorarlo con ninguna liviandad, no descuidarlo con ninguna desidia y venerar los santísimos misterios de nuestra salvación.

III. Procuramos tener días de descanso consagrados a nuestro Dios y serenar el bullicio de la carne y brindar a la Trinidad un sagrario tranquilo, al prójimo un alojamiento limpio, a las creaturas un respiro y vacar únicamente a la palabra divina.

IV. Procuramos guardar y ofrecer amor a los padres, honor a los superiores, cortesía a los iguales, respeto a los deudos, oficios a la república, un buen nombre a la posteridad y cumplir los deberes de la caridad cristiana los unos para con los otros.

V. Procuramos refrenar la ira, enfriar la impaciencia, respetar la sangre humana, olvidarnos de la venganza, detestar la envidia y emular solícitamente el dulcísimo corazón de Cristo.

VI. Procuramos guardar incontaminada la inocencia de la juventud, la flor de la virginidad, la castidad del matrimonio, la continencia de la viudedad; domeñar la lujuria y el desenfreno mediante la abstinencia y los ayunos.

VII. Procuramos emplear los bienes confiados por Dios con toda ecuanimidad, moderación y agradecimiento y proceder a su adquisición y distribución con toda equidad, a su uso con toda modestia y a su conservación con toda garantía.

VIII. Procuramos difundir incólume y limpia la luz de la verdad, la pureza de

la conciencia, la sinceridad en las palabras y en todo tiempo o lugar reverenciar la presencia de Dios, proteger a los inocentes y denunciar a los culpables.

IX. Procuramos no inmiscuirnos en lo ajeno, no confundir lo divino con lo humano, conformarnos con nuestra suerte, vivir en paz en nuestra casa y menospreciar la posada de este mundo.

X. Procuramos organizar nuestra convivencia de manera que a cada uno se le dé lo suyo y se le respete y que cada quien acreciente lo que tiene antes que ambicionar lo del otro y que lo emplee para gloria de Dios y prosperidad 'de la república.

Cuando leí estas tablas, me ratifiqué aún más en que éste era el pueblo de Cristo, cuya religión estaba de acuerdo con los apóstoles, y su Constitución con la ley de Dios. Estas dos cosas las proclaman también los seudocristianos, pero cualquiera que les haya tratado ligeramente sabe de sobra que lo ordinario es que sus palabras sean santas, sus secretos vergonzosos, su confesión augusta, su confusión angosta, su fórmula la de la concordia y su trato el de la discordia; que, entre tanto, se querellan contra la carne, pero que no aceptan la mano purificadora de Dios ni el freno del Espíritu.

30. EL TEÓLOGO

Al sacarme de aquí me condujeron hasta el presbítero, ningún pontífice romano, claro, sino cristiano. Se llamaba Abialdon **43**, un varón de venerable ancianidad y cuyo rostro irradiaba una cierta divinidad. Nadie más experto en la palabra sagrada, nadie más íntimamente experimentado en ella. Mientras me hablaba con entrañable entusiasmo, reconocí en él al enviado y mediador de Dios, tan ausente estaba en él toda mira terrena. Quise darle tratamiento, como es costumbre entre nosotros, pero el hombre lo rehusó desdeñando las pamemas mundanas y dándose por suficientemente honrado si le consideraba siervo de Dios y padre mío. Cuentan que a menudo está poseído de Dios y profiere palabras insólitas, si bien con la mayor discreción de espíritu. Habla al pueblo sólo una vez a la semana y el día del sol **44**, y le instruye con la divina palabra que, según confiesan, nunca han escuchado sin una sacudida interior de sus buenos propósitos. Se avergüenza de aconsejar a los demás lo que no ha hecho él primero, de modo que, incluso cuando está callado de pie en medio de la asamblea, está hablando. Consume todo su tiempo en meditaciones y prácticas sagradas, principalmente en robustecer la fe cristiana, y no busca más placer que el de la comida celestial. Al bendecirme, sentí dentro de mí un calor que no sabría explicar y que se apoderó de todo mi espíritu. La verdadera teología es, sin duda, más eficaz que la predicación de muchos entre los hombres carnales. Me sonrojé al recordar la ambición de algunos, la avaricia, la envidia, la violencia y otras profanidades del estado religioso. Creerías que no creen en lo que quieren persuadir a los demás, si es que alguna vez aprendieron a persuadir.

Con su venia tengo que decir que a mí me gustó Abialdon, varón de espíritu encendido, de carne apagada; amante del cielo, despreciador de la tierra; próximo a las obras, alejado de la locuacidad; ebrio de Dios, abstemio de los placeres; despierto para con su grey, somnoliento para consigo; el primero en merecimientos, el último en honores

43 Cfr. 2Sam. 23, 31.

44 El domingo, al que a deshora designa como dies solis eludiendo la locución consagrada de dies dominica (día del Señor).

31. LA CONCIENCIA

No puedo pasarme sin elogiar también a su esposa, para que así sepáis que está casado. Senidis 45 de nombre, mujer muy distinguida, cumplidora con la piedad y la moderación hasta los mínimos detalles, nunca se olvida de los avisos que tiene que dar a su marido. Perspicacísima, apenas si se deja engañar; bondadosa, no engaña. Tiene el rostro siempre sereno y el alma tranquila, vale decir, está felizmente casada. Ha hecho dichoso a su marido con una descendencia numerosa y sana, entre la que se encuentra Alethea y Parrhesia 46. Cuida solícitamente de sus cosas y se siente colmada con su matrimonio de modo que no apetece en absoluto lo ajeno. Procura que no se pierda nada por desidia y lo tiene todo limpio. Si es necesario, habla, si no, gusta de estar callada. Cuando se requiere habilidad y diligencia no tiene igual, por eso las cortinas y las alfombras del santuario han sido tejidas por sus manos. Cuando la recuerdo, siento asco de las mujeres terrígenas, las cuales o se ocupan supersticiosamente de menudencias o están del todo amodorradas, o rezongan a destiempo o consienten cualquier abominación, o tienen el rostro amargado o se conducen lascivas como bacantes; para remate, nunca avisan a tiempo a sus maridos, no les aman de corazón y no les atienden debidamente 47. La frivolidad de las conciencias mundanas es tal que, tras los tripudios de la vanidad humana, cuando la miel de los vicios se vuelve amarga, no enderezan sus pasos a Dios con el debido arrepentimiento, sino que se aturden ladrando como perros y se arrojan por los precipicios de la desesperación.

Bien por aquella santa matrona que nos ha enseñado con su ejemplo que podemos prestar la máxima atención a nuestros asuntos y estar a la vez henchidos de Dios con semblante alegre.

32. EL DIÁCONO

La iglesia de la Ciudad Cristiana tiene también un diácono, Achban 48, muy compenetrado con Abialdon. Sí cometido es instruir a la juventud, administrar los sacramentos, unir los matrimonios y consolar a los enfermos. Todo esto le concierne también al presbítero, pero menos. El mayor no mira desde arriba a su colega, sino que éste mira desde abajo al otro; aquél no abrumba con trabajos a éste o le agobia, sino que éste presta su ayuda a aquél. Aquél no manda, sino que éste obedece. El mutuo afecto que debe existir entre el padre y el hijo se da aquí a la perfección, a pesar de que no distan mucho en años. Nada manda más eficazmente ni nada obedece más prontamente; que la caridad. El diácono no es amigo de hacer cambios ni se le pasa por la cabeza insubordinarse, al contrario, disfruta oyendo de su padre qué es lo que Dios ordena y qué es lo que conviene a la iglesia. Una vez, en mitad de la semana, dirige un sermón al pueblo. No sé por qué, en comparación con los otros, predicar tan pocas veces, pero sospecho que es porque desean que los sermones estén bien trabajados, cosa casi imposible cuando son tantos, y porque suplen suficientemente lo que pudiera faltar con oracional y lecturas diarias. Hay unos de la escuela de teología que leen en público las devotas meditaciones de los siervos de Dios más eminentes, cosa que consideran más procedente que los ensayos juveniles que practican los otros.

45 Quizá un nombre derivado caprichosamente del latín senex (anciano) o del griego xenos (extranjero).

46 Nombres griegos que significan «verdad» y «libertad de expresión». Johann Valentin habla en sus obras de la Alethea exul (Verdad expatriada) Paralelamente a la Religio exul.

47 Como se ve, el personaje es mitad simbólico mitad real. Acerca de las mujeres, véase el cap. 34, 54 y 89.

48 Cfr. 1 Par. 2, 29.

A mí no me disgustó, cuando advertí que una lectura segura es más de fiar que una memoria dudosa.

No cabe duda de que un hombre solo no es bastante para escuchar al Espíritu Santo, refrenar la carne, domesticar a los bárbaros, cumplir sus tareas, cuidar una familia y ganarse el pan, y esto, sin embargo, es lo que el mundo exige de un diácono de veinte años y, para que no le falte nada que hacer, le envían a bregar con el hambre. Hay dos cosas que no dejo de admirar en los hombres: que se lleven jóvenes para confiarles sus almas; que se les lleve a confiar sus almas a los jóvenes. Estaría de acuerdo si hubiera muchos Timoteos **49**, pero como veo pocos, más aún, veo cosas abominables, me duele la suerte de la iglesia debatiéndose bajo la desidia y la temeridad terrenales.

33. EL JUEZ

A continuación saludé al segundo de los triunviros, llamado Abieser **50**, un hombre forjado según la regla de no hacer a nadie lo que uno no quiere que le hagan a él y lo que quiera para él procurárselo a todos. No le han promovido ni su linaje ni sus riquezas -que aquí no las hay-, sino su ánimo tranquilo y amante de la paz. No larga oráculos escondido y sentado en un tripode ni amedrenta a los ciudadanos con su presencia, sino que está a la vista de todos como el sol naciente y todo lo calma. Por decirlo todo, es el Paterfamilias de la ciudad y se congratula de que le llamen servidor de Cristo. Su cometido es fijar las medidas, pesos y números y velar por una exacta proporción entre las cosas. Considera que pertenece a su oficio contribuir a domeñar al hombre y a doblegar a Adán y su aspiración es convertir esta vida en un preludio émulo de la eterna. Porque piensa que la mejor república es la que más parecido tiene con el cielo y, siendo un hombre muy religioso, cree que la prosperidad de la ciudad es un Dios propicio, su ruina un Dios airado. Por eso, su empeño es que los ciudadanos no ofendan a la divinidad con sus pecados, sino que la aplaquen con los frutos de la fe. Esto es lo que hace invencible a una ciudad, a no ser que ella misma se rinda antes a los vicios. No hay minucia tan insignificante sembrada por Satanás cuya propagación no tema y sofoque de inmediato. Resulta por demás sorprendente la confianza del mundo, que comercia públicamente con los vicios y no teme el contagio; que deposita abominaciones ante Dios y aun se extraña de que sienta náuseas; que se toma a broma los asuntos políticos más graves y alardea de sociedad cristiana y que se tiene por bien servido si no falta quien le mande con gran pompa y un séquito nutrido de placeres. De esta manera, igual que la ciudad cristiana es augusta y sumamente próspera bajo los desvelos de la justicia, así las ciudades terrenales se marchitan día a día bajo la desidia de la injusticia.

34. LA RAZÓN

Os pido que escuchéis también algo acerca de su esposa. Nunca vi una mujer menos crédula, nunca oí propósitos más profundos y circunspectos. Lo que cree y declara resulta ciertísimo. Por eso nunca hace nada sin motivo, motivo que coincide con el de su marido. Sus ojos son casi de águila, capaces de resistir el sol y de alcanzar muy lejos. No consiente habladurías vanas o la estupidez del vulgo; no consiente el anonimato de las virtudes, la glorificación de los vicios; no consiente que se pongan trabas a la libertad, que se aflojen los vínculos de la obediencia; no consiente ninguna precipitación. Su marido no tiene a menos hablar con ella de asuntos difíciles y la escucha con gusto, pero se reserva la decisión.

49 Timoteo fue un discípulo de San Pablo.

50 Cfr. Jos. 17,2.

Si se pasa de curiosa en cuestiones del cielo, él sofrena a la mujer, la amonesta a que se ocupe del cielo y la invita a emplear su ingenio en la rueca. De esta manera viven pacífica y gozosamente bajo su autoridad, constituyendo un ejemplo perfecto para aquellos que o le dicen todo a su mujer o no le dicen nada. Quien tiene a una Estagirea **51** no cree ni en Dios a no ser que ella lo apruebe y jura en todo lo que ella dice, aunque sea una frivolidad; quien tiene a una Ateniese **52** no consiente jamás que le haga preguntas. ¡Qué cosas tan absurdas se hacen en una república sólo porque no se sabe el porqué ni interesa! El mundo cree a los incrédulos, sigue a los ciegos, aborrece a los débiles, nutre a los ociosos y, ¿qué disparate hay que no cometa? Que no se enfade, pues, si se ríen de él. Que se dé por contento más bien de que algunos parlanchines le pregunten, aunque sea importunamente, por qué hace esto o aquello, o por qué lo permite. Nunca se arrepentirá de que le hayan instigado a salir de las tinieblas a la luz, de la esclavitud a la libertad.

35. LA EQUIDAD

A este segundo triunviro le asiste Achitob **53**, ecónomo de la ciudad, cuyo cometido es distribuir el producto público y el abasto de los almacenes de tal manera que ninguno reciba menos de lo justo. Cosa que es mucho más fácil de lo que podríamos pensar, pues como nadie pretende privilegio alguno en el sustento o exige más comida de lo que permite la cosecha y las normas de la ciudad, sino que todos, absolutamente todos, se atienen a los dictados de la justicia, la distribución según el número y la cosecha resulta sencilla. Cocinarla es oficio y trabajo de las mujeres a fin de que sea limpia y arreglada, y a ellas les incumbe también pedir y preparar los alimentos más convenientes para los enfermos. La pericia del ecónomo en hacer los cálculos es extraordinaria, adecuando la cosecha a los ciudadanos de tal modo que éstos nunca pasen hambre ni nunca engorden hasta oprimir el espíritu. Objetivo éste bien deseable, que habría que dar a conocer allí donde unos sufren de hambre y otros apenas se dan por saciados con una despensa entera, midiendo la bendición divina no por la saciedad, sino por el derroche y el vómito. No merecen vivir quienes ponen su máximo interés en la mesa o incluso en el estómago, sin pensar lo más mínimo en los banquetes celestiales, antes, hinchados de comida terrenal, se hunden en el tártaro arrastrados por el peso de la andorga, mientras los macilentos servidores de Dios se remontan al cielo. La naturaleza aprueba la parquedad. Ni la tierra, ni el mar, ni el aire pueden dar abasto a la tragonería de un solo hombre, hasta que sea pasto del fuego y atormentado sin fin y sin medida.

36. EL ERUDITO

Abida **54**, el tercero de los triunviros, tiene el gobierno de las ciencias humanas. En contra de lo que se esperaba, no vi en él ninguna arrogancia ni pose. Todo era humano en este hombre, nada impertinente. Se creía de él que apenas si ignoraba algo, él, sin embargo, confesaba con la mayor de las modestias que lo ignoraba todo. Lo mismo que con sus colegas, tampoco hubo necesidad de los perejiles de los títulos. Decía que quien se reconocía discípulo del Espíritu Santo ya había progresado mucho. A la pregunta de cuál era el compendio de toda erudición me contestó que Cristo, y éste crucificado **55**; en Él confluían todas las cosas.

51 Estagirita, natural de Estagira, patria de Aristóteles. Personifica aparentemente la filosofía aristotélica.

52 Podría aludir en concreto a Jantipa, la mujer de Sócrates, que abrumaba a éste de preguntas sobre asuntos domésticos.

53 Cfr. 1 Sam. 14. 3.

54 Cfr. Gen. 25, 4.

Unas veces me daba la impresión de que despreciaba el cielo: argüía que el estudio de la tierra produce la estima del cielo y que, descubierto el valor del cielo, se producía el desprecio de la tierra. Asimismo rechazaba todas las letras que no nos acercaran más a Cristo y, si encima nos apartaban de Él, las execraba. Todo su interés estaba centrado en la Iglesia, que había fluctuado en el océano del mundo durante tantos miles de años: a ella se debían todas las lenguas, toda la historia, todo raciocinio, todas las señales de la naturaleza, todo el artificio del cielo y, en fin, el don de la esperanza en una eternidad bienaventurada. Los únicos que saben son los cristianos, pero saben desde Dios; los demás se ocupan de bagatelas, porque saben desde sí mismos. Al oír que despreciaban lo que para los otros está por encima de toda alabanza, me quedé atónito. Pero lo entendí cuando recordé para qué hemos venido a este mundo, a saber, para disfrutar de la ayuda inefable de Cristo a causa de nuestra insuperable pobreza. Mas, si preferimos perecer, ¡ay, desdichadas las letras que nos apacentaron de humo por poquísimos días! ¡Levántate, oh ciencia sagrada, la que nos enseñas a Cristo, para que no aprendamos aquí lo que luego hay que desaprender, sino lo que crecerá y durará por todos los siglos!

37. LA VERDAD

Diré de paso algo sobre su esposa, una matrona extraordinaria, pues se lo debo por lo bien que me trató. No va nada acicalada, sino que todo en ella es absolutamente simple y manifiesto. No aprueba nada contrario a los principios divinos o humanos, sino que lo arranca con sencillez y gracia. Nada le repugna tanto como la hipocresía y la sofística. Analiza todo lo que hay en lo alto y en lo profundo y le explica luego a su marido lo que ha hallado. No aprecia la locuacidad de la carne, sino que se goza en el silencio del espíritu. Si surge alguna disputa entre las mujerzuelas, nadie mejor que ella para reconciliarlas. Su discurso es breve y despide el olor de Cristo, como el de quien se prueba a sí mismo y arguye a los contrarios sin pasión. Ha mantenido su pudor incontaminado pese a que los filósofos la han deseado ardientemente en ocasiones a causa de la hermosura de su rostro. ¡Feliz matrimonio, infinitamente preferible a los matrimonios mundanos, contraídos por quienes han sido desflorados por la opinión, la adulación! la mentira! Engañados por éstas, se complacen en el engaño y prefieren escuchar fábulas monstruosas antes que historias acordes con su corazón 56. ¡Vaya una ceguera, que es voluntaria!, ¡vaya una locura, que es deliberada! Sueñan con la inmortalidad entre cadáveres, con el resplandor de la luz entre sombras, con la vida ordenada entre crímenes con alas entre grilletas, y ¿qué más aún? Nunca ha sido mayor y más insoportable el número de idiotas que entre los que profesan la sabiduría 57. A mí aquella alabadísimo mujer me hizo el favor de avisarme sobre un montón de lunares en los que antes no había reparado lo suficiente.

55 Doctrina de San Pablo en 1 Cor. 2, 2 y otros lugares.

56 Observación tomada de San Pablo (cfr. 1 Tim. 1, 4; 2 Tim. 4, 4)1 w San Pedro (cfr. 2 Pe. 1, 16).

57 En el Eclesiastés 1,15 (Vulgata) se lee que el número de los es infinito.

38. LA LENGUA

El canciller que antes mencioné coincidió allí cerca y también él quiso que le llamara intérprete del cristiano. Su importancia es grande, por lo que yo diría que en una república mala es pésimo, en una buena, buenísimo. Nos ofenden quienes piensan que éste oye una cosa y dice otra. Yo le encontré ingenuo y hasta incauto. Tiene con qué evitar la tediosidad, pues con muy buen acuerdo tomó por esposa a la moderación, devotísima del santo silencio, una combinación maravillosa para moderar toda suerte de discursos. Si tiene que hablar de Dios se estremece, si de Cristo, se alborozaba, si del Espíritu Santo, se inflama, si del hombre, se aflige, si de la naturaleza, se recata, si de Satanás, se asquea, si del mundo, se avergüenza, si de la muerte, se sonríe, si del cielo, se arroba. Nunca le parece hacer menos que cuando habla de asuntos cotidianos, hasta tal punto -dice- estamos ocupados con minucias. No mide el tiempo por las unidades primeras, sino por las sextas y las séptimas, de modo que ya no usan las clepsidras para nada. Ni con las monedas se es tan meticuloso como lo es éste con las palabras para que no se le escape alguna ociosa o, menos aún, torpe 58. De esta manera el nombre de Dios resuena por todas partes, Jesús conversa, el Espíritu sopla, el hombre se yergue, se domina a la naturaleza, Satán rechina los dientes, el mundo sonríe, la muerte se dulcifica, el cielo se abre. ¡Admirable instrumento de Dios, que defiende los derechos y prerrogativas de los hombres y emula al Verbo eterno! Lo que Cristo es para el universo es este intérprete para la sociedad cristiana, manifestando lo que está oculto e iluminando los rincones más apartados. Si Dios es propicio, le bendice; si arguye de pecado, confiesa; si se enoja, le suplica; si prueba con la cruz, lo acepta; si Satanás ataca, le resiste; si la carne ahoga, suspira; si retira el sustento, amonesta. ¿Para qué seguir?: intenta en la medida de sus fuerzas todo lo que Dios ordena y todo lo que conviene a las creaturas y lo cumple con la más servicial de las entregas. Entre tanto, los hombres carnales llevan teas encendidas en sus bocas y prenden fuego a Dios, a los hombres, al mundo y a sí mismos, hasta que acaban, al fin, abrasados en una llama inextinguible 59.

39. LA BIBLIOTECA

Una vez que saludé a los príncipes, pasaron a mostrarme las salas de la ciudadela. Pude ver 12, todas abovedadas, de 33 pasos de ancho, 33 de largo y sólo 12 de alto, destinadas a guardar material de la república. En la primera estaba la biblioteca, de una capacidad enorme, con las obras de incontables genios distribuidas por clases y materias. Para gran sorpresa mía, estaba allí casi todo lo que nosotros hemos dado por perdido. No hay lengua de la tierra que no haya aportado algo ni ha habido ingenio alguno que no le sea tributario. Me pareció, sin embargo, que los ciudadanos no hacían mayor uso de ella y que se contentaban con pocos libros aunque enjundiosos. La mayor autoridad y estima la tienen las Sagradas Escrituras o el libro divino, el único que consideran un don de Dios y un misterio insondable. A casi todos los demás los tienen por naderías.

56 Observación tomada de San Pablo (cfr. 1 Tim. 1, 4; 2 Tim. 4, 4)1 w San Pedro (cfr. 2 Pe. 1, 16).

57 En el Eclesiastés 1,15 (Vulgata) se lee que el número de los es infinito.

58 Véase Mt. 12. 36 y Col. 3, 8.

59 Analogía que se encuentra en Sant. 3, 6 ss.

No obstante, se dan mucho a la lectura para, inmunizados con esta medicina, no sentir admiración por la locuacidad humana. Hasta escriben libros, no por hambre de fama, sino para difundir, si acaso, la fe cristiana, ridiculizar al mundo y combatir a Satanás. El deseo de todos es saber lo mucho que no sabemos ⁶⁰ aspirando a la verdadera ciencia y desdeñando la vana jactancia del ingenio humano. Pero hay también en esta vida muchas cosas que conviene no saber, por lo que para muchos su biblioteca es su santa simplicidad. Otros dicen que para leer tienen bastante con el libro de este universo. Muchos aseguran que dentro de sí mismos encuentran más y averiguan mejor los orígenes de todas las artes que en montañas enteras de libros ⁶¹. Así, pues, desprecian todo lo que no es divino en el mundo y lo amontonan para escarnio del cerebro humano y para convencer a los suyos de su futilidad. Si les hacemos caso, que les vaya bien a los libros; viva el libro de la vida, Cristo, en el que podemos aprenderlo todo con mayor facilidad, certeza y garantía.

40. EL ARSENAL

La opinión que tienen sobre el arsenal, que está situado enfrente, es todavía más severa. Puesto que el mundo se gloria de sus cañones, catapultas y otras máquinas y armas de guerra, ellos han reunido una colección increíblemente grande de todo género de aparatos bestiales y mortíferos, que ellos mismos contemplan con horror y que muestran a los visitantes para oprobio de la crueldad humana: tanta imaginación para buscar y causar la muerte cuando la tenemos al lado y hasta nos acecha dentro de nosotros mismos; tanta audacia para hacer a nuestro hermano lo que nos hace temblar a nosotros mismos; despreciar tantos peligros por la esperanza incierta y casi siempre frustrada de una o dos monedas; hacer alarde de tanta atrocidad y violencia para conseguir cosas de nada, cuando se cierne sobre nosotros un peligro mayor y más pernicioso de la parte de Satanás, del mundo y de nosotros mismos. No obstante, y aunque de mala gana, tienen armas a fin de repeler violencias todavía más inicuas y las reparten entre los ciudadanos privados que las guardan en su casa para casos de emergencia.

Mientras tanto, recomiendan seriamente que acordándose de la armadura espiritual ⁶², nunca expongan sus cuerpos a Satanás sin las armas y la protección de las virtudes, nunca descuiden la vigilancia por culpa de la crápula y los placeres del vientre, sino que, alertas y firmes en sus puestos, eludan las insidias del enemigo y repelan sus agresiones fortalecidos con el Espíritu de Dios.

41. LOS ANALES

Contigua a la biblioteca está la sala para archivar los anales, las leyes y las actas públicas de la ciudad. Aquí se pueden ver las crónicas de muchos lustros, repasar los dichos y hechos de los antepasados y compararlos con lo que se hace o se va a hacer actualmente. Las gestas buenas y valerosas constan aquí para ejemplo y estímulo, las que no, les sirven para corregirse y censurarse.

⁶⁰ Sólo sé que no sé nada» es uno de los dichos más famosos que se atribuyen a Sócrates. En *Las bodas químicas* Andreae toma para sí la máxima *Summa scientia nihil scire* (ed. c, p. 122).

⁶¹ Biblia, libro de la naturaleza o macrocosmos y hombre o microcosmos son los tres libros en que Dios ha hablado a la humanidad (cfr. nota '06 de la Introducción).

⁶² Véase Ef. 6, 11 y 13.

Nadie puede ignorar la historia de su patria, pues el eco de todas las épocas resuena a su alrededor dándole la impresión de que ha vivido cualquier tiempo pasado. Los que destacaron por sus servicios a la patria gozan de una gran fama, y no es menor la de quienes brillaron por su piedad para con Dios, por su prudencia con los ciudadanos, por su valor contra los enemigos y por su ingenio en las artes. Los otros, que olvidan esto, no carecen de culpa. Porque, ¿cuántos conocen los acontecimientos, las decisiones y los móviles de los siglos precedentes o han oído un relato claro y sincero de la vida de sus antecesores? Se imaginan que todos fueron semidioses y si alguno dice que se equivocaron en algo no lo toleran. La adulación es la única que narra los sucesos del mundo, con gran detrimento para la posteridad. Ama las apariencias y disfruta imponiéndoselas a sus hijos. Aunque continuamente se acusan de eso los unos a los otros, pues la vida que de hecho llevan es vergonzosa, las vidas que los Gnatones⁶³ cuentan de ellos son, sin embargo, un dechado de virtud. Por eso, son muchos los que dudan de la fama de sus antepasados al ver que está fundada en la arbitrariedad de los escritores. La objetividad de Thou ⁶⁴ fue la única que mereció el aplauso público, pero es cosa ésta que se puede alabar, apenas imitar, pues si alguien intentara lo mismo sería vapuleado por los suyos. Los mortales son tan necios que, no sintiendo ninguna vergüenza ante la mirada de Dios, no soportan, sin embargo, contemplar la imagen de sí mismos trazada al vivo o que la expongan a la posteridad.

42. LA TIPOGRAFÍA

A continuación de ésta está la tipografía, inventada para gracia y desgracia a la vez de nuestro siglo. Aquí, desde luego, es inocua, pues aparte los libros sagrados y los folletos para instruir a la juventud y para ayudar a los ciudadanos en sus devociones, raramente se imprimen otros. Todos tienen en casa la Biblia en lengua vernácula, los capítulos principales de la confesión, los libros de preces y cánticos y otros escritos piadosos. También se imprime gran número de catecismos que luego se emplean en la escuela para la formación cristiana de los niños. No se permite divulgar nada que exprese dudas sobre Dios, corrompa las costumbres o descarne el entendimiento. Fuera de aquí la imprenta causa enormes daños, por mucho que se la quiera excusar, pues no se preocupa en absoluto de si ofende a Dios o al prójimo con tal de satisfacer la curiosidad ajena, la ambición personal y el afán de lucro de los negociantes. ¡Qué volúmenes tan gruesos llenos de vanidad, qué cantidad de mentiras y de sofismas se amontonan en las dos ferias anuales! ⁶⁵ Te sorprendería que alguien pudiera leer tan sólo todos los títulos. Éste es el fruto de que se jacta este siglo ilustrado: que el docto y el indocto puedan decir tonterías juntos, en público y en una pila de pliegos y que si alguien no inserta su nombre en el catálogo comercial piense que ya se ha concluido con las letras y con el cristianismo. No hay cosa que pueda estar tan indecentemente hacinada, tan insulsamente concebida, tan desmañadamente redactada o tan inútilmente dicha que no encuentre su sitio en las librerías.

⁶³ Gnaton es un personaje de la obra de Terencio El eunuco, que hace el papel de un parásito glotón y adulator. Gnathos significa en griego «quijada», «mandíbula».

⁶⁴ Jacques Auguste de Thou (1553-1617), llamado también el Thuanus, autor de una historia de su tiempo (Historia mei temporis 1543-1607) programada en 138 libros de los que en 1604 aparecieron los 18 primeros y en 1614 aparecieron ya 80. Colaboró con Enrique III y con Enrique IV e Wervino, como católico moderado, en la redacción del Edicto de Nantes. Escribió también una autobiografía que, traducida al alemán, fue publicada por Seybold (Winterthur, 1796) en la misma colección que la de Andreae.

⁶⁵ Ferias del libro que tenían lugar en Frankfurt

43. EL ERARIO

Contiguo al arsenal está el erario, que los ciudadanos no usan para nada entre ellos, bastante, en cambio, con el exterior. Es increíble la cantidad de oro y plata acuñada que hay aquí, con la que pagan el tributo al César, sufragan tropas del exterior si es necesario, comercian con los extranjeros, asisten a los viajeros y sostienen sus embajadas. Todo lo que se puede adquirir con dinero lo consideran baratísimo, si con sangre, carísimo. Las monedas llevan esta inscripción: SI DIOS ESTÁ POR NOSOTROS, ¿QUIÉN CONTRA NOSOTROS? **66**, y esta otra: LA PALABRA DEL SEÑOR PERMANECE PARA SIEMPRE **67**. En una cara está grabada un águila con una cruz transversal, en la otra una ciudad puesta sobre un libro. De esta manera, lo que atormenta al mundo entero, el dinero, yace aquí despreciado y no se le presta ningún valor más que el de su uso. Tampoco requiere una gran vigilancia, pues en esta república no reporta provecho a ningún particular. Sirve a los hombres sin dañarles, mientras que entre los otros resulta más pestífero e indómito que todos los dragones y basiliscos juntos. A su cuenta están las calamidades públicas, la venta del cielo, la opresión del alma, la esclavización del cuerpo y la compra del infierno. Todo pecado se imputa al dinero, lo que no deja de ser verdad siempre que los hombres confiesen previamente que estaban rendidos a una cosa tan despreciable. ¡Oh raza humana venal, que ha vendido la libertad cristiana al anticristo, la libertad natural a la tiranía, la libertad humana a la sofística y por unos miserables óbolos se ha entregado a la superstición, a la servidumbre y a la ignorancia!

44. EL LABORATORIO

Después del erario está el laboratorio, santuario de la sagacidad química, ricamente equipado con hornos ingeniosísimos y aparatos para hacer combinaciones y disoluciones. Que nadie tema la vulgaridad, las mentiras y la pobreza de los impostores, sino que se imagine a la más rigurosa comadrona de la naturaleza. Aquí se analizan, se purifican, se incrementan y se combinan las fuerzas de los metales, de los minerales, de los vegetales y también de los animales, para utilidad del género humano y beneficio de su salud. Aquí el cielo se marida con la tierra y se descubren los misterios divinos, impresos en la tierra también. Aquí se aprende a controlar el fuego, a utilizar el aire, a sopesar el agua y a experimentar la tierra. Aquí la mona de la naturaleza **68** tiene a qué jugar reproduciendo los principios y construyendo de acuerdo con las huellas de la gran máquina una diminuta y preciosa. Aquí se estudia todo lo que el esfuerzo de la antigüedad desenterró y extrajo del pozo de la naturaleza para saber si nos lo explicó correcta y fielmente. Empresa ésta humana y noble, ¡por Pólux!, a la que todo hombre razonable presta su aliento. Los otros, en cambio, rechazan con necio orgullo todo escrutinio de la naturaleza y toda pesquisa de la razón humana, irritados por los abusos o el fracaso de muchos, dándoselas de listillos si de vez en cuando sueltan alguna cuchufleta contra este arte ingeniosísimo, sin advertir la multitud de cosas que creen y aceptan sólo porque se las han dicho o escrito y la estupidez con que atropellan unos bienes y remedios eficacísimos de la naturaleza, siendo así que hacen caso a las ridículas fábulas de embusteros y charlatanes. Estoy ofendiendo, supongo, la gravedad de muchos o el prejuicio de muchos, pero sabrán perdonarme si les digo que no he practicado este arte, sino que lo he observado tan sólo y que, dada mi liberalidad, lo he interpretado con alguna benignidad y deferencia.

66 Véase Rom. 8,31.

67 Véase 1 Pe. 1,25.

68«Simia naturae», nombre de la alquimia por cuanto intenta reproducir a escala diminuta los procesos o realidades del cosmos o gran máquina. Uno de los libros de Robert Fludd lleva el título de De naturae simia, seu technica macrocosmi historia (1624).

45. LA FARMACIA

Pasada la puerta viene la farmacia, seguramente la más completa que hay en el mundo. Los ciudadanos se inclinan preferentemente por la física, de modo que esta apoteca es para ellos como el compendio de la naturaleza entera. Se trae aquí todo lo que ofrecen los cuerpos simples, todo lo que elabora el arte, todo lo que brindan cada una de las creaturas, no sólo para el cuidado de la salud, sino también para la formación de la inteligencia. Pues, ¿cómo se puede captar mejor la estructura de la realidad humana que viendo sus componentes diferenciados con todo primor y expuestos en toda su variedad? Esto es muy instructivo e imprescindible para las letras, por más que la escuela esté en contra. Porque, ¿cuál no sería la estrechez de la ciencia humana si se pasea como una extraña en medio de unas creaturas salubérrimas, si no sabe qué utilidad tiene esto o aquello para el hombre y, entre tanto, anda al retortero en medio de la enojosa zarabanda de las abstracciones y de los noemas presumiendo encima de que es la ciencia de las verdades más hermosas? Lo mejor que puede hacer es que, si ha logrado algo con una teoría, intente ponerlo en práctica entre los hombres y que después de la nomenclatura de las cosas conozca también las cosas mismas. ¿O será tan mísera que no se atreve a hacer ninguna obra de arte siguiendo los preceptos del arte y para el propio ejercicio de la erudición va a recabar consejo de los ineruditos? Nuestra vida, si la vivimos rectamente, puede conseguir con mucha más facilidad lo mejor que lo peor. Las necesidades que abaten a los hombres entrañan más perplejidad y trabajo que las cosas que podrían alzarles y conducirles a la contemplación de esta tierra. De esta manera, giran y hacen girar a los demás en una vorágine sin fin, en una infamia indeleble.

46. LA ANATOMÍA

Tienen también un lugar reservado para la anatomía o disección de los animales, pues nada se parece tanto a un milagro como la fábrica de los cuerpos vivos, sobre todo el del hombre, al que llaman modelo diminuto y epitome del mundo. Nadie que no sea un bárbaro deseoso de desconocerse a sí mismo irá a negar la importancia que esto tiene para averiguar la situación de los miembros y contribuir al esfuerzo de la naturaleza. Pero hay gente, incluso entre los letrados, que no saben dónde tienen la vida, dónde sienten, dónde respiran, dónde digieren, dónde excretan, fuera de que piensan que todo ocurre dentro de la piel. No distinguen mayormente la derecha de la izquierda, lo de arriba de lo de abajo. Ellos, en cambio, enseñan a la juventud cuáles son las operaciones y diversos órganos del alma a partir de los miembros de los animales y les muestran la admirable ensambladura de los huesos, para lo que disponen de muchos esqueletos y en la debida variedad. A veces exponen también la osamenta del cuerpo humano, pero raramente, porque nuestro frágil espíritu se estremece ante la visión de nuestra miseria. Lamentémonos de que esta morada nuestra tan esmeradamente cuidada, salvada de tantos peligros y mimada a veces con detrimento del alma, acabe en ese hedor y horror. Pero así como el origen de la vida es vergonzoso, con razón también la violencia que la destruye tiene su bochorno. Entre tanto, apenas podemos llevar la cuenta de nuestras enfermedades, más aún, difícilmente podemos calcular las dolencias de uno solo de nuestros miembros. Adoremos, pues, a nuestro Cristo, que bajo la misma composición de nuestra carne ha conseguido que un día podamos recuperar nuestros cuerpos purulentos transformados en cuerpos diáfanos y purísimos. Con este solo pensamiento llevaremos más fácilmente la molesta carga de nuestra carne y entregaremos a

Dios todos nuestros miembros bien dispuestos y ágiles para lo que quisiere, los consagraremos a quien nos lo dio, se los devolveremos generosamente cuando los reclame.

47. EL TEATRO FÍSICO

Viene después el teatro físico, mucho más suntuoso de lo que cabe decir, pues se puede ver la historia natural completa pintada con todo primor en sus paredes. No sólo están representados y nombrados los fenómenos atmosféricos, el paisaje de la tierra en las diversas regiones, las diferencias entre los hombres, las figuras de los animales, las formas de las plantas, las especies de piedras y gemas, sino que también enseñan y manifiestan sus energías y cualidades. Puedes ver la simpatía y la antipatía, puedes ver los venenos y los antidotos, puedes ver lo beneficioso o lo nocivo para cada uno de los miembros del hombre. Aunque te lo dijera todo, no sería nada como no lo veas. Si empezara a describirte tan sólo todas las curiosidades, monstruos y rarezas de la naturaleza que se guardan en los estantes, no acabaría nunca. ¿No se facilita así el conocimiento de la tierra, con sólo añadir un buen guía y algún auxilio para la memoria? Porque la enseñanza entra mucho mejor por los ojos que por los oídos, y más agradablemente si hay pulcritud que entre la mugre. Quienes piensan que sólo se puede enseñar en las cavernas y con una cara tétrica se equivocan. Una inteligencia despierta se aplica más cuando tiene un trato familiar con sus maestros. ¿A qué se debe que a muchos estudiosos de la física les veamos vacilar ante cualquier hierbecilla? Seguramente, a que nunca se les ha permitido la entrada a este hermoso espectáculo de la naturaleza, porque si oyeran a estos ciudadanos y a los mismos niños en competiciones lúdicas distinguir algunos millares de hierbas, decir sus nombres, dar cuenta de sus notas características o propiedades, aplicarlas a las enfermedades, se pondrían rojos de vergüenza o, lo que sería más acertado, no abandonarían jamás este auditorio hasta haber adquirido un conocimiento más amplio de la naturaleza.

48. LA PINTURA

Enfrente de la farmacia hay un taller amplísimo para el arte pictórico, en la que esta república se complace sobremanera, pues tiene como fin principal la formación de la juventud y la fácil comprensión de la enseñanza, aparte de que toda la ciudad está adornada con pinturas que reproducen las revoluciones del orbe. Cada una de las salas tiene las pinturas adecuadas que indiquen el tema a que está dedicada. Además, están por todas partes los retratos y las estatuas de varones ilustres con sus gestas varoniles o intelectuales, que estimulan grandemente a los jóvenes a proseguir la virtud. Por supuesto, está rigurosamente ordenado guardar el pudor en todo, advertidos, pienso, de lo que ocurre en el mundo cuyo atrevimiento y hasta indecencia es tal que corrompe la mirada de los inocentes con pinturas lascivas. Sus partes o socias son la arquitectura, la óptica, el arte de fortificar y acampar, el diseño de máquinas y también de la estática. En este lugar puede verse y está a disposición de los estudiosos todo lo que hay para entretenimiento propio del espíritu y cualquier otra cosa de análoga categoría formativa. El tiempo que ellos emplean en esta distracción erudita lo pierden los otros en los dados, las damas y otros juegos todavía más necios, cuya gran ganancia es que luego no sacan ningún gusto en ver las cosas ni en explicárselas a los demás, sino que las miran embobados con inútil admiración. Cuánto mejor hacen ellos ejercitándose con el pincel, de suerte

que donde quiera que penetran llevan los ojos como al acecho y las manos listas para la imitación y, lo más principal, una opinión previa competente, no una ineficaz y anodina. De otra parte, el encanto que les produce la belleza de las formas es tal que por lo mismo acogen de todo corazón la hermosura profunda de la virtud y la prestancia de la vida cristiana.

49. LOS INSTRUMENTOS MATEMÁTICOS

Aneja a este taller está la galería de los instrumentos matemáticos, un testimonio de la sutileza humana y de la lucha contra nuestras limitaciones. Aunque el cielo dista tanto trecho de nosotros y ya no nos quedan las alas de la perfección original, sin embargo, no queremos que nada se mueva en él sin que nosotros lo sepamos. Por eso, seguimos el curso de los astros con distintos aparatos y lo anotamos, siendo asombroso que el hombre haya tenido tanta paciencia y constancia como para llegar a alguna hipótesis. No haré un repaso de los instrumentos, pues casi todos son conocidos gracias a la descripción del gran Tycho Brahe ⁶⁹. Se han sumado algunos más, entre ellos el telescopio, un invento reciente de la mayor belleza. También hay aquí lo necesario para la geometría y un gran número de instrumentos ordinarios que se emplean para los ejercicios de los jóvenes. Pero, ¿para qué cuento esto, como si no supiera que el vulgo aborrece los ingenios mecánicos con el resultado de que no sabe manejar ningún instrumento matemático? Sólo con esto queda de manifiesto que rechaza la mitad de las letras y que se vuelve incapaz de enfrentarse con la realidad humana. Por tanto, a los que profesan la erudición prescindiendo de las matemáticas no les tendré ni les reconoceré como letrados, sino que les tacharé de semidoctos hasta tanto se reconcilien con las matemáticas, cosa de que se han de acusar ellos mismos cuando accedan a presentarse en el foro de las ciencias humanas. Si aceptan allí los instrumentos de las artes liberales y las fórmulas de la razón y las manejan con destreza, se les respetará. De lo contrario, si al igual que unos desconocidos en tierra extraña no aportan a las empresas humanas ninguna ayuda, ningún consejo, ninguna decisión o uso práctico, se les despreciará y entenderemos que se les ha de relegar al lago de los ovejeros, los boyeros y los porquerizos ⁷⁰

50. EL TEATRO MATEMÁTICO

Finalmente, para terminar, visité el vecino teatro de las matemáticas, ilustrado con reproducciones del cielo igual que el físico lo estaba con las de la tierra. Aquí estaban artísticamente expresados y representados tanto el primer motor como los movimientos segundos. Aquí se mostraba una reproducción del cielo estrellado y un simulacro de todo el brillantísimo ejército superior. No se echaba de menos absolutamente nada: estaban ambos hemisferios en la forma que los quisieras, convexos, cóncavos o desplegados en un plano; las figuras más particularizadas y precisas de las estrellas; la armonía de los cielos y las admirables proporciones que guardan entre sí; mapas geográficos de las

⁶⁹ Astrónomo danés (1546-1601). La obra en que trae los instrumentos astronómicos descritos y dibujados es *Astronomiae instauratae mechanica* (Wandsbeck, 1598 y Nuremberg, 1602). En 1572 descubrió una nueva estrella en la constelación de Casiopea, sobre lo que informa en su libro *De nova stella*. armo 1572. Copenhague, 1573). Tuvo como discípulo y colaborador a Kepler, quien sirviéndose de los apuntes, *Observatwnes*, hechas por su maestro sobre el curso de los astros, formuló las tres famosas leyes que llevan su nombre.

⁷⁰ Johann Valentin era aficionado a las matemáticas, sobre las que escribió algunos tratados elementales de carácter didáctico. En la época se discutía sobre la utilidad de esta ciencia. Francis Bacon las considera infructuosas y las clasifica como una parte de la metafísica. (Cfr. nuestra edición de *Nueva Atlántida*, Mondadori, Madrid. 1988, p. 189.)

tierras; distintos diseños de máquinas y talleres y modelos diminutos; dibujos geométricos; los instrumentos de las artes mecánicas pintados, nombrados y explicados Podían verse las observaciones precisas de las mutaciones y, cosa más reciente, las anotaciones de las manchas de los astros ⁷¹, todo ello expuesto con un esmero increíble, con una sagacidad sobrehumana. Aquí podían solazarse los ojos, pero unos ojos letrados, aquí se hacía un compendio de la memoria. A la verdad, después de ver todo esto, comencé a admirar cada vez menos su admirable erudición, que avanzaba apoyada en tantos arrimos. De ordinario, sin embargo, no se presta ninguna ayuda a los jóvenes o es insignificante, pese al despilfarro que hay en todo, sino que se les obliga a bregar con las dificultades de la vida y, si alguno de ellos sale adelante por casualidad, se preocupa poco de rescatar a los demás, antes les cierra la salida con más escombros y más piedras si ello le reporta alguna ventaja. De esta manera se malogran los recursos sin provecho, las artes sin formación, las letras sin libros, la dulzura sin benevolencia y, desde luego, la palestra de los buenos propósitos sin ejercicios loables.

51. LOS AUDITORIOS

Cuando de allí me condujeron a la parte superior, vi una escuela increíblemente amplia y hermosa, dividida en ocho auditorios, en la que se corrige y dirige a la juventud, el tesoro más preciado de la república, hacia Dios, la naturaleza, la razón y el bienestar público. Porque, si es deber de cada uno educar a sus hijos para el bien, ¿por qué no han de hacerlo para el común adoptando el método mejor para educar e instruir a la vez? Para esta empresa de la mayor importancia escogieron este excelentísimo lugar, para testimoniar su amor y preocupación por los hijos, su entrañable esperanza, y para merecer de alguna manera la futura felicidad. Nada parecido, ¡por Pólux!, a lo que hace el mundo infame, que da la impresión de amar a sus hijos por encima de todo pero los encierra en cualquier ergástulo oscuro e insalubre, frecuentemente sucísimo también, donde les ahoga el hedor y se entrenan para soportar las cárceles. Aquí todo está abierto, iluminado, alegre, de modo que la sola visión de las pinturas estimule a los niños, eduque a los jóvenes y amoneste a los adolescentes. Aquí no se asan en el verano y se hielan en el invierno, ni les molesta el ruido ni se asustan de la soledad. Lo que la corte dedica al lujo y al ocio se emplea aquí para esparcimientos honestos y para actividades, no habiendo gastos más acertados y lucrativos, pues igual que la tierra bien cultivada devuelve con creces lo que recibió, así también la juventud lo restituye todo con largueza, si ha sido regada con la savia de la república y cuidada hasta el momento feliz de granar. El culmen de la felicidad está en hacer fructificar con un solo y mismo trabajo la incolumidad de la república y la preparación para la vida futura, de modo que veamos con gozo que los hijos que engendramos aquí no los hemos engendrado tanto para esta tierra como para el cielo.

71 Descubrimiento hecho por Galileo Galilei (1564-1642) gracias al telescopio. El aparato había sido inventado en Holanda y Galileo únicamente lo perfeccionó un poco. El nombre de «telescopio» se lo puso en 1611 la Accademia dei Lincei de Roma.

52. LOS EDUCADORES

Los educadores no son de la hez de los hombres e inútiles para otra cosa, sino lo más selecto de los ciudadanos, cuyo cargo en la república es conspicuo y cuyo paso al gobierno supremo es muy frecuente. Es decir, nadie vela debidamente por la juventud, sino quien sabe velar también por la república, y quien prueba con la juventud ya aprobó con la república. Son de edad madura y destacan por estas cuatro virtudes: autoridad, integridad, trabajo y liberalidad. Porque si no tienen ascendiente sobre sus alumnos y oyentes no gozan de público aprecio; si no preceden a los demás en piedad para con Dios, en bondad para con el prójimo, en fortaleza y templanza para consigo mismos y les van señalando la virtud; si en la enseñanza y educación no muestran habilidad, sagacidad y la máxima penetración y discernimiento de aptitudes; si no prefieren estimular a los suyos, como a personas libres, con suavidad, afabilidad y trato liberal antes que con amenazas, azotes y otras formas de austeridad, no les consideran dignos de que formen a esta república, pequeña pero sucesora de la grande, o de que se les confíe esta piedra angular de su existencia futura. Puesto que a ellos esto les resulta bien en orden a mantener equilibrado y siempre uniforme el estado de la república, podrían con razón apercibir a los otros para que no arrojen frívolamente los gérmenes e impulsos más nobles de la juventud a unos hombres que son de lo más vil, de lo más vicioso, de lo más desabrido y de lo más rígido, sólo porque les contratan por un salario mínimo, cuando lo que éstos les van a dejar son unos hijos que dilapidarán los bienes paternos no a celemines, sino a hórreos enteros y que seguramente dejarán tras de sí unos hijos aún peores.

53. LOS ALUMNOS

Vamos a referir ahora quiénes y cuáles son los alumnos. Absolutamente todos los hijos de ambos sexos de los ciudadanos reciben instrucción. Les envían sus padres cuando han cumplido los seis años, no sin rezar y formular piadosos votos. Se les distribuye en tres grupos: impúberes, púberes y maduros **72**. Aquí comen, aquí duermen, aquí labran todos su espíritu y su cuerpo. Cuanto más numerosa es la prole, tanto más feliz, pues no puede faltarles nada. Sólo por esto cabe suponer con qué despreocupación viven los ciudadanos. No hay padre que cuide a los suyos con tanta vigilancia y empeño como les cuidan aquí los prefectos, así varones como mujeres, todos ellos honestísimos. En cualquier tiempo libre, sin embargo, pueden visitar a sus hijos o ser visitados por ellos **73**. Y como se trata de un bien público, la solicitud puesta por todos hace que se lleve a término con unos resultados inmejorables. Se urge cuidadosamente que la comida sea sabrosa y sana y las camas limpias, que los dormitorios estén aseados y que la ropa y toda la persona vayan impolutas. Se les lava con agua a menudo y se les seca con toallas. También se les peina para que no se escape ninguna porquería. Si les ataca alguna enfermedad a la piel o al cuerpo, se les presta atención de inmediato y se les separa para

72 La terminología usada por Andreae para indicar las distintas edades del hombre es imprecisa e inconstante. En su tiempo aún se aceptaba la de San Isidoro, que distingue seis etapas: infancia (infantia), hasta los seis años; niñez (pueritia), hasta los catorce años; adolescencia (adolescentia), hasta los veintiocho años, que también se llama «adulta» por su capacidad para engendrar; juventud (iuventus), hasta los cincuenta años; gravedad (gravitas), hasta los setenta años, que es el paso de la juventud a la senectud; senectud (senectus), que es el resto de vida, a cuyo último tramo se le llama «ancianidad» (senium). Impúber es el que aún no tiene la edad para engendrar púber el que ya la tiene (cfr. Etymoi, 11,2). Comenius dividía el proceso educativo en cuatro etapas de seis años cada una, de las cuales la primera es la materna. 73 Consúltense lo que hemos dicho en la nota 84 de la Introducción sobre las falsas traducciones de este pasaje.

que no contagien a los otros. Su diligencia en esto es tan grande como grandísima es la negligencia del mundo en lo suyo, al igual que en todo. Pues, ¿para qué hablar de la roña de los escolares, de la porquería de la comida y del dormitorio, de la rudeza de los prefectos, si los que lo han sufrido dan testimonio de ello no sólo con sus voces y maldiciones, sino con su propio cuerpo que ha quedado maltrecho para siempre desde entonces?

54. EL MÉTODO DE ENSEÑANZA

La tarea primordial y suprema para ellos es servir a Dios con un corazón puro y devoto; la segunda, prepararse para las virtudes más perfectas y acendradas; la tercera, desarrollar la inteligencia, orden inverso al del mundo, si es que hay muchos que hacen cuenta de Dios. Se creen destinados para Dios tanto por la ley de haber nacido a este mundo como por la tradición de sus padres. No comienzan los estudios con una deposición absurda, es decir, con un prelude de la estupidez, sino con unas oraciones serias. Luego siguen por los grados establecidos de principiantes, proficientes y perfectos, títulos bastante pomposos, es verdad, pero que olvidan pronto los que han madurado. Estos grados son un gran acicate, pues el aplauso da alas a los espíritus nobles mientras la ignominia les espolea. Pero se requiere rectitud en quienes los imparten, no sea que si juegan con esto jueguen con la juventud. En esto se peca fuera de aquí, tanto más manifiestamente cuanto que se hace por lucro y con daño, ya que percibir dinero y vender a la república unos hombres incompetentes es un tipo de equidad que no acierto a comprender. Los castigos se cumplen con abstinencia y trabajo; si la cosa lo exige, con azotes o, raramente, con la cárcel. Los muchachos estudian durante las horas de la mañana, las muchachas, a las que dan clase unas matronas tan capaces como los varones, durante las de la tarde. No entiendo por qué fuera de aquí a este sexo se le excluye del estudio cuando por naturaleza no es en absoluto menos capaz de aprender. El tiempo sobrante se deja a las artes mecánicas y a la destreza femenina, según la tarea asignada a cada uno de acuerdo con su inclinación. Cuando no hay nada que hacer tienen ejercicios, honestísimos, dentro del pomerio o en el campo. Pueden competir corriendo o luchando, o jugar a la pelota, o entrenarse incluso con las armas o, si la edad lo permite, domar caballos. Si tienes en cuenta que todo se hace con medida y atenta vigilancia estarás de acuerdo con todo.

55. EL AUDITORIO I: LA GRAMÁTICA

Ahora vamos a recorrer los auditorios de las artes siguiendo sus tres niveles de acuerdo con los grupos de edad. El primero es el de la gramática, en el que, después de haber cumplido con la devoción, las preces y el himno, y añadidas algunas sentencias santas y sabias referentes a la virtud, el trabajo de los niños **74** consiste en aprender a decir en las tres lenguas, hebrea, griega y latina, un buen número de cosas y acciones; luego, establecido el género a que pertenecen, formar los comparativos, los casos y los tiempos en el debido número y persona y, finalmente, componerlo y conjuntarlo con las circunstancias. Procuran que entiendan lo que estudian y lo que no entienden que lo traduzcan a su lengua vernácula. ¿No es un disparate dar instrucciones en latín, y prolijas, a un niño que no sabe lo que quieres decir ni lo que tiene que hacer? Por el mismo trabajo y con el mismo resultado podías abrumar su

74 El texto latino pone pueritia, que parece designar el primer grupo de edad. En el capítulo siguiente habla de «los más crecidos» (adultiores), el segundo grupo. En el que va a continuación de «los de edad madura» (qui maturae aetatis sunt), el tercer grupo sin duda. Después de esto Johann Valentin no guarda ningún orden ni disciplina terminológica.

memoria con cualquier otro idioma bárbaro. ¿No es una incongruencia pedirle que ponga algo de su lengua vernácula en latín antes de que el niño sepa latín? Procuran también no sobrecargar sus tiernas y frágiles inteligencias con muchas asignaturas o demasiada materia, pues es bien sabido que esto puede embotar fácilmente su agudeza y trastornarlas para toda la vida. Los que ante la exuberancia de la niñez conciben excesivas esperanzas y las alimentan son unos ineptos, pues generalmente termina en ramplonería. Ellos quieren talentos sólidos y los procuran mediante una educación distendida que fortalezca la memoria, capacite el juicio, fomente la sinceridad y adapte paulatinamente la tarea a las fuerzas.

56. LA RETÓRICA

En el mismo auditorio se enseña retórica a los más crecidos, que aprenden a analizar los géneros de discursos según las reglas del arte y a adornarlos con los flósculos de la elegancia. En esto se debe mucho a la naturaleza, poco al arte, por eso quien puede ayudar a aquélla es quien mejor procede. Sin la naturaleza el arte está como en ayunas y tiene más de ansiedad que de talento. Por eso los buenos retóricos son con frecuencia malos oradores, porque quieren ser prolijos en contra de los recursos de su ingenio. Si la palabra es la impronta del entendimiento está bien claro por qué a veces la lengua es menos fluida. Los hay que quieren descollar imitando: gente insípida por lo general que, al dejar de ser ellos mismos y no conseguir ser como los otros, resultan de lo más tosco, áspero y retorcido. Aquí hay que recurrir al talento y cultivar lo que Dios ha concedido de peculiar, pues no hay mejor maestro de elocuencia que el que ha creado la lengua. El ejemplo más admirable es el códice sagrado, que no retiene tan sólo en los oídos **75**, sino que penetra hasta el corazón mismo de los hombres. No son necesarias las hipérboles ni esa otra plétora de los gentiles. Si hablas con verdad, con modestia y con sensatez, has hablado mejor que Cicerón. Para decirlo en pocas palabras: lo que irradia espíritu hace andar, lo que exhala mundo está tullido. Quien gusta del estilo de Dios ha aprovechado mucho, pues lo que los necios tienen por simplicidad es precisamente sabiduría **76**. En cuanto los oradores del mundo se han despachado, al punto se ha desvanecido el sonido inane y la armoniosa composición de sus palabras: el alma sigue boqueando vacía. Cuando la verdad divina nos cuestiona, el corazón se enardece, el espíritu actúa, todo se conmueve. Esto hay que decirselo a los que se complacen demasiado en sí mismos siempre que hablan sin Dios, más aún, como ellos dicen, con los dioses; a los que sienten tanto fastidio de Cristo que prefieren en sus sermones a cualquier ídolo o demonio antes que los sacrosantos misterios del cristianismo. Entre tanto se arrojan la exclusiva de la elegancia, y son ciertamente lenguaraces si el mundo se lo pide, pero es de temer que ante el tribunal de Cristo se queden sin lengua.

57. LAS DISTINTAS LENGUAS

Aquí estudian también distintas lenguas los de edad madura, no para saber más, sino para poder conversar con otros muchos habitantes de la tierra, así vivos como muertos, y para no tener que depender de algún que otro grieguillo **77**. Se trata de una cosa bien sencilla que no entiendo por qué algunos la complican con tantos ambages.

75 Expresión de San Pablo en 1 Cor. 13, 1.

76 Enseñanza repetida de San Pablo (cfr., por ejemplo, 1 Cor. 1, 27 y 3, 19).

77 «Grieguillo famélico» (graeculus esuriens) es la frase usada por Juvenal (Sat., 3, 78) para describir a los griegos que emigraban a Roma en busca de una ocupación intelectual y que terminaban como ayos o maestros callejeros a fin de poder sobrevivir.

Ellos, como en un año no aprendan una lengua lo suficiente para manejarla, piensan que no han hecho nada. Éstos, en cambio, como no pierdan diez años, se tienen por unos avaros. Dicen que la nomenclatura resuelve perfectamente toda esta cuestión, a lo que hay que añadir un poco de gramática. Empiezan con una lectura fácil a la que cotejan con otra que se le parece y que ya conocen. Increíble la ayuda que es para las lenguas el parentesco entre las palabras. El resto lo pone la memoria y la práctica asidua. Me estremecí al recordar los improperios de que fui objeto en mi tiempo, hasta el punto de que ya no sabía qué hacer. Aquí, como por juego, aprendí una serie de cosas, que no osaré mencionar para evitar envidias. Pero no callaré esto: aprendí que así como hay que despreciar las letras en general, también, y sobre todo, hay que despreciar el estudio de las lenguas, sin que ello signifique rechazarlas, sino no apreciarlas por encima de lo que valen. No sabe más, en efecto, el que habla en esta y la otra lengua, sino el que habla con Dios. Si hay piedad e integridad, poco importa en qué lengua se pronuncien; si faltan, ni siquiera despepitándose en griego o en latín se mejora nada. Los que piensan que la lengua latina tiene algo que la hace más sutil que la alemana se pasan de crédulos ⁷⁸. No obstante, hay que mantenerla tanto por los varios beneficios que reporta como también porque es mordaz y porque no consiente ni la más ligera contradicción. Esta lengua tiene motivos para censurarme, pues soy un hombre absolutamente incapaz de dominarla, sin paciencia para cultivarla, insensible a su elegancia, un hombre, como suele reprocharse, bárbaro.

58. EL AUDITORIO II: LA DIALÉCTICA

El segundo auditorio se llama dialéctico, del nombre de este arte nobilísimo. En él los niños algo más destacados aprenden a aplicar los instrumentos del método a esa realidad humana tan heterogénea y a clasificar cualquier objeto dado, construyendo a partir de ahí un raciocinio que les permita ver qué cosa ha de ser la verdadera, cuál lo pueda y dónde se oculta el barniz de una opinión. Pues la verdad tiene aquí su regla con la que ser examinada, si bien algunos petulantes, sin haberla afinado lo suficiente, se la han aplicado a Dios de manera temeraria y desleal. Esta es aquella Elena por la que los griegos se alborotan, los tro-yanos perecen. Es hermosa en verdad, pero se yergue demasiado impertinente por encima de todo y sojuzga a sus hermanas tan meritorias como ella. De buena gana se reiría uno de quienes creen que no carecen de nada sólo porque poseen este instrumento, siendo así que les falta todo. Mas tienen cuernos, ¡tizan! Ningún artesano presume simplemente de su gnomon o de su nivel, sino sólo cuando presta algún servicio. Éstos, en cuanto han demostrado que el hombre es risible o que el sol está oscurecido o que el triángulo tiene dos ángulos, se ponen a cantar coplas como si el trabajo estuviera concluido y con eso descansan para el resto de sus días. Algo muy distinto ellos que, versados en diferentes artes, gustan de disponerlas ordenada y racionalmente y, cuando es necesario, sacar cada cosa de su lugar correspondiente. Reconocen este favor a la dialéctica, pero no le subordinan la realidad entera, mucho menos a Dios. Aquí se insta a la inteligencia a que reconozca qué tanto de razón le ha sido otorgado y a que aquilate su juicio sobre las cosas para que no tenga que buscarlo todo fuera de ella y servirse del raciocinio. Pues el hombre tiene dentro de sí un tesoro inmenso de discernimiento, si quiere tan sólo desenterrarlo antes que sepultarlo bajo la masa y el peso de las reglas. La razón, sin embargo, de todas las razones es que escuchemos sumisamente a Dios, que está tan alejado de todo lo falso y

⁷⁸ Referencia a la polémica suscitada por Martin Opitz (1597-1639), quien defendía por entonces la superioridad de la lengua alemana sobre la latina (cfr. la nota 40 de la Introducción).

barnizado como cercanísimo siempre a la verdad. Amemos lo verdadero en lo verdadero. No busquemos la razón en lo que está sobre la razón.

59. LA METAFÍSICA

En este lugar otros estudian metafísica, una ciencia que abstrae de toda concreción y se remonta hasta los entes primeros, ciencia verdaderamente condigna del hombre cuya inteligencia está hecha para sustraerse a lo terreno. Aquí se contempla la verdad, la bondad, la belleza, la unidad, el orden y otras cosas semejantes con tanto mayor provecho cuanto que añaden la luz divina. Donde los filósofos anduvieron en tinieblas es bueno recurrir al sol divino y ascender hasta el Dios conocido, que era desconocido para los gentiles. Hay que admirarse, sin embargo, de que el hombre, que puede elevarse con su mente hasta ver los entes separados de las cosas, retorne tan torpemente a su cuerpo y se revuelque con él entre tantas inmundicias, o de que él, que especula con la idea verdadera del bien y de lo bello, se deje seducir y engañar tan fácilmente por lo falso, lo malo y lo deforme. Pero es claro que a donde quiera que se dirija el hombre fuera de sí mismo encuentra un terreno resbaladizo que le hace vacilar y caer. Así, pues, sólo podrá afianzarse firmísimamente en Dios, el único verdadero y bueno, que le conferirá un espíritu separado una vez depuesta la carnalidad. Aquí oirá cosas inenarrables y verá el mundo universo tal como está asentado en su centro íntimo, sin un cielo enturbiado ni teñido, sino simplemente cristalino. También percibirá las primeras líneas de las artes, los primeros puntos de las cosas, con gran placer suyo y no pequeña admiración de los demás. Esta genuina belleza, desconocida para muchos, genera en ellos el hastío de este mundo y les hace indeseable el propio cuerpo con sus múltiples fealdades y sus molestísimos lastres terrenales. Por eso hay en esta escuela muchos e interesados cristianopolitanos, que quieren aprender a abandonarse a sí mismos y a apartarse de las cosas terrenas para recobrase de nuevo a sí mismos con creces y cosas mucho más nobles.

60. LA TEOSOFÍA

Este mismo auditorio sirve también para una contemplación todavía superior. Esta es la teosofía, que no reconoce nada proveniente de la invención o investigación humanas, sino que todo se lo debe a Dios. Donde termina la naturaleza empieza ella e, instruida por el numen supremo, guarda religiosamente sus misterios. Es para pocos hombres y no deben ambicionarla ni siquiera los devotos, pues es asunto exclusivo de Dios obrar el bien mediante la luz o mediante la cruz. Dios se revela un instante, se recluye largo tiempo en sus penetrales, siempre óptimo, raramente visible. Son infinitas, sin embargo, las cosas que ha revelado en las que un cristiano verdadero se puede gozar. Insensatos de nosotros que preferimos a Aristóteles, a un homúnculo como nosotros, y no consideramos las maravillas de Dios que le dejan en ridículo. El no pudo o no quiso creer en el FÍAT de Dios, en el ministerio de los ángeles, en el aura del fuego, en la densidad del agua, en la presión del aire, en la elevación de la tierra, en la infinitud del hombre, en el habla de los animales, en la retención del sol, en los límites del mundo, cosas que para nosotros son ciertas⁷⁹. Si escuchamos a Dios, tiene preparadas cosas aún mayores que éstas.

⁷⁹ Doctrinas de Aristóteles y de las escuelas aristotélicas del Renacimiento. El tema de la creación (fiat) del mundo y su congruencia con la posible eternidad del mismo ya había sido tratada por Santo Tomás (1225-1274) y el de la inmortalidad (infinitud) del hombre por Pomponazzi (1462-1524), quien niega que se pueda demostrar. Éstas y las otras cuestiones que cita aquí Johann Valentin sin ningún rigor profesional eran acremente discutidas en aquel tiempo por las distintas familias filosóficas y confesiones religiosas en el contexto de los nuevos descubrimientos científicos.

Y, ¿por qué no le habríamos de escuchar si una sola acción suya, la más pequeña, merece y arranca de nosotros la fe en todo? Si creemos en un solo milagro, debemos creer en todos los que despliega ante nosotros, pues, ¿por qué habríamos de hacer distinciones entre las obras de su omnipotencia? Así, pues, esta escuela es una escuela de humildad y de acatamiento, donde las mentes jóvenes aprenden a allanarse a la palabra de Dios y a mostrar ante sus misterios un silencio devoto más bien que curiosidad. Que la filosofía titubee, la teosofía asiente; que aquélla arguya, ésta da gracias; que aquélla vacile, ésta descansa segura a los pies de Cristo. ¡Dichoso el hombre que se levanta a la primera llamada de Dios! ¡Más dichoso el que la sigue! ¡Dichosísimo el que nunca mira atrás, sino que avanza siempre! Es una cosa ésta, sin embargo, que el hombre piadoso tan sólo puede añorar y desear. Si Dios asiente, bien está; pero si le quiere probado y confundido en la fragilidad de la carne, hágase la voluntad del Señor.

61. EL AUDITORIO III: LA ARITMÉTICA

El tercer auditorio recibe su nombre de la aritmética, tesorera de toda sutileza. El que es Uno y Tres le confió infinitas riquezas. Si atiendes a su utilidad para los hombres, no hay rama de las ciencias en la que no preste algún servicio primordial; si a los esfuerzos de la inteligencia, en ella precisamente lucha el hombre casi con lo infinito y se adentra más profundamente en los arcanos de las progresiones. Se puede decir que quien no sabe aritmética no sabe nada. Por eso los cristianopolitanos la cultivan con la máxima dedicación, encontrando todos los días en ella algo que admirar, algo que estimula, algo que aminora los trabajos. En álgebra no tienen rivales, pues ésta reclama todas las facultades del hombre y se ocupa de los seres corpóreos de un cierto modo separado y desanuda con increíble sagacidad todo lo intrincado. No dejan de recordar de cuánto tesón se necesita para deshacer los enredos de Satanás, si ya las artes humanas pueden ser tan complicadas; de cuánta cavilación para resolver los enigmas del mundo, de cuánta previsión para desenredar las maquinaciones de la carne, si ya con los presupuestos y vestigios de las artes se tiene tanto trabajo. Según ellos, no se puede tolerar a quienes se privan por simple pereza de la comodidad y de las múltiples ventajas del cálculo, aun cuando sean hombres que no aspiran en absoluto a cosas mayores. Si supieran que hay gente así entre los terrenales, que presumen, además, de eruditos, no sé si se abstendrían del insulto. No les entra que a esta gente les esté permitido ignorar tantas artes y seguir, sin embargo, llevando la toga. Pienso que si el saber comenzara a ser decoroso también para éstos y que debe aplicarse al gobierno de la realidad, a muchos de ellos no les faltarían ánimos ni el resultado les defraudaría. Entre tanto tendremos por benefactores no a los que alientan las artes, sino a los que no las persiguen con un odio extremo.

62. LA GEOMETRÍA

Siguen los estudiosos de la geometría, hermana carnal de la aritmética y que expresa equivalentemente con líneas lo que ésta con números. Por eso se adapta mejor a los usos humanos y aplica sus profundísimas proposiciones y teoremas a la realidad con una eficacia admirable. Pues mide lo que está cercano no menos que lo alto y lo profundo, y no solamente lo regular, sino todo tipo de figuras, las penetra, las transforma, las iguala, las transfiere, las alza y florece elegantísima en los trabajos humanos. Si uno gusta de

especular, nada hay más sutil; si de obrar, nada más cómodo y expedito; si le confías alguna facultad, la vuelve ágil y versátil para todo. Por eso los cristianopolitanos le dan gran importancia, pues ven que gracias a ella cualquier arte se vuelve más fácil y el hombre más hábil para manejarlas. Entre los simples, sin embargo, está dejada de la mano como el resto de las matemáticas. Pero el precio que pagan por ello es manifiesto, pues trabajan mucho más duramente, y eso que tienen a plena vista las ventajas que obtienen los otros. ¿Qué tiene de extraño que la geometría esté desatendida si la ambición de los hombres, su avaricia, su gula, su pasión, su ira y hasta su estupidez y osadía no tienen ninguna medida ni la toleran? Por eso ellos lo primero que procuran al hacer las distintas mediciones es medirse y pesarse a sí mismos y, después, valorar la clemencia divina. Pues no interesa tanto conocer la extensión de nuestros campecillos como la exigüidad de nuestro cuerpecillo, la estrechez del sepulcro o la contentible mole de la tierra entera. De esta manera se reduce muy fácilmente la vastedad de nuestro cerebro y se rebaja la tumescencia de nuestro corazón, lo cual hace al hombre olvidadizo de sí mismo, paciente con el prójimo, temeroso de Dios y atento a la muerte y al futuro, para que prefiramos llegar a ser algo a partir de la nada que, por la ira de Dios, convertirnos en nada a partir de esta poquedad nuestra.

63. LOS NÚMEROS MÍSTICOS

Pero los que tienen más años ascienden también más alto, pues Dios tiene sus números y medidas que conviene que el hombre contemple. Es seguro que el supremo Arquitecto no construyó esta poderosa máquina al azar, sino que la colmó de medidas, de números y de proporciones con extremada sabiduría⁸⁰, añadiendo el tiempo, repartido con una armonía admirable. Pero, sobre todo, nos ha dejado depositados sus misterios en sus obras y en sus construcciones típicas para que, con la Llave de David ⁸¹, descubramos la longitud, la anchura y la profundidad de la divinidad y percibamos al Mesías difundido por todas las cosas y le hallemos uniendo todas las cosas con armonía inefable y moviéndolas todas con poder y sabiduría y nos gocemos adorando el nombre de Jesús. Todo esto no lo comprende ningún arte, sino que consta en el Apocalipsis y se lo comunican los fieles entre sí. Por eso se meten en un laberinto los que piden prestado a la filosofía humana varas y compases para medir la nueva Jerusalén y para averiguar sus fastos y su cómputo sagrado o para defenderla de los enemigos ⁸². Bástenos saber que Cristo nos ha explicado a todos todo lo que importa para corregir y soportar la vida; no irrumpamos todos en lo que ilumina, a no ser que el resplandor de Cristo nos preceda y nos llame a los interiores sellados. Esta confianza ha llevado a engaño a algunos varones eximios tanto más inesperadamente cuanto que ellos creían que hablaban con cierta inspiración. Hay que ser circunspectos en esta cabala y ser parcos en conjeturas, pues nosotros tenemos dificultades con el presente, andamos a oscuras con el pasado y el futuro se lo ha reservado Dios para sí solo, revelándolo en poquitas ocasiones y muy distanciadas.

⁸⁰ En el Libro de la Sabiduría se dice de Dios: Todo lo dispusiste con medida, número y peso (11,21).

⁸¹ Se la cita en Is. 22, 22 y Ap. 3, 7. Simboliza el poder de Cristo sobre la Iglesia. Algunos la identificaron con las llaves proféticas, superiores a las llaves ministeriales del Papa. El hermetismo y la cabala la interpretaron como una clave secreta para descifrar la Biblia y desentrañar sus misterios.

⁸² Puede estar refiriéndose a la obra de Simón Studion Naometria, seu nuda et prima Libri intus, et foris scripti per clavem Davidis... (1604), la cual, aunque nunca fue impresa, causó una enorme sensación. Da a los números una significación mística y trata de entender la historia y vaticinar el futuro a través de ellos. Asimismo, a la obra de Matthias Hafenref-'er, su amigo y protector, Templum Ezechielis (1613), que es una respuesta al libro de Studion. En el capítulo 21 del Apocalipsis se describe detalladamente la Nueva Jerusalén y se dan sus medidas precisas.

Amemos los arcanos manifiestos de Dios y no rechacemos con el vulgo todo lo que nos supera ni equiparemos las cosas divinas a las humanas, pues Dios es bueno en todas las cosas, pero en las suyas admirable además.

64. EL AUDITORIO IV: LA MÚSICA

El cuarto auditorio es el músico al que no se puede acceder, sino después de la aritmética y la geometría, hasta tal punto depende del número y la medida. Aquí da el hombre otra prueba de su excelencia al producir infinitas combinaciones con tres tonos ⁸³ superar a los animales, incluso a las aves, no sólo en el habla, sino también en el canto: un émulo en verdad del cielo, donde hay una melodía perpetua. No se puede valorar lo suficiente de qué cosas tan pequeñas se sirve el hombre para realizar las más grandes. Con poquísimas letras nombra tantas miríadas de cosas, con poquísimos tonos produce infinitos acordes. Sin embargo, bajo la instigación de Satanás, el mundo no se resistió a abusar de este placer celestial y a ponerlo al servicio de la salacidad: de ahí la locura de los bailes, la liviandad de las canciones, la impiedad de los flautistas, todo lo cual fue erradicado hace tiempo de esta república y no se oye ahora. Lo que gusta es aquella música profética que tiene al espíritu como entonador, a las almas sonoras como acompañantes, al cielo como eco. El tema de esta música es todo lo que los santos celebraron, lamentaron, aplaudieron y suplicaron en metros, y lo enriquecen de continuo con las inspiraciones cotidianas del espíritu. Ayuda en esto la poesía sagrada, no la que habla de Venus y Baco. Reparten cuidadosamente las voces por edad y sexo para, cuando se congregan en público, cantar todos concertadamente la dulce melodía. Nada es comparable a la majestad de esta música, pues el encanto no puede ser mayor cuando concurren el favor del Espíritu Santo, el arte de la composición, la emotividad de las palabras y la fuerza de la sonoridad. Añaden la ventaja de incluir en las canciones motivos básicos de la religión cristiana y modelos de vida probada así como intervenciones de Dios dignas de memoria que introducen en los espíritus en este vehículo tan dulce. Bastante más sensatos que los mundados, quienes, después de pasar largo tiempo cantaleteando obscenidades o sandeces en medio de los tripudios de la carne, al final se ven obligados a plañir lúgubrememente en medio de los agujonazos de la muerte y los remordimientos de la conciencia.

65. LOS INSTRUMENTOS MUSICALES

Los instrumentos musicales tienen también su sitio en el teatro matemático, pero aquí los hay también en gran número y variedad. No es fácil que haya inexpertos en esta habilidad, si bien cada uno puede elegir el que más le gusta, la lira, el violín, el sistro, los de viento o el órgano, resumen de todos ellos, al que consideran mucho más fastuoso que muchos otros juntos. Recomiendan a los suyos una disciplina rigurosísima de las manos a fin de propiciar una obediencia pronta a la república y, sobre todo, una entrega fácil y expedita de todo el cuerpo a Dios. Constantemente les exhortan a que sean para el Creador y para el prójimo lo que la mano para el músico, la cual mueve los dedos, los levanta o baja de acuerdo con el mandato interior o las notas externas. Esto habría que decírselo a los que se sujetan en todo a las reglas y requerimientos de las artes, a Dios, en cambio, le escuchan de malísima gana

⁸³ El tritono, sistema tonal que comprende un intervalo de tres tonos consecutivos, dos mayores y uno menor, fue objeto de estudio de la teoría musical griega pero poco practicado. Considerado difícil y disonante, los medievales le llamaron «diabolus in música». Los teóricos del Renacimiento trataron de dotarle de normas rigurosas. Johann Valentin recibió lecciones de música, a la que era muy aficionado, y aprendió a tocar el laúd.

cuando les pone a tono con sus instrumentos o les propone la partitura **84**, que llaman, de sus obligaciones. De ahí las disonancias de los diversos cosa que nunca puede ser un murmullo agradable a Dios, sino siempre estamentos, los chirridos de las obras y ceremonias, la pérdida de sintonía con la ley divina, molesto. Mejor harían si las prestaciones de ese trabajo durísimo que con tanta facilidad ofrecen al mundo se las brindaran a Dios, que no es nada duro ni inclemente, sino que muestra una preocupación por cuidar y conservar sus instrumentos, por muy frágiles que sean, mayor que la pasión que manifiesta el mundo por romper y desechar sus robustísimas herramientas.

66. EL CORO

Para contribuir lo más posible a la piedad pública ejecutan también música solemne. Es el coro, que sacan por la ciudad una vez todas las semanas, aparte los días de fiesta. Van todos los que están en la escuela, de dos en dos, a un lado los varones, al otro las mujeres, y recorren con el debido orden los paseos de la ciudad y cantan un himno a Dios a voces y con distintos instrumentos. Combinan las edades de manera que las voces se repartan debidamente y que los inexpertos reciban ayuda de los avezados. Estando yo allí se cantó el salmo 127 y se puso la custodia de la ciudad en manos de Dios. Nunca he oído cosa que mejor sonara y consonara mientras avanzaban lentamente bajo los peristilos abovedados. Reinaba en la ciudad un gran silencio y todos estaban concentrados en la oración. Disfruté con los ojos y con los oídos y me deseé poder asistir siempre a la sagrada salmodia. Hacen esto para imitar al coro de los ángeles, de cuyas exultaciones da testimonio el mismo Dios. Tienen en el mayor aprecio su ministerio, su protección, sus consejos y sus instrucciones y procuran tenerlos lo más cerca posible, por lo que no es extraño que también esperen que se unan a ellos en el canto. ¿Quién dejará de creer que estas mentes purísimas se complacen más en esta alegría pública, pero espiritual, que en el estrépito de una ciudad que alborota según los dictados del mundo? ¿O quién dudará de que inspiren más cosas a unos espíritus transportados hasta Dios por un placer puro que a unos tristes y deprimidos por los estragos de la vanidad? Así es que dicen, y yo lo creí, que no hay vez que no vuelvan del coro con las almas fortalecidas y como impregnadas de un aura divina y que nunca experimentan más cercana y palpable la protección de los ángeles que cuando, fundido su corazón en Dios con plena alegría, alaban a Dios, despiertan el alma, sofocan la carne, evitan el mundo y ponen en fuga a Satanás **85**. Y el mundo, ¿qué? Mientras hace el tonto, mientras se amodorra, mientras ronca, mientras consume el aceite, el esposo ha venido y ha cerrado tras sí las puertas **86**.

67. EL AUDITORIO V: LA ASTRONOMÍA

El quinto auditorio lo reivindica la astronomía, con no menos méritos ante el género humano que las otras artes. Al hacernos constar con increíble minuciosidad las mociones de los cielos y sus lentas rotaciones, los cursos y mutaciones de los astros, los sitios, disposiciones y distinciones de los planetas, así como el número y cantidad de las estrellas visibles y las proporciones que guardan entre sí, nos introduce ya poco menos que en el mismo cielo y le hace como tributario en este territorio nuestro.

84 Tabulatura en el texto. Tabuladura o tablatura es el nombre específico de las partituras musicales en el Renacimiento, nombre que no trae el Diccionario de la Academia.

85 Los ángeles ocupan un lugar destacado en la espiritualidad cabalística y rosacruz (cfr. YATES, Francés, A.: El Iluminismo Rosacruz, palabra «ángeles» del índice Analítico).

86 Imágenes tomadas de la parábola de las diez vírgenes, cinco necias y cinco prudentes (cfr. Mt. 25. 1-13).

Digna realmente de que los reyes de la tierra la cortejen, pues parece que gobierna el cielo 87. Los cristianopolitanos le dan mucha importancia y no tienen miedo de que un terremoto les aviente o que les molesten habitantes de otros astros. Les basta el honor que Cristo confirió a la tierra al habitarla, emparentado por el cuerpo. De lo demás Dios dirá. Nosotros llamemos ya a cuentas a aquellos que contemplan el cielo con menos inteligencia que un animal, a aquellos para los que el sol podría salir por Occidente, a aquellos para los que no hay más tiempo que el del calendario. Si se ufanan de ello, es una gran afrenta no querer saber nada de una cosa que los santos patriarcas escrutaron con la mayor atención; si reptan, se ha de increpar a quienes doblegan hacia tierra el rostro sublime concedido al hombre. Toda excusa que despoja al hombre de su humanidad o, si se me permite añadir, de su divinidad, es torpe. Ciertamente, el hombre no ha ascendido con sus propios talaras, sin la guía de Dios, a esas moradas superiores y contemplado esas irregularísimas regularidades. Por eso las inteligencias más nobles se vuelven hacia ella; las innobles y nacidas para la tierra tienen bastante con nutrirse de bellotas y algarrobas.

68. LA ASTROLOGÍA

En este mismo se encuentra la astrología, recomendable por muchos títulos. Lo que la tierra debe al cielo y lo que el cielo comunica a la tierra lo saben quienes los padecen. El sapientísimo Creador entretejió de tal manera su inmensa obra que en todo se mande y obedezca a sí misma. Por eso hay constancia del influjo de los astros, si bien con más admiración de la curiosidad humana que con certeza: la experiencia da fe de ello, la razón duda; entre lo uno y lo otro la tierra reconoce que está sometida al cielo. Los poderes del sol y de la luna son más evidentes, sobre los otros astros están divididos los estudiosos de este arte. Cuando los cristianopolitanos discutieron conmigo de esto, no pude averiguar por qué se inclinan más. Por supuesto, el alma, por muy encerrada que esté en la cárcel del cuerpo, no la subordinan a nadie, sino a Dios y a solo Dios. Lo que es dudoso es si depende del momento primero de la existencia o del nacimiento, y si en él se decide el curso de la vida y de la muerte 88. De ahí que en lo que más insisten es en cómo dominar los astros y en cómo sacudirse su yugo, si lo hay, por la fe. Por eso admiten un cielo nuevo, otros astros, otros movimientos, donde el primer motor es Cristo. Con su favor aplastan todo lo malo, todo lo adverso, todo lo débil, todo lo extraño. El horóscopo más afortunado es la adopción como hijos de Dios, cuyo padre, consultado con oraciones, apenas si oculta algo, requerido, apenas si deniega algo, tan lejos está de exponerlos a las correrías de los astros. Así lo ha comprendido el peregrino de este mundo y, a la sombra de Dios, ha perdido el miedo a las mudanzas del cielo. Si algunos saben más, que se lo guarden. Pero no encontramos excusas para la estupidez de aquellos que, creyéndose que lo pueden pisotear todo, desprecian incluso el cielo los necios de ellos, hombres ahora rendidos, ahora rebeldes, hoy atónitos, mañana sarcásticos, nunca ecuanímenes, siempre unos bárbaros, según el calendario. Al que ignora la utilidad de la astrología en los asuntos humanos, o la niega descaradamente, a ése le quisiera ver yo cavar, labrar y cultivar la tierra durante bien de tiempo cuando el clima es adverso.

87 Desde la más remota Antigüedad la astrología fue una «ciencia» elitista al servicio principalmente de los reyes. En primer lugar, a éstos se les consideraba parte del mundo estable y sublime del firmamento y, en segundo, puesto que su misión era dirigir los destinos de los hombres, era propio que conocieran de antemano esos destinos para adaptar a ellos sus decisiones. Los grandes astrónomos del Renacimiento, Ticho Brahe, Kepler, Galileo, etc., hicieron el horóscopo a personajes eminentes de su tiempo. El general Wallenstein (1583-1634), que realizó numerosas campañas al servicio del imperio austrohúngaro, consultaba regularmente a Kepler sobre el pronóstico astral antes de decidir su estrategia.

88 Genetliaca se llama a este arte adivinatoria

69. EL CIELO DE LOS CRISTIANOS

La diferencia que hay entre hombre y hombre es mucha, pero la que hay entre un cristiano y un mundano es muchísima. Éste no se somete a tantas cosas cuantas aquél manda. Por eso, no sólo está a cubierto de todo daño del cielo, sino que está reconciliado con él. Recibe así diversos dones de su amigo, pues Dios manda que todas las creaturas sean buenas con el hombre. En qué medida es propicio el cielo y en qué medida se allana a la fe, es cosa que supera la fe de los infieles; en qué medida está atento a la Iglesia casi exclusivamente, es cosa que nadie fuera de ella entiende o capta. ¿No han sido célebres los servicios prestados a los creyentes por el sol, las estrellas, el arco iris, el granizo y el rocío, por citar sólo unos pocos? **89** El favor del cielo ha acompañado a la Iglesia en su peregrinaje de Oriente a Occidente, ha domesticado a los hombres que antes mantenía en estado de bárbaros, instruye con presagios y prodigios, reprende la impiedad, levanta la cabeza de los piadosos y les endereza hacia la esperanza de la regeneración. Apenas se puede decir con qué admirable armonía preside la historia del mundo y ayuda a la Iglesia una y otra vez en sus muchas vicisitudes. Son pocos los que caen en la cuenta de esto, por eso son menos aún los que comprenden la andadura de la Iglesia en esta tierra y, aunque enaltecen a la religión por encima de todo, piensan que el florecimiento ocurrido en este siglo es fortuito. Entre tanto no llevan cuenta, ni permiten que otros la lleven, de los períodos que corresponden al Anticristo, a Mahoma y otros falsos profetas. Ven, no obstante, que surgen otras tinieblas y claman, mas si supieran discernir tanto los signos de los tiempos como el aspecto del cielo no se oírían llamar hipócritas por Cristo **90**. Los cristianopolitanos buscan y ansian el cielo espiritual por encima de todo; el corpóreo lo aman tanto más cuanto que saben que siempre ha sido y será propicio a los cristianos. Con este auspicio felicísimo y un natalicio favorable fundaron su ciudad que, si honra a Dios, nunca experimentará la iniquidad del cielo.

70. EL AUDITORIO VI: LA FÍSICA

El sexto auditorio recibe su nombre de la física, a la que ya recordé antes en su teatro **91**. No es menester decir nada sobre lo mucho que la estudian, ya que lo exige la misma necesidad de estudiar. Mediante ella alcanzamos el conocimiento general y particular de ambos mundos e investigamos los movimientos, las cualidades, las acciones y las pasiones de las creaturas; cuál es la materia de las cosas, cuál su forma, su medida, su lugar y su tiempo; cómo se mueve el cielo y qué aspecto ofrece; cómo se combinan los elementos y qué generan; qué nos brindan los animales y qué las plantas; para qué sirven los metales; y, sobre todo, qué oficio desempeña dentro de nosotros el alma, ese lomo de la divinidad. Cosas hermosas todas, que es impropio que el hombre las ignore tras tantas indagaciones perseverantes de los hombres. Pues no hemos sido enviados a este mundo o teatro esplendidosísimo de Dios únicamente para ingenir los productos de la tierra, como los brutos, sino para pasearnos como espectadores entre las maravillas de Dios, como dispensadores de sus tesoros y como admiradores de sus obras.

89 Las referencias concretas pueden ser a la detención del sol por Josué (Jos. 10, 12-13), a la estrella que guió a los Reyes Magos hasta el portal de Belén (Mt. 2, 2), el arco iris mostrado por Dios a Noé después del diluvio (Gen. 9, 13), al granizo que asoló a Egipto (Ex. 9, 25) y exterminó a los amorreos (Jos. 10, 11) y al rocío que se transformaba en alimento (maná) durante la marcha de los israelitas por el desierto (Ex. 16, 13-14).

90 Véase Mt. 16,3.

91 En el cap. 47.

¿Quién dejará de creer que esta variedad y hermosura, esta armonía y madurez y, desde luego, el usufructo del mundo entero han sido concedidos al hombre para el mayor servicio del hombre? Si alguien se cree que todo esto es cosa que se merece y que no tiene por qué agradecerlo o cuidarlo o echarle una mirada siquiera, se equivoca torpemente. Si las creaturas le son todas tributarias, la obligación propia del hombre es dar gracias a Dios en nombre de todas ellas, esto es, rendir a Dios el mismo homenaje que él recibe de las creaturas. Así nunca mirará este mundo sin alabar a Dios, sin sacarle provecho y sin prestarle un trato moderado y una contemplación atenta. ¡Dichosos los que se sirven de este mundo hasta donde Dios lo ha permitido generosamente: el mundo no se sirve de ellos! En efecto, quien abraza la libertad cristiana nunca se entregará al servicio infame de las creaturas.

71. LA HISTORIA

A la física le acompaña la historia o relato de la tragedia humana. Todas las palabras no hacen justicia a sus merecimientos. Sin embargo, entre los mortales casi nunca aparece incorrupta, tan profundos son los recovecos del corazón humano, tan liberales nuestros juicios, tan temerarias las apreciaciones de los demás, tan escurridizas las excusas de los errores humanos. Los cristianopolitanos mantienen la verdad con tesón y la prefieren a ella con vergüenza que a la mentira con aplauso. Quieren que todo se escriba con entera libertad y cuentan llanamente sus cosas, incluso los lunares, para que la posteridad reciba los hechos del pasado sin tergiversar. Es cosa muy triste, sin embargo, ver la tiranía de Satanás a lo largo de tantos milenios, los progresos del pecado, las monstruosidades de los hombres, la abominación de las guerras, los horrores de las matanzas, la jactancia de la vanidad, la impertinencia de las riquezas, la confusión de los estamentos y el misterio de la iniquidad. Todo lo cual se instala en este mundo, se repite sin cesar y asóla época enteras. ¡Qué hermoso es, por el contrario, contemplar a los atletas de Dios, los gérmenes de las virtudes, las sublimidades de la inteligencia, la opulencia de la paz, el silencio de la quietud, el reconocimiento de la imperfección, la plenitud del asentimiento, la multiplicidad de los dones y la fortaleza invicta de la piedad! Hay eruditos, sin embargo, que se atreven a ignorar todo esto y a incluirlo entre las fábulas, dignísimos ellos de que se les convierta en una fábula del vulgo. Entre tanto está claro que los que no conocen el pasado son ineptos para el presente, incompetentes para el futuro, arrogantes y atrevidos en todo. Pues así como la historia humana dulcifica al hombre, le humilla y vuelve cauto, así la ignorancia de uno mismo y de los demás le retiene embrutecido, petulante y pronto para hacer su propio mal y el de la república.

72. LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Los cristianopolitanos atribuyen todo en este mundo a la Iglesia, por eso se ocupan de su historia más que de ninguna otra. Ella es aquella arca única ⁹² que cobija a los que se salvarán, por eso prefieren ocuparse de ella más que de todos los oleajes del diluvio. Recuerdan, pues, con qué bondad tan inmensa de Dios fue reunido aquel pequeño rebaño, acogido en su alianza, formado en sus leyes, amparado con su palabra; con qué medios tan débiles fue propagado, con qué máquinas tan potentes combatido, con qué auxilio tan manifiesto defendido; con cuánta sangre, con qué súplicas se le aseguró la salvación, con qué rugido de Satanás triunfó el lábaro de la cruz, cuan fácilmente germina la cizaña,

⁹² A semejanza del arca de Noé en la que, según dice San Pedro (1 Pe. 3, 20), se salvaron pocos.

cuan a menudo se acorralla su luz, cuántos eclipses ha padecido, el mayor y más denso bajo el Anticristo, cómo se ha sobrepuesto a situaciones desesperadas en ocasiones, en este siglo nuestro gracias al eminentísimo Lutero, con qué suciedades y manchas se la salpica con frecuencia, qué fatiga tan grande tiene con la carne. Éstas y otras muchas cosas parecidas así como los cambios periódicos y las alternancias rítmicas las tienen muy presentes y se las inculcan celosamente a la juventud para que aprenda a confiar en Dios, a desconfiar de la carne, a despreciar las amenazas del mundo y a soportar las tinieblas de este siglo. Y con mucha razón, por más que los otros no se recaten del abandono en que tienen a la historia eclesiástica, que no es éste el lugar para exponer por extenso lo poco que se la estudia entre los mismos eclesiásticos y, cuando se hace, lo poquísimos que se la valora, alegando este o aquel silogismo. Esto es una argucia de Satanás, el cual, apartando de nuestra vista las luchas pasadas de los fieles y el azote de las herejías, hace pasar por luz serena e inequívoca todos los nublados de la Iglesia para que, transcurrido algún tiempo, nos acostumbremos a la superstición o a la impiedad. ¡Oh, si de vez en cuando se tornara la mirada al rigor de nuestra reforma, no se introducirían tantos abusos de simonía y de indolencia, sino que se practicaría dignamente aquella religión que aborrece no sólo la doctrina de Roma, sino también sus costumbres! Entre tanto, los cristianopolitanos recuerdan a cada momento no sólo la Iglesia grande, sino también la pequeña suya que llevan en el corazón a fin de notar, siempre que experimenten la presencia divina, qué es lo que también dentro de ellos se ha cumplido a favor del espíritu contra la carne, a favor del cielo contra el infierno, para de ahí creer o saber que son los elegidos y amados de Dios.

73. EL AUDITORIO VII: LA ÉTICA

El séptimo auditorio está presidido por la ética, maestra de todas las virtudes más humanas: la prudencia, la justicia, la templanza, la fortaleza y las otras anejas. No quieren que se ocupe de preceptos y de normas solamente, sino que se acredite sobre todo con hechos y testimonios cotidianos. Es ridículo aconsejar lo que desmienten con tu vida. Los que sólo invocan al cielo, que no huelan a nada terrenal; los que intiman la justicia, que no sean injuriosos con nadie; los que exhortan a la templanza, que no sean unos licenciosos; los que pregonan la fortaleza, que nunca se dejen abatir. Si hay quienes precedan, nunca faltarán quienes sigan, de lo que hay tantísimos ejemplos. En esto dan importancia a la acción, pues excluyen de la sociedad de los buenos todo tipo de fortuna ⁹³. Dicen que ésta es ficticia y sólo constante en nuestra opinión, pues lo que apetecemos o rehuimos es lo que nos figuramos como bueno o como malo y que si estuviera en nuestro poder el que todo fuera bueno y suficiente, nos persuadiríamos de que es preciso estar mal y necesitados, de modo que, si apetecemos lo que no podemos dominar, siempre estaremos en la pobreza, pero, si sólo poseemos lo que nadie nos puede arrebatar, siempre estaremos en la abundancia. Así es en absoluto: la culpa de la infelicidad es únicamente nuestra, porque, al querer cada uno lo que pertenecía al grupo e invadir de este modo lo ajeno, siempre tenemos con quien pelearnos, siempre hay quien nos venza y nos oprima, y si no hay nadie que moleste no nos sentimos a gusto en absoluto. Esto lo entendieron perfectamente los ciudadanos de esta inmejorable ciudad y no quisieron que el bien supremo

⁹³ La fortuna, que entre los paganos era una diosa, se convirtió en el cristianismo en el mero azar o casualidad, sólo presente en el ámbito de los bienes materiales y del cuerpo, en manera alguna en el ámbito de los bienes espirituales que dependen de la razón humana y de la providencia divina (cfr. SANTO TOMÁS: 3 CG 30 y 31). Andreac niega incluso la existencia de la buena suerte con respecto a la riqueza, pues aun cuando alcanzáramos los «bienes de fortuna» nos consideraríamos desafortunados.

residiera en otro sitio que dentro de su corazón y, como no quieren que sea

imaginario, creen y reconocen que es Cristo, por cuyo amor se unen en la perfecta amistad, se forman en la perfecta verdad, se apoderan de la perfecta ciudadanía, se impregnan de la perfecta liberalidad y se ennoblecen, por decirlo todo, con la perfecta humanidad. Pido a Dios con toda mi alma, autor, guardián y remunerador de la vida modesta y ordenada, que nos holguemos en imitar eso o que nos lo permitan aquellos que colman el mundo con sus prácticas inmundísimas y sus costumbres insolentísimas.

74. LA POLÍTICA

Más sutil que ésta es la política, que se sirve de una inteligencia enteramente arquitectónica para regir a los hombres y preservar la multitud. Ya dije antes ⁹⁴ que han preferido la aristocracia a las otras formas por estar más de acuerdo con una sociedad cristiana. En ella cifraron los tres bienes del hombre: la igualdad, la prosecución de la paz y el desprecio de las riquezas, ya que sus contrarios son los que más afligen al mundo. Promovieron también la cultura y la divulgaron para que todos puedan conocerse más fácilmente a sí mismos. Su consigna es que los cristianos, que son distintos del mundo entero por la religión, también deben serlo por las costumbres. Por tanto, que no les está permitido lo que esté permitido a otros ni han de consentir lo que consientan otros. Que el evangelio quiere una Constitución distinta que la del mundo y que la decisión sobre este asunto compete a la religión cristiana. Por eso reprochan al mundo que consienta el fausto a los magnates, la disolución a los sacerdotes, el peculado a los funcionarios, el lujo a los ciudadanos y a todos el exceso bajo el solo pretexto de que son hombres. Dicen que falta una voluntad seria y un ordenamiento adecuado de la república, pues el hombre no es un animal completamente intratable; se abren, además, las escuelas del mal, de suerte que sería milagroso que alguien pudiera refrenarse. Que hay también muchas cosas malas y nocivas que pasan por buenas y loables y no se tolera que se las denuncie; hay leyes óptimas que están simplemente de adorno y si alguien las urge resulta ridículo. Que no parece hecha conforme al modelo de Cristo una Constitución en que se tiene a Dios en menos que a los hombres, al alma en menos que al cuerpo, al cuerpo en menos que a los bienes ⁹⁵; en que los vicios de las riquezas no son un delito ni las virtudes de la pobreza una gloria; en que el corruptor recibe un premio y el corrompido la muerte; en que se vende el alma del hombre a cualquier precio. Por más que hice no fui capaz de responder a todo esto. Acudí, pues, a los políticos de este siglo, que no nos habrían descrito el mundo en tantos volúmenes de no saber lo que más conviene a los mortales. Pero pensé para mí que mucho de lo que se dice justificamente contra las costumbres del mundo se podría corregir sin un esfuerzo mayor del que emplea el mundo para procurárselo. Pues vemos que de esta manera nuestros intereses se pueden mantener lo suficiente al abrigo de perjuicios. Proteger con alguna reverencia los intereses divinos y su sacrosanto nombre es cosa que únicamente los cristianos no se avergüenzan en su jactancia de enumerar entre las cosas imposibles, pues se dice que otros ⁹⁶ que lo han cumplido lo han hecho supersticiosamente o fanáticamente.

⁹⁴ Véase cap. 27.

⁹⁵ En el cap. 19 ha dicho que en Cristianópolis los castigos más graves se ponen a las ofensas contra Dios, luego a las ofensas contra los hombres, y a las ofensas contra la propiedad los más leves.

⁹⁶ En el Theophilus (ed. c, p. 76) estos otros son los turcos, los judíos y los bárbaros.

75. LA POBREZA CRISTIANA

A .algunos cristianos no les basta con ser buenos según los mandamientos de la ética y la política, sino que añaden a Cristo mismo, maestro más sublime. Puesto que es el ejemplo más perfecto de las virtudes supremas es propio que tenga quienes le imiten. Estas, sin embargo, son retrógradas respecto de las dignidades humanas y están recapituladas bajo el jeroglífico de la sola cruz; los que lo adaptaron mejor al hombre lo llamaron santa pobreza, por la que renunciamos incluso a las cosas lícitas de este mundo para poseer únicamente a Cristo ⁹⁷. Los que abrazan esta secta se despegan de todo, lo abandonan todo, lo sufren todo. Se complacen más en la simplicidad que en la prudencia, en la ignorancia que en la ciencia, en el silencio que en la elocuencia, en la humildad que en la dignidad, en la credulidad que en la sagacidad, en el ayuno que en la hartura, en el seguimiento que en la enseñanza, en la pasión que en la acción y reclaman para sí cuanto hay de infimo en esta tierra, siempre que sea inocente. No pienses que se trata de alguna suerte de minoritas romanos, esos astutísimos buscones de lo más grande de esta tierra, ni menos unos santurrones por obra de su magín y de su oculta soberbia. Es un género alegre de hombres, expeditivo con lo que emprenden en esta tierra, que entregan al común los dones que tienen de Dios, como si no guardaran nada para sí. No se irritan con la injuria, no se engríen con la fama, no se alegran con la abundancia, no se abaten con la pobreza, no admiran las sutilezas, no desdeñan lo más abyecto, no se atormentan con las amenazas del siglo, no se deslumbran con la gloria presente, no se perturban con el ruido, no se alteran con la separación, no se angustian con la vida y no se aterran con la muerte. Son poquísimos ni pueden ser otros que quienes lo han penetrado todo, quienes han visto las cosas y las ciencias humanas con diafanidad, quienes tras las fatigas de esta tierra sólo añoran el descanso del cielo. Nadie hace el loco con más gusto que quien ha experimentado las fluctuaciones de la prudencia, nadie ignora con más tranquilidad que el que ha experimentado los laberintos de las ciencias, nadie anda escaso con más facilidad que el que ha experimentado el peso de las posesiones, nadie sirve con más disposición que el que ha experimentado los peligros del mandar. Por eso los que se ríen de éstos o los critican demuestran sólo con eso hasta qué punto no tienen ni idea de la realidad humana, sino que siguen aún revolcándose en el lodo del que aquéllos salieron con la ayuda de Dios.

76. EL AUDITORIO VIII: LA TEOLOGÍA

Queda el octavo auditorio, consagrado a la teología, reina de todo lo que posee el hombre y señora de la filosofía. Enseña, lo primero de todo, el estilo, la fuerza, la elegancia, la eficacia y la profundidad del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras, para que sepan los jóvenes qué quiere decir la Sabiduría en esta o aquella frase, en este o aquel envoltorio de palabras y para que aprendan a admirar este género de expresión, superior a toda elocuencia terrena. Después, se les lleva a la devota imitación de este discurso divino para que el ingente tesoro de sentencias sagradas que hayan acumulado desde niños lo sepan aplicar también a las situaciones humanas y aprendan a hablar a los demás con el mismo espíritu y las mismas palabras con las que los apóstoles de Cristo predicaron el evangelio a los pueblos.

⁹⁷ El párrafo es un buen ejemplo del estilo enfermizo de Andreae. Quiere decirnos que hay órdenes religiosas (secta dirá a continuación) cuyos miembros practican con mayor rigor las virtudes cristianas, virtudes que se retraen (son retrógradas) de toda gloria mundanal y se cobijan bajo el signo (jeroglífico) de la cruz.

En tercer lugar, les arman con los argumentos y la solidez de esta palabra invicta para que aprendan a defender la pureza de la verdad, tomada de prestado de la misma verdad, en el caso de que se enfrenten con las herejías o que la impugne el mismo Satán, padre de los sofismas, y para que en todo lugar y tiempo aprendan a preservar las limpidísimas fuentes de Israel de la contaminación del lodo terreno o del razonamiento humano. Es la que llaman teología escolástica, la que enseña a entender, imitar y confrontar las palabras de la Sagrada Escritura, en la que instruyen a los suyos advirtiéndoles que con esto no hay nada todavía completamente terminado en la cuestión cristiana, que todo mira a una preparación piadosa; evitan lo más posible los nombres de las facciones y los usan de muy mal grado y, si bien gustan de llamarse luteranos, insisten, sin embargo, en que son cristianos. De ahí deduje que no están de acuerdo con quienes admiten tranquilamente una traducción y tranquilamente se duermen sobre ella, sin preocuparse poco ni mucho de si el Espíritu Sagrado ha dicho eso u otra cosa; también que no cifran la teología en la pericia en predicar, pues puede ocurrir que un hombre, impío o ignorante, le vocifere al pueblo palabras sagradas, pero tomadas de prestado; que no admiran tampoco a quienes toda la teología se les convierte en sables, espadas y arcos y que no admiten más culto de Dios que el polémico y litigioso; finalmente, que no todo desacuerdo en una opinión inocua divide en sectas y odios, sino que instruyen a sus discípulos para que, siempre que sea necesario, puedan juzgar de las versiones, hablar al pueblo, defender la verdad y evitar cismas, con más o menos habilidad pero, desde luego, con moderación. Por lo demás, prefieren que se ocupen en ordenar su vida cristiana, pues Cristo prefiere los devotos a los sabios, los obedientes a los controversistas y para las últimas confrontaciones con la muerte importan menos las mismas artes del ingenio que la firmeza de una conciencia purificada con la sangre de Cristo.

77. LA PRAXIS TEOLÓGICA

Desde aquí se preparan con gran devoción para la teología práctica, la que enseña a orar, a meditar y a ser tentado. Esta es aquella sabiduría que imprime en nosotros la Sagrada Escritura y nos la transfiere para que narremos los misterios divinos. Aquí se exige no sólo asentir a la palabra divina, sino sentir con ella y colaborar, pues así como Cristo es la plenitud de todos los arcanos, así la nueva regeneración incoa y urge en nosotros una nueva infancia, una nueva edad juvenil y viril, que no sea conforme con Adán, sino con Cristo, nuestro libro de la vida. Los que plantean la teología siguiendo las reglas de las artes no perciben esto. Se requiere un líquido corrosivo y acerbo derramado interiormente que destruya y pulverice estas ingeniosas construcciones. Si nosotros no cesamos, no empieza Cristo, si no nos callamos, no habla Dios, si no nos sosegamos, no obra el Espíritu. Éste es aquel sábado que ha hecho ridículos a los ojos del mundo a todos los hombres piadosos de todos los tiempos. Ésta es aquella necesidad de los santos de Cristo, que no solamente creen en el Crucificado, sino que quieren ser crucificados también ellos. Ésta es la locura del evangelio paulino: no gloriarse en otra cosa que en la propia debilidad **98**. Suele haber aquí un peligro enorme de la parte de Satanás, malo en todo pero en esto malvadísimo, el cual atrae de tal manera al hombre hacia sí con hechizos maravillosos que ya no sea más de Dios. A eso se deben los muchos furores, sueños, delirios y otros engaños de una mente que no ha sido llamada, sino que se ha echado a volar por su cuenta.

98 Citas implícitas de San Pablo (1 Cor. 3. 19 y 1, 20 ss.; 2 Cor. 11. 30).

Por eso los cristianopolitanos advierten gravemente a los suyos y a los demás que no pidan ni intenten nada que rebase la simplicidad cristiana sin haber consultado a Dios. Pues no podemos ser arrebatados con Pablo al tercer cielo **99**, pero podemos con él conformarnos a Cristo. Para una teología sólida es bastante obedecer al evangelio, a los apóstoles, y no andaremos necesitados de revelaciones ni de ángel alguno que nos anuncie otra cosa **100**. Así, pues, igual que la teología sólida no admite a los cristianos toscos y carnales, así tampoco reconoce a esos sutilísimos y del todo espiritados. La mejor medida es la de la cruz, que pone a todos los hijos de Dios el peso que les conviene según la balanza de Cristo y prueba de manera a cada uno que tenga por qué implorar el auxilio de Dios.

78. LAS PROFECÍAS

Si el Padre clementísimo concede algo más al hombre, no lo rechazan temerariamente, sino que examinan los espíritus. Por eso tienen la escuela profética, para observar la coherencia y la verdad del espíritu profético, en absoluto para ejercerse en el poder de vaticinar, que ha engañado a tantos. Si creen que alguno ha recibido más luces, tratan de ello con temor de Dios, pues una cosa así no puede ocurrir sin la influencia divina. Porque entre tantos comentadores es raro que tan siquiera uno les haya inspirado una completa confianza de que pueda adaptar los sentidos de la Escritura en general y en particular, sacar los vaticinios de sus penetrales, comparar los ritos de Moisés con Cristo, entender los argumentos de los apóstoles y del mismo Cristo tomados del Antiguo Testamento o habérselas con cosas parecidas; muchos, en cambio, les han inspirado dudas de si éste o el otro no se habrán manifestado temerariamente. Reconocen, pues, que todavía no entienden los oráculos del Espíritu Santo por lo que concierne al conocimiento anticipado del futuro o a su aplicación al pasado, pero no por eso se confían menos en las revelaciones divinas en las que estriba la salvación eterna. Piden a Dios, no obstante, que se digne, en un acto de suprema condescendencia, manifestar a los suyos algo de la profunda sabiduría que se esconde en los abismos de su palabra y mostrarles a su Hijo en cada una de las páginas sagradas. No me revelaron qué es lo que consiguen con este piadoso deseo.

Con esto he expuesto, en mi estilo rudo, todo lo que me enseñaron en los auditorios cristianos. ¡Ojalá no contuviera nada de mi balbuceo y, posiblemente, de mi desmemoria! Me gustaría que, si no todo, al menos algo, aunque fuera poco, haya agradado al lector piadoso y cristiano o haya animado incluso a alguien a comprobarlo con mayor certeza y exactitud visitando Cristianópolis. Si lo contara con la misma sinceridad y la misma libertad que yo, se ganará, sin duda, el máximo reconocimiento de los que se benefician de ello, pero también el mío por ayudarme y corregirme.

79. LA MEDICINA

Quedan cuatro salas en este piso que también pude visitar, dos para la medicina y dos para la jurisprudencia. Hablaré antes de las primeras, por mucho que se le deba a la jurisprudencia. Nadie expondría fácilmente la sutileza, el método y el discurso de la medicina. Hay que confesar que es un don insigne de Dios concedido al trabajo y a la observación del hombre. No añadimos más, puesto que ya lo encomiamos mucho a propósito de la física, la química, la anatomía y la farmacia, de las que consta esencialmente.

99 véase 2 Cor. 12,2.

100 Véase Gal. 1, 8.

Aquí tiene su sede aparte para estudiar las enfermedades y hallarles remedio y también para informar sobre cuanto pueda ofrecerse al margen de los auditorios. Por supuesto que cada uno cuida su cuerpo a fin de poder desempeñar sus obligaciones humanas y no tener que arrastrarlo enfermizo y gravoso para el alma. Por eso, los médicos de aquí prescriben insistentemente a los ciudadanos frugalidad y ejercicio como las cosas más saludables para conservar la salud. En el otro lado está instalada la cirugía, que cuida del cuerpo humano no sólo con consejos, sino con las manos. ¡Así somos de desgraciados, que hay que ungirnos, escarpelarnos, cauterizarnos, sajaros y drenarnos, sin que haya una partecita de nuestro cuerpo que esté lo bastante a cubierto de numerosos peligros! De ahí la necesidad de una técnica variada y de unos instrumentos asimismo variados para combatir estos males y remediar estos defectos. Es bueno, sin embargo que, en medio de estas aflicciones del cuerpo humano, nos acordemos de nuestra imperfección, o suplicio mejor, para así, de una parte, bajar más fácilmente los humos de nuestra vanidad y, de otra, acudir a aquel Médico al que resulta facilísimo no sólo curar lo enfermo y restituir lo amputado, sino también resucitar a los muertos y congregar a los que están desperdigados en polvo menudísimo. Honraremos a la medicina, mas no porque procure una longevidad superior a la normal o porque se oponga a la muerte ¹⁰¹, sino porque el supremo Creador quiso que, como creaturas que somos, nos beneficiáramos con el uso de las creaturas.

80. LA JURISPRUDENCIA

Con la venia de los jurisconsultos diré que entre nuestros cristianopolitanos no tienen ninguna función, pues como viven según sus propias leyes y no están sujetos a ninguna otra obligación que la del tributo anual, no quieren entretenerse con rescriptos extraños, el código, las pandectas o los digestos, ni con el canon, el clementino o el extravagante. No hay nada aquí que no se explique por sí mismo, nada que sea más claro que la equidad, nada que colida con otra cosa. Desaparecen, pues, los litigios y los litigantes. Dirimir una riña o un altercadillo, apaciguar o reprender es una cosa sencilla que no precisa para nada del código de derecho. Piensan que con esto han evitado muchas mañas y artimañas y, sobre todo, los peligros del alma que acompañan al desasosiego del cuerpo. Si tuvieran en cuenta el dispendio de bienes, aún lo tolerarían menos. Es imposible, en efecto, que si alguien prefiere los litigios a la calma, ese código no sustraiga alguna cláusula, la omita, la suprima, la niegue, la reduzca, la estruje, la mutile; la extorsione, la eche, la arranque, la oculte, la hurte, la robe, la asalte, la secuestre y la tergiversar. Todo lo cual, sin embargo, hay que achacarlo más a las partes que a los buenos juristas. De ahí que también tengan aquí su sala, más honorífica que necesaria. Para no estar ociosos, empero, trabajan para la política y le explican los diversos derechos romanos, plenísimos de equidad y rectitud. Lo mismo advertí respecto a la sala de la notaría, que está aquí más bien de relleno, pues de otro modo no cumple ninguna función de relieve en esta república. Si hay que copiar algo, se encomienda a los hombres de la misma, y se da su importancia al dibujo de las letras, logro de una invención elegantísima, de suerte que su nombre figura entre el de los talleres de las artes.

¹⁰¹ La prolongación de la vida mediante una dieta adecuada, un elixir o las aguas de alguna fuente maravillosa era un tema frecuente en los tratados de medicina del Renacimiento. Paracelso escribió un libro sobre ello (*De longa vita*), y Campanella, que estaba fascinado por la cuestión, dice que los heliopolitanos poseían un preparado secreto para renovar la vida cada siete años (véase nuestra edición *La Ciudad del Sol*, Mondadori, Madrid, 1988, p. 143) Andreae considera este deseo contrario a la voluntad divina. En *Las bodas químicas* (ed. Van Dülmen, p. 122) uno de los artúculos que deben de jurar los Caballeros de la Piedra Dorada reza así: No desearéis vivir más de lo que Dios disponga. No obstante, como puede apreciarse, es partidario de que se haga todo lo posible por preservar la salud y de un alargamiento «normal» de la vida por este camino.

También afirman que hay algo escondido en las figuras de las letras así como en los números que se distinguen por su posición o por su valor, pero los cristianopolitanos no insisten en ello. Se complacen, en cambio, en ofrecer sus corazones a Dios para que escriba con sus dedos cuanto importa para la seguridad de esta vida y de la otra. Esta es su encantación sagrada, ésta su adivinación, ésta la suma de su sabiduría mística, tanto más preferible cuanto que es más segura.

81. LOS APOSENTOS DE LOS JÓVENES

Los dos pisos que quedan están distribuidos en hipocaustos y dormitorios, con la particularidad de que dos de los lados son para el sexo masculino, el otro para el femenino. Quieren que éste sea también letrado, por lo que procuran lo más posible que los prefectos de la juventud tengan unas esposas igual de competentes para enseñar a las vírgenes y a las niñas. En el esquema está claro el orden de las salas. Añadir únicamente que es tal el modo en que se junta a los impúberes con los púberes, en que los adultos son observados por los casados, en que se ejerce por doquier una atenta vigilancia que, en la medida de lo posible, se evite la corruptela de la juventud. Lo cual, al ser raro que pueda ocurrir bajo este tipo de educación que ha preservado la inocencia por una larga serie de años, hay que valorarlo por encima de toda felicidad, máxime si tenemos en cuenta la perversión, corrupción y daño de la juventud en las otras escuelas y colegios públicos, a donde cada uno trae consigo la maldad y nequicia doméstica, o la rústica, o la paterna e incluso innata, y la comparte con sus compañeros, con un contagio tan grande de veneno que no se detiene ni ante los que deberían estar enteramente consagrados a Dios, sino que avanza bajo diversas formas de impiedad, salacidad y barbarie, más aún, se apodera de ellos tan enteramente que durante su vida entera y en medio de cargos honradísimos no la pueden deponer jamás, con lamentable quebranto, por cierto, de los inocentes, ya que la infección de uno se transmite a muchos y, al aportar cada uno la suya, uno solo las contrae todas. De modo que los padres ya no tienen necesidad de temer casi en ningún sitio tanto a Satanás como en donde creen que se educa a sus hijos evidentesimamente para Dios, por lo que precisan de oraciones, y muy ardientes, para encomendar solícitamente a sus queridos hijos a la custodia divina, el único que puede, mediante la custodia de los ángeles, apartar esos labios impuros y pestíferos, obturar los oídos y afirmar el corazón en el amor del recato y en el aborrecimiento de la impureza.

82. EL TEMPLO

Finalmente me abrieron también el templo que tienen en el centro, una obra de regia magnificencia en que los gastos han pujado con el ingenio, cosa en modo alguno censurable, pues en esta república nadie pasa necesidad. Su figura es redonda, su ámbito de 316 pies, su altura de 70. En la mitad en que tiene lugar la asamblea los asientos están arrancados de la tierra y excavados para que la construcción tome menos altura y desde cualquier punto los oídos de todos disten lo mismo de la voz del orador. La otra mitad está destinada a impartir los sacramentos y a la música. Los senadores tienen un lugar aparte junto con los príncipes no lejos del pulpito, como hemos indicado en el esquema. También aquí en el templo se ofrecen actuaciones teatrales sacras, a las que conceden muchísima importancia, y en las que se recrean cada tres

meses, con el fin de que la historia divina se imprima más firmemente en las almas de la juventud y las mentes mismas se vuelvan más hábiles y ágiles para el manejo de la realidad. Cuando asistí a la representación pública del Jeremías de Naogeorgo ¹⁰² no me cansé de admirar lo artistas que son en esto. El muro del templo o circunferencia está toda con ventanales que dejan entrar la luz por todos lados. El resto de las paredes lucen hermosas pinturas sacras o representaciones de la historia bíblica. No vi otra imagen que la de Cristo crucificado, hecha magis-tralmente para conmover el corazón más endurecido. No me sería sencillo describir la ornamentación restante, a no ser que me pusiera a ello ex profeso. Lo cierto es que no me cansé de admirar su arte y su belleza, sobre todo al acordarme de aquellos que, bajo pretexto de religiosidad, expolian las iglesias y, una vez que han dejado los templos desolados, en su hogar, sin embargo, no se olvidan del lujo. ¡Vaya unos evangélicos concienzudos ¹⁰³ para los que es una impiedad ofender al pueblo con las ofrendas de la antigua simplicidad en otro sitio que no sea en sus propias viviendas! ¡Vaya unos reformadores devotos que para vaciar los lugares sagrados arreglaron sus propios hogares con este aparato inútil y pomposo! Si todavía hay quienes prohíben adornar las moradas de Dios o quienes en este asunto son tan mezquinos como pródigos en otros, aquí tienen dónde aprender. Pero lo que a mí me compete no es enseñar cómo veo yo las cosas, sino contar cómo las vi.

83. LA VOCACIÓN

Para los que están dedicados a la Iglesia no hay nada superior o más sublime que la vocación. Esta es su confianza, éste su escudo, ésta su corona. Los padres hacen votos y piden seriamente en sus oraciones -no lo negocian o lo recaban por tradición- engendrar para Dios intérpretes o ministros, cosa que saben es la cumbre de la dignidad humana. Así, pues, cuando se manifiestan los dones de Dios y una cierta familiaridad con el Espíritu Santo; cuando la vida está como infectada por meditaciones celestiales y cuando hay una confluencia secreta de las voluntades sobre alguien determinado, entonces tiene lugar el anuncio de la vocación, celeste y cristiano a la par, que se corresponde con un movimiento interior del corazón y produce una íntima compenetración con el ministerio espiritual. Cuando a esto se añaden las preces públicas y solemnes, así como la imposición de manos, dicen que claramente se manifiesta la gracia de lo alto y que se convierte al que ya era bueno en un hombre mejor. Por eso el pueblo valora la vocación y la percibe como eficaz, y el eclesiástico la ve como una prueba del favor del cielo de que, cuando concluya el pacto sagrado con Dios, Éste le ayudará y le enseñará, él no callará nada que sea verdadero o saludable, no añadirá nada humano y, si fuera necesario, dará su vida y su sangre por la grey de Dios, renunciará asimismo a las inmunidades terrenas y firmará con los hechos los buenos propósitos del espíritu. ¡Feliz, oh feliz Iglesia aquella, a cuyos ministros no se les destina por la seguridad del sustento, no se les condena por su inteligencia obtusa, no se les admite por su conocimiento de las letrucas, no se les impele por las dádivas de sus padres, no se les exalta por el valor de su sangre, no se les promueve por acuerdo de la curiosidad a fin de averiguar qué pueden a favor de las almas o contra ellas!

102: Thomas Kirchmeyer (1511-1563). Naogeorgus es la traducción al griego de su apellido alemán (granjero del templo). Párroco protestante que escribió en latín diversas obras de teatro en que enaltecía la figura de Lutero y ridiculizaba al papado cosechando un gran éxito entre sus oyentes y lectores luteranos. Además del Jeremías escribió otros dramas bíblicos como Hamanus y Judas Iscariotes.

103 Traducimos por «concienzudos», palabra que no existe en castellano, el término que aparece en el original, conscientiosi, que tampoco existe en latín.

¡Feliz, oh feliz Iglesia aquella, cuyos ministros cifran su honor en la palabra de Dios, su riqueza en el crecimiento de la Iglesia, su erudición en la fuga del demonio, su placer en la represión de la carne, su fama en el testimonio de los pobres, su fin en la corona de la fe! ¡Feliz, oh feliz Iglesia aquella, en la que Dios llama, el hombre obedece; el ángel ayuda, el magistrado asiente; el pueblo escucha, la juventud se fortalece! ¡Ay de aquellos, en cambio, que han desfigurado en una especie de comodidad y abandono de la vocación la solicitud y la fortaleza con que sus mayores, llamados por Dios y temiendo por sus almas, sustrajeron sus cuellos a las imposturas del Anticristo!

84. LAS ASAMBLEAS

Ya hemos hablado antes de las asambleas que tienen en el templo. Están a cargo del presbítero y del diácono. Aquél explica la Sagrada Escritura, éste los fundamentos de la religión. Hay otros que les están subordinados y que les suceden al morir, pues aquí no se permite quedarse mirando los cadáveres. El inicio y el final se hacen con preces y con la sagrada salmodia. No observé nada que fuera extraño a nuestra confesión de Augsburgo **104**, que llaman, pues tampoco es nuestra religión lo que censuran, sino nuestras costumbres. Cuando rezan o escuchan la palabra de Dios, se postran de rodillas y levantan las manos, pero también se golpean el pecho para excitar el alma. Es una impiedad charlar en el templo o adormilarse. Aunque las lecturas de los santos y doctores devotos son diarias, no por eso están menos concurridas, pues lo que dedican a la piedad lo consideran la mejor ocupación. Si ésta les lleva la mitad de la vida lo consideran menos de lo debido. Me admiraron los afectos de estos hombres a los que vi unas veces exultar espiritualmente, otras deshacerse en lágrimas, pues no recorren fríamente los beneficios de Cristo o los delitos de los hombres. La vida de Cristo está repartida a lo largo de todo el año de modo que cada uno de sus actos admirables tenga su memoria, adaptando a estos tiempos los ayunos, que no son ni afectados ni rebuscados. En sus ceremonias no hay nada trágico o teatral, pues no pretenden que los hombres se queden atónitos, sino que se vuelvan mejores. Las vestiduras de los religiosos no tienen nada de insólito, lo mismo que las de todos, que son modestas. El color propio de la religión es el blanco, el de la política el rojo, el de la erudición el azul, el de la alimentación el verde **105**, pero sin que distinga a los cristianos de tal modo que piensen que es más importante diferir por el color que por las virtudes o los vicios, ni que las ceremonias indiferentes son tan importantes que todas las dudas, toda revisión, toda decisión santa son asumidas por ellas **106**. ¿Acaso porque los vicios humanos son más fuertes de lo que podemos resistir, nos ocupamos en cortar pajas o en criar moscas para no estar sin ocuparnos en nada? Ellos plantan virtudes y con eso erradican los vicios. Distinguir cojines y juntar bastoncitos lo tienen por ocioso.

85. LA SAGRADA SALMODIA

La música también constituye entre ellos una porción del culto divino, no la más pequeña, mal que le pese a la melancolía infernal. Alaban a Dios principalmente con sus lenguas, pero también con el clangor de la trompeta, con salterios y cítaras, con atabales y coros, con violines y cantos, con címbalos e instrumentos varios. Así les pareció bien a los santos vates y Cristo no lo disuadió ni menos lo prohibió. Así se escarnece a Satanás, que nunca se alegra en los suyos como no sea con ofensa de Dios.

104 Confessio Auguslana, dúo el texto. Resumen de los artículos fundamentales de la fe luterana hecho sobre la Apología escrita por Melanchthon y entregada al emperador Carlos V en 1530.

105 Véase el cap. 24 donde dice que sólo usan dos vestidos del mismo color para todos.

106 La crítica de las pomposas ceremonias de la Iglesia romana era un lugar común entre los autores de la Reforma, que llegaron a imponer una austeridad extrema en sus templos y en sus ritos, cosa que Andreae también censura, como hemos visto en el cap. 82.

Tienen un gran número de canciones sacras, y para cantarlas todos a una trae cada cual un librito que le ayude la memoria.

En ellas admiran el espíritu del beato Lutero, pero sin desdeñar otras 107. Es un placer oír a todo el pueblo cantar concordemente a cuatro voces o más y sin romper el compás de la composición, cosa que trae consigo la práctica, pues se reúnen todos los días para la oración. Todo lo que consta de números tiene algo de divino y que penetra en las almas de los hombres. Por eso todos admiran la poesía davídica y la tienen en el máximo aprecio y aprueban también la moderna si es decente o cristiana. Todo el que la contamina es reo de abusar de su ingenio; a quien la remonta hasta sus fuentes le tienen por laureado. Que nadie piense que no es posible la elegancia sin ídolos, que nadie acuse de barbarie a las sagradas letras. Eso es una añagaza de Satanás, que corrompe nuestro oído de tal modo que el citarista nos suene peor que el gaitero. ¿A qué se debe que la poesía sacra languidezca entre nosotros y la obscena brinque, sino a la languidez del bien y a la titilación del mal que obra dentro de nosotros? Por el contrario, ¿qué es lo que calma nuestros pensamientos o los inquieta, sino el espíritu de las poesías sacras o la impudencia de las profanas? Las humanas, por muy ingeniosas que sean, envilecen al pie de la cruz; las sacras, por muy sencillas que sean, reconfortan el espíritu mucho más de lo que cabe esperar, aun cuando los vocablos o las sílabas estén algo descuidadas. Demos gracias a Dios, que quiere estar siempre al lado de los que callan o rezan, de los que lloran o cantan, tener siempre abiertos sus oídos misericordiosos.

86. LOS SACRAMENTOS

Administran los sacramentos según la enseñanza de Cristo y el rito de la Iglesia primitiva: frecuentemente por su inefable utilidad, reverentemente por su suprema dignidad, pulcramente por la presencia de los devotos. Los niños a los que se bautiza en nombre de la Santa Tríada tienen testigos de su fe y de su compromiso: el primero el padre, pero también una pareja honestísima de casados, así como otros amigos, incluso ausentes, a quienes se les pide, para que den fe y tomen cuidado de ello. Pues dicen que los padrinos están obligados a asumir el lugar de los padres y a responder ante Dios de sus hijos espirituales. La vigilancia de un tutor no tiene por qué ser más solícita que la del padrino, el amor sí puede ser mayor por cuanto existe entre ellos un vínculo más estrecho en Cristo. Los que en esto andan tras el oro cometen un crimen, los que recaban para sus hijos los mejores vigilantes y consejeros de la virtud son los que mejor proceden. Siempre que celebran la Santa Cena asisten todos, pues a todos invita, a no ser que la estricta necesidad se lo impida a algunos, dando así testimonio de su unanimidad. Participan en el altar de los sagrados misterios con pan ácimo y vino sin que ninguna impertinencia perturbe su gravedad. Todos los que se acercan llevan un corazón contrito, un alma creyente, un cuerpo dispuesto a la enmienda, y confirman poco después con las obras todo lo que prometieron. Este es para ellos el más feliz de los tribunales, en el que se dirimen las ofensas y se borran. Pues el que llega a enojarse con su hermano hasta el punto de rechazar a Dios o no admitirle, ése es un horror para la república absolutamente intolerable. También se presentan aquí los que, después de sucumbir a los engaños del diablo, se han reconciliado de nuevo con la Iglesia, y se congratulan de su salvación y recuperación tan sinceramente como se dolieron de su caída.

107 Lutero dejó escritos numerosos cantos litúrgicos que se hicieron muy populares. Johann Valentín también cultivó este arte profusamente. Uno de sus poemas está incluido en el himnario oficial de la Iglesia luterana.

Dan gran importancia a esto a fin de que no se impute ningún crimen a la Iglesia o a la república, sino que se liberan y purifican a sí mismos y a los demás mediante una expiación cristiana. Los que descuidan esto viven bajo el peso de sus pecados y los ajenos. Hubo un tiempo, sin embargo, en que los pecadores suplicaban a la puerta de la iglesia; ahora es distinto, lo que es para peor. No obstante, el mundo se gloria de que no hay nada más riguroso ni más pertinente que su disciplina, alabanza ésta que va bien a nuestros mayores, pero qué hagamos nosotros eso lo dirá la posteridad, si la hubiere.

87. LA ABSOLUCIÓN Y LA EXCOMUNIÓN

Guardan religiosísimamente las llaves de atar y desatar que entregó Cristo, mientras que los otros liman tanto la una y esconden la otra que hay quienes dicen que han desgastado la primera y perdido la segunda. Cada uno confiesa sus pecados en general, muchos incluso según su especie, a los oídos de un amigo -nadie carece de uno más íntimo de un eclesiástico y aseguran que esta espontaneidad les alivia mucho. Cristo brinda por medio del ministro su clemencia al arrepentimiento sincero, a la fe ardiente, a la enmienda afanosa; al fingimiento lo amenaza con su justicia. No hay miedo de que alguien se acerque ignorando la religión cristiana, pues en las escuelas se persigue y procura esto cuidadosamente. Por lo demás, a fin de curar con más esmero las conciencias, muchos religiosos, escogidos por la integridad de su vida y su fervor de espíritu, están destinados a esta saludable tarea. No se urge a nadie a que cuente sus intimidades y, si alguien desconfía de los hombres, se le deja a Dios, escrutador de los corazones. A los hombres retrógrados o de dura cerviz, una vez fracasadas las amonestaciones fraternas, paternas y del magistrado, los entregan a la ira de Dios, al desprecio de la Iglesia, al asco de la república y al aborrecimiento de todos, con tal efectividad que es lo mismo que si se les cerrara este universo o creaturas todas de Dios. Piensan que esto es más duro que cualquier muerte y ponen juntos sus esfuerzos para conseguir la recuperación del individuo; al reluctantante y contumaz acaban por arrojarle de la república. Antes de llegar a esto le escarmientan con trabajos extremos y sórdidos y hasta con azotes, pues prefieren castigar así los delitos que derramar sangre (sea esto lícito o no). Desde luego, no es mucho lo que adelanta el mundo, que gusta de sancionar a los malhechores con una multa o con la infamia o con la muerte y no sacude el letargo de sus conciencias, única causa que les lleva al precipicio, y con el hambre y los trabajos no quebranta en nada su soberbia de modo que se recobren y se refrenen. Mal médico el que está más dispuesto a quemar y cortar que a purgar y restaurar. No habrá república más dichosa que la que salve a los más de sus ciudadanos y pierda a poquíssimos. El resorte principal para esto es que, después de inculcado el temor a Dios y expuesta la hediondez del pecado, aprendamos antes a no querer pecar que a no atrevernos; si, no obstante, nos atrevemos, que no podamos; luego, si ya nos hemos precipitado, que nos avengamos a expiar y a purificarnos.

88. EL MATRIMONIO

Acogen el matrimonio con gran devoción, lo contraen con gran circunspección, lo llevan con gran dulzura y lo tienen en gran consideración; sin embargo, en ningún otro sitio es tan firme. No se conoce la insolencia de la dote ni las zozobras del sustento, así que sólo queda hacer cuenta de las virtudes y, en ocasiones, de la belleza. Un joven de veinticuatro años puede desposar a una

virgen de dieciocho, pero sólo con el consentimiento de los padres, el consejo de los parientes, la aprobación de la ley y la bendición de Dios. Prestan la máxima atención a la sangre **108**. Generalmente les lleva a unirse la afinidad de caracteres y la amenidad de costumbres, pero también la reputación de piedad, lo que es raro en otras partes. La culpa de impureza es la más grande; también la dureza de las leyes contra ellos. Pero, quitadas las ocasiones, se evitan fácilmente los delitos. En las bodas no hay absolutamente ningún dispendio, ningún jolgorio, así no tenemos que esperar necedades mundadas o locuras de ninguna clase. Los jóvenes conducen al esposo, las vírgenes a la esposa, y aplauden la sagrada unión con el corazón y con oraciones. A continuación se reúnen los padres y los allegados de uno y otro, se toman la mano derecha y recomiendan a los jóvenes armonía, trabajo, templanza y, sobre todo, devoción y paciencia. De esta suerte, se casan sin la embriaguez esa que en otras partes suele inaugurar todas las ceremonias sagradas, no, en cambio, sin un himno y felicitación cristiana. No hay ninguna dote en absoluto, como no sea la asistencia de Dios, el ejemplo de los padres, el conocimiento que uno y otro tienen de un arte y el placer de la concordia. El ajuar se les da del bien público junto con la casa asignada. De esta forma tan sencilla convierten en la cosa más segura y expedita esa cruz, ese suplicio, esa ejecución, ese purgatorio o cualquiera sea el nombre con que increpamos a los casamientos desafortunados. Si surgen asperezas, se liman y pulen con las experiencias de todos sus amigos, siempre que no medie ninguna infidelidad, a la que sancionan con grandes penas. Pues Dios no llamó de otra manera al dolor que tiene por nuestra deserción que olvido del amor parental y conyugal **109**, y cumplió la justicia con celo para que nosotros aborreciéramos y castigáramos también la ingratitud y la perfidia. El mundo ha convertido en una burla estas dos enormes cosas, por eso siempre tiene gente peor para acoger a la mala, siempre quienes engañen en serio a los burladores. De ahí los muchos males de la impureza, la cual difunde **110** los vicios, confunde las dotes, esparce las enfermedades, extiende la maledicencia, propaga la infamia, vacía la conciencia, provoca la saciedad, cubre de inmundicias, dilapida los bienes, amontona las amenazas del Señor, siembra la desesperación y trasfunde la pena.

89. LAS MUJERES

Las mujeres ya convertidas en esposas practican la habilidad que completaron en el colegio. Materia y objeto del arte femenino es todo lo que la industria humana obtiene de la seda, la lana o el lino. Aprenden, pues, a hilar, coser, bordar a aguja, tejer y adornar de varias maneras lo que es de su competencia. Los tapices son su arte, los vestidos su oficio, las coladas su obligación. El resto estriba en cuidar la casa y la cocina y mantenerlas limpias. En la medida de su capacidad desarrollan diligentemente la erudición que adquirieron, no sólo para saber, sino para enseñar. En la iglesia y en el senado tienen que estar calladas, pero no por eso contribuyen menos a conformar la piedad y las costumbres, no por eso brillan menos con los dones del cielo. Dios no ha negado nada a este sexo, si es piadoso, de lo que es un ejemplo la gloriosísima María bendita por toda la eternidad. Si escuchamos las historias, ninguna virtud ha sido inaccesible a las mujeres, en ninguna dejaron de descollar. Es verdad que muchas apenas si logran guardar silencio, pero hay algunas a las que podemos medir con los varones, a las que podemos preferir, algunas

108 Al parentesco por consanguinidad para evitar la endogamia.

109 Así lo hace el profeta Oseas en 11, 1 ss. (amor de padre) y 2. 14 ss. (amor de esposo).

110 Los doce verbos que utiliza en este párrafo son compuestos de fundo y los dispone por orden alfabético, desde affundo hasta transfundo. Una extraña exhibición de retórica.

Mónicas 111 entregadas con la Iglesia, afables con sus padres, concordes con sus maridos, vigilantes con su viudedad, benéficas con sus hijos, obsequiosas con los amigos, serviciales con los necesitados y solícitas con todos, entre las cuales la piedad me obliga a contar a mi madre. Si otras muchas son autoritarias, eso es culpa de los afeminados que se casaron con unas marimachos. Nada hay más peligroso que cuando las mujeres mandan en secreto o cuando los varones obedecen en público; por el contrario, nada más prudente que cuando cada uno y cada una se ocupan de lo suyo. Es rarísimo que alguien pegue a su mujer ni lo consideren una hazaña masculina. La mujer vapuleada es despreciada por las otras; el orgullo mayor es la concordia. Es una monstruosidad estar unidos en el cuerpo y disentir en el espíritu. Las mujeres no llevan ningún adorno que no sea el de Pedro 3, 3 112, no tienen ningún dominio como no sea sobre el ajuar, no hacen ningún trabajo de criadas -lo que es de admirar- como no lo exija alguna enfermedad o accidente. Ninguna se avergüenza de sus obligaciones femeninas o se cansa de servir a su marido. Asimismo, ningún varón se abochorna de hacer trabajos honrados, cualquiera que sea su cargo. El saber y el trabajar, en efecto, no están reñidos. Si hay medida, nada hay tan razonable como contribuir al bien público de consejo y de obra a la vez.

90. EL PUERPERIO

La fecundidad es la corona de las mujeres, en lo que superan a todos los atletas de la tierra, a no ser que matar a un hombre sea cosa mayor que parirlo. No deja de ser milagroso que una mujer soporte tantos dolores, que un niño supere tantos peligros. Una vez nacido, el único parabién que dan los amigos es por la esperanza que existe de una ciudad celeste, pero dan su pésame por las demás miserias que aguardan. Lo más importante de todo, sin embargo, es que por el nacimiento de Cristo renacemos a la vida los que estábamos destinados a la muerte. No se celebra el nacimiento con ningún convite, pues ya dije antes que pueden prescindir del vino en sus fiestas y celebraciones, cosa que los otros no quieren. La honestidad de las matronas es máxima y sólo se admite a las muy expertas. Cuanto más religiosa es una mujer tanto más apta para este menester, pero sin que le falten conocimientos de la naturaleza. No permiten nodrizas, a no ser que las circunstancias lo exijan, pues quieren que los hijos mamen la leche materna. Para cuidar de las puerperas y de los niños se suman otras mujeres, por la mayor parte viudas, que tienen esto como ocupación principal, pero también jovencillas para que atiendan a los niños. El bautismo se administra en presencia de la Iglesia, a no ser que el niño esté gravemente enfermo. Si es arrebatado sin más, saben que la simiente de los creyentes ha sido purificada con la sangre de Cristo y abrigan la más firme esperanza. El tiempo del puerperio es de cuarenta y dos días, después de los cuales dan gracias a Dios solemnemente. Se les proporciona del bien público un alimento más delicado y que sea conveniente, pues hay también una medicina de las mujeres, en modo alguno ineficaz. Los varones, si lo quieren, pueden ir entretanto a vivir a otra parte, si no lo quieren, no se les echa. Muestran el mayor cuidado y aprecio por la castidad conyugal para que el placer no les quebrante y se debiliten. La propagación de la prole tiene su decoro, mas el fuego de la concupiscencia su vituperio.

111 Santa Mónica, madre de San Agustín, consiguió con su celo y oraciones la conversión de su hijo al cristianismo. Éste, aludiendo a su entereza y sensatez, la equipara a un varón eximio (cfr. De beata vita. 2, 10). Por las mismas razones Johann Valentin llama a su madre virago

112 Se trata de la primera carta del apóstol San Pedro

Los otros cohabitan como los ganados, aunque el ganado encontraría qué reprochar a quienes deberían procurarse mediante el mutuo amor y la mutua ayuda el cielo en primer lugar, luego la tierra. Por eso creen ellos que también el matrimonio puede tener algo de prostitución y de inmundicia. ¡Oh hombres carnales, que no tienen vergüenza de pecar no sólo en las cosas ilícitas, sino también en las lícitas! Pero, ¿qué podemos hacer cuando los triclinios de la glotonería y de la seducción están por doquier, cuando los nombres del ayuno, de la continencia, de las vigilias y del trabajo nos son sospechosos y aborrecibles? Así resulta que, por figurarnos que todo nos está permitido, no nos guste lo que es bueno y saludable, lo que es puro y virgíneo.

91. LA VIUDEZ

Ningún vínculo resiste a la muerte, por eso hasta los esposos más unidos se separan. Si muere el marido, la esposa abandona la vivienda y se va a la sede de las viudas, donde sirva a la república con algún trabajo y, si les place, se casan de nuevo, pero no antes del año, por respeto al amor anterior. Si la mujer acaba sus días, el viudo toma la comida en casa de un vecino o se le mantiene en un local público junto con otros, hasta que después de un año se case posiblemente con alguna. Los pequeños no corren ningún peligro en absoluto, pues en el colegio se presta a todos el mismo cuidado, ya que en esta república nadie tiene únicamente a sus padres, sino que la misma república es un padre. La reputación de las viudas procede de su devoción, continencia y laboriosidad, por eso se las venera como a unas madres y se las emplea en la formación de los más jóvenes. Es propio, en efecto, que ellas, que han experimentado la inanidad de este mundo, amonesten, cohiban y enmienden a los que son más incautos. Porque de las trampas más fáciles que nos tiende Satán es cuando nos promete deleites puros allí donde lo que menos hay es placer, lo que más dolor y disgusto. Con razón, pues, pensamos que los que alaban el deleitarse en la carne como el ganado o no tienen ninguna experiencia o tienen los sentidos trastornados. Es una vesania de la mente estimar el mundo que conocemos, una simplicidad apetecer el que desconocemos. De ahí que sea oficio de la viudez restar la opinión y fama de la carne entre los inexpertos e increpar su ímpetu entre sus impuros partidarios, pues con su propio ejemplo dan prueba de que no es necesario ceder siempre a la carne, que incluso es mejor abstenerse por sus enormes ventajas tanto religiosas como civiles. Encendámonos, pues, sin abrasar el espíritu, apaguémonos sin extinguir el espíritu; enfriémonos sin congelar el cuerpo, calentémonos sin incendiar el cuerpo. La lujuria desagrada a Dios, el matrimonio le agrada, la viudez le es acepta, la virginidad es su delicia. Después que Cristo se ha proclamado un esposo ardentísimo, es suprema la elegancia del hombre casto, suprema su excelencia.

92. EL EDIFICIO DEL SENADO

Encima del templo está el pritaneo **113**, lugar destinado a reuniones, muy pocas pero, por eso mismo, muy augustas y sobremanera solemnes. En ellas se nombra a los dictadores supremos y ellos y el pueblo se prometen mutua fidelidad. Aquí se leen los estatutos de la república, aquí se recibe en audiencia a los legados extranjeros. Es también de un esplendor máximo tanto en atención a la majestad de la república como para aleccionar con su vista a los espíritus nobles. Porque aquí está descrita de forma variada la historia del mundo y resplandecen al máximo los que mejor se han acreditado dirigiendo los asuntos de los mortales.

113 Conservamos esta palabra que no existe en castellano. En las ciudades griegas se llamaba pritaneo al edificio público en que tenían lugar las asambleas de los magistrados

Entre los héroes vi aquí a Jo. Friedrich 114, elector de Sajonia y, de los míos, a Christoph 115, duque de Württemberg, padres cristianísimos, y a otros que no les ceden en virtud. Aquí estaban descritas las ventajas y desventajas de la virtud o vicio dominantes: de este lado se representaban los frutos de la vigilancia, la cizaña de la pereza, la luz de la humildad, el vértigo de la ambición; de aquél, la fuerza del amor, la lubricidad de la tiranía, el seguimiento del ejemplo, el caos de la disolución; del otro, la sencillez de la verdad, el son de la sofística, la elegancia de la cortesía, el estrépito de la barbarie; aquí el rostro del imperio divino, del cristiano, del humano, y del satánico, sus consonancias y diferencias, sus leyes y fundamentos, añadiendo siempre el final, feliz o triste. Aquí se mostraba la escena del último juicio, la gozosa y la horrorífica, mostrando a la vez ingeniosamente los premios de las virtudes y las penas de los vicios. ¿Qué diré? Creo que si en alguna parte he visto el microcosmos ha sido aquí, sin derrochar insensatamente los recursos, sino invirtiéndolos para la sola instrucción del hombre. Si comparamos con éstos el cielo de los dioses, la tierra de los sátiros, el mar de Neptuno o los infiernos de Plutón 116, ¡qué fríos nos quedaremos, qué ridículos: el talento humano sin señalarse en otra cosa que en fábulas y sueños necios, sin salir al medio y, no obstante, queriendo mantener ante el pueblo la opinión y fama del culto divino, del amor a la patria y de la dedicación intelectual!

93. LOS SENADORES

Los senadores son la preza de los ciudadanos, distinguidos por su piedad, integridad e industria y acreditados por una larga experiencia, en número de 24, elegidos de los tres estamentos por igual y tan respetados como amados por los ciudadanos a causa de su gran afecto a la república. Los ciudadanos no les han encumbrado para eximirles de todas las virtudes, sino para que, como luminarias de las mismas, estén al frente de todos. De aquí el celo de todos ellos por la religión, la paz y la sabiduría, de donde viene la abundancia de todo lo bueno. No se recrean los senadores en atropellar a los demás, o en extraerles el jugo, o en cebarse en medio de la ociosidad, sino que, como suele el sol, iluminan a todos, son útiles a todos, trabajan para todos. Si ocurre algo grave, ellos mismos suplican a Dios ardientemente y solicitan las oraciones del pueblo. Siguen cuidadosamente las huellas laudables de sus antecesores y las transmiten invioladas a la posteridad. En ninguna parte he visto un estudio tan diligente del pasado, en ninguna parte una preocupación más solícita por el futuro. Analizan después el presente cotejándolo con las leyes y, si se han desviado un poquillo, lo enmiendan. Si algo es susceptible de mejora, se alegran enormemente por la ocasión que se les brinda de transmitir a sus sucesores un testimonio de por qué han vivido, pero consideran que el preservar la flor y la incolumidad de la república es un objetivo encomiable de la vida. Ninguno de ellos abandona su modo de vida anterior, para dejar claro que no se les ha convertido en otros hombres, sino que se les ha aprobado por su competencia para el cargo, guardándose así el honor debido al trabajo o a cualquier ocupación honesta. A los decrepitos les honran más y les cargan menos y les ponen de asistentes a otros más jóvenes: de ahí los 12 sustitutos extraordinarios.

114 Johann Friedrich (1503-1554), príncipe palatino que dio su apoyo a la Reforma.

115 Christoph (1515-1568), que llevó a cabo en el ducado de Württemberg la llamada segunda Reforma y dotó a la Iglesia luterana de una sólida organización.

116 A estos ídolos o dioses se ha referido anteriormente a propósito de la retórica (cap. 56) y de la salmodia (cap. 85).

Si alguno comete una falta enorme, lo que, según dicen, apenas si puede ocurrir, le apartan de su puesto y le amonestan severísimamente. Su recompensa es la conciencia de haber obrado bien, lo cual les llena de gozo al haber podido, gracias al auxilio divino, propagar el evangelio, defender a los subditos, educar a la juventud, engalanar la tierra y aumentar los ciudadanos del cielo.

94. LOS HUERTOS

En torno al colegio hay una doble fila de huertos, una ininterrumpida, la otra parcelada según las viviendas de los ciudadanos, dotadas ambas con más de mil especies de vegetales, de suerte que son un herbario viviente. No se permite cambiar el orden de colocación, que gracias a la industria del hortelano está adaptado a los puntos cardinales y con la armonía de sus colores ofrece un aspecto maravilloso y parece un cuadro pintado. De entre los animales, las aves tienen aquí sus jaulas y las abejas muchísimas colmenas esmeradamente cuidadas. Tiene también su sede todo lo que atañe a la medicina, a la cocina y a las coronas de flores. De ello sacan múltiples ventajas y placeres, como la fragancia, la purificación del aire, la miel, los fármacos, el contento de las aves, y la instrucción. Hay agua de riego suficiente, que esparcen unas fistulas ingeniosas, pues tampoco la música aborrece el agua **117**, si bien evitan dispendios excesivos en esto. Al otro lado de las murallas tienen unos huertos muy extensos de los que sacan lo suficiente para el consumo, pues los otros están plantados más bien para adorno. Aquí aprenden a juzgar de la hermosura humana, que es la florescencia de un solo año: nacemos, crecemos, florecemos, nos marchitamos y nos secamos. Con nuestra muerte, otra vez el nacimiento y la multiplicación. ¡Dichosos aquellos que entre las hierbas salutíferas aprenden a confiar en Dios, que alimenta y viste a las flores sin que ellas se afanen **118**, aquellos que aprenden a distinguir aquí las variedades y diferencias de los dones y a referir a Dios su agradable olor! Pero, ¿qué necesidad hay de enumerar lo que el hombre aprende de las creaturas de Dios cuando la hoja más diminuta contiene una lección entera? Extrañémonos más bien de aquellos que amando a la tierra por encima de todo desaman lo que es mejor de la tierra, su uso y su elegantísimo aspecto, no queriendo, pese a ello, parecer una carga para la tierra, a la que no hacen más que pisar con sus pies bárbaros. Nosotros lamentémonos por el paraíso perdido y deseemos su restitución. Porque así como ahora vemos las cosas naturales con una luz viciada, cuando recobremos la visión gracias al madero de la cruz, veremos los penetrales de todas las cosas y no su superficie.

95. EL AGUA

Los cristianopolitanos tienen tanta agua como buena tierra. Ahora no diré nada sobre la navegación entre los otros que no se mueven del sitio igual que las setas, pues quizá haga una exposición completa en otra ocasión. Ahora voy a referir de qué se sirven para la bebida y la limpieza. Han distribuido primero por las calles, luego también por la: viviendas, el abundante agua manantial traída a la ciudad desde una fuente limpidísima, a fin de que el agua abunda por todas partes y se pueda coger cerca. Después han conducido hasta los depósitos de las inmundicias a través de unos canales ocultos los arroyuelos que fluyen de un lago para evacuar las suciedades diarias de las viviendas. No creo que se pueda concebir una cosa más conveniente para la salud pública.

117 Aparte del órgano hidráulico, *hydraulus*, usado desde antiguo, en el Renacimiento se empezaron a construir en los jardines o con ocasión de grandes festejos ciertos juegos de agua, algunos de los cuales producían sonidos armoniosos mediante la misma técnica que la del órgano hidráulico.

118 Cita implícita de Mt. 6, 28; Le. 12, 27.

Por eso a mí me han parecido extremadamente inteligentes los que han querido ayudar y dignificar al hombre, no sólo al aseado y empenachado, esto es, a envuelto en pudor y ropas, sino al desnudo en medio de sus vergüenzas y convicto de sus necesidades humanas. Pues estas cosas al mismo tiempo que nos desacreditan ante nosotros mismos y nos hacen descender del aura de nuevas ilusiones al hedor del lodo, también avisan a la razón para que vivamos lo menos enlodados posible. De ahí que tengan baños, usados por los de todas las edades, aunque los quieren privados, que son los habituales, no habiendo ninguno público más que para la juventud, pues recelan de la desnudez de la carne; de ahí las duchas en los reservados para fomentar la salud; de ahí el lavado de la ropa que el hombre ha manchado de diversas maneras y todo lo demás con que los hombres se limpian. ¡Puf, cuerpo, que sucio eres, cómo hiedes, cómo supuras, cómo sudas, cómo enflaqueces, cómo te pudres! Y, sin embargo, ¡complace al alma, mandas sobre el alma, cansas al alma, hundes al alma! ¡Ten compasión, oh fuente de vida, y lava y purifica con tu santísima sangre esta sanies, este pus nuestro, esta sangre impura, para que los que somos abominables por nuestra impureza, vestidos con la túnica de tu inocencia, seamos aceptables ante la presencia de Dios y no seamos avergonzados cuando des a cada uno según sus obras!

96. LOS ANCIANOS

Tienen en el mayor aprecio a los ancianos de ambos sexos y procuran que no sufran molestia ninguna, pues la ancianidad misma es ya una enfermedad. Tienen, pues, quienes les asistan, alegren, honren y pidan consejo. Les fallan las fuerzas del alma y del cuerpo, por eso se les ha de sostener siempre; les hace languidecer el tedio de la vida humana y tantas calamidades, así como el recuerdo de sus propios errores, por eso se les ha de compensar con la alegría juvenil; se han consumido sirviendo a la república con los mayores esfuerzos y méritos, con fidelidad y dedicación notorias hasta doblárseles el cuerpo, por eso ningún honor ni reverencia es agradecimiento suficiente; finalmente, están en posesión de las leyes de la vida gracias a la aspereza de la práctica y a la experiencia de la perplejidad terrena, no gracias a alguna sutileza teórica, por eso no se puede discurrir nada tan ingenioso y alambicado que, frotado contra la afiladora de la ancianidad, no atempere grandemente su opinión y se allane más a la condición mortal. Si un joven supiera a base de cuánto error, sudor, temor, peligros y calamidades han llegado los ancianos a la evidencia de estas leyes, que llevan ahora sepultadas todas dentro de sí y que resumen en un simple «¡cuidado!», nunca sería tan temerario como para reírse de los consejos de los ancianos y admirar los suyos propios. Los ancianos también aportan esto: han enviado a su descanso a una multitud grande de conocidos, han visto que, a fin de cuentas, muchos buenos ascendían y muchos malos caían, han comprobado que el gobierno de Dios y la navicilla de la Iglesia proseguía y triunfaba de los ataques y revueltas de Satanás, han visto que el linaje de las virtudes y la progenie de la piedad se robustecía, y por eso están dispuestos a partir de esta vida de buen grado, encarecen a todos la dulzura y congruidad de la muerte, preceden a todos en la familiaridad con la muerte. Puesto que todo nuestro afán y toda sabiduría es sólo una meditación de la muerte ¹¹⁹, es propio que quienes han consumido más tiempo en estas cosas sean los más expertos de todos los mortales en la muerte.

¹¹⁹ Según Platón, la vida del verdadero filósofo ha de ser una meditación sobre la muerte, esto es, un continuo esfuerzo por desprender su yo o al de las ataduras del cuerpo, de modo que en el momento de morir, consiga la liberación del alma de la pesantez corporal, pueda remontarse sol expedita hacia el cielo, el cielo de las ideas (cfr. Fedón, 64-67; 81-84).

97. LOS EXTRANJEROS Y LOS POBRES

Tratan con la mayor dulzura y generosidad a los extranjeros y a los viajeros, de lo que yo mismo, un hombre de ínfima condición, soy un testimonio evidente. Procuran, no obstante, que los ciudadanos no se contagien con alguna posible licencia de los huéspedes. Las tabernas, un azote en otras partes, son cosa inaudita y desconocida para ellos; si supieran de ellas, las execrarían. A un huésped le atienden frugalmente por dos días, al exiliado le sustentan por algún tiempo, al enfermo le cuidan con la mayor bondad, al pobre le socorren con lo suficiente y no le despiden sin un viático pero les examinan a todos escrupulosamente de palabra y de obra y les tratan en consecuencia. No saben de mendigos ni los toleran, pues entienden que si alguien está en la completa miseria es porque no hay que recordar a la república cual es su obligación, cosas ambas que no es posible ni aceptable

que ocurra entre ellos: si alguien está bien de salud, no puede negarse a realizar un trabajo para la república que baste para percibir a cambio el sustento. Ambos puntos se olvidan, sin embargo, en otras partes. Al no ser raro, en efecto, que los que pasan hambre son los que se agotan en los trabajos mayores y que, cuando sucumben a su carga, se les abandona y da de lado, mientras, por el contrario, a los que rechazaron torpemente los dones divinos y se sustrajeron a todo sudor a causa de la molicie de la carne se les sustenta generalmente del bien público **120**, no puede menos de ocurrir que el pan quitado a los hijos se arroje a los perros **121** Esto se lo debemos por completo a la regla del mundo, pues una opulencia que se emplea generalmente en la impiedad y el lujo, que raramente y de la forma más corrupta ayuda a los miembros de Cristo, con razón se pone a disposición de los impostores, charlatanes, vagabundos, musicantes y sopladores para que la disipen, a fin de que se vea bien que a Cristo le repugnan dineros tan mal adquiridos, entregados a un propietario tan inicuo. Por lo demás, no le falta a Cristo quien sustente a los suyos, a los que la indigencia también les sacia, ni faltan tampoco quienes despojándose de sus ropas las arrojen para hacer un camino a Cristo **122**. Yo, ciertamente, que he conocido un mundo siempre avaro, siempre durísimo y sórdido conmigo, aprendí entre los cristianopolitanos que todavía hay quienes están prontos a compartirlo todo a causa de Cristo y por Cristo.

98. LOS ENFERMOS

Igual que las especies de enfermedad son varias, así también nuestra piedad ha de ser múltiple. Esto lo cumplen muy bien los cristianopolitanos, que han aprendido a curar y a aliviar las almas, los espíritus y los cuerpos afligidos; todos trabajan para este objetivo: que, cuando la necesidad lo requiere, puedan ayudarse a sí mismos y a los demás. La medicina, la cirugía y la cocina están a disposición de los enfermos por igual y todos cooperan con su solicitud. Aquí el superior no saquea la farmacia mientras el inferior se retuerce sin alivio; no hay una turba de médicos al lado de los magnates mientras al lado de los pequeños está la soledad, aunque, desde luego, los ricos que en el mundo perecen a manos de los médicos sean más que los pobres. Las mujeres y las viudas tienen para esto la máxima aptitud y habilidad, y a ellas encomienda la república con gran dulzura el cuidado de los enfermos, más aún, tiene hospitales destinados a este fin. Antes de cualquier suerte de medicina acostumbran a reavivar el ánimo de los enfermos y a recordarles su vigor anterior, no sea que se resienta la fortaleza cristiana;

120 La misma reflexión habían hecho ya Moro y Campanella en sus respectivas utopías.

121 Véase Mt. 15, 26 y Me. 7, 27.

122 Véase Mt. 21, 8 y lugares paralelos de los Sinópticos.

luego a recomendarles la acostumbrada templanza, no sea que condesciendan demasiado con el cuerpo recalcitrante: después, también, a someterse puntualmente a la medicina, para que no se hurten a la aspereza del tratamiento. Con estas tres cosas se acepta, se toma y se lleva la cruz de Cristo. Cuando arrecia la peste, no huyen en absoluto -cosa sorprendente-, sino que esperan la mano de Dios. Porque quien cree que la propia voluntad tiene su límite en Dios nunca piensa cómo eximirse o hurtarse. A los que están idos o tras tornados de la cabeza les dejan vivir entre ellos si se le puede tolerar, si no, les custodian con dulzura. Lo mismo hacen con los extremadamente monstruosos, pues la razón postula que la sociedad humana quiera ser más bondadosa con quienes la naturaleza fue más inicua, lo mismo que Dios no nos tiene cual nos quiere, sino que nos acepta cual somos en su infinita mansedumbre y longanimidad.

99. LA MUERTE

¿Quién irá a decir que los cristianopolitanos, viviendo como viven bien, mueren mal? Más aún, ¿quién irá dudar que, estando como están muriendo siempre, no vivirán al cabo? Ésta es la única república que desconoce la muerte y, sin embargo, le es altamente familiar. Cuando se preparan para el sueño (así llaman a la muerte), procuran una gran presencia de ánimo. Dan testimonio de su religión y tienen a Cristo como prenda de su fe. Dan testimonio de su amor a la patria y lo rubrican con una piadosa petición; lo demás lo dejan a Dios. No tienen necesidad de testamentos, pero si quieren que se haga algo se lo dicen a sus amigos. Si luchan con la muerte, se hacen rogativas públicas por la victoria del atleta cristiano. Si el alma se angustia acuden presto los testigos e intérpretes de la verdad divina, que certifican la benevolencia de Dios para con los cristianos. Si el cuerpo sufre, se contraponen la confianza en el consuelo futuro, en la salud y en la gloria perpetua. Pero, ¿para qué me extendiendo en tantas explicaciones?: a cada uno se le debe lo suyo y se le da. Suele haber muchos presentes al lado de los moribundos para que vean el desenlace de la vida humana y cristiana, pues lo que no consiguen de nosotros ningún precepto lo logra un solo ejemplo. Aunque en su humildad e igualdad es poco lo que la muerte les puede arrebatar, no obstante el cuerpo mismo es para nosotros algo muy grande, del cual no somos arrojados sin temor **123**, al cual dejamos horrendo tras nosotros. Ruegan de todo corazón para que Dios, ante el que ya comparecen, sea propicio con los difuntos, y en lugar de llantos inútiles encomiendan el alma querida con un himno apropiado para la ocasión; finalmente, hacen votos para que, cuando a Dios le pareciere, se duerman felizmente en Cristo Jesús con un corazón contrito, con un corazón creyente, con un corazón confortado.

100. LA SEPULTURA

Visten el cuerpo exánime con una túnica blanca y al día siguiente al deceso lo sacan con el rostro descubierto y lo acompañan en gran número. Los jóvenes van delante cantando el himno de Prudencio **124** y otros himnos piadosos; siguen los allegados con el semblante sereno del todo y con las ropas sin cambiar en nada. A un cristiano, dicen, se le debe el parabién, no el pésame, ni esas pompas hacen otra cosa que abatirnos. Cuando se le ha introducido en el sepulcro y cubierto con su madre **125**, escuchan la palabra de Dios, que les anime frente a la muerte y les instruya frente a la vida. Apenas se hace

123 Véase 2 Cor. 5, 4.

124 Aurelio Prudencio (348-405), poeta cristiano natural de Calahorra, que escribió en latín una abundante obra poética de carácter religioso. Entre sus himnos se encuentra uno para las exequias de los difuntos (cfr. Obras completas, BAC, Madrid, 1950, p. 128).

125 La tierra.

memoria del feliz finado, porque es casi imposible, dicen, hacerla sin falseamientos. Lo que cada uno haya sido Dios lo sabe y lo dice la posteridad. Lo cual es más seguro que un elogio comprado o extorsionado, apañado en todo caso. La fama de los beneméritos se conserva en los anales y habla por sí misma en diversas ocasiones, mientras que entre nosotros la hace sospechosa esa multitud y turba de héroes. El cementerio es muy amplio y hermosísimo, pero está fuera de la ciudad, pues piensan que ésta es para los vivos. A lo largo de las paredes vi una danza de la muerte que conducía al sepulcro a toda clase de mortales, pintada con maestría y con sumo ingenio. No hay túmulo para nadie, sólo una cruz de hierro en la que está inscrito el nombre del finado. Por aquí llevan los descendientes la cuenta de sus antepasados. Si ya está deteriorada, se quita y se le inscribe en el libro de exequias, donde es más fácil encontrarlos. No hay que extrañarse de que lleven esto con algún descuido, pues aprecian muy poco esta vida y aspiran a la otra. Por eso no deben parecernos absurdas ni estas ni otras diferencias que les separan de nosotros, pues es bien sabido que todo el que desea conseguir la vida bienaventurada ha de creer como nosotros pero vivir de modo totalmente distinto.

Esto es, lector cristiano, lo que creo haber visto y oído en aquella bendita Ciudad de Dios ¹²⁶ y que confieso sinceramente haber aprendido. Lo que más siento es que ni la memoria me haya alcanzado para tanta variedad de cosas ni el verbo me acompañe para expresar lo que retuve, lo que deja claro que nunca he sido un historiador ¹²⁷. Bien me gustaría el estilo de quienes cuentan más de lo que han visto, pero confieso que lo que yo puedo es relatar muchísimo menos. Si, además, no he captado con el suficiente atino su mentalidad y las razones de su proyecto, tengo motivos para lamentar mi incapacidad de aprender y para poner sobre aviso a mis lectores, no vayan a atribuir algo a los cristianopolitanos más bien que a mí. Pudo ocurrir, me temo, que diera importancia a cosas menores y descuidara las mayores, que enumerara las cosas por orden inverso, que mi admiración por ellas me ofuscará, que no haya sido admitido en absoluto a los centros de gobierno. Pero, ¿qué queréis? Soy un joven que no entiende aún los arcanos de la república, sino que percibe sólo la belleza externa. Si alguna vez me fuera dado penetrarlos, no me faltaría la sinceridad para compartírselos con los demás. Nos queda por oír cómo salí de allí. ¡No permita Dios que yo consienta jamás en apartarme de esta república!

Así, pues, después que lo hube recorrido todo, me llevaron ante el canciller para explicarle qué opinión me había hecho de los ciudadanos.

—Has visto, querido huésped, cómo vivimos y dónde -me dijo-. No hemos podido mostrarte nada superior a nuestra condición, pues todo lo humano es imperfecto. Hemos aliviado, sin embargo, así lo esperamos, el peso de nuestra condición mortal, y del modo precisamente que te hemos enseñado. No lo escogimos porque sea el más bueno, sino porque es el más fácil posiblemente; los inconvenientes que lleva consigo se corrigen gracias a la vigilancia de la administración. Si el objetivo de la vida es honrar a Dios y amar a los hermanos, las minucias humanas no pueden ser tan grandes como para tener ansiosos a los cristianos y agobiarles. Cuando vuelvas a los tuyos, intérpreta todo de la manera más condescendiente y moderada que puedas. No buscamos ninguna alabanza, pedimos que no se nos tenga envidia o, si no podemos evitarla, la sufriremos. Nosotros nos preocupamos de nuestras chozas, ellos de sus palacios.

¹²⁶ La ciudad de Dios es una obra de San Agustín.

¹²⁷ En este epílogo repite algunas de las consideraciones hechas al final del cap. 78.

Si se enfurecen contra nosotros, rogaremos para que el mar no nos los traiga. Adoramos al mismo Dios, confesamos la misma religión; si diferimos en las costumbres, esto no tiene por qué perjudicarnos, pues habitamos bajo otro cielo. No imponemos en absoluto nuestras costumbres a los demás ni estamos dispuestos a defenderlas todas a sangre y fuego. Que nos juzguen los buenos, que nos instruyan, que nos critiquen; verán que no somos menos dóciles que sufridos. Si ellos excusan todo lo suyo, nosotros acusaremos todavía lo nuestro y demandaremos instantemente algo mejor. Entre tanto, que toleren las paradojas de una isla única y pequeñísima. Pero tú, por favor, sé uno de los nuestros, aquí o donde sea.

Al comparar su dulzura con la intransigencia de los otros, no pude contener las lágrimas y le dije con voz temblorosa:

—Seré de los vuestros, y que los míos me llamen como quieran; os entrego mi cuerpo, pues no tengo otra cosa, para que el alma sea más libre. Pero permitidme volver a los míos y recabar el debido permiso para que no me llamen tráfuga.

Se rió de esto el canciller, y dijo:

—¡Qué atado estás al pasado y cómo desconfías del futuro! Pero vete a donde quieras, mi querido huésped, y compara nuestra república con las mejores que haya e infórmanos de todo lo concerniente y bueno que veas. Pues no queremos que se nos prefiera, sino que se nos compare. Nadie nos haría tanto bien como el que nos acercara más al reino de los cielos y nos apartara más de la tierra; por eso hace tiempo que hemos escogido una sede que, si está por debajo del cielo, está por encima de la basura de este mundo conocido.

Entonces yo le dije:

—O me engaño completamente, o será entre vosotros donde yo descansaré. Si hay algo mejor en la tierra, será que no soy digno de disfrutar de lo mejor. A esta república vuestra ofrezco mis trabajos, mis esfuerzos, mis votos y mis oraciones; a vosotros os entrego el gobierno de mi persona, a vosotros que habéis aprendido a mandar a los demás; comeré, beberé, dormiré, velaré, hablaré y callaré cuando lo mandéis; con vosotros adoraré y honraré a Dios. Sólo quisiera preguntar una cosa: si también puedo traer conmigo a los amigos que tengo diseminados por el mundo, personas muy buenas.

—Desde luego -replicó el canciller-, pues no habitamos tan estrechamente que no podamos dar cobijo a una trirreme repleta de gente buena.

Mientras dice esto, suenan las doce del mediodía y se oye la dulce melodía de las campanillas, que es el aviso para la oración solemne. Me saluda entonces y me ruega que vaya en el Señor y que vuelva sano y salvo bajo la guía de Dios con el mayor número posible de compañeros. Y al extenderme la mano derecha del amor de Cristo, me dijo:

—Ten cuidado, hermano mío, de no retornar al mundo y alejarte de nosotros.

A lo que yo contesté con emoción:

—Donde tú morares, allí moraré yo; nuestro pueblo será el mismo, el mismo nuestro Dios; donde tú murieras, moriré yo y allí seré sepultado y, ¡ojalá Jehová me sea tan propicio que solamente la muerte me arranque de tu lado!

Con esto recibo la bendición con el ósculo de la paz, y me marcho, y ya estoy entre vosotros para, si os gusta esta república, este culto de Dios, el comportamiento de estos hombres, su formación de espíritu, os vayáis allí pronto conmigo todos los que sois buenos junto con el buen Dios. Adiós y salud en Cristo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
I El autor	7
Primeros estudios y viajes (1586-1614): Los Manifiestos Rosacruces	4
Diácono en Vaihingen (1614-1620): El «laboratorio»	8
Decano en Calw (1620-1639): El «directorio»	10
Predicador en la corte. Muerte (1639-1654)	13
La fama de J. V. Andreae	16
II La obra: Cristianópolis	19
1. Los Manifiestos Rosacruces	20
2. Los Manifiestos y Cristianópolis	23
3. El mensaje rosacruz y Cristianópolis	25
La renovación interior: el pietismo	25
La renovación de las costumbres: la educación	26
La ley	27
La instrucción	28
La renovación del saber: la ciencia sagrada	32
4. Cristianópolis	36
La Sociedad Cristiana	36
Cristianópolis	37
Organización religiosa	38
Organización política	39
Organización de la enseñanza	43
III LA PRESENTE TRADUCCIÓN	44
IV Nota bibliográfica	46
DESCRIPCIÓN DE LA REPÚBLICA CRISTIANOPOLITANA	52
Lector cristiano, salud	53
1. Ocasión del viaje y naufragio	58
2. Arribada a la isla de Cafarsalama	58
3. Origen de Cristianópolis	59
4. Primer examen del extranjero: profesión externa y costumbres	59
5. Segundo examen: complexión corporal	60
6. Tercer examen: formación intelectual	60
7. Descripción de la ciudad	61
8. La agricultura y la ganadería	62
9. Los molinos y las tahonas	62
10. Los mataderos y las despensas	63
11. Los metales y los minerales	64
12. Las viviendas	65
13. Los obreros	65
14. La oración pública	65
15. La comida	66
16. Los trabajos	66
17. El descanso	67
18. Las recompensas	67
19. Las penas	68
20. La nobleza	68
21. Los prefectos	69
22. Las obras públicas	70
23. Las casas	70
24. El ajuar	71
25. El alumbrado nocturno	71

26. El colegio	72
27. El triunvirato	72
28. La religión	73
29. La Constitución	74
30. El teólogo	75
31. La conciencia	76
32. El diácono.....	76
33. El juez	77
34. La razón	77
35. La equidad.....	78
36. El erudito	78
37. La verdad.....	79
38. La lengua	80
39. La biblioteca	80
40. El arsenal	81
41. Los anales	81
42. La tipografía	82
43. El erario	83
44. El laboratorio.....	83
45. La farmacia	84
46. La anatomía	84
47. El teatro físico	85
48. La pintura	85
49. Los instrumentos matemáticos	86
50. El teatro matemático	86
51. Los auditorios	87
52. Los educadores	88
53. Los alumnos	88
54. El método de enseñanza	89
55. El auditorio I: la gramática	89
56. La retórica	90
57. Las distintas lenguas	90
58. El auditorio II: la dialéctica	91
59. La metafísica	92
60. La teosofía	92
61. El auditorio III: la aritmética	93
62. La geometría	93
63. Los números místicos	94
64. El auditorio IV: la música	95
65. Los instrumentos musicales.....	95
66. El coro	96
67. El auditorio V: la astronomía	96
68. La Astrología.....	97
69. El cielo de los cristianos	98
70. El auditorio VI: la física	98
71. La historia	99
72. La historia de la Iglesia	99
73. El auditorio VII: la ética	100
74. La política	101
75. La pobreza cristiana	102
76. El auditorio VIII: la teología.....	102
77. La praxis teológica	103
78. Las profecías.....	104
79. La medicina	104

80. La jurisprudencia.....	105
81. Los aposentos de los jóvenes	106
82. El templo	106
83. La vocación	107
84. Las asambleas	108
85. La sagrada salmodia	108
86. Los sacramentos	109
87. La absolución y la excomuni3n	110
88. El matrimonio	110
89. Las mujeres	111
90. El puerperio	112
91. La viudez	113
92. El edificio del senado	113
93. Los senadores	114
94. Los huertos	115
95. El agua	115
96. Los ancianos	116
97. Los extranjeros y los pobres	117
98. Los enfermos	117
99. La muerte	118
100. La sepultura	118